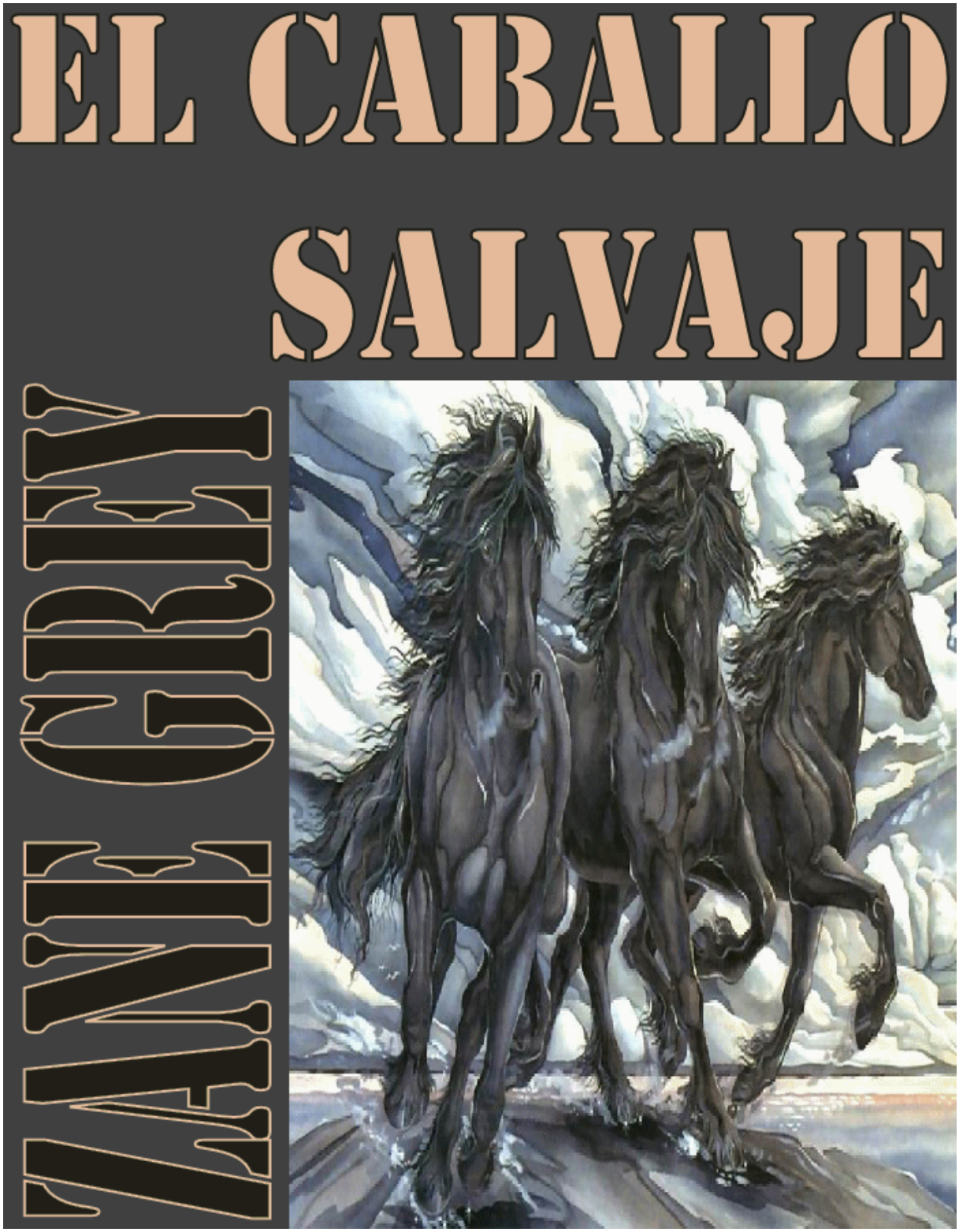
EL CABALLO SALVAJE

ZANE GREY



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

El misterio y la inaccesible-naturaleza de la Meseta del Caballo Cerril habían embargado más de una vez el ánimo de Chane Weymer en el cursa de su solitaria vida desértica en Utah. No había caballista nómada que no supiese alguna extraña historia de la vasta altiplanicie. Pero Chane no había tenido nunca ocasión de contemplarla des-de tan prominente altura como aquella a que Toddy Nokin, el pinte, le había conducido. Y la fascinación que sobre él ejercía de antiguo se veía extrañamente acrecentada por las palabras del indio.

El piute afirmaba que la Meseta era el último refugio de famoso garañón salvaje *Panquitch* y su manada.

¡*Panquitch*! Ajorado de Nevada por desbravadores de cerriles, entre los que él podía contarse, fue perseguido por los mormones a través de Utah, en cuyas selvatiqueces del Sur de los Montes Henry había desaparecido.

Chane desvió las pupilas de la Meseta para posarlas en los cetrinos rasgos de su acompañante. ¿Merecía crédito Toddy Nokin? Los piutes gozaban fama de amantes de los buenos caballos y no eran propensos a hacer confidencias a cazadores blancos. Pero Chane pensó que en varias ocasiones había patrocinado al indio.

-Toddy... ¿tú seguro... *Panquitch*... en la Meseta? -preguntó en su pintoresca mezcla de piute y de navajo.

Las facciones del indio adquirieron la solemne expresión de quien no ha visto bien acogida su confidencia.

-¿Cómo sabes? insistió Chane ávidamente.

Toddy Nokin hizo un lento y comprensivo ademán hacia el extremo norteño de la Meseta del Caballo Cerril, que casi perdíase de vista en la purpúrea lejanía. El simple movimiento de un brazo y una mano revistió en el indio singular carácter. Sugería senderos abandonados, cañones profundos que cruzar, largas distancias que cubrir. Luego, Toddy Nokin pronunció algunas frases en su propia lengua con la sencilla naturalidad del jefe cuya palabra está por encima de toda duda. La interpretación de Chane no pudo ser correcta en todos sus extremos, pero aun así hizo correr más aprisa la sangre de sus venas. *Panquitch* había sido visto capitaneando su manada por los áridos bancales roquizos que conducían a la casi perpendicular ladera de la inabordable Meseta. Los caballos cerriles no dejaron huellas. Ni habían vuelto. Pintes de ojos de lince habían estado al acecho, atisbando las únicas salidas posibles de los rojizos bancas. *Panquitch* seguía en la cumbre de la Meseta con las bicerras y las águilas. El hecho, provocando profundo respeto y admiración en Chane Weymer, le infundió un vehemente propósito. Aquella salvaje Meseta le venía obsesionando de antiguo. Y ahora la razón del irresistible atractivo era fácil de comprender.

-*Panquitch*. ¡Por fin estoy sobre tu pista! -exclamó exultante.

Le pareció en aquel momento que, por decirlo' así, se entregaba a cuanto hasta entonces había anhelado..., a una salvaje libertad, sin más trabajo ni más restricciones que las que sus propias erráticos caprichos le impusieran. Cierto que su vida en la pampa había sido por demás salvaje, pero hasta el pasado año, sus deberes para con su padre y otros superiores le habían retenido, como asimismo una idea profundamente arraigada de obligación y de afecto hacia su hermano menor, Chess. Chess tenía ya dieciocho años y se consideraba tan hombre, que se resentía de la tutela de Chane.

-«Muchacho azul»[1] ya no necesita a su hermano -soliloquió con cierta melancolía recordando la impaciencia de Chess al verse vigilado. ¡A fe que pasaba de prisa el tiempo! ¡Chess hecho casi un hombre! Y parecía ayer cuando era un niño en Colorado, de donde eran

[1] Azul, tiene, en inglés, el significado de taciturno, deprimido, nervioso.

oriundos. ¡Días felices los de Colorado!

Los Weymer constituían una familia estrechamente unida. El padre de Chane había sido colono, ganadero y chalán. En las praderas de Colorado había aprendido Chane la que hoy era su profesión: la caza de caballos cerriles.

Con el tiempo buscó regiones más salvajes. Nevada, Utah, y su hermano Chess, con infantil devoción, le había seguido. Durante un par de años el muchacho había sido fácil de manejar; luego sobrevino la inevitable rebelión. No porque Chess fuese malo, pensó Chene, pero... que-ría ser su propio dueño. Algunas semanas antes, Chane le había dejado allende los ríos y los pedregosos jarales de la selvatiquez de Utah, en el pequeño pueblo mormón de San Jorge. Chess hizo lo indecible por acompañarle en aquella expedición a territorio piute, al que Chane iba con idea de adquirir una punta de potros indios. Toddy Nokin interrumpió sus meditaciones, manifestando su deseo de ir a su campamento.

-No quiero dejar hija sola -añadió significativamente. Chane recordó que uno de los picadores que se habían unido a él, llamado Manerube, no era hombre en quien por su parte pusiese su confianza.

El pat-pat de los mocasines del indio sobre las rocas se fue alejando. Chane, a solas consigo mismo, volvió ojos y pensamiento a lo que le había llevado a escalar aquellas alturas... a la Meseta del Caballo Cerril.

El día, de primeros de septiembre, había sido tormentoso, despejando al caer la tarde y acumulándose una procesión de nubes en el cielo, hacia el Oeste y el Norte. En aquel instante no parecía prometer la orgía de colores que Chane buscaba siempre en el crepúsculo. Toda la parte norteña quedaba velada por densas nubes de plomizos tonos.

No acertaba a comprender qué conjuro le había fascinado desde que por vez primera puso los ojos en la Me-seta. Fue como si le hubiese detenido una profética voz conminatoria. No podía tomar la vaga intimación como un aviso; era más bien una llamada, algo que le apremiase a venir a buscar, a laborar, a descubrir. Chane pensó en el cerril *Panquitch* y, aunque la idea le estremeciese, no logró convencerse a sí mismo de que la simple búsqueda de un caballo, por renombrado que fuera, le produjese tan extraña sensación.

Una caótica masa de tempestuosas nubes se había agolpado contra el extremo oeste de la Meseta, donde el abrupto acantilado rojo se erguía sobre un área ondulosa de rocas batidas por los vientos.

Aparentemente, la nube quedaba como prendida por alguna obstrucción, aunque cambiando no obstante de forma. Chane contempló el panorama como otras mil veces en momentos de curiosidad o de ocio lo había hecho; sin embargo, en la ocasión presente había una sutil diferencia, fuese en el aspecto de aquella Meseta o en el de sí mismo. Y esa diferencia aguzaba sus sentidos como los de un indio, dejándole, además, insólitamente pensativo.

Parecía no ser sino un vasto paisaje, grandioso por su extensión y sus perfiles, aunque de momento apareciese monótono y sombrío. Más, ¿no ocultaría algo? El borde inferior de la masa de nubes se extendía hasta muy abajo del cantil; en algunos trechos la cumbre quedaba eclipsada; por encima de la nube, así como todo el Oeste, aparecía despejado. El sol había traspuesto la inmensa ladera que ascendía desde el terreno ondeado del cañón a la montaña.

La nube que coronaba la Meseta se disgregó por su centro, extendiéndose lentamente mientras iba cambiando con imperceptibles gradaciones su grisácea tonalidad. Entre la Meseta y el declive de la montaña existía una profunda quebrada, por cuyo portal, en forma de V, parecían entreverse los confines de la tierra. En la lejanía, las superficies roquizas eran áureas y sobre ellas la amarillenta faja del cielo visible aparecía cubierta como por un palio, por un jirón de nube, fragmento de la que envolvía la Meseta, que comenzaba ya a reflejar en sus tintes los rayos postreros del sol poniente.

La influencia fue paulatina al principio y con rápidas transmutaciones después, bellísimas y efímeras... nubes blancas trocándose en rosadas, con núcleos opalinos, como una concha de coral.

Hubo un momento durante el cual Chane pudo ver la escarpa oeste de la Meseta a través de una calina de tonos lila. Contemplaba un fenómeno de la Naturaleza que le exaltaba, emocionándole de un modo indefinible.

El plano superior de la nube adquirió un tinte de vio-lento bermellón; su lado oeste se convirtió en una inmensa llamarada y Meseta, cielo, declives y hondonadas, parecieron transfigurarse con una gloria que no era de este mundo y que impresionó a Chane por sus períodos de infinita belleza -breves instantes de efímero poder-, para luego trocar su ardiente fuego por más plácidos tonos oro, plata y violeta. Finalmente, llegó un momento en el que el mundo roquizo entero yació bajo un manto de púrpura que se desvaneció ante el avance de las invasoras sombras crepusculares.

Chane abandonó su elevada atalaya y descendió rápida-mente por los alisados bancos de roca que serpenteaban por los curvos declives hasta ganar el cerro de cedros sobre el Cañón del Castor. El crepúsculo cedió el paso a la noche; el murmullo del arroyo turbó la desértica quietud. Una llameante fogata de campamento, que centelleaba en la oscuridad, disipó el vago conjuro que se había apoderado de él en las alturas.

La hoguera iluminaba los fantásticos troncos de los cedros y las imprecisas formas de hombres sentados en semicírculo. La escena era usual para Chane, familiar si cabe, y, no obstante, a la sazón le chocó singularmente. Se de-tuvo entre las sombras. Uno de los hombres hablaba, pero el murmullo del arroyuelo impedía distinguir sus palabras. Varios piutes rodeaban el fuego; figuras pintorescas y salvajes, cenceñas, haraposas, desmelenados, tocándose con los típicos sombreros de altas copas.

Chane prosiguió la marcha. Aunque sin proceder con intencionado sigilo, estaba ya muy cerca del campamento cuando halló una piedra que rodó a su paso. Vio a Manerube dar un respingo, cesando en la animada conversación que sostenía con los otros. tres que escuchaban atentamente y cesaron también en su actitud. Parecióle a Chane que su repentina llegada interrumpía un coloquio en el que, por lo visto, no deseaban que participase. A no haber estado observando deliberadamente al grupo, no se habría percatado de lo obvio de su actitud, mas el repentino cambio le chocó y despertó sus recelos. ¿Qué tramaban aquellos sujetos? Le eran totalmente desconocidos con anterioridad a su visita a la comarca piute. Tres de ellos habíanse presentado en el campamento una noche, pocas semanas antes. Alegaban ser desbravadores en jornada y ofrecieron sus servicios a cambio de provisiones, de las que estaban faltos. Chane había acogido favorablemente su oferta, muy oportuna en su tarea de reunir y ajorar los potros cerriles que adquiría para revender a los mormones, y hasta el presente no tenía motivo alguno de queja. Manerube, en cambio, que se había incorporado a ellos posteriormente, no se había captado las simpatías de Chane. Jactábase, alto y recio, de ser el mejor desbravador de cerriles de Utah; era arrogante en su porte y brutal en su trato con los caballos, y por si esto fuese poco, había provocado conflictos con los piutes.

Chane se acercó al corro que rodeaba la hoguera con la firme resolución -por huraño e irrazonable que pudiese parecer -de no quitar ojo a sus indeseables e indeseados compañeros.

Manerube estaba de espaldas a la fogata. Era el tipo perfecto del caballista, alto, esbelto, flexible, bien proporcionado. Al acercarse Chane, se volvió, descubriendo el rostro curtido y atezado de un hombre que aún no tenía treinta años, audaz y sardónico. Sus rasgos fisonómicos no eran fáciles de interpretar y sus chispeantes pupilas y re-torcido bigote rubio parecían ocultar no pocos indicios de su verdadero carácter. Manerube afirmaba ser mormón, aunque Chane lo ponía en duda, si bien reconocía la evidente buena educación y la peculiar arrogancia del individuo.

-¡Hola! ¿Cómo está la pequeña *squaw* de sus amores? -rezongó dirigiéndose a Chane. Uno de los oyentes soltó una risita irónica.

Chane había soportado con inalterable buen humor repetidas instancias de una apenas velada chanza, motivada por su actitud amistosa y benévola hacia la ojinegra hija de Toddy Nokin..., amistad torcidamente interpretada por Manerube.

-Escuche, Manerube -replicó acabada la paciencia-; Sosie no tiene nada que ver

conmigo.

Manerube soltó una burlona carcajada, pareciendo acentuarse s ú antagonismo.

-Bah! Cuando de mujeres blancas o negras se trata, no conseguirá usted nunca «dársela» a un mormón -dijo.

-He vivido entre ellos -replicó Chane-, y jamás tuve ocasión de oírles hablar insultantemente de mujer alguna.

La mirada de Manerube se alteró un momento, y por sus pupilas cruzó algo indefinido que modificó sus pálidos destellos.

-¡Insultar a una *squaw*! -exclamó groseramente-. ¡Ea!, que no «cuelan» sus evasivas.

-Ni son evasivas, ni acostumbro usarlas -replicó Chane con deliberado tono-. Sosie no tiene nada que ver conmigo. Y... aprovecho la ocasión para aconsejarle que no se permita insinuar lo contrario.

-Weymer, no le creo -repuso Manerube.

Chane se plantó de una zancada al lado del otro. En el fondo le placía el giro que tomaba la situación.

-¿Acaso quiere usted decir que miento? -preguntó.

Reinó un minuto de silencio. Los piutes se percataron del cambio de tono de Chane y los camaradas de Manerube se apartaron lentamente. Éste hizo un rápido ademán de cólera puramente instintivo, mas al punto logró dominar sus naturales sentimientos. Su semblante, sin perder su aire de arrogante audacia, reveló el esfuerzo hecho por contenerse.

-Si Sosie no es nada para usted, ¿por qué aconseja a su padre que la aparte de mí? -inquirió, rehuyendo con-testar directamente a la pregunta de Chane-. Al fin y al cabo no es sino una *squaw*, para la que no existe diferencia entre un blanco y otro.

-A Sosie, como a todas las muchachas indias, le gusta estar entre blancos -replicó Chane-. Son hijas del desierto, primitivas y sencillas. Por esa razón hay tantas infelices degradadas por hombres de su calaña, Manerube.

Era evidente que si Manerube se reprimía no era por miedo a su contrincante. De su rostro desapareció todo vestigio de color y sus pupilas se clavaron en la hoguera.

-Chane -dijo-. He oído hablar de usted en Bluff y empiezo a preguntarme si será cierto lo que dicen.

-Y ¿qué dicen? -preguntó sin inmutarse Chane.

-Que ha sido usted un *squaw-man* navajo.

Lo absurdo de la declaración provocó la risa de Chane, que replicó:

-No, no estuve nunca casado con navajo alguna. Pero... le diré una cosa : preferiría mil veces casarme con una muchacha como Sosie y portarme bien, a hacer de ella... lo que usted haría.

Manerube miró al otro recatada y especulativamente.

-¡Ea! -dijo por fin-. Haré de Sosie lo que me venga en gana.

-Mientras esté usted en mi campamento, no-le ataj ó con viveza Chane-. No he solicitado su compañía. Ni me gusta. Recoja sus bártulos y sus caballos y desfile. ¡Pronto!

-Lo pensaré esta noche -replicó Manerube.

Su insolente aplomo irritó a Chane más que sus insultos. Además los atentos rostros de sus tres camaradas le chocaron. En varias ocasiones en que había manifestado su disconformidad con ciertos actos de Manerube, aquéllos lo habían tomado a risa, bromeando. Ahora, su actitud era distinta. Aleo ocurría, por lo visto. No era preciso ser un lince para comprender que los cuatro se entendían. Simultáneamente se dio cuenta de que su reputación no les era desconocida. El peculiar modo de ser de Chane v la decidida protección que dispensaba a las mujeres indias lo esforzado de su brazo y su destreza en el manejo del revólver, eran otras tantos motivos de respeto en las pampas de cerriles de Utah y de Nevada.

-Aunque opino, Manerube, que no necesita usted de mis consejos -declaró-, procure que no le encuentre con Sosie.

Chane miró al otro de hito en hito, con la misma deliberada intensidad que caracterizó

sus palabras. El odio une existió después entre el pseudo mormón y él pudo comenzar en aquel instante. Había querido saber lo que cabía esperar del sujeto. Y su primera impresión fue acertada... Manerube podía no ser lo que pretendía, pero era peligroso. Tarde o temprano estallaría el conflicto. Chane no tenía interés alguno en diferirlo. Había vivido luengos años entre los turbulentos pobladores de los abertales y no juzgaba probable que le cogiesen desprevenido. Sin embargo, al volver la espalda al grupo, atisbó sus movimientos con el rabillo del ojo. Y llevándose del campamento su hato, se instaló al pie de un corpulento cedro, en un lugar en el que las tinieblas de la noche eran más densas.

Envuelto en sus mantas, estiró sus largas extremidades, con indolente satisfacción al sentirse ganar por el sueño. Mas no tardó en ver frustrada su esperanza. No conseguía el anhelado descanso. De modo indefinido, la jornada había sido distinta a las demás. Sentíase lleno de resentimiento hacia Manerube y sus asociados ; y, no obstante su intrepidez, hallábase preocupado. Pero lo más significativo de todo era la sensación de descontento con su vida.

Si Manerube continuaba en el campo y persistía en sus atenciones hacia la muchacha piute -y lo probable era que hiciese ambas cosas-, estallaría el conflicto que Chane había previsto mucho antes de su conversación con él, aunque, a decir verdad, sin saber a punto fijo lo que podía acaecer. Estaba convencido de que era un sujeto peligroso, aunque tal vez no cara a cara y abiertamente. En consecuencia resolvió precipitar los acontecimientos, provocando a la menor oportunidad un choque que le permitiese determinar, juzgando, por la forma de conducirse Manerube, la gravedad de la situación y su importancia.

Después Chane pensó en los otros individuos que se le habían agregado. Día por día, y particularmente desde la llegada de Manerube, habíase ido acrecentando su impopularidad en el campamento. Pretendían llamarse Jim Horn, Hod Slack y Bud McPherson, nombres sin la menor significación en aquella selvatiquez. Chane tenía escasas relaciones en la región situada al sur del Río San Juan, que sólo había visitado una vez, durante la cual su principal tarea había sido cazar cerriles entre los navajos. Sus piutes tampoco poseían informes precisos de aquellos sujetos, por lo que le preocupaba más el caso. Horn y Slack no parecían dotados de cualidad especial alguna, pero McPherson, por el contrario, habíase revelado como hombre de tremenda energía e indomable espíritu. Chane habría llegado a experimentar simpatía hacia él a no habérselo vedado la impenetrable reserva del sujeto a cuanto personalmente le atañía y su actitud siempre alerta y evidentemente influida por secretas cavilaciones. Luego de ejercitar sobre el cuarteto sus más aguzadas facultades de observación y de educación, Chane hubo de reconocer que lo único definido que podía establecer era aquella actitud de alertada expectativa. ¿Expectativa de qué? ¿De que él tuviese reunidos todos los caballos que proyectaba comprar a los piutes? Era lo único que se le ocurría. Aunque la caza de cerriles no alcanzase proporciones de lucrativo negocio, había dado pie al nacimiento de varias cuadrillas de ladrones de caballos. Chane estaba casi seguro de que aquellos desbravadores, intrusos en su campamento, pertenecían a alguna de ellas, y tal idea trocaba su resentimiento en cólera. Estaba solo y no podía esperar ayuda alguna de los escasos piutes del vecindario. Lo más prudente era, a todas luces, ir dando largas al cierre de su trato con los indios.

-¡En buen lío me he metido! -dijo para sus adentros-. Esta clase de negocios no conviene.

Y por asociación de ideas dio en pensar que varios años de igual ocupación le habían llevado a ser lo que era..., un desbravador de cerriles, pobre y sin perspectiva alguna de provecho.

Durante largo tiempo había acariciado el sueño de llegar algún día a poseer un rancho en el que criaría caballos de sangre, estableciendo en él su hogar y su familia. ¡Va-nos y fantásticos sueños! El romance, la aventura, el cambio constante de escena y de acción, característicos de la ruda existencia del cazador de cerriles, le habían seducido en sus mocedades y ahora, pasada ya la adolescencia, aún le dominaban. ¿Qué otra cosa podía hacer? Se había convertido en un solitario, un vagabundo de la salvaje pampa, y no era probable que

supiese amoldarse a la quietud y al sosiego de la vida del agricultor o del ganadero.

-Tal vez si... si... -murmuró mirando, a través del oscuro follaje del cedro, a las centelleantes estrellas. En las sombras, a la pálida luz astral, parecióle ver dibujarse vagamente el dulce rostro que a veces obsesionaba su mente. Cerró los ojos con amargura. ¡Fantasías! ¡Ya no era ningún muchacho! Lo mejor de su vida había pasado estéril, inútil. ¡Qué locura! ¡Soñar con una mujer! Y súbitamente cruzó por su cerebro la sardónica repetición de Manerube de las habladurías oídas en Bluff. ¡*Squaw*-man!

-¡Y todo porque di la cara por una muchacha navajo... como ahora he hecho por Sosie! -Le dolía en el alma pensar en la posibilidad de que rumor semejante llevase a oídos de sus padres, en el viejo hogar de Colorado. ¿Qué pensaría de él su hermano menor, Chess? Chane sentía aún vivo en su pecho el orgullo de familia. Si no había logrado sacarle un mayor partido a su vida, no era ciertamente por falta de influencia, de educación o de abolengo. Le aterraba pensar adónde había llegado. En aquellas salvajes comarcas serían contados los que no interpretasen torcidamente una atención o un apoyo dispensados a una mujer india. Chane jamás había concedido importancia a lo honrado y lo puro de su conducta, pero había protegido a los incalificables rufianes que abusaban de la sencillez de corazón y de la primitiva inocencia de las doncellas indias había sido siempre la misma: parco y claro de palabra y radical en sus actos. Y aquellos cobardes se vengaban difundiendo rumores de enconada ponzoña. ¡Qué injusticia! En el fondo del alma sabía lo honrada y lo puro de su conducta, pero había protegido a más de una muchacha india, como Sosie, cabalgando y hablando con ellas, interesado, distraído, y, en ocasiones en que la soledad le pesaba en demasía, agradecido a su femenil compañerismo. Chane no acertaba a comprender dónde estaba el mal. Pero aquellas jóvenes indias se dejaban llevar con excesiva facilidad de su inclinación hacia el hombre blanco... bueno o malo. Eran salvajes del desierto. Chane se dio cuenta de lo que, en su conducta, pudo crear una mala impresión de sí mismo, en ellas quizá y ciertamente en los blancos con quienes se encontró entre los indios.

El descubrimiento trajo aparejada una desagradable hora de reflexión y auto-análisis. Una mórbida sensación de re-signado abatimiento estuvo a punto de prender como hiedra en su alma. ¡Qué locura de sueños! ¡Qué futilidad poner su afecto en un caballo! El mismo tan renombrado *Panquitch* de la Meseta, ¿valía el tiempo y el trabajo y las fatigas que entrañaría el apresarle, suponiendo que fuese posible? ¿Qué esperanzas le reservaba el porvenir? ¿Por qué no dar al olvido sus absurdos sueños, su extraña fe en una aventura, en algo romántico que había de sobrevenirle a él y a sus padres y a su hermano? ¿Por qué no dejarse llevar como el villano del desierto, adonde quisiera el viento? ¿Por qué no buscar solaz y reposo en las negras pupilas de Sosie?

La idea provocó una rebelión en Chane, una lucha contra la insidiosa flaqueza, que le hacía avergonzarse de sí mismo.

No obstante sus defectos, no obstante su inhabilidad para alcanzar lo que entre la gente se llama el éxito, Chane había sido siempre un «hombre honrado». Se aferró a la idea. Las malas lenguas no podían perjudicarle. Su vida, aunque estéril, conservaba su encanto; era libre, saludable, activo. De pronto, vio que el desierto significaba para él mucho más de lo que hasta entonces supusiera. Había amado a un caballo, podía amar a otro. Y siempre podía volver al lado de su hermano. Lo demás, ¿qué importaba? Y así consiguió conquistar y vencer el mal momento.

Salvo algunas ráfagas intermitentes que gemían entre los cedros, el ligero vientecillo había cesado. El silencio desértico planeó sobre las cosas. El arroyuelo murmuraba casi imperceptiblemente y los insectos dejaban oír sus melancólicas notas, que servían más bien para acentuar la absoluta quietud de la soledad. Chane se quedó dormido.

Despertó con el alba, cuando la oscuridad luminosa de la noche se trocaba en gris. El aire septembrino llevaba en su seno un asomo de escarlata. Chane halló que algo nuevo, templanza o fortaleza, parecía despertar con él. No ya resignación o amargo descontento con su suerte, sino una más extraña y más recia fe. Su vida sería lo que él sintiese, y no el lucro

material que antes anhelaba. Permaneció sin moverse hasta oír andar a los otros por el campamento, de acá para allá, y el chasquido de cascos sin herrar contra los guijos. Entonces se levantó y, calzándose, se echó la chaqueta al hombro y fue hacia la fogata. Su silla de montar y su fardería estaban apiladas bajo un cedro. De uno de los hatos sacó su biricú, del que pendía su pistolera con su Colt y municiones y se lo ciñó a la cintura. Hasta entonces no había tenido costumbre de hacerlo.

Dos piutes habían llegado al campamento, jinetes sobre potros semisalvajes y esperaban para desmontar que les invitasen a comer. Tres de los hombres estaban atareados... Slack, amasando la pasta de galleta; Horn, porteando agua, y McPherson, cortando lonchas de una pierna de carnero. Chane vio en seguida a Manerube lavándose en e arroyo.

-Oiga, Weymer, sus compadres indios se han dejado caer por acá a la hora de la «manduca», como de costumbre -observó ásperamente Slack.

-Esa veo. Parece ser la moda entre caballistas el venir a comer «a mi costa» -replicó Chane.

-¡Bah! Los piutes son bastante decentes. No consentirían que nadie pasase gana-dijo Horn.

McPherson miró a Chane con un curioso destello en las pupilas. No era tan joven como sus camaradas. Su semblante acusaba experiencia de la vida selvática en todos sus aspectos y las bronceadas y enjutas mejillas, la recia mandíbula inferior, el fruncido entrecejo, parecían partes de la máscara con que ocultaba sus pensamientos.

-¡Hola! ¡Hola! ¿Con la artillería a cuestas? -dijo echando una ojeada al revólver de Chane.

-¡Vaya! Estas mañanitas de septiembre empiezan a ser frescas -replicó animadamente el interpelado.

Slack soltó una carcajada y un guiño iluminó el cetrino semblante de Horn.

-¿Qué mosca os ha picado, compañeros? -preguntó hoscamente McPherson posando su penetrante mirada en los otros-. No veo dónde está la gracia... Weymer faroleando con un arma.

-Lo que me hizo cosquillas fue lo que dijo -replicó Horn.

-Opino, Weymer -prosiguió lentamente McPherson-, que no siente usted precisamente simpatía por Manerube y... no me extraña, ni le censuro. Lo que le dijo a usted anoche no es de buen tragar. Así se lo hice saber a él. Teniendo en cuenta que viene sentándose a la hoguera de su campamento, no procedió como un caballero. Pero me consta que lo deplora y que no tiene deseo alguno de chocar con usted.

Una simple ojeada al reposado semblante de McPherson bastó a Chane para convencerse de que el sujeto era pro-fundo como el mar. Su actitud corroboraba demasiado sus palabras. Un observador menos sagaz que Chane se habría inclinado a la benevolencia, pero éste sentía y pensaba con excesiva intensidad para dejarse embaucar por nadie. Aquellos hombres abrigaban malas intenciones hacia él.

-Nunca busco choques, McPherson, excepto cara a cara y aún me lo pienso mucho -replicó Chane con sarcasmo-, pero me desperté a disgusto sin mi pistola.

-¡Hum! -gruñó el otro reasumiendo su tarea.

Chane razonó que no tenía el menor temor a aquellos individuos y deseó hacérselo saber así. En tanto que estuviesen frente a frente, no podrían agredirle por la espalda y si llegaba el caso de una abierta agresión a quemarropa, sufrirían ellos tanto como él. En tales circunstancias un hombre no puede sacar fácilmente un arma. Y en un combate a larga distancia, Chane llevaría la voz cantante, por-que era poseedor de un rifle que se proponía ocultar siempre que no lo tuviese entre manos.

Poco después, Manerube ascendió por el repecho del arroyuelo, secándose la cara con un pañuelo. Chane hubo de reconocer que el sujeto era apuesto y de un tipo apto para interesar a una mujer blanca y mucho más a una india.

-Buenos días, Weymer -dijo no sin violentarse-. Le ruego que pase por alto mis

impertinencias de anoche. Es-taba de mal talante.

-Conformes. Encantado -replicó afablemente Chane. Era obvio que a Manerube le habían hecho alguna indicación.

En esta situación, anunció Slack:

-¡Venid por ello![2]

Y los cinco hombres se consagraron al desayuno, asunto de capital importancia en el desierto. Comieron en silencio, hasta haber consumido cuanto de comestible o «bebestible» había a la vista.

-¿Qué haces hoy, Bud? -preguntó Manerube levantándose y enjugándose los labios.

-¡Psh!..., depende del jefe de este equipo-contestó lentamente McPherson, mirando de hito en hito a Manerube; mas éste pareció no darse cuenta de la insinuación, si es que, en realidad, existía.

-Si no recuerdo mal, Weymer -dijo Manerube-, anunció usted su propósito de tomar el camino del Agujero en la pared, en cuanto los piutes le trajesen el resto de los potros que ha comprado; ¿no es cierto?

-En efecto, así es. ¿Y a usted qué le importa? -preguntó Chane plácidamente.

-Según manifestó, piensa venderlos en Wund. Bien. Allá vamos nosotros y le ayudaremos a conducir la caballada... si se da prisa. Ha llovido en la cuenca del San Juan y habrá crecida.

-El San Juan está ya en plena avenida, según me dijo ayer Toddy. Opino que valdrá más esperar a que de-crezca.

-¡Pero si puede tardar semanas! -objetó Manerube.

-Por mí, que tarde lo que quiera, me da igual-replicó Chane-. No es menester que ustedes me esperen. Me llevaré algunos piutes. En el fondo, los prefiero.

-¡Condenados se vean! -estalló Manerube, súbita-mente encolerizado.

Al oírle, McPherson le dio tan violento golpe en el pecho que le hizo caer de espaldas.

-Óyeme bien, Manerube -dijo con voz cuyo acento contrastaba extrañamente con su acción-. No estamos dispuestos a que hables más en nuestro nombre. Jim, Hod y yo aguardaremos gustosos a Weymer. Estamos sin provisiones y no toleraremos que le indispongas con nosotros.

La inconfundible expresión de sorpresa de Manerube, ante la acción y el discurso del otro, convenció a Chane de que carecía de autoridad sobre los tres restantes y de que una ruptura era inminente.

[2] *Come and get it.* Es la fórmula sacramental con que se anuncia en los campamentos americanos, y especialmente entre *cowboys,* que la comida está *a* punto. -*N. del T.*

II

Chane se apartó de pronto del círculo de la fogata. No le repugnaba, ni mucho menos, la posibilidad de una disensión entre ellos y de la subsiguiente querella que reduciría el número de sus contrincantes. Fuertes voces le anunciaron el comienzo de la disputa y observó, significativamente, que la de McPherson no se distinguía entre ellas.

-Si Manerube tiene dos dedos de frente se guardará muy mucho de hostigar a ese hombre. Pero... ¡ojalá no los tenga!...

Se apoderó de su rifle, que por lo general dejaba en el campamento durante sus excursiones diurnas. Para un cazador de cerriles el rifle es un estorbo y una carga inútil en la silla, pero había reflexionado que, arma de tan largo alcance, compensaría la ventaja numérica de Manerube y sus compinches, que sólo llevaban el Colt corto, habitual entre los picadores de la Pampa. En lo sucesivo, engorroso o no, el rifle iría siempre en su silla.

Con él en la mano y la brida al hombro, Chane abandonó el campamento y fue en busca de sus caballos. Mirando hacia atrás desde la cresta del declive tuvo la satisfacción de ver a los cuatro sujetos enzarzados en acalorada contienda.

-Daría cualquier cosa por saber quiénes y qué son-murmuró-. Apuesto a que se proponen robarme los potros. No se perdería mucho. Pero... han echado el ojo a *Brutus* y eso ya es distinto. Para hacerse con él tendrán que pasar sobre mi cadáver.

Brutus era el nuevo caballo de Chane, adquirido en su última visita a territorio mormón. Aún no lo había montado ni sabía de qué era capaz. Dos años antes había perdido un animal querido, y desde entonces todos le eran indiferentes, exceptuando el famoso y casi mítico *Panquitch*. La pérdida le impresionó tan hondamente, que llegó a temer la posibilidad de hallar otra animal por el que pu-diera sentir afecto. Pero *Brutus* se había ida captando sus simpatías, especialmente desde la llegada de los cuatro pseudo-desbravadores. Horn había intentado pedírselo, Slack quería que se lo prestase, Manerube ofreció comprarlo y McPherson declaró jocosamente su intención de robárselo.

-¡Es particular lo que un hombre puede llegar a encapricharse de un caballo! -pensó Chane bajando la ladera-. *Brutus* me llamó la atención en cuanto le eché la vista encima, aunque no lo hubiera comprada nunca a no ser por su baratura y... me habría equivocado.

Intentó recordar el remarcable panegírico de los mormones respecto al caballo. *Brutus* llevaba en sus venas la mejor sangre de Colorado. Su padre fue un garañón salvaje y la yegua alardeaba de tener una larga ascendencia de Dura raza, tenía seis años y había pasado toda su vida en la región más abrupta e intrincada del Colorado occidental. No se le conocía rival como caballo vaquerizo, y, no habiéndole montado cowboy alguno, su excelente disposición permanecía inalterada. Jamás había dado un mal paso, ni una corveta, ni una espantada. Era raudo e incansable... Chane no recordaba más, maravillándose de no haber dado crédito a tales elogios desde el primer momento, si bien comprendía, y se explicaba, su poco interés al notar que la sola idea de que *Brutus*, o el mismo *Panquitch*, pudiesen llegar a llenar el vacío de su corazón, le angustiaba.

Abandonó el sendero en su intersección con el arroyo Castor y siguió el curso del agua hasta el cañón a través de junqueras y cedros, bajo una ladera de piedra amarilla. Chane poseía tres caballos hateros o de carga, y dos de silla a más de *Brutus*. Toddi Nokin los había llevado al Cañón del Castor. La maleza estaba húmeda aún por la lluvia de la víspera y el agua del arroyo no era tan cristalina y límpida como de costumbre. En su rápida corriente arrastraba ramas desgajadas y hojas muertas. Entre las peñas graznaban los grajos azules, y los típicos vencejos del cañón piaban, refulgiendo al sol. En la lejanía oíase el balido de los corderos' indios.

El cañón abría sobre un estrecho parque purpúreo de salvias, salpicado de rocas rojizas y circuidas por una irregular línea de verdura en los parajes en que la hierba y los juncos bordeaban el arroyo. Chane encontró allí sus caballos. Montaba uno blanco, llamado Andy, que, según los desbravadores, gozaba en San Jorge fama de ser lo que vulgarmente se dice «de un solo hombre», o sea que sólo se dejaba montar y dominar por su dueño. Chane, más por vanidad de demostrar que era capaz de domeñarle, que por otra razón, le había dado preferencia sobre *Brutus*. Andy era blanco, excepto por algunos puntos negros, enjuto de carnes, duro y nervioso. Chane habíale hallado excelente en toda clase de terreno, salvo en arena. Andy no conocía la arena.

Con la usual cautela del avezado desbravador, se acercó a los caballos y todos ellos, menos *Brutus*, se pusieron fuera de su alcance. *Brutus* engalló la magnífica cabeza, mirándole con suspicaces y astutos ojos.

Brutus por el campamento andan sueltos ladrones de caballos, tendré que echarte una ojeada -dijo Chane. So-lía hablar a sus caballos, quizá por lo mucho que estaba a solas con ellos.

Examinó al animal como si no lo hubiese visto nunca, y, durante la operación, se dio cuenta de que en realidad no le conocía. Hubo de confesar a desgana que era un ejemplar soberbio, y sufrió una especie de remordimiento de conciencia ante lo que parecíale deslealtad a la memoria del otro querido animal. La confesión y el remordimiento modificaron sus relaciones con *Brutus*

-Tú y yo tendremos que entendernos -decidió.

Aunque de más alzada y cuerpo que la generalidad, *Brutus* no era ningún gigante. Su desarrollo muscular le hacía parecer anormal, tanto, que el más ligero aumento de musculatura le habría hecho disforme. Su pecho era fornido, ancho, profundo, prodigioso depósito de energía. Chane no había visto nunca remos tan perfectamente proporcionados, terminando en cascos de adecuada capacidad. El cuerpo era grande, redondeado, liso, sin descubrir ni un hueso.

Remataba el cuello, ancho y finamente enarcado, una cabeza perfecta, que mantenía erguida mirando a Chane. En el testuz resaltaba un óvalo situado inmediatamente debajo del amplio espacio entre los ojos. Su pelo era de un alazán tostado, casi negro, refulgente al sol.

Chane acababa siempre juzgando a los caballos como juzgaba a los hombres por la expresión de sus ojos. Los caballos tienen tanto carácter como los seres humanos, y emociones e instintos similares. Chane sustentaba la teoría, poco corriente entre desbravadores, de que la lentitud pone de relieve los mejores rasgos de cualquier animal. El que un caballo sea resabiado no siempre quiere decir que haya nacido así.

Los ojos de *Brutus* eran grandes, garzos, llenos de animación y, en aquel momento, de interrogante incertidumbre. Demostraba su inteligencia. Chane se cercioró de que no le habían espoleado, ni endurecido la boca a fuerza de serretazos como a la mayoría de los caballos de su edad. No estaba maleado. Su forma de engallar la cabeza le complacía en extremo. En su actitud adivinábase arrogancia y brío. Parecía preguntarle a Chane:

¿Qué tienes tú que alegar en tu favor?

-*Brutus*..., una vez tuve un caballo... -dijo Chane vacilando -y desde entonces... no me ha interesado ningún otro. Pero... tú y yo seremos amigos.

Con las palabras pareció recobrar su antigua y confiada manera entre caballos. Se acercó a *Brutus*, poniéndole una mano, .lenta, pero segura y firmemente, en el reluciente cuello. *Brutus* se estremeció, aunque sin pretender apartarse. El picador observó complacido que no requería ronzal ni cabestro.

Se dejó poner la brida, aunque recelando de la operación y, sobre todo, del rifle que Chane llevaba bajo el brazo, pero tomó el bocado fácilmente, siguiendo luego con toda docilidad al desbravador. Tenía un paso largo y pronto puso el morro a nivel del hombro de Chane. Antes de ganar el campamento, Chane llegó a la conclusión de que *Brutus* había echado de menos las atenciones y la compañía de un jinete.

McPherson y sus dos camaradas estaban a la vista, pero Manerube había desaparecido. Mientras ensillaba el caballo se le acercó el primero. Su rostro era la habitual más-cara broncínea de impenetrables ojos, pero en su persona notábanse aún rastros de una recién dominada pasión.

-Sabrá usted que Manerube entró a saco en sus provisiones, lió su petate y se largó -dijo.

-¡Vaya, enhorabuena! -declaró Chane con sincero alivio.

-Él y yo tuvimos unas palabras, pero... no conseguí hacerle sacar y la cosa no pasó a mayores.

-¿Adónde va? -quiso saber Chane.

-Dijo que a Bluff, pero opino que, en efecto, será bluff[3] -replicó el otro-. Tomó la senda principal del Castor, pero me encaramé a ese peñasco para observarle y le vi salirse del sendero en los cedros.

McPherson señaló con la robusta mano allende el cañón, hacia la falda de una colina cubierta de cedros, en la que se bifurcaba el camino, dirigiéndose una de sus ramas al campamento piute.

-Entendido, Bud -asintió Chane concisamente-, me da usted una idea.

-Tan de fijo como que usted es un desbravador, que Manerube se las «guilla» con su pequeña *squaw* piute.

El buen humor de Chane se trocó en irritación. Miró a McPherson con marcado disgusto.

-No es mi *squaw* -dijo vivamente.

-No quise ofenderle. Pero... a alguien pertenece, de fijo. Por lo menos, a Toddy Nokin. Y repito que si usted o Nokin siguen los pasos a Manerube...

-Voy a ganarle la mano-exclamó Chane montando de un salto en *Brutus*.

-¡Eh! -gritó McPherson-. No se lleve la idea de que por no haber disparado sobre mí no disparará sobre usted Manerube. Usted y yo somos... dos proposiciones distintas.

-Muchas gracias -replicó Chane-. Si Manerube encañona más aprisa que yo... le lego a usted mis provisiones.

McPherson replicó con otra pulla que Chane no pudo percibir por el repiqueteo de los cascos. *Brutus* no había requerido acicate de palabra o de espuela, respondiendo al simple toque de la brida en forma que le cautivó.

-¡Bravo, muchacho!¡Eres «cabal»! -dijo.

A corta distancia, hallaron la cresta de una loma roquiza en la que Chane hubo de refrenar a *Brutus* No le fue preciso colgarse de la brida y mantenerla tirante, como le ocurría con Andy y otros caballos de brío que había montado. *Brutus* se dejó ir por el pedregoso declive vadeando luego el arroyo. Sus cascos resonaban en las pasaderas que formaban el cauce. Chane tomó el cañón a galope, y cruzó la planicie de salvias para llegar a una arbolada escotadura de la pétrea muralla, por la que corría una vereda hasta la meseta superior, en la que los indios apacentaban sus caballos y sus carneros. Al llegar a la roquiza elevación, había adquirido ya el convencimiento de estar montan-do un caballo magnífico. *Brutus* se adueñaba de sus simpatías.

Había ascendido la empinada cuesta sin mayor esfuerzo del necesario para salvar el llano. Ya en la cumbre, el noble animal inspiró profundamente, dilatando su enorme pecho, y aquélla fue la única señal que dio de cansancio.

-Reconozco, *Brutus*, que te he hecho apretar el paso, pero no hay razón para esa indirecta -observó Chane.

[3]Juego de palabras imposible de reproducir. *Bluff* es el nombre de un poblado y significa, además, bravata, faroleo, jactancia. -*N. del T.*

El descenso de la gradual ladera fue fácil. La fragancia de la selva impregnaba la brisa. La planicie se extendía con sus macizos de verdes cedros, sus amontonamientos de rocas amarillentas, sus largas hileras de crestas de cañones que el sol matutino enrojecía. Acá y acullá divisábanse manadas de potros, y un rebaño de carneros se movía en el desierto como un manchón blanco y negro.

Hacia el Este, la pradera parecía infinita; mas hacia el Norte, un contorno irregular acusaba su intersección con el selvático mundo de peñascos y rocas azotadas por los eternos vientos.

El *hogan*, o vivienda de Toddy Nokin y su familia, es-taba enclavado en la base del declive, al borde de la desnuda altiplanicie. Eran simples albarradas de tierra, que una estructura de madera de cedro sustentaba, similares a las de los navajos. Su única abertura, la puerta, se abría al Este.

Aunque temporales, las viviendas tenían apariencia de práctica utilidad.

Espirales de humo azulado salían de los agujeros circulares de sus tejados; cachorros blancos y negros retozaban con cobrizos pequeñuelos semidesnudos; potros enjaeza-dos con toscas sillas indias y mantas multicolores, aguar-daban pacientemente con las bridas arrastrando en un corral cercado por ramas de cedro plantadas en el suelo; un rebaño de ovejas y de cabras saludó con sus balidos a Chane, a la par que los perros ladraban agresivamente.

Al acercarse al primer *hogan*, los pequeños indios des-aparecieron como por ensalmo, y una de las *squaw*s de Toddy Nokin salió afuera, manifestando, a preguntas de Chane, que aquel habla ido a caza de caballos. Un bravo anciano de cabeza cana y rostro surcado de arrugas salió a la puerta del *hogan*, extendiendo una huesuda y temblorosa mano para subrayar direcciones demasiado complicadas para Chane, quien preguntó por Sosie, seguro ya de que si Manerube abrigaba designios contra ella, tenía tiempo bastante para desbaratarlos. La *squaw* señaló hacia un soto de cedros, allende el corral.

Allá se encamino Chane y encontró a Sosie a la sombra de los árboles con otra *squaw* de más edad, que tejía una manta. Echó pie a tierra y, acercándose, miró con más interés que de costumbre a la muchacha, que contestó a su saludo en correcto inglés. A pesar de que tenía dieciséis anos escasos, ya había pasado nueve en un colegio gubernamental. Comparada con las otras indias, era de muy buen ver, quizá por haber conservado los hábitos de pulcritud y de aseo que en la escuela le inculcaron. Cenceña, de corta estatura, tenía un rostro pequeño y ovalado, tez de un bronce claro y cabello negro como la encima. Los ojos eran demasiado grandes para el rostro, pero bellísimos. Vestía una blusa de terciopelo de algodón, oscuro, con collares de plata, y la falda era larga, amplia y de vivos colores. Calzaba los diminutos pies con mocasines de botones de plata.

Su sombrío semblante se animó al ver a Chane. Él estaba habituado a sus modos, que en el fondo creía justifica-dos. Sosie se expresaba con soltura, y gracias a sus coloquios, Chance había podido aprender mucho más de los indios y de la tragedia que la educación europea suponía para muchachas como ella, que cuanto de otro modo hubiese aprendido. Al parecer, aquella mañana, Sosie tenía un nuevo motivo de disgusto. Su padre, Toddy Nokin, que-ría casarla con un joven pinte dueño ya de otra mujer, y no comprendía su negativa. Chane simpatizó con ella, aconsejándole que no se casara con indio alguno al que no amase.

-No podré nunca amar a un indio -replicó Sosie con repugnancia.

-¿Por qué? -preguntó Chane.

-Porque los muchachos indios, aun los más instruidos, acaban volviendo a las sucias costumbres de sus padres. Nosotras, las mujeres, aprendemos la manera blanca de vivir y cobramos afición al aseo personal, a la ropa limpia y a la buena comida. Cuando intentamos hacer alguna advertencia a nuestras familias, nos censuran, reprochándonos que nos creemos superiores a ellos. Mi padre me dice: «Eres de mi misma sangre, ¿cómo es que mi modo de ser te desagrada?» Y si se lo explico, no me comprende.

-¿Por qué no los dejas y te vas a vivir entre blancos? -preguntó Chane.

-Tendría que ser como sirvienta y son raras las indias que encuentran buenas casas.

-Por lo visto, Sosie, el educar a las muchachas indias es un error -observó seriamente Chane.

-No digo que lo sea, pero sí que es una carga para ellas. Si pudiese acceder a los deseos de mi familia, lo celebraría, pero... no puedo. Y cuando miro a un blanco se encolerizan conmigo.

-Sosie, la mayoría de los blancos, por lo menos los de estas tierras, son indignos de que pongas los ojos en ellos -replicó Chane.

-¿Por qué? -Me gustan más que los indios-protestó francamente ella.

Chane comenzó a vislumbrar las dificultades de su misión. No se le había ocurrido que Sosie pudiera preferir la compañía de un mal hombre, si era blanco, a la del mejor indio que su padre eligiese. Tras un momento de deliberación, la exhortó tan clara y afectuosamente como si fuera su hermana, procurando hacerle ver que Manerube o tipos de su jaez no podían tener sino malvados designios contra ella. Cuando, agotados sus argumentos, concluyó, Sosie le dijo:

-Parece usted el misionero de nuestro colegio. Prefiero que me hable de amor.

-¡Pero Sosie! -exclamó Chane, atónito al ver su inocencia-. ¡Yo no te he hablado nunca de amor!

-No. Usted es diferente de otros blancos de por acá -replicó ella en un tono que, a decir verdad, no implicaba que le mereciese mayor respeto la diferencia.

-Si te hablase de amor, sería para pedirte que te casaras conmigo -continuó Chane sin saber qué decir a aquella descarriada criatura.

Recibió la aclaración con una tímida sorpresa, con un deje de coquetería y de correspondencia, singularmente atractivo. Chane la compadeció, adivinando, a la par, que, cuando menos, hasta entonces, las atenciones que otros blancos le prodigaron no habían llegado a pulsar las más hondas fibras de delicadeza y de dulzura de su alma. Sorprendió la fatalidad de su posición, causándole un positivo desasosiego. No la amaba, mas por un instante llegó a desearlo. Su ansiosa perturbación le hizo desatarse en una enfática invectiva contra Manerube y sus métodos. Sosie le escuchaba atentamente. Era, a todas luces, un momento de insólita excitación para ella.

-Pero... Manerube dice que se me llevará de aquí -replicó al concluir Chane su apóstrofe.

La declaración impresionó al joven.

-¡Ya lo creo! ¡Pero tú debes negarte a seguirle!

-¡Me escaparé con él! -replicó la muchacha como anunciando algo inevitable.

-¡No. Sosie, no! -dijo Chane-. Me opondré a que lo hagas. Ya he dicho a Manerube que procure que no le vuelva a ver contigo.

-Y... ¿qué haría usted en tal caso, *señor* Chane? -preguntó ella con una curiosa expresión en la mirada.

-Depende de lo que hiciera él -contestó un tanto desconcertado el joven Chane-. Cuando menos, darle una paliza de primera.

-Me pareció oírle decir a usted que no estaba enamorado de mí -gritó Sosie con una especie de salvaje alegría.

Chane levantó los brazos al cielo. Era imposible, oyéndola hablar, tener siempre presente que era india, aunque sus mismas palabras evidenciasen, de modo incontestable, que no era blanca. Chane experimentó un súbito impulso de decirle que la amaba, librándola así de Manerube; mas, recapacitando, desechó la idea que entrañaba un sacrificio mayor del que estaba dispuesto a hacer por ella.

-¿No comprendes, Sosie? -dijo pugnando por no perder la paciencia-. No te amo como un hombre de mi modo de pensar ha dé amar a una mujer para... para hacerla su esposa. Pero te aprecio. Me das lástima. Te tengo por una muchacha delicada e inteligente Quisiera ayudarte. Manerube lleva malas intenciones. Me consta. Se lo he oído decir a él mismo. Traerá la ruina a tu cuerpo y a tu alma. Prométeme no volverle a ver -Sí. Lo prometo... a condición de que usted venga de vez en cuando -accedió ella, ganada por su espíritu. Las negras pupilas estaban arrasadas de lágrimas. Era una criatura sencilla, impulsiva, pura de corazón en el fondo, con la sangre ardiente de su raza en las venas.

-Claro que vendré... mientras... -se interrumpió de repente. Iba a decir mientras permaneciese allí acampado, pero creyó oportuno callar la circunstancia, de momento, y no aludir a su próxima partida-. Dentro de una hora estaré de vuelta. Espérame aquí.

-Adiós, *señor* -murmuró complacida, en español, sabiendo que a él le agradaba.

Chane retrocedió al *hogan* esperando hallar a Toddy Nokin o a cualquiera de los indios. Creía prudente aconsejarles que no perdiesen de vista a Sosie. No, estaba muy seguro de ella. No encontró a nadie y encaminó a *Brutus* hacia el abertal de salvias. Cabalgando, perplejo por el intrincado problema de la muchacha, cuya solución no veía, se percató de que aun compadeciéndola, su simpatía hacia ella era, en aquel momento, de distinta naturaleza de la que hasta entonces le había inspirado. En cierto modo había «idealizado» a Sosie. Y le humillaba, provocando su despego, el saberla complacientemente dispuesta a seguir a un sujeto de la calaña de Manerube.

Chane atravesó la ondulada altiplanicie sin desviar la vista del sitio, por donde tendría que pasar aquél, en el caso de que resolviese, aventurarse a ir al campamento indio. Pero no se advertían en aquella dirección señales de caballo alguno.

-Probablemente fue una bravata -declaró aliviado Chane. A pesar de la insinuación de McPherson, no tenía muy elevado concepto del valor físico de Manerube.

Dando un rodeo, hacia el Sur, ganó por fin la elevación que corría paralela a un valle poco profundo, gríseo y púrpura, de salvias, salpicado de roca y de cedros y en el que varios caballos ponían una nota de movimiento y vida. Toddy Nokin y sus bravos ajoraban el resto de la potrada que Chane había ajustado con ellos. Le complació verles, porque algunos de los animales se habían internado en Cañón Piute, garganta montañosa, larga y profunda, de muy difícil acceso.

Brutus había visto también las movedizas figuras que la distancia empequeñecía y engalló la cabeza, aguzando las orejas. Chane le hizo tomar el gradual descenso, siéndole pronto evidente que el animal no necesitaba de indicación alguna, salvo, quizá, en terreno inusitadamente abrupto o quebrado. El matorral de salvias no pareció perturbarle lo más mínimo. Lo atravesó impertérrito. Las asperezas del rojizo suelo eran para él inexistentes. El tamaño de sus cascos, la robustez de sus patas, su destreza y su discernimiento, hacían de *Brutus* un caballo seguro de montar en cualquier circunstancia.

En el centro de la ovalada depresión había un corral que abarcaba una faja estrecha y larga de excelente pasturaje, delimitada en dos de sus caras por cercas de piedra que convergían en su parte arribeña, y en la más amplia, que servía de entrada, por una valla de estacas de cedro. Aun en las épocas de mayor sequía hallábase agua en el profundo horado de las rocas, en el punto de reunión de las cercas, agua que, a la sazón, formaba un arroyuelo. Cuando llegó Chane, Toddy Nokin y sus indios estaban aballando una punta de potros al corral.

Librodot

El desbravador entró en el cercado para examinar los animales. Eran nueve, y lo más escogido del lote que había visto. Un ruano se destacaba. Bien nutridos y, por contraste con la mayoría de los jacos indios, nada cerriles. Los pintes trataban a sus bestias mejor que los navajos. Estos últimos eran nómadas del desierto y rara vez se tomaban el trabajo de domar, o amaestrar debidamente, a un caballo. La mayoría de potros navajos eran muy espantadizos, condición que desagradaba particularmente a Chane. Les habían apaleado brutalmente en la cabeza, o montado, utilizando crueles serretas, o, en general, empleando cualquier forma de violencia que les causaba lesiones de las que jamás se restablecían.

Toddy Nokin entró en el corral y sus bravos, que eran sus hijos, pusieron los travesaños que formaban la puerta. Extendiendo las manos ante Chane contó con los dedos hasta veintiséis, anunciándole así que no estaba dispuesto a vender más. Chane había confiado adquirir mayor número, pero sabía la inutilidad de intentar convencer a Toddy.

Por señas le indicó que desmontase y, echando él mismo pie a tierra, fue entre los caballos. Hasta que los hijos de Toddy-los reunieron en pelotón no se dejaron poner la mano encima. Entonces, Chane, ducho en un proceder que además de serle grato constituía la base de su profesión, los examinó detenidamente uno a uno. Era por naturaleza amante de los caballos, y si su fortuna se lo hubiese permitido, le habría gustado poseer un millar. Des-de el primer momento el ruano azulado cautivó su atención.

-Blue (azul), me parece que me quedo contigo -dijo.

A poco, los tuvo a todos reconocidos a su satisfacción, y se sentó a la sombra de un cedro. Toddy hizo lo propio liando un cigarrillo.

-Toddy, valen más de lo que yo ofrecí y tú accediste a aceptar -dijo sinceramente Chane.

El piute hizo un ademán que significaba que el trato era trato y luego preguntó:

-¿Cuánto pagarán mormones?

-Veinticinco dólares por el conjunto, y más por los mejores -replicó Chane.

El otro sacudió la gris y crespa cabeza como si la cosa fuese digna de ser considerada.

-¿Por qué estar bueno ahora el negocia? -quiso saber.

Chane le explicó que una empresa tratante en caballos de San Luis había recientemente alentado la caza de caballos cerriles' en Nevada, Utah, lo que, en consecuencia, infundía mayor actividad a los mercados mormones.

-¡Ugh! -gruñó Toddy, añadiendo luego que aballaría más' jacos de su propiedad y compraría otros a los navajos para llevarlos allende los ríos en la próxima luna.

-La próxima luna -repitió Chane-. Eso vendrá a ser a mediados de octubre.¡Bravo! ¿Me los venderás a mí, o a los mormones?

-A los mormones -contestó astutamente Toddy, si bien agregando que pagaría a Chane su comisión caso de que le hallara compradores.

-Quizá pueda obtener mejores precios de los desbravadores -replicó Chane-. ¿Dónde nos volveremos a ver, Toddy?

El piute alisó con la mano un espacio del suelo y con un palito trazó una especie de mapa. El procedimiento era siempre interesante para Chane, Los indios son por naturaleza artistas y guardan en la mente su maravilloso conocimiento del terreno. Toddy Nokin trazó líneas que representaban los ríos San Juan y Colorada, señaló con un punto el lugar conocido con el nombre de *Hole in the Wall* (agujero en la pared), desembocadura de la selvatiquez de los cañones, que los salteadores habían hecho famosa pocos años antes; luego indicó las montañas Henry a la derecha, y la Meseta del Caballo Cerril a la izquierda, situando, entre ambas, el camino que proyectaba seguir. Allende la Meseta, en un lugar que llamó *Nightwatch Springs* majadearía a los caballos para que engordasen y se repusieran de la ruda y larga jornada a través de la roquiza región.

-*Nightwatch Springs* -repitió Chane-. He oído a alguien hablar de ese lugar... tal vez algún observador... Toddy, señala dónde está la aguada.

Toddy enseñó a Chane el punto en donde debería abandonar el camina principal pinte, al norte y oeste del extremo inferior de la Meseta, procurando darle la impresión de que los blancos ignoraban la existencia del manantial, enclavado en un bellísimo y vasto cañón pródigo en hierba.

Cuando quiera un rancho para criar caballos -concluyó el indio con expresivos ademanes-. Toddy enseñará buen sitio.

Tanta confianza por parte del taciturno viejo piute impresionó a Chane por sus posibilidades.¡Qué pronto veía recompensada su afabilidad y la protección que dispensó a los indios!¡Jamás piute alguno había dejado impagada una deuda contraída!

-Toddy Nokin, eres un buen hombre -dijo' Chane sacando la cartera-, aquí tienes el importe de tus veintiséis jamelgos. -Contó las billetes uno a uno, y puso la suma en manos del indio. Sin volverla a contar, Nokin se la guardó en el bolsillo interior del chaquetón, como había visto hacer a los blancos.

-Aquí se ha acabada la hierba -dijo agitando la mano en dirección al corral-. Váyase ahora.

No entraba exactamente en los planes de Chane el emprender la jornada con la premura [q]ue el indio parecía querer sugerir, mas un momento de reflexión le demostró cuán necesario era seguir su consejo. Si volvía a dejar en libertad a, los potros, se dispersarían para ir al sitio de sus pasturajes habituales. Habíanse precisado dos semanas para aballarlos. Chane vio la situación desde el mismo punto de vista que Toddy. Los potros debían ponerse en camino sobre la marcha [p]ara salvar los ríos, majadeándólos por las noches o dejándolos trabados en aquellos parajes donde la hierba fuese a[p]rovechable. Su intención había sido diferir su marcha de la [p]am[p]a a causa de la desconfianza que McPherson le inspiraba, [p]ero ahora su proyecto era imposible. Si algún riesgo le amenazaba [p]or parte de aquél, o de sus asociados, no era verosímil que fuese mayor entonces que dentro de una semana. Decidió le-yantar el campo aquel mismo día y así se lo comunicó a Toddy Nokin, quien, al saberlo, manifestó su intención de acompañarles con sus hijos durante los dos primeros días del viaje, hasta que los potros saliesen de su territorio.

Encargando a su prole que le siguiesen con los animales, Toddy fue con Chane, ladera arriba, hacia los altozanos y colinas que marcaban la región de los cañones. Los *hogans* del indio hallábanse enclavados un tanto al sudoeste del valle de salvias en que los potros habían estado de forma que, a su regreso, el camino seguido por Chane se cruzara con el que Manerube tendría que seguir en caso de que éste resolviese presentarse en el campamento de Toddy. La contingencia trajo a su memoria la promesa hecha a Sosie. Iría, aunque sólo fuese para despedirse de ella, regresando luego, cuanto antes, a su campamento. McPherson, Horn y Slack ocupaban primordialmente sus pensamientos. La situación distaba mucho de ser de su agrado, mas no se le ocurría alternativa posible.

Al trate largo, Chane, seguido de. Toddy abordó una zona de amarillentos y gríseos peñascos, roídos por los vientos, altos algunos de ellos como cerros y con abruptas y empinadas laderas. A su alrededor crecían en abundancia los cedros, así como en las tortuosas veredas que los separaban.

Al doblar un recodo de rocas, las avizoradas pupilas de Chane distinguieron un hatero trotando hacia él y después parte de otro caballo medio oculto [p]or los cedros. Estaban en línea con él. Rápido como un relámpago, echó pie a tierra indicando a Toddy con un ademán que le imitara, v de la brida llevó a *Brutus* tras un frondoso y achaparrado cedro. El indio se escurrió en su seguimiento, atisbando por entre el follaje.¡Hum! -gruñó.

Chane vio a Manerube acercarse a buen paso, llevando del ronzal un hatero. Detrás de él aparecía y desaparecía, a intervalos, una negra cabeza. Poco después, Chane pudo distinguirla mejor.

-¡Sosie! ¡Mal rayo me parta!... -exclamó entre sorprendido y consternado.

Librodot

La india cabalgaba a grupas de Manerube, ciñéndole con sus brazos la cintura. Por un instante el sol dio de lleno en su bronceado rostro. El desbravador, inmóvil, atisbó atentamente hasta tener al forajido a unos cien pies del cedro, que les ocultaba a él y a Toddy. El rostro de la india se bamboleaba junto al hombro de su acompañante, y, en verdad, que a juzgar por su expresión, no era el de una muchacha raptada contra su voluntad ni mucho menos. Al sonreír, sus blanquísimos dientes centelleaban. Las pupilas parecían chispear de gozo.

El arrebato de cólera que experimentó Chane fue tanto contra Manerube como contra ella. Sacando de su funda el rifle, que llevaba en el arzón, se lo echó a la cara y salió al claro a atajar el paso de Manerube.

-¡Alto!¡Vivo!¡Arriba las manos! -ordenó.

El caballo de Manerube resopló, dando una violenta huida. Su jinete le refrenó deteniéndole. Y al alzar las manos, su atezado semblante palideció.

-¡Arriba están! -dijo roncamente, airado, al verse sorprendido.

Chane se le acercó, mientras oía los apagados pasos de Toddy detrás.

¡Sosia... apéate de ese caballo! -dijo vivamente.

La muchacha obedeció con tal celeridad que estuvo a punto de caer al suelo. Aunque sus facciones habían perdido su característica animación, tampoco reflejaban el tradicional estoicismo, patrimonio de su raza. Sus ojos aparecían desmedidamente abiertos.

-Estoy tentado de pegarle un tiro, Manerube -declaró Chane con el rifle aún a la cara.

-¿Por qué? A «usted» no le he hecho nada replicó el otro -ni es quién para pedirme cuentas, y menos para matarme por esa mala pieza.

-No lo diga muy alto. La ha «obligado» usted a seguirle -replicó Chane.

-¡«Obligado»!¡Si lo estaba deseando!

Toddy Nokin se puso al lado de Chane, y se acercó a su hija empuñando el látigo. El desbravador vio estremecerse a Sosie, cuyas pupilas se dilataron.

-¡Espera, Toddy! -dijo, y apartándose para tener a la muchacha y a Manerube en línea, la interpeló a ella-.¡Sosie! ¿Te ibas gustosa con él?

-Sí -contestó hoscamente-, pero porque ha pro-metido casarse conmigo.

-¿Oye usted lo que dice Sosie, Manerube? ¿Es cierto? ¡Piense que «ahora» está hablando con un blanco!

-¡No! ¡Maldito idiota! -aulló Manerube-. ¡No me casaría «nunca» con una *squaw*!

Chane le contempló unos segundos en silencio. El sujeto no hallaba nada de culpable en su conducta, ni le arredraba, a pesar de las circunstancias, el decir la verdad.

-Bien. Opino que lo mejor que puede hacer es no moverse y seguir con las manos en alto prosiguió Chane-. ¡Toddy, desármale!

El pinte se adelantó y sacó rápidamente el revólver de la pistolera de Manerube. Chane dio luego una vuelta a su alrededor para asegurarse de que no llevaba ninguna otra arma.

-¡Pie a tierra! -ordenó entregando su rifle y el revólver al indio.

Manerube se le quedó mirando sin obedecer. Al principio del encuentro había dado muestras de temor, mas ahora, al alejarse la contingencia de una terminación fatal para él, iba recobrando lentamente el color.

Chane no malgastó palabras. Cogiéndole violentamente por un brazo le desarzonó, derribándole al suelo.

-Levántese antes de que le pisotee -dijo, dejándose llevar de la ira.

El otro se puso en pie trocada en furia su sorpresa. De un puñetazo, Chane le derribó de nuevo. Incorporándose apoyado en un codo, agitó la otra mano, lívido de rabia. En su rostro comenzaba a aparecer una rojiza contusión.

Le arrancaré el corazón! -conminó con voz sibilante.

-¡Bah! ¡Levántese y pórtese como un hombre! -replicó sardónicamente Chane dándole un puntapié lo bastante recio para hacerle bambolear. Rápido como el rayo, Manerube se puso en pie y se abalanzó sobre el otro. Lucharon ferozmente, cambiando golpes con saña aunque pronto pudo verse que en Manerube no tenía Chane un adversario temible. Comprendiéndolo así, procuró aquél llegar al cuerpo a cuerpo y no lográndolo fue maniobrando hábilmente hasta ponerse lo bastante cerca de Toddy para intentar arrebatarle uno de los revólveres. Con sorprendente agilidad el indio hurtó el cuerpo de un salto.

-¡Manerube... es usted... exactamente lo que dije que era! ... -jadeó Chane con voz ronca. Y cayendo sobre él menudeó los golpes, derribándole por segunda vez; ya en el suelo, siguió aporreándole hasta haberle pro-pinado una descomunal paliza. Cuando se dio por satisfecho se incorporó, enjugándose el sudor y la sangre del rostro.

-Coja su revólver... y sus caballos... y ¡«ahueque»! -ordenó, tomando el arma de manos de Toddy y arrojándosela a los pies de Manerube. Con el rifle a la cara le dejó levantarse, coger su revólver y dirigirse con vacilante paso, luego de meterlo en la pistolera, hacia donde estaban sus caballos. Chane siguió sus movimientos alerta, a la expectativa de una posible traición. Pero Manerube montó y empuñó el ronzal del hatero sin volverse ni a mirar en su dirección hasta haber emprendido la marcha. Su lívido semblante expresaba un rencor de mal agüero para Chane. Se perdió de vista entre los cedros. El desbravador se volvió hacia los indios. Toddy Nokin no había perdido, cuando menos en su actitud respecto a Chane, nada de su dignidad. Le devolvió el revólver que éste le había confiado. Sosie, repuesta ya del pánico que el inesperado giro de los hechos le causara, contemplaba a su paladín con chispeantes pupilas. Jamás habían apelado ni conmovido tanto a Chane su fragilidad, su belleza y un algo inconfundible en su semisubyugada, semisalvaje apariencia como entonces. Pero su enojo contra ella pudo más que su simpatía y su atractivo.

-¡Sosie, eres una mala cabezal -declaró.

La india se volvió al punto, provocativa y hosca.

-Soy lo que vosotros, los blancos, habéis hecho de mí -contestó.

Chane no supo hallar réplica adecuada. En el fondo sentíase acobardado ante ella.

Toddy Nokin apostrofó en pinte a su casquivana hija y al dar media vuelta dirigió contra ella un latigazo y una patada sin lograr que ni uno ni otra llegasen a destino. Como una centella, la cimbreante figura se puso fuera de su alcance, investigando a ambos. Chane no pudo decidir si era el salvaje ex abrupto de la *squaw* india a la apasionada expresión de su cultura blanca. Tal vez las dos cosas.

Librodot

III

Jamás habría consentido el padre de Susana Melberne que ésta le acompañase en aquella expedición de caza de cerriles a no haber proyectado, simultáneamente, la búsqueda de una nueva región en la que establecerse. Allá en San Jorge, Susana había oído a su padre decirle a Loughbridge, asociado suyo en la empresa: «Como sabes, Jim, necesito echar raíces en tierra virgen.»

La significativa observación quedó grabada en la mente de Susana con otras que desde su regreso del colegio de *Silver City* le habían chocado por lo insólitas. Su padre estaba siempre aguardando a alguien que, al parecer, podía presentarse de inopinado modo. Alguna poderosa razón debía de existir para obligarle a abandonar primero el Sur, luego *Silver City*, después Las Vegas, y, por último, San Jorge. Susana prefería no buscarle explicación al caso. Nacida en Texas, había vivido en el Oeste lo bastante para conocer a su pobladoras.

El acosamiento de caballos cerriles revestía especial fascinación para Susana, aunque le repugnaba su inherente brutalidad. Disfrutaba «viendo» a los salvajes animales, no capturándolos. La vida de campamento, las caballadas de un lugar a otro, los días en los abertales... Utah, con su maravillosa y salvaje majestuosidad pétrea..., después de cuatro años de colegio, ofrecían un irresistible encanto para ella.

Habíasele presentado una oportunidad de quedarse en San Jorge como maestra de una escuela, la mayoría de cuyos alumnos eran mormones. Aunque no le desagradaban particularmente los mormones, tampoco sentía especial deseo de convivir con ellos. Por otra parte, la perspectiva de la excursión con su padre no sedujo de momento a

Susana. Tarde o temprano acabaría no siendo sino una variante de la vida penosa y ruda del pionero o primer poblador de una comarca virgen. No obstante, resolvió cuando menos probarlo, acompañando a su padre y a su hermano menor. Fallecida la madre de Susana, su padre contrajo segundas nupcias, mientras ella estaba en el colegio, cosa que no le causó satisfacción precisamente, aunque a la postre su madrastra había resultado una inteligente y amable criatura, atenta sólo a colmar de atenciones y cuidados a su padre.

En consecuencia, Susana, que había emprendido la jornada movida tanto por el cariño a su padre y a su hermano, cuanto por un anhelo de conocer en todos sus aspectos el desierto, descubrió a las pocas semanas que encajaba a las mil maravillas en aquella vida nómada de acosadores de cerriles. Era joven, rebosante de salud y de energía, perfecta amazona y podía preparar un condumio cobre las brasas de una hoguera, si se terciaba. Su temperamento respondió de modo sorprendente a cuanto de característico tenía la vida al aire libre. Mas, aun así, se aferró con insólita tenacidad a sus posesiones mundanales, vestidos, retratos, libros, parte de su desenvolvimiento pedagógico. En varias ocasiones, durante la jornada hacia el Este desde San Jorge, había tomado asiento en el pescante de la carreta junto a Jake, con el primordial objeto de refrenar su temerario modo de conducir en algunos de los más escabrosos trechos, del camino. El vuelco del vehículo habría puesto en terrible riesgo el preciado cofre que encerraba sus tesoros.

La impedimenta de Melberne no era grande en relación a lo que por lo general constituía el bagaje de una expedición de caza de cerriles, pero, aun así, teniendo en cuenta que tanto él como su socio Loughbridge llevaban a sus familias consigo, amén de los necesarios arrieros, carro-matos, ajuar de campamento y provisiones, no dejaban de formar una considerable caravana. Si conseguían sus propósitos de descubrir una región que reuniese los deseados requisitos de abundantes pastos y agua, Loughbridge estaba dispuesto a establecerse en ella y fundar un rancho en sociedad con Melberne.

Su principal idea no era, pues, solamente la captura y venta de cerriles, aunque por razón de ésta se vieran obligados a mantenerse a distancias, no mayores de una jornada, de la línea férrea. Melberne enviaba sus caballos indomados por vagones a San Luis. A trece

dólares por cabeza, si conseguían hacerlo en considerable número, la empresa era remuneradora, pero... no hallaba terreno alguno que ofreciese posibilidades de mejoramiento.

Una tarde de septiembre, la expedición Melberne hizo alto a la cabeza de Stark Valley, a treinta millas del ferro-carril.

Susana había oído hablar a los hombres del equipo de aquel valle, y, durante toda la jornada, desde la divisoria hasta llegar al olmedo de su base, lo había estado con-templando. Utah, con sus rojizos acantilados, sus extensas planicies de blancas salvias, sus agrestes montañas y su maravilloso desierto sembrado, de pétreos monumentos, habíale parecido admirable. Al adentrarse hacia el Este pudo observar que la escala de salvaje belleza y de fragosidad del panorama parecía centuplicarse. Y ahora la sola apariencia de aquel valle la dejaba atónita y sin aliento.

Su modo de vida anterior le permitía estimar acertadamente las distancias, las engañadoras sombras purpúreas, los, al parecer, interminables contornos del desierto. Ante sus ojos vio extenderse un valle que calculó de unas veinte millas de amplitud por treinta de longitud. En relación a cuanto la rodeaba era pequeño; lindaba por uno de sus lados con una cadena de escabrosas sierras, y una interminable extensión de tierra ondulosa y verdeante, por el otro. Allende la vasta largura del valle levantábase una montaña de gran elevación y abruptas escarpas rojizas, bañadas por el sol y coronadas por una altiplanicie. Era tan distinta a cuantas Susana había visto, que atrajo poderosamente su atención. ¡Qué remota! ¡Qué aislada! Su belleza era atrayente y extraña.

-¿Qué montaña es ésa, papá? -preguntó Susana indicándola.

Su fornido y barbudo padre suspendió la tarea de desenganchar el tronco para contestar. Sus penetrantes, grises pupilas tenían siempre una sonrisa para ella.

-¡A fe que no lo sé! -replicó siguiendo con la vista la indicación de su hija-. Y... no me extraña que te haya llamado la atención... Eh, tú, Alonso, ¿qué montaña es esa de cumbre tan plana?

Alonso era el vaquero mestizo mejicano que servía de guía a la expedición. Teníase por el acosador más afamado de Utah, cenceño, ágil, musculoso, de rostro cetrino y ojos de azabache, que posó un instante en el valle.

-Con todo lo que he oído hablar de ella, opino que debí reconocerla -dijo Melberne-; eso no es una montaña, Susana, sino una Meseta, la mayor de Utah. Al decir de los mormones, es un seguro refugio para los caballos salvajes, porque jamás ha puesto en ella sus plantas blanco alguno.

-¡La Meseta del Caballo Cerril! -exclamó Susana-. ¡Qué grandiosa y... qué salvaje!... ¡Tan remota!... ¡Me alegra saber que aún les queda un asilo a los caballos!

-¡Vaya, muchacha!, puedes estar cierta de que habrá cerriles a salvo por mucho tiempo -dijo su padre contemplando el valle-; en esta comarca abundan. ¡Mira, ahora mismo se divisan centenares de cabezas!

Ajustó las soñadoras pupilas a la distancia y un estremecimiento la recorrió al ver las manadas de caballos diseminadas por el valle. Parecían de todos los pelajes, acrecentándose su número hasta perderse en la grísea neblina.

-Indudablemente, serán difíciles de acosar -continuó Melberne recorriendo la extensión con su penetrante mirada. Era una vasta hoya sin árboles y sin peñascos, cuya monotonía solamente quebraban las bandadas de cerriles y los pálidos destellos de los serpenteantes cursos de agua.

-¿Papá? ¿No dijiste que estableceríamos aquí nuestro campamento permanente? -preguntó Susana.

-Sí, y me alegro de haberlo dicho -contestó-. Ya os liemos zarandeado bastante a las mujeres sin darles oportunidad de descansar. Aquí podremos montar un magnífico campo. Hay hierba, agua y combustible en abundancia. Y no falta la caza. Además, el lugar está bien resguardado. Pasaremos aquí varios días, varias semanas tal vez. Estoy cierto de poder entrampar una estupenda caballada de cerriles.

Librodot

-¿Piensas cogerlos uno a uno?

-Esa es mi idea. Jim no está conforme, pero... acabará por darme la razón.

-¡Si por lo menos te los quedases luego y los domaras! -protestó Susana.

-¡Domar jacos que valen trece dólares por cabeza! -exclamó riendo su padre-. No puede ser, pequeña.

-Algunos de los que he visto valdrían cientos de dólares si estuviesen debidamente domados -replicó ella.

Melberne se rascó la mejilla ponderando el problema; luego sacudió la cabeza, como si fuese demasiado profundo para él, y reanudó su tarea.

La práctica de los que efectuaban la operación redujo -al mínimo el tiempo que invirtieron en instalar el campamento. Antes de ponerse el sol estaban ya levantadas las tiendas de campaña, encendidas las hogueras, cuyas espirales de humo se alzaban por entre las hojas verde claro de los olmos. El fragante aroma de galleta caliente, venado y café, perfumó el fresco aire crepuscular.

-Me niego rotundamente a emplear la sempiterna frase hecha, favorita del cowboy -anunció la *señor*a Melberne alegremente-, pero sí diré que la cena está a punto.

Era una mujer de corta estatura, más bien gruesa, de facciones simpáticas y amables, encendidas en aquel instante por el calor del fuego. Su «asistenta», la *señor*ita Loughbridge, ofrecía con ella marcado contraste, tanto en apariencia como en modo de ser.

-El joven Chess Weymer, que se desvivía buscando ocasión de rendir pequeñas atenciones a Susana y a Ora Loughbridge, sacó de una de las carretas una banqueta y la colocó en lugar conveniente, fuera del radio de humo de la hoguera.

-Ea, joven, ya tienen ustedes asiento -dijo con su vibrante voz de bajo.

Susana lo aceptó con un ademán de agradecimiento, sentándose con el plato de peltre en una mano y la taza en la otra, pero Ora no se movió de su sitio, en el suelo. Era una muchacha de ojos negros y, en aquel momento, tenía una expresión huraña.

-Siéntese usted, Ora -gritó Chess

Ella le lanzó una significativa mirada.

-¡Dios me libre de privarle de la ocasión, Chess! -dijo con cierto sarcasmo.

-¡Ah! Bueno, si usted no lo ocupa... lo ocuparé yo -replicó Chess acomodándose junto a Susana.

Ésta disfrutaba con la situación. Ora se había dejado cautivar por aquel apuesto mozo que por su parte, mostraba una marcada preferencia por Susana. Era un mucha-cho de dieciocho años, bien plantado, de curtido rostro, ojos garzos y franca y singularmente atractiva apariencia.

En San Jorge, donde se había unido a la expedición, teníasele por despreocupado y turbulento, un poco aficionado a beber o a pelearse con quien se ofreciera y en absoluto incapaz de resistir femeniles encantos. Susana gustaba de su compañía mientras no le diese por lo sentimental. Tenía dos años más que Chess y, en opinión, infinita-mente mayor experiencia. Había condescendido a considerarle con fraternal favor hasta que los Loughbridge se agregaron a la partida y Ora monopolizó buena parte del placer de su compañía.

La larga jornada había despertado el apetito general y todos comían sin decir palabra. Requirió evidentemente menos tiempo despachar la cena, del que en su preparación habían empleado. Las horas de comer y la sobremesa en torno a la hoguera eran las únicas oportunidades que tenía Susana de observar juntos a todos los componentes de la caravana, y, en consecuencia, las aprovechaba cuanto podía.

Los desbravadores eran fuente de continuo deleite para ella. Su padre llevaba seis, que empleaba en cuantas capacidades exigían la naturaleza de la expedición y su extrema actividad.

Alonso, el mestizo, era el más atrayente debido a los conocimientos que podía divulgar.

Utah, desbravador de cerriles, probablemente mormón aunque no lo pareciese, era un joven de facciones agudas y pétrea expresión, talludo, delgado, duro como una roca, zambo y patojo. En cierto modo, se parecía al desierto. Tway Miller era el tipo de cowboy que abandonaba su profesión por odio a las cercas de espino artificial. Dolíase de la desaparición de los inmensos abertales y, cuando se le estrechaba a preguntas, acaba reconociendo que su idea de un abertal «era» todo el Sudoeste. Tway, recio y nervudo jinete, siempre cubierto de polvo, desaliñado y raído, tenía un rostro como tallado en la corteza de un árbol. Le llamaban Tway (dos veces) por su costumbre de tartamudear, defecto en que sus cama-radas se complacían con penosa insistencia. Bonny era un atlético irlandés, pelirrojo e hirsuto, con el rostro cubierto de pecas, dotado de una voz de bajo profundo cuya solemnidad se avenía con los ojos azul claro de su poseedor. Contaba unos treinta años, diez de los cuales había pasado en América y, al parecer, su única aversión era por cuanto tuviese visos de poblado. Jake, hombre de edad y de experiencia, poseía un corpachón cuadrado que empezaba a evidenciar los ataques del tiempo. Era calvo. Su cariancho rostro moreno parecía rugoso epítome de todas las vicisitudes de la vida, que, sin embargo, no habían logrado amar-garle. Cuanto puede ocurrir a un hombre habíale acaecido a Jake. Tuvo esposa, hijos, hogar, propiedad y fortuna, perdiéndolo todo: con los años, y a despecho de sus innúmeras calamidades, era el más alegre, el más desprendido y el más servicial de los hombres. Si alguien quería algún favor recurría a Jake con la certeza de oírle contestar «¡Vaya! ¡Encantado! ¡Yo lo haré!...» Como los demás, Jake estaba ajustado para acosar cerriles y entre tanto cooperar en otros quehaceres. Mas, en la práctica, resultó que los días de ajetreo habían pasado para él. Una jornada a caballo, aun simplemente al trote, suponía tortura. En cambio, como arriero, cocinero, y, en general, *factotum* del campamento, no tenía rival. El último del sexteto que tanto interesaba a Susana era un novato al que habían denominado capitán Bunk[4]. El mar había sido para él lo que el desierto para los desbravadores. Dios sabe cómo fue a parar a Utah. Su conversación, siempre de barcos, motores y compañeros de litera, así como sus fantásticos relatos, le habían valido el apodo. Era carirredondo como un queso de bola y no menos bermejo, con una nariz enorme que jamás llegó a curtir el sol, y labios y ojos perennemente afectados por los áridos vientos del desierto. Concluida la cena, se ponía el sol cuando los hombres dieron por terminadas sus tareas del día. Susana, en busca de algún vericueto que le sirviese de atalaya, se detuvo un instante a escuchar la conversación, en torno a la hoguera del campamento.

-¿Cuántos jacos calculáis que hay en el valle? -preguntaba con interés su padre.

-A mi juicio, más de cinco, mil-replicó Loughbridge ofreciéndole sus prismáticos.

-¡Bromeas!

-No, los gemelos, no mienten.

-¡No podías darme mejor noticia! -declaró Melberne palmoteando-. Ahora... a ver la forma de entrampar quinientos, o mil de una sola vez.

-Estás chiflada, Mel -replicó su socio -; por satisfecho me daré si conseguimos coger un centenar. Además, es inútil reunir un gran número si sólo podemos luego bajar unos cuantos al ferrocarril.

-Tienes razón. Lo que procede entonces es idear el medio de entrampar un buen lote y el de conducirlos. Alonso, según dice, ha visto practicar algo parecido, pero cuesta el pellejo a muchas bestias y no quiere explicármelo.

Como la mayoría de los desbravadores de cerriles, Alonso sentía verdadera pasión por los caballos. Melberne no era cruel, mas su primordial interés estaba en amasar rápidamente una fortuna, y en cuanto a Loughbridge, habría sacrificado, sin compunción, cuantos animales fuesen menester, si con los restantes realizaba un satisfactorio beneficio. Arguyó con el reticente mejicano, sin éxito. Alonso se negaba a revelar el secreto del procedimiento para la captura primero y conducción después de gran número de cerriles a la vez. Susana aplaudía su

[4] Bunk significa litera y también trola, embuste o disparate.

Librodot

conducta casi tanto como, menospreciaba a Loughbridge. Sabía que su padre, no obstante su rectitud y su energía, era en extremo dúctil y manejable, sobre todo viendo buenos beneficios en perspectiva. Poco después, Loughbridge v él marcharon en dirección al olmedo, sin duda para hablar a solas, y con su marcha la conversación se hizo general y bulliciosa.

-Bonny, ¿qué te parece esta tierra? -preguntó el capitán Bunk con provocativa curiosidad.

-Grande, capitán; ¡grande! -replicó Bonny.

-¡Que me maten si este condenado Utah no es un mulero infernal -estalló Bunk -sin una gota de agua! En todo el maldito desierto, no podrías poner un esquife a flote.

¡Como que esto es tierra, hombre, v excelente tierra! -arguyó Bonny-. Aquí no necesitamos el agua más que para beber.

-Pe... pe... pe... pe -empezó Tway Miller.

-¡Bah! Líate un cigarrillo v calla -interrumpió Utah tendiéndole su petaca-. Atiende a nuestro irlandés a la greña con el marinero.

-Ma... ma... ma... maldito sea... ¡Hablaré si me... me... me... da la ga... ga... gana! -gritó Tway. Hablar! ¡Pero si no sabes! -replicó Utah.

-¿Serías capaz de vivir aquí, rodeado de vericuetos? -preguntó el capitán Bunk buscando camorra.

-¿Vivir aquí? ¡Naturalmente! Es magnífico este país. Y me casaré con una de esas *squaw*s indias que poseen *grrandes* terrenos y... tal vez encontremos en ellos oro o petróleo y... en cuanto sea rico me la sacudiré de en-cima.

Algunos de sus oyentes soltaron la carcajada mientras el capitán exclamaba sorprendido:

-¿Sacudírtela de encima? ¿Cómo?

-Hay varias maneras... Un leñazo en la sesera... o algo así -replicó seriamente Bonny.

-¡Pero este hombre es un pirata sanguinario! -declaró el capitán Bunk.

-Bonny tiene mucho jarabe de pico -interpuso, conciliador, Jake-. Es incapaz de matar una mosca. A mi juicio, os está tomando el pelo.

-Pues escucha, irlandés del diablo. Cierra el pico en eso de las *squaw*s-aconsejó Utah -; en estas tierras los *squaw-men* no gozan de simpatías.

-P... p... p... perfectamente natural -interpuso Tway Miller-; vosotros, los mor... mor... mormones, queréis pa... pa... para vosotros todas las mu... mu... mujeres... blancas o rojas.

-Tway, si largas una broma así en San Jorge, te quitan el vicio-replicó Utah.

-¿El vi... vi... vicio de qué? -quiso saber Tway.

-De hablar -contestó Utah, provocando una carcajada general. Hasta el mestizo rió del desconcierto de Tway.

Susana haraganeó cerca, hasta que su presencia se hizo demasiado obvia a los picadores. Entonces se alejó hacia los olmos, donde halló asiento en un tronco.

Habíase puesto el sol. El valle se iba poblando de purpúreas sombras y a lo lejos alzábase la enhiesta y extraña masa de la Meseta del Caballo Cerril. ¡Qué vasta y despejada era la selvatiquez de Utah! Aunque a regañadientes, Susana reconoció su belleza, su atrayente llamada a lo que en ella había de más hondo, su satisfactorio, e inexplicable encantos Oyó el ludir de las hojas, olisqueó el pungente y aromático humo de la leña, vio las confusas bandadas de salvajes corceles en el llano suelo del valle. Algo indefinido invadió su alma, y al intentar analizarlo, no consiguió interpretar su significación, salvo como un vago contento por aquella aventura suya que acababa de empezar, y un desea de que se prolongase mucho. Parecía enlazada con sus ya remotos sueños infantiles, con memorias gratas, aunque demasiado profundas, demasiado misteriosas para recordarlas.

La trisca de la hojarasca la sacó de su ensimismamiento; volviéndose, vio aproximarse a Chess, iluminado el semblante por una sonrisa.

-¿Me permite que me siente a su lado, Susana?

-Sí... a condición de que antes sea buen chico y me traiga el abrigo. Lo he dejado sobre

la vara del carro.

Volvió casi al punto con la prenda, ayudándole a ponérsela. Las pequeñas y corteses atenciones de Chess la complacían, estimándolas testimonio elocuente de lo que debió ser para su madre y su hermano, así como del hogar donde las había aprendido.

-¿Por qué me trata usted como un chiquillo, Susana? -se lamentó, sentándose frente a ella con las piernas cruzadas a usanza india. Iba sin nada a la cabeza y su crespo cabello tenía áureos reflejos.

-¿Cómo quiere que le trate a los dieciocho años? -replicó Susana.

-Bueno..., pero soy un hombre. Esa cuestión quedó ya zanjada con mi hermano Chane. Me siento más viejo que Matusalén. Aparte de que usted cumplirá los veinte el mes que viene y esa edad no es precisamente la senectud.

-¿Cómo sabe usted mi edad?

- Se lo pregunté a su padre.

- Aun «suponiendo» que sólo tenga veinte, soy mucho mayor que usted.

-No acierto a comprenderlo, Susana, pero, en todo caso, tengo edad de sobra para... para haberme enamorado de usted-replicó, bajando la voz. .

Ella le miró con desaprobación, pareciéndole notar en él algo más vehemente, o, cuando menos, distinto a su habitual modo de ser. Por lo general, conseguía desarmarle tomando a broma sus palabras, y resolvió seguir la misma táctica.

-Apuesto a que lo mismo ha dicho usted a Ora, Chess.

-Yo... yo... no le he dicho nunca semejante cosa -negó prontamente, aunque un vivo carmín tiñó sus mejillas.

-No sea embustero. Demasiado le consta lo contrario-replicó Susana amenazándole con un dedo-. Usted ha hecho el amor a Ora.

-Lo reconozca. Al principio... como a todas, es que... no puedo remediarlo. Me gustan las mujeres y... Ora, por ejemplo, es guapa... y lista, pero... aunque no quiero denigrar a nadie y menos a una chica, Ora es.., trapa-cera.

Susana se limitó a mirarle, intentando no exteriorizar su conformidad con el veredicto. Chess parecía estar bajo la influencia de alguna emoción.

-Ora es trapacera y reconcorosa -repitió-. Dice de usted cosas que no me gustan, Susana, y, para mí, con eso basta.

-Todas las muchachas envidiosas son iguales. La envidia es abominable, pero no hay que juzgar con demasiada severidad a Ora. Ella...

-¡Hum! Allá ella; pero que no me hable así de usted-declaró él -y no he acabado de decir lo que...

-¿No? Pues si le ha de aliviar..., «desembuche». -Puedo demostrarle que eso que usted dice de Ora...

y de las demás... no fue nunca en serio -prosiguió resueltamente, mirándola.

-¿Ah sí? -murmuró Susana conteniendo la risa a duras penas.

-Nunca se me ocurrió proponerle a Ora... «o a las otras»... que se casasen conmigo -declaró, solemnemente triunfante.

Susana tuvo que soltar la carcajada, aunque en el fondo la vehemencia del muchacho la conmovía.

-Si a eso vamos, tampoco me lo ha propuesto a mí -dijo, y se habría mordido la lengua por haberlo dicho.

-Hasta ahora, no; pero... lo estoy haciendo-replicó él al instante.

-¡Chess! -exclamó atónita Susana.

-No hay por qué sorprenderse. Pienso así. Estoy en edad de poder amarla y cuento con bríos bastantes para trabajar por usted. Lo tengo ya todo planeado. Tiene usted un alma demasiado noble y grande para despreciar mi pobreza, es...

-¡Por Dios, muchacho, no diga más! -interrumpió

Susana, obligada, a su pesar, a tomarlo en serio. Chess había palidecido bajo el atezado

Librodot

de su semblante-. Lamento haberle hecho rabiar... tomando a broma sus palabras, pero..., no sé por qué me considero como una madre para usted...; no podría casarme...

-¿Por qué -preguntó.

-Porque no le amo.

-Ya me lo figuraba, pero... creí posible que cambiase de opinión -dijo él pugnando bravamente por ocultar sus emociones.

Susana le contemplaba, estrujando su memoria. ¿Habría concedido acaso indebidas familiaridades a aquel muchacho? Aunque experimentó cierto remordimiento, en conciencia no pudo acusarse. Vio a Chess entre las ruinas de su ilusión desmoronada. Chess se volvió hacia ella con extraña vehemencia, más elocuentes sus pupilas y labios más persuasivos.

-Bien está, Susana. Me tragaré la píldora, aunque...: pero quisiera pedirle algo no menos importante.

-¿Qué es ello? -preguntó con curiosidad.

-Si no acepta casarse conmigo..., ¿querrá, cuando menos, esperar a conocer a mi hermano Chane?... No podrá evitar enamorarse de él.

-Pero, Chess... -murmuró Susana, interrumpiéndose sin terminar la frase. Jamás había sufrido mayor sorpresa. La voz del muchacho acababa de sufrir un cambio..., una transformación que se extendía a sus pupilas..., tan elocuentes, tan expresivas, que era imposible tachar de ridícula su pretensión. Susana no supo cómo contestarle.

-Chane ha ido a las reservas indias... allende lo cañones -prosiguió Chess-. Fue a comprar caballos para revenderlos a los mormones. Yo quería acompañarle, pero él no me dejó, para que no perdiese mi empleo en San Jorge. Luego... la vi a usted y solicité trabajo de su padre para poder estar cerca... En seguida que Chane se deshaga de sus jacos la emprenderá conmigo. Siempre está buscándome. Cree que aún soy una criatura. Me llama «muchacho azul» y teme que... me malee... Cuando dé conmigo y la conozca, se enamorará de usted. Que yo sepa, no ha estado nunca enamorado, pero... usted es la mujer más adorable y más maravillosa del mundo y no podrá remediarlo... y entonces... será mi hermana.

Las vehementes palabras, cuya candorosa sencillez llegó al alma de Susana, se atropellaban en sus labios coma un torrente. A fe que hasta entonces no había conocido a

Chess Weymer. Era menos que un adolescente..., era un niño, mas ahora comprendía mejor «por qué» le estimaba.

-En todo caso... seré... su hermana -ofreció ella buscando algo que decir que no le agraviase. Adivinaba una singular relación entre él y aquel hermano mayor que le llamaba «muchacho azul». Y la estremecía. Entre ambos debía de existir un espléndido nexo de cariño. Sintió curiosidad por aprender algo más del misterioso Chane, si bien, vista la reciente proposición de Chess, no se atrevía a preguntarle. Tal vez no fuera preciso. Esperó.

-No podrá usted evitar enamorarse de Chane, Susana -reiteró Chess-. La he observado. La he estudiado. Conozco sus aficiones. Aunque... no habría mujer capaz de resistir a Chane. Dondequiera que he estado con él,

si había alguna muchacha, quedaba prendada de mi hermano. Y eso que él ni las mira siquiera.

-¿Sí? Ese hermano suyo debe ser... cosa buena-replicó Susana-. ¿Qué tipo tiene?

-¡Oh! ¡Chane es todo un hombre! -exclamó Chess viéndose alentado a hablar-. Se parece a mi padre, pero tiene mucho también de mi madre, lo que aún le hace ser mejor. Es alto, moreno, con unos ojos que parecen escudriñarle a uno por dentro. Tiene un carácter que no puede, ser más dulce y amable; pero, así y todo, es un luchador.

»Precisamente por su amabilidad se ve siempre metido en conflictos, resolviendo algunos de ellos, lamento decirlo, con argumentos de mayor eficacia que los puños. Ha recorrido toda la región formando parte de diversos equipos. Aborrece los rebaños y adora los caballos. Todos los Weymer somos amantes de los caballos. Mi padre es oriundo de Kentucky. Chane no puede estarse quieto.

Cada día le atraen más las comarcas salvajes. Es... un solitario. Entre gente está

desasosegado e inquieto. Si alguien tiene un compromiso del que no sabe cómo zafar-se, él se lo echa a cuestas. Si viviese apartado de la gente y... de mí, se libraría de muchos engorros. Yo soy su mayor quebradero de cabeza, porque de una u otra forma estoy siempre metido en algún lío, hasta que, tarde o temprano, se presenta Chane y me saca a flote.

-¡No me extraña que le llame a usted «muchacho azul»! -dijo impulsivamente Susana.

-Cara a cara ya no me lo llama. Es un nombre que detesto -dijo Chess sombríamente.

-¿Es desbravador su hermano? -preguntó Susana. -Ha hecho de todo un poco, pero lo que más le gusta son los caballos. Aunque no sean cerriles. Basta que sean caballos, domados o salvajes, buenos o malos, viejos o jóvenes. A mi juicio, la doma de cerriles, parece haberle atraído últimamente más. Como usted sabe, en Utah y en Nevada ha sido una especie de fiebre. Hace dos años vio al célebre garañón salvaje *Panquitch*. Seguramente habrá usted oído hablar de él. Bueno, pues, desde entonces, Chane ha perdido la chaveta por ese animal.

-Comprendo la emoción del acosamiento de cerriles. La he experimentado yendo algunas veces a verles trabajar a ustedes, pero no puedo soportar el espectáculo de un animal, sea o no salvaje, acorralado o herido.

-A Chane le ocurre lo propio -replicó Chess-. ¡Oh! Usted y él tienen mucho de común. Ya lo verá; ya verá cómo trata los caballos. ¡Espérese!

-Bien está, Chess; procuraré armarme de paciencia hasta que... Chane haya dado con su pista -replicó Su-sana riendo alegremente-. Y ahora, buenas noches. Deploro haberle causado un disgusto, pero... celebro haber aprendido tanto de usted... y de Chane.

Susana le dejó sentado en la semioscuridad y se encaminó hacia el campamento, no para detenerse, coma otras veces, junto a la fogata, a cuya alrededor los hombres reían y charlaban, ni para entrar en su tienda. Prosiguió adelante, sola, adentrándose bajo la densa penumbra de los olmos. Impregnaba el ambiente fresco y seco un pungente aroma de selvatiquez; las hojas mecíanse con la vespertina brisa; las cigarras cantaban, poniendo en su canto unas melancólicas notas, presagiando las primeras escarchas. En la lejanía aullaban los coyotes.

-Por lo visto, tendré que esperar a ese maravilloso hermano Chane que le llama «muchacho azul» -murmuró pensativamente Susana.

Sentíase profunda y extrañamente conmovida, sin acertar a determinar la causa. Lo achacó, primero, a que el muchacho acababa de rendirle el más alto homenaje posible; después, a su compasión por él, y últimamente, al conocimiento de la existencia de tan admirable compenetración entre dos hermanos. Mas con todo, no eran razones concluyentes. Chess, con sus palabras, había hecha vibrar en su corazón una fibra hasta entonces callada... la aventura, la gloria y el ensueño de un amor potencial, vago, profundo, latente, misterioso. Era absurda por demás, claro está, la esperanza confiada del muchacho en su enamoramiento de Chane. ¡Chane! ¡Qué nombre tan particular! No lo había oído nunca. A pesar de su sensatez y de su justa apreciación del juvenil entusiasmo de Chess, su mente establecía una inmediata y extraña concordancia entre la vaga figura heroica de sus ensueños y aquel solitario jinete del desierto, aquel rendido amante de los caballos. Rechazó la incipiente idea. Mas... ya había germinado.

-¡Oh! Qué desatino... esa conversación... -murmuró -; pero ¿quién podía suponer semejante cosa del muchacho?

Se sustrajo, por fin, al encanto de la soledad de la noche y de sus palpitantes estrellas, y se encaminó hacia su pequeña tienda particular. Se acostó sin haber conseguido dominar del todo sus errantes fantasías, ni recuperar el completo dominio de sí misma. La noche producía siempre el mismo efecto en ella; por la mañana recobraría su habitual, práctico y sensato modo de ser. Mas el momento presente, ahuyentando el sueño de sus párpados,

la ponía a merced de lo desconocido, de las imprecisas voces que la llamaban, del confuso e incierto despertar de su instinto.

Librodot

IV

Caracterizó el aposentamiento de la expedición Melberne en sus reales permanentes de Stark Valley un tiempo perfecto, bienvenido cambio a las tormentas y a los vientos de las pasadas semanas. La estación de las lluvias se había prolongado más de lo habitual. Para el desierto era indudablemente ventajoso, aunque duro y desagradable para los desbravadores y cuantos laboran expuestos a los elementos. Pero el mismo día que Melberne decidió acampar en el valle, el maravilloso verano tardío, vulgarmente llamado verano indio de Utah, pareció sonreírles áurea y purpúrea bienvenida, convirtiendo en un deleite la vida del campamento, especialmente si podía consagrarse al ocio parte del tiempo. Susana oyó decir a Loughbridge que lo probable fuera poder contar con un mes, y posiblemente más, de igual bonanza.

Melberne carecía de experiencia práctica en la caza de cerriles. Era una empresa relativamente nueva para él, más su energía y su vitalidad, combinadas con su indudable ascendiente sobre el personal a sus órdenes, contribuyeron no poco a que saliera bien del empeño. Fuesen cuales fueran sus flaquezas, que más podrían calificarse de susceptibilidad a la sugestión, en cambio, se negaban a recibir órdenes de Loughbridge.

-Bueno muchachos, aquí estamos -anunció Melberne después del desayuno del primer día en Stark Valley-, y ahora... hay que despabilarse. No quiero empezar a acosar en este valle hasta tener un plan determinado, un modo u otro de entrampar jacos en masa. Voy a dar una galopada con Alonso y Jim para estudiar el terreno, pero antes quiero repartir la faena... Jake, tú te pones al frente del campamento, encargándote de ayudar a las mujeres. Hazles un horno de piedra, arregla unos trébedes para el escalfador grande, tráeles agua, en fin, lo que se presente... Tú, capitán, ensilla tu jamelgo y acarrea toda la leña seca que puedas. Mi chico, Tommy, te ayudará a aserrarla. El ejercicio le encanta... Miller, tú y Utah, ir a echar un vistazo por algunos de los cañones que os parezcan más frecuentados por las manadas de cerriles. Chess... a ti te gusta cazar. Andamos muy mal de carneo.; tú te encargarás de proveernos de ella. No vayas solo. Es mal sistema. Que te acompañe Bonny. Segura-mente por acá debe de abundar la caza.

-A malas, podemos comer carne de cerril -observó Utah-. No es tan repugnante.

-¡Papá! ¿Serías capaz de matar a uno de esos animales para comértelo? -exclamó horrorizada Susana.

-¡Psh!..., muchacha..., no lo he hecho nunca-replicó-. A decir verdad, aún no he probado la carne de caballo; ¿es buena, Alonso?

-No lo sé, *señor* -contestó concisamente el vaquero mejicano. La sugerencia le era evidentemente des-agradable.

-Antes me dejaría morir de hambre -afirmó resueltamente Susana.

Su padre se echó a reír, ordenando que aprontasen las monturas. Chess, silbando de satisfacción por su cometido, cogió la brida y se detuvo ante Susana.

-«Pequeña doncella de oro» -dijo alegremente-, ¿queréis que os traiga vuestro corcel?

-No, Chess, gracias. Tengo mucho que hacer: zurcir, lavar... y ¿por qué me ha llamado usted «eso»? Peso, o pesaba, ciento treinta libras, y mi cabello es castaño y no rubio.

-No tiene nada que ver con su apariencia -contestó misteriosamente Chess.

-¡Ah! Muy bien, «muchachito azul» (*Little Boy Blue*) -replicó ella.

-Escuche, Susana. De «usted» lo tolero todo -ex-clamó Chess -; pero... no diga eso delante de nadie.

-Ya veremos. Aguarde a que se presente su hermano Chane siguiéndole la pista -dijo maliciosamente Susana.

-¡Ojalá no se lo hubiese dicho! -deploró el muchacho-, porque si lo repite en público me hará perder la cabeza.

-Chess, usted me ha puesto a mí buen número de nombres igualmente impertinentes

todos.

-El más impertinente sería *mistress* Chess Weymer, pero... ¡es usted tan difícil de contentar! -replicó él riendo. Luego se alejó, silbando entre dientes, dejándole una placentera sensación de algo alegre, reflexivo y noble. Susana estimó que era más bien inconsecuente por su parte el revelar que su repulsa de la víspera no le había, al parecer, abatido. Algunos de sus sentimientos e ideas le causaban a veces considerable alarma.

Se aplicó a sus quehaceres pendientes, todos ellos personales. Por lo general no exigían de ella que cooperase en las faenas generales del campamento. Primeramente pidió a Jake y a Bonny que sacasen su cofre del carro-mato y se lo llevaran a la tienda.

Apuesto cualquier cosa a que tiene usted en él trajes preciosos, Susana -aventuró Jake, y, al sonreír, se le llenó de arrugas el curtido rostro. Sus grandes ojos garzos la miraban con bondadosa expresión.

-Muy pocos, Jake, y constituyen todo cuanto poseo en este mundo-replicó.

-¡Ahora me explico su temor a que volcase por el camino! -repuso Jake con tremendo interés-. Algún día tendrá que emperejilarse en nuestro honor, ¿eh? Me gustará «horrores» verla. Si viviese, mi pequeña tendría ahora, poco más o menos, su edad.

-Prometido, Jake, si ha de complacerle.

-¡Complacerme! ¿Has oído, Bonny?... ¿Te gustaría ver a la *señori*ta Susana vestida a la «última»?

-¡Ya lo creo! Sería un *grrran* espectáculo -replicó

el irlandés con profunda seriedad-, y más aún me gustaría verla «achicar» a la ojinegra.

Jake v Bonny salieron de la tienda, dejando de rodillas

a Susana ante su preciado cofre. «Es gracioso -meditó-. Todos ellos han de darle de vez en cuando un alfilerazo a Ora... y eso que es guapa... Bien pensado, no, no es gracioso.»

Sacó su tela encerada, el rollo de sus mantas, sus chaparreras, espuelas, guantes, impermeable, abrigo, en una palabra, todas sus posesiones, excepto el cofre, afuera al sol, extendiendo las mantas para que se oreasen.

-¡Jake! -gritó-. Quisiera que me ayudase un poco más.

Envió al complaciente Jake a recoger un encerado lleno de brotes de cedro y de pino y, pensando que mientras le aguardaba no tendría en qué ocuparse, optó por seguirle a la ladera, ayudándole a apilar los brotes y a arrastrar la cargada lona al regreso. A más de excelente compañía, Jake tenía la habilidad de hacer sentirse a su interlocutor reflexivo y tolerante con los demás.

-Escuche, Susana -dijo confidencialmente-. No consienta que Bonny, o quien sea, la indisponga con Ora... Es una buena muchacha, pero está muy mimada y hay que saber tratarla. Saltaba a la vista que Chess no le era indiferente y todos tuvimos ocasión de advertir que al mozo quien le «hacía tilín)) era usted. Y eso... es de muy mal tragar para cualquier muchacha. Aun sin querer, hace salir a la superficie sentimientos que... todos tenemos. -Jake, le aseguro que aprecio a Ora; pero últimamente ha cambiado mucho -protestó Susana intentando convencer al veterano picador de lo difícil que resultaba estar siempre afablemente dispuesto respecto a Ora.

-Sí, ya lo sé; pero así y todo, estará más descansada si no abriga nunca resentimientos -replicó Jake.

Con su ayuda, Susana extendió una mullida capa de fragantes brotes en uno de los lados de la tienda, formando yacija y reteniéndolos en su sitio por medio de pequeños troncos aserrados por sus extremos en forma tal, que quedaban empotrados en la lona como la cuerda de un arco. Sobre aquella capa de brotes extendió la tela encerada y encima las mantas, doblando luego el sobrante de la tela, que remetió todo alrededor. Hecho esto, Jake y ella tapizaron el resto del piso con los sobrantes brotes, echando encima las mantas indias que la joven poseía. Jake construyó un tosco perchero para colgar lo que necesitase tener a mano. Sobre el cofre, que podía servir de mesa, Susana colocó su espejo y los demás útiles de aseo, su estuche de costura y un bolso lleno de materiales diversos. Después contempló con real

satisfacción su vivienda de lona y, sentándose, pasó a considerar cuál de sus numerosas tareas debería emprender primero.

Pasaron las horas. Melberne tenía por costumbre, cuando acampaban, no hacer servir más que dos comidas; desayuno y cena. Esta última, por lo general, al ponerse el sol. Susana oyó llegar a los hombres del equipo y notó que empezaba a oscurecer, mas continuó cosiendo hasta que la esposa de Melberne anunció la cena.

-¡Susana! ¡Lo que se ha perdido! -vociferó Chess en cuanto la vio. Y con una galleta en una mano y la taza en la otra, empezó a narrar sus aventuras. La muchacha tomó más cuenta de su entusiasmo y de su excitación que de su historia. Chess estaba radiante. Había cazado su primer ciervo..., un macho tan corpulento que Bonny había tenido que ayudarle a portearlo.

El irlandés era, por lo visto, un cazador novato. Había derrochado municiones sin tasa y, por desgracia para él, sin resultado.

-Pero... les seguí la pista-decía-, y lo más probable es que hubiese acabado tumbando a alguno si no veo un oso. Salió de un matorral... una enorme bestia peluda, mayor que un novillo... y... no recuerdo más.

-¿Le soltaste un tiro? -preguntó el capitán.

-Mi caballo salió corriendo y... creí preferible seguir-le para que no se perdiese -contestó seriamente el irlandés.

-¡Ja, ja, ja! -se desternilló el marino.

El padre de Susana llegó con el crepúsculo, polvoriento y rendido, pero tan entusiasmado con su excursión que, como Chess, empezó a hablar de ella antes de probar bocado. Según decía, poblaban el valle millares de animales cerriles que, a juzgar por su mansedumbre, jamás se habían visto acosados.

-Si hubiese árboles, o broza, podríamos improvisar unas largas vallas que condujesen a una trampa -exclamó-, pero... no hay ni un solo árbol, por lo menos, en lo que hemos recorrido... ¡Vi un alazán, Susana!... La más perfecta estampa de caballo que me he echado a la cara...; de un pelaje claro..., ni rojo ni tostado, con una crin y una cola que casi le arrastraban. Iba a la cabeza de una manada de bayos y de negros. Al vernos, se la llevó a otra parte, pero sin demostrar pánico. Tenía un relincho semejante a un toque de clarín.

El informe de Utah no fue menos interesante. A unas diez millas por la parte abajeña de la salida del valle, había hallado un cañón que le pareció oportuno explorar. En su cabecera encontró una caótica y fragosa sección de lomas o espinazos, que arrancaban todos de dos escarpaduras convergentes en su parte superior. Descubrió también abundante hierba, agua y una yeguada cerril. Estaban metidas en una trampa natural y, a juicio de Utah, se podían cazar todas en un día.

-¡Bravo! ¡Eso es bueno! -declaró Melberne-. No nos faltará que hacer.

Millar fue el último en llegar, acomodándose junto a la hoguera para consumir su cena. Evidentemente, traía noticias satisfactorias y extraordinarias, mas coincidían con una de sus peores crisis de tartamudez. En una ocasión había casi logrado hablar claro, cuando Utah, que parecía peculiarmente irritado por el defecto de su compañero, le gritó:

-¡Dilo silbando, condenado loro!

Fue demasiado para el exhausto desbravador, quien, con una enconada mirada a Utah, se encerró en un completo mutismo.

La conversación de los demás se prolongó hasta muy entrada la noche. Fue una interesante tertulia alrededor de la fogata. Susana, influida por las palabras de Jake, buscó deliberadamente a Ora Loughbridge, esforzándose por serle agradable. Al principio, Ora estuvo displicente y, como Chess habría dicho, «tiesa», mas no pudo resistirse a la afabilidad de Susana y, gradualmente, se fue amansando. Aunque de modo indefinido, Susana tuvo oportunidad entonces de poder apreciar lo hondo del afecto de la muchacha por Chess. Eran ambos de la misma edad, y ella, romántica por temperamento y vehemente en sus emociones. Susana notó que le costaba positivo esfuerzo el abstenerse de mirar continuamente en dirección al mozo, aunque, por otra parte, procurase ocultar su secreto. Su estado de ánimo no

Librodot

le pareció trivial o divertido. Por el contrario, se percató de que no moviéndole en un principio otro propósito que el de mostrarse amable con la joven, involuntariamente llegaba a sentir cierta simpatía por ella.

Por las mañanas, Susana repartía el tiempo entre sus labores particulares y ayudando en las suyas a su madrastra. Por las tardes quedaba en libertad de montar a caballo o leer. Los hombres de la partida no habían terminado aún su exploración de la comarca, ni su padre hallaba plan satisfactorio alguno de entrampar simultáneamente considerable número de cerriles.

Las primeras escarchas comenzaban a agostar el follaje de los árboles efímeros, prestando así, por contraste, mayor verdor y lozanía a los perennes. El olmedo adquiría tonalidades verdes y gualdas, y los robles de los cañones un bronceado matiz rojizo, contra el gris de las rocas que servían de fondo al campamento; las enredaderas y trepa-doras parecían encamadas y en las crestas se destacaban vívidos manchones de un rojo escarlata.

Susana era muy amante de los colores. Aunque sin ser de su especial predilección, el azul se avenía perfectamente a su rosada tez y castaño cabello. El bermellón la fascinaba con inexplicable atractivo, pero su color favorito, su preferido, era púrpura. Y en aquellos crepúsculos del tardío verano, la extensión toda del valle y las enhiestas barreras que lo circundaban veíanse envueltas en un manto de púrpura calina, etérea y misteriosa de cerca, sombría y abrumadora a distancia.

El otoño parecía haber suspendido su avance y la Naturaleza dormitaba. Hasta los pájaros sentían el conjuro, congregándose en bandadas, sin volar apenas, trinando plañideramente. Y en el suelo del valle, los cerriles cambiabande pasturajes con una lentitud que hacía casi imperceptibles sus movimientos.

Una tarde, Susana hizo una larga excursión a caballo acompañada por Ora y Chess, que tenían, no obstante, otras cosas en que ocuparse de mayor monta que el paisaje o el tiempo; Chess, calurosamente felicitado por su primera y afortunada cacería, anhelaba conquistar nuevos laureles. Ora ese había agregado a la partida, principalmente por la oportunidad que se le brindaba de estar cerca de él.

Dejando a Susana en un paraje elevado y abierto, desde donde se divisaba una vasta extensión de lomas y quebradas, cubiertas de espesos escobos y arbolado, los dos cazadores desaparecieron.

Susana echó pie a tierra para aguardar su regreso y, buscándose un confortable asentadero, se abandonó a la soledad y al aislamiento de las circundantes sierras y a la maravilla purpúrea que se extendía a sus plantas. El olmedo, a cuyo resguardo estaba el campamento, parecía desde su atalaya una mancha dorada en las lindes del verdeante valle; los movedizos caballos eran puntos y el valle mismo una hoya ovalada, perdida en la vasta región. Tan, vasta como los horizontes.

Lo que más atraía y retenía la atención de Susana era el misterio que aquella cadena de montañas debía ocultar. Era la región de los cañones de Utah. Mucho había oído hablar de ella, y ahora parecía desarrollarse ante sus ojos, tenebrosa extensión de roca, galayos, espolones, picachos, fiscales, abruptas laderas, escotaduras sin cuento y, surgiendo, grandiosa y arrogante de entre el caótico desorden de piedra policroma, la rojiza elevación de casi verticales cotarras y plana cumbre que era la Meseta del Caballo Cerril. Susana podía admirar el magnífico panorama de la comarca, sobre la cual la montaña se erguía como milenario centinela. Si desde el valle había captado su admiración, desde aquella altura la subyugaba. La roquiza selvatiquez, haciendo destacarse aún más de la aislada altiplanicie, despertaba sentimientos incomprensibles y extraños en ella. ¿Era únicamente la soledad, la hermosura de aquel espectáculo de la Naturaleza en toda su majestuosa grandiosidad lo que paralizaba su mente, perturbando su alma? ¿Qué le aguardaba en el selvático Utah? En los últimos tiempos, sus horas de labor y sus horas de ocio, sus sueños y sus paseos, su actividad y su reposo, habíanse visto obsesionados por la sombra de una modalidad que no acababa de puntualizarse en su conocimiento.

Librodot

-Algo insólito me pasa -suspiró Susana, y su práctica cordura no logró disipar la sensación. Inherente a la soledad misma de cuanto la rodeaba, no le era dable interpretar su significado aunque presentía que, ni en cuanto la nueva vida al aire libre había llegado a suponer para ella, ni en el colorido panorama y movimiento, ni en la diversión de los desbravadores, ni en el interés en los manejos de Ora... encerrábase el secreto de su subyugación.

Tuvo que reconocer por fin para sus adentros que debía estar enamorada. Fue la más secreta de sus confesiones, como quien da beligerancia a un sueño que la inteligencia se niega a aceptar. Pero, al crecer, la vaga noción se fue desarrollando, saliendo de la esfera inconsciente a que había relegado sus pueriles fantasías e ideales. Se convirtió en una idea sorprendente, ridícula, inconcebible. ¿No había hecho alguno que la fundamentase? ¿De quién podía estar enamorada? Seguramente no de Chess, ni de Utah, ni de cualquiera de los desbravadores. ¿Acaso de sí misma o de la vida, o de aquella magnífica selvatiquez, o de la Naturaleza tan solemnemente arisca? Susana intentó evocar al héroe de ensueño, al paladín, al amante, evolución de sus tiempos de cuentos de hadas, pero pronto vio que no coincidía con la nueva imagen dominadora. El actual parecía ser como la comarca: duro, áspero, salvaje, indomable y avasallador.

-¡Pero si no es más que una idea! -exclamó la pobre muchacha, avergonzada y confundida.

Le ardían las mejillas. Su corazón latía desenfrenada-mente. Le sentía brincar en su pecho. De pronto, acudió a su mente lo que Chess Weymer había dicho hablando de su hermano Chane: «No podrá usted evitar enamorarse de él.»

Susana rechazó al punto lo absurdo de un posible nexo entre la leal admiración del muchacho y sus propios indefinidos anhelos. Y, sin embargo, había algo. En su deseo de lograr un acuerdo consigo misma, llegó a decirse que cualquier muchacha experimentaría igual interés por aquel cazador de cerriles tan amante del hermano al que llamaba Boy Blue. Este detalle era por sí solo lo suficiente-mente romántico para provocar en una mujer similares sentimientos o, cuando menos, despertar su maternal instinto.

-No tengo nada en qué ocuparme -soliloquió Susana-. Es culpa de esta vida errante, ociosa, como la de los indios... Pienso demasiado... pero... también hay otra cosa... la belleza de la tierra... He aprendido a conocer el crepúsculo, la noche, las estrellas..., tormentas, lluvias y nubes...y ahora este maravilloso otoño... Los pájaros, los animales... Adoro el aroma de los cedros, la fragancia de los pinos, el suave olor de la tierra húmeda. ¡Oh!... ¡En la senda de mi vida alguien ha puesto sus plantas!

Susana aguardó largo rato a Chess y a Ora, quienes, finalmente, comparecieron cabalgando bajo los árboles, muy juntos, sin pieza alguna de caza cobrada. Susana sospechó que al salir al raso iban cogidos de la mano, aun-que no habría podido asegurarlo. Un examen más detenido le permitió percatarse de que ya no disputaban, como ciertamente habían hecho durante la ascensión. Montó a caballo y emprendió el tortuoso camino de la bajada.

A mitad de camino del campamento, la alcanzaron Ora y Chess, profusos ambos en sus excusas para justificar la prolongada ausencia.

-¿Habéis tardado mucho? -preguntó Susana-. No me he dado cuenta.

El relato de la excursión en busca de caza no tuvo en labios de Chess la misma sinceridad que la vez anterior. Al parecer, en toda la ladera no había ni un solo ciervo.

-Estoy segura, mi esforzada cazador, de que ha encontrado usted algo no menos querido[5] -dijo Susana maliciosamente.

Experimentaba una muy femenil sensación de «puntillo» .

Chess no había sabido resistir mucho tiempo la proximidad de la otra muchacha.

-Vaya, Susana; habré de reconocer que tiene usted mucha más edad y experiencia que

[5] Susana hace un juego de palabras imposible en español: Deer, ciervo, dear, querido, se pronuncian casi lo mismo en inglés.

yo. Es imposible ocultarle nada-declaró Chess entre contrito y resignado.

La alusión a su tan cacareada madurez no complacía a Susana. Bien estaba que ella la proclamase, pero que Chess la aceptara tan súbitamente, la irritaba. Reconoció que su estado de ánimo presente no la predisponía a la benevolencia y decidió dejar que los otros dos llevasen el peso de la conversación.

Ora extremaba aún más que Chess, manifestando ex-temporáneo entusiasmo por la excursión, las bellezas del paraje visitado, cuanto vieron en general y nada en particular. Sus grandes pupilas estaban anormalmente dilatadas, sus mejillas mucho más bermejas que de costumbre, y su cabello, en un desorden que el moderado andar de su montura no justificaba. Su semblante reflejaba singular animación, un, aire radiante, en marcado contraste con la hosquedad de que en los últimos tiempos había adolecido. Susana dedujo que el veleidoso Chess había hecho el amor a Ora «por todo lo alto».

-¿No es verdaderamente maravilloso, Susana? -murmuró la otra, arrobada.

¿El qué?-preguntó con cierta brusquedad Susana.

¡Oh! ¡Oh!... todo... los vivos colores... el... «No sé qué» tan dulce y placentero... los caballos... la vida de campamento... -declamó desconcertada Ora.

-Cree comprender lo que quieres decir-replicó su amiga -y me alegro de que «por fin» te hayas percatado. Aún no hace mucho, estabas disgustada del desierto, de Utah, de los cerriles, de los desbravadores y de ti misma.

-Sí, ya lo sé... -dijo Ora, un tanto alicaída-, pero... ya no lo estoy.

En aquellos momentos la joven ofrecía el espectáculo de una mansedumbre totalmente insospechada por Susana, y que robusteció su convicción en cuanto a la causa. Chess, que cabalgaba a medio largo de caballo, detrás de Ora, guiñó un ojo maliciosamente. Casi parecía querer significar que no pudiendo alcanzarla a ella, Susana, se conformaba con Ora. Susana le devolvió una mirada llena de acusadora indignación y en lo sucesivo se abstuvo, estudiadamente, de mirarle. Comenzaba a comprender los motivos que movían al hermano de Chess a no quitarle ojo de encima.

-Algún extraño ha llegado al campamento-observó el mozo cuando entraban en el olmedo, trotando hasta ponerse al nivel de Ora y de Susana. Ésta sintió un estremecimiento de excitada curiosidad que fue como revelación de su propio interés por cualquier visitante foráneo, ¿y si fuese Chane Weymer? Mirando en aquella dirección vio un enfangado y rendido hatero, abrumado por el peso de una mal repartida carga, mas los árboles obstruyeron la visión del jinete.

Ora encaminó su caballo hacia los reales de los Loughbridge y Susana se dirigió a su tienda. Desmontaba, cuando Chess se acercó a galope, apeándose de un salto. Una simple ojeada a su rostro le bastó para saber que el recién llegado no era Chane, experimentando súbito alivio y una vaga decepción que la irritó, resentida contra Chess

¡Maldita sea!... Creí que se había presentado Chane y que me desquitaría con usted-dijo el muchacho empezando a desensillar su caballo.

-¿Desquitarse conmigo? ¿De qué? -preguntó Susana, exasperada.

- Digamos... por su falta de reciprocidad-rezongó Chess alegremente.

-Chess, me hace usted muy poca gracia...; tenga la amabilidad de explicar en qué forma le habría podido permitir la llegada de su hermano «desquitarse conmigo» como usted dice.

-Pues... porque es seguro que se enamorará usted de él como una tonta y podría acaecer que... «le dijeran que nones como a mí me ha sucedido».

-A sus muchos otros defectos añada usted la impertinencia, Chess -replicó altivamente Susana.

- ¡Oh! Susana... dispénseme usted -dijo contrito Chess dejando en el suelo la silla y la manta-. Es... que aún me duele... pero... me consolaré. Y... escuche. Chane sería incapaz de hacerle a usted un feo. Acuérdese bien de lo que le digo: se enamorarán ustedes... como dos tontos.

Un vivo carmín arreboló súbitamente el rostro de Susana, avergonzada y furiosa

consigo misma por sus ingobernables y antagónicas emociones. Volvió la espalda a Chess.

-No diga... tonterías -replicó vivamente -; ¿quién es el forastero?

-Cuando vi que no era Chane volví grupas -con-testó Chess-, pero lo averiguaré en cuanto haya terminado con los caballos.

Montó y se alejó silbando, llevándose la montura de Susana hacia la tienda de Ora. La muchacha se quitó espuelas y chaparreras y entró en su vivienda para cambiar sus masculinas vestiduras. Habríase dicho que prestaba mayor atención que de costumbre a su acicalamiento. Aun-que para montar a caballo, y para ciertos momentos de la vida de campamento adoptase el más práctico y confortable atavío masculino, prefería, cuando era posible, el de su propio sexo. Se sentó a esperar la hora de la cena, consciente de un apetito que no le impidió, empero, re-flexionar entre tanto. A poco oyó pasos afuera.

-Susana, ya he avisado una vez que la cena está a punto-dijo, Chess-. Me apuesto mi caballo contra sus espuelas a que estaba usted haciendo lo mismo que Ora.

-¿Qué dice? -preguntó Susana apartando las cortinas de su tienda.

-¡Oh! ¡Sue! -exclamó mirándola embobado,. Su varonil semblante expresaba a la vez admiración y reproche-. ¡Nunca la había visto tan... tan... peripuesta!...

¡Y todo a beneficio de un desconocido! Ora también se ha acicalado. Todas ustedes son iguales.

-Naturalmente. ¿No ocurre lo mismo entre los, hombres? ¡Ni con mucho! -protestó él-. Y se convencerá algún día.

-Bueno, ¿quién ese el forastero? -preguntó Susana exagerando su interés por puro deseo de atormentar a Chess.

-¡Oh!... se llama Manerube... Ben Manerube, ¿qué le parece el nombrecito? Es un desbravador de Nevada, fornido y arrogante sujeto. Viene de la comarca pinte, allende los cañones, y por las trazas ha debido de ser ruda la jornada.

-Ésa es la región que yo he vislumbrado hoy desde la altura. ¡La Meseta del Caballo Cerril! ¿Podrá hablarnos de ella?

-Opino que sí; pero, escuche, Susana -prosiguió Chess cogiéndola firmemente, por un brazo al encaminarse ambos hacia el campamento-. No olvide que es la pro-metida de Chane y... mi hermana.

-Boy Blue, no pretendo dejarme conquistar... «de segunda mano« -replicó Susana con indignada seriedad.

El muchacho la soltó, prosiguiendo su camino en peno-so silencio. Susana le observaba por el rabillo del ojo. Sin saber por qué, su semblante parecíale distinto. Llegaron a la hoguera junto a la cual estaba la mesa. Evidentemente, les esperaban.

-¡Hola, chiquilla! -gritó su padre-. Ora y tú habéis retrasado la cena. Te presento al *señor* Manerube; Benton Manerube, desbravador de Nevada... Mi hija... y ahora... a comer todo el mundo.

Susana vio al lado de su padre a un talludo individuo que aceptó la presentación con una ligera inclinación de cabeza. El recién llegado tenía fúlgidas pupilas que centellearon al verla. Susana bajó las suyas. Chess, como de costumbre, se abalanzó con sillas para las dos muchachas, y un momento después estaban sus platos generosamente colmados.

-¿Verdad que es guapísimo, Susana? -murmuró Ora.

-¿Quién?

-El *señor* Manerube, naturalmente. ¿Creías que me refería a Chess?

-No me he fijado en él.

-Pues él sí que se ha fijado en ti y... tengo celos -declaró Ora.

-Ya se te notaba al volver al campamento. En cambio, yo tengo hambre.

Susana miró después de soslayo al forastero, sentado frente a ella, entre su padre y Loughbridge. Hubo de reconocer que, no obstante el cardenal que desfiguraba una de sus mejillas, Ora no había exagerado en su apreciación. A los postreros rayos del sol poniente, su cabello brillaba y su tez, curtida por los elementos era, aun así, tan clara, que a su lado, por

contraste, los demás parecían indios.

Susana, siguiendo tal vez inconscientemente el ejemplo de Ora, prolongó cuanto pudo la cena. Uno tras otro, los desbravadores se fueron levantando de la mesa para atender a las rutinarias tareas del campamento. Chess permaneció sentado junto a Ora, y jake, siempre servicial, empezó a recoger platos y tazas. El padre de Susana, terminado su yantar, se puso en pie y echó leña a la hoguera. Loughbridge, acercándose, cambió en voz baja algunas palabras con él,. Ambos estaban interesados por el forastero. Naturalmente, al percatarse de ello Susana, su interés personal, y, por consiguiente, su rapidez de percepción, se acrecentaron.

Finalmente, Manerube se levantó también, exhibiendo, al erguirse, su espléndida figura de caballista y el astroso y sucio atavío de quien acaba de realizar una larga jornada por agrestes lugares. Ceñía su cintura un biricú muy caído sobre la cadera derecha por el peso del revólver. Su camisa era de lana, a cuadros, confeccionada, a juicio de Susana, por los mormones, y como no llevaba chaqueta ni chaleco, sus robustas espaldas y ancho pecho se revelaban en todo su musculoso detalle. La no rasurada barba cubría las mejillas de un vello tan rubio, que no contrastaba con la fresca y sonrosada virilidad del rostro.

-Estaba muerto de hambre -observó con voz profunda, de agradable timbre-. Excepto lo que les saqué a los indios, llevaba una semana sin provisiones. ¡Bendita sea su familia, Melberne!

-Yo también sé lo que es pasar gana -replicó éste-. Su aspecto no engañaba y, según dice Alonso, sus caballos apenas podían tenerse en pie. ¿Adónde se encamina?

-No tengo rumbo fijo-replicó lentamente Manerube-. Mi excursión allende los ríos fue una decepción. Me ganó por mano un sujeto comprando jacos a los pintes. Probablemente me quedaré con el primer equipo de acosadores que necesite un buen caballista.

-¿De veras? ¿Tiene usted práctica en la caza de cerriles? -preguntó vivamente Melberne.

Manerube soltó una breve carcajada.

-¿Que si tengo práctica? ¡Oh!... Melberne..., opino que sí.

Susana notó entonces que Chess se incorporaba, dándole la impresión de un conejo alerta. Por su parte, ella misma experimentó un estremecimiento de interés. ¡Qué aplomo tenía aquel hombre!

-¿Ha cazado usted alguna vez cerriles en gran número de modo que pudieran embarcarse sin domar? -prosiguió Melberne.

-Yo soy quien por primera vez lo hizo -replicó el otro-. El año pasado facturé tres mil cabezas para Saunders.

-¿Saunders? ¿El ganadero mormón? -preguntó Loughbridge.

-Sí. Jim Saunders, de Salt Lake. Él me trajo de Nevada. Estuve agregado a su equipo de Kanab.

-Opino, Mel, que Manee es el capataz que buscamos -declaró Loughbridge dirigiéndose a su socio-. Que se encargue de nuestro equipo.

-¡Hecho! -replicó Melberne, siempre dispuesto a acoger las sugerencias ajenas-. Si quiere usted quedarse, Manerube, le pagaremos un salario decente y, además, le daremos un tanto por ciento en los beneficios.

-¡Encantado de serles útil! -dijo Manerube aceptan-do con un ademán, como si el éxito quedase descontado-. ¿Qué personal de caballistas forma el equipo?

Melberne enumeró a su gente, citándoles tal como les conocía, por sus nombres de pila.

-Te olvidas de Alonso -observó Loughbridge.

-¿Alonso? ¿Un vaquero mejicano mestizo que caza cerriles solo? -preguntó Manerube.

-El mismo. Viene con nosotros.

-Sé de quién se trata. Según dicen, es un gran desbravador -reconoció Manerube, meditando-, aunque no creo haberle visto nunca. En fin..., a mi juicio cuentan con poco personal para habérselas con grandes partidas de caballos. Tal vez quisieran ayudarnos las *señor*itas.

Para Manerube no había pasado inadvertida la presencia de Susana y de Ora y su pregunta se dirigió tanto a ellas corno a su padre.

-¡Oh, no! ¿Lo dice usted en serio? -exclamó Ora.

-Absolutamente-replicó el desbravador sonriendo-. ¿Saben ustedes montar? No es preciso que sea como un cowboy, aunque sí lo bastante para galopar largo y tendido.

-¡Ya lo creo! -declaró Melberne; y añadió, dirigiéndose a las dos-: Quedáis nombradas «desbravadoras de cerriles».

-No estoy muy segura de querer serlo, *Daddy* -dijo Susana sacudiendo la cabeza.

-¿Por qué? ¿Tiene usted acaso miedo? -interrogó Manerube-. A la *señor*ita Loughbridge no parece disgustarle la idea.

-¡Será estupendo! -exclamó la aludida.

Susana miró de hito en hito al recién llegado y la ex-presión de su mirada le causó casi tan desfavorable efecto como la sugerencia de cobardía que le había hecho.

-¡Miedo! Susana tiene más temple que muchos hombres -interpuso Chess con vehemencia-, pero... no le gusta ver sufrir a los caballos,

-¡Bueno! -replicó afablemente Melberne-. No lo haremos cuestión de gabinete. Susana puede obrar como mejor le convenga... Manerube, usted ha venido cruzando el valle. ¿Vio muchos cerriles?

-A millares. Cada día, desde que salí de la Meseta del Caballo Cerril, que es, según dicen los mormones, su último refugio, he visto la mejor sangre de la comarca. Luego que haya cazado y expedido cuanto sea posible en los alrededores del ferrocarril, hallará remunerador el consagrarse a los de raza, Melberne.

-Pero... no podremos distanciamos más de treinta millas-objetó éste.

-No. Mi propósito es tomarlo con calma..., cazar los mejores cerriles y domarlos.

-No es mala idea, Jim -rezongó Melberne-. Me gusta. ¿Qué clase de terreno hay por ahí?

-La mejor hierba y la mejor agua de Utah -replicó Manerube.

-Según tengo entendido, en la región de los cañones hay muchos cuatreros -dijo indeciso Melberne.

-¡Sí!... Aún se sostienen algunas cuadrillas de ladrones de caballos, pero... tan posible es encontrarlas por acá. Yo mismo tropecé con unos forajidos mormones allende el San Juan y pasé unos días con ellos. No son mala gente.

-¿Quiénes eran? -preguntó Loughbridge.

-Bud McPherson y dos de sus camaradas, Horn y Slack.

-Bud McPherson es muy conocido en San Jorge -declaró Loughbridge-. ¿No le has oído nombrar, Mel?

-¡Vaya! Se habla mucho de esos ladrones de caballos -replicó Melberne-, pero no me preocupan. En Texas ya tuve que habérmelas con tipos de su calaña.

-Oiga, Manerube, ¿cómo fue el acampar con McPherson? -preguntó curiosamente Loughbridge.

En opinión de Susana no le desagradaba a Manerube hablar de sí mismo. Tan sugestivo carácter cautivaba su interés, encontrando, además, algo indefiniblemente atractivo en el sujeto, aunque, no obstante, se dio cuenta de que no le era simpático. Ora, por el contrario, parecía por completo fascinada, condición que no escapó a la perspicacia de Manerube. El mismo Chess prestaba gran atención a sus palabras.

-Andaba buscando algunos piutes cuando di con Bud y sus compinches -comenzó Manerube sentándose en un tronco, ante la fogata, a corta distancia de las dos muchachas-. En realidad, como supe luego, el campamento no les pertenecía. Era el del desbravador que me ganó la vez con los indios. Recordarán que, según he dicho, había ido a comprarles caballos para los mormones. Ese desbravador llegó antes que yo, afortunadamente para mí, ya que McPherson no hacía por aquellas tierras sino esperar una oportunidad de robar algunas cabezas. Me hace gracia la cosa porque tuve una trifulca con mi rival. Le debo estos

cardenales, pero... tenían que haber visto cómo puse yo al sujeto...

Manerube se llevó la mano a la descolorida contusión del rostro, dirigiendo la última parte de su discurso principalmente a las jóvenes.

Susana sintió de pronto reavivada su atención, no tanto por las palabras de Manerube cuanto por la extraña forma en que las acogió Chess. Medio levantándose de su asiento, se inclinó hacia él como para oírle mejor. Su flexible cuerpo se cimbreaba. Una sospecha cruzó como un relámpago la mente de Susana.

-¿Riñeron ustedes? -preguntó Melberne, muy interesado, acercándose a Manerube.

Jake había adivinado igualmente el rumbo de la historia y permanecía inmóvil, con los ojos fijos en la espalda del narrador.

-Algo así. No parecía muy dispuesto a valerse de su revólver y tuve que darle una lección.

-¡Qué me dice! -exclamó Melberne-. Pero, seguramente, algún motivo debió tener...

-Sí. Opino que habría estado en mi derecho pegándole un tiro, pero, como digo, no quiso armas... La culpa de toda la tuvo una linda piute llamada Sosia. Fue alumna de la Escuela Municipal, habla correctamente inglés y los blancos la vuelven loca. El desbravador, que según rumores ha sido *squaw-man* entre los navajos, la perseguía tenazmente. Toddy Nokin, el anciano padre de la piute, tuvo que llamarle al orden para que la dejase en paz, pero él no le hizo caso. Finalmente me dio lástima la mucha-cha. La infeliz se dejaba embaucar como una tonta. Bus-qué camorra al desbravador y le di la paliza que se merecía.

Manerube terminó su relato con estudiada indiferencia y un ademán deprecatorio, como si en el fondo le des-agradase su intervención en el asunto.

Susana sintió un escalofrío al ver levantarse a Chess con la felina suavidad de un tigre, recogiéndose sobre sí mismo acumulando energía para abalanzarse.

-¡Oh! -exclamó Loughbridge-. ¿Sabe usted cómo se llamaba ese desbravador?

-Sí -replicó blandamente Manerube-. Weymer... Chane Weymer.

Loughbridge lanzó una exclamación de sorpresa, y de consternación, y Chess-se puso de un salto frente a Manerube.

-¡Maldito embustero! -gritó con acento de apasiona-da furia.

Manerube quedó evidentemente atónito.

-¿Cómo? -dijo, mirando al joven, sorprendido. Chess estaba lívido, chispeantes los ojos, temblorosos los labios. Parecía tenso como un arco

-Chane Weymer es mi hermano -dijo, y con trémulo ademán buscó en el cinto un revólver que, afortunada-mente, no llevaba. Rápido como una centella descargó sobre el rostro de Manerube un golpe de violencia tal, que le hizo tambalearse. Recobrando el equilibrio, éste se abalanzó hacia Chess, lanzando una imprecación y haciéndole caer de un puñetazo materialmente en brazos de Jake. Loughbridge se interpuso.

-¡Basta! ¡Es una criatura! -ordenó apartando al forastero.

-Criatura o no... le... -jadeó Manerube roncamente, llevándose una mano al rostro.

-No, no le hará usted nada -dijo enérgicamente Loughbridge, obligándole a sentarse en el tronco-. Re-conozco que el muchacho se extralimitó bastante, pero... serénese ahora.

Jake sujetaba con dificultad a Chess, que se debatía pugnando por desasirse.

-¡Calma, Chess, calma! -decía persuasivamente-. No te soltaré. Estás loco, muchacho. Tienes que vigilar ese genio. Yo también era así y sé lo que es...

Melberne acudió en ayuda de Jake y entre los dos con-tuvieron firmemente a Chess hasta que cesó de forcejear con ellos. Tenía el rostro ensangrentado y sus ojos despedían llamaradas de pasión. Susana leyó en ellos un terrible intento que la horrorizó. El muchacho apostrofaba a Manerube:

-Si hubiese... tenido... mi revólver... le habría mata-do, como... a un... perro... -jadeó-. ¡Embustero! ... Apuesto a que es usted... ¡eso que ha dicho que era mi hermano!

Y volviéndose a Melberne:

-¡Suélteme! No... no le haré nada. Pero quiero que sepan que Chane es... la esencia del

Librodot

honor. Si hubiesen conocido a mi madre, no «podrían» creer lo que dice ese... rufián. Chane es incapaz de mentir... o de ofender a una muchacha... blanca o roja. Si algo tuvo que ver con esa india fue seguramente para defenderla... Sería capaz de casarse con una *squaw* llevado de su buen corazón.

Susana se percató de que Ora estaba asida a ella nerviosamente. Chess, saliendo de tal suerte en defensa de su hermano, parecíale, en aquel momento, magnífico. Sin añadir palabra, dio media vuelta y desapareció.

-Opino, Manerube, que podía usted haberse callado el nombre de Weymer -dijo ásperamente Melberne.

-¿Cómo diablos podía yo suponer que tenía un hermano aquí? -replicó airado el otro-. Me ha pegado... en el sitio que Chane, y lo mejor que puede hacer es no ponerse en mi camino.

-Yo me encargo de ello-dijo Melberne-. Y si su deseo es continuar entre nosotros, le aconsejo, Manerube, que no provoque disturbios.

Ora, rompiendo súbitamente a llorar, se internó en la oscuridad. Susana se retiró a su tienda, perturbada por el incidente. Sentándose, en el borde de su lecho, reflexionó en lo sucedido. Al fin y al cabo, por lo que a Chess atañía, no pasaba de ser una disputa más. No era la primera, aunque posiblemente, por su naturaleza y causa, fuese más grave que las anteriores. Durante el desagradable incidente, Chess le había parecido peligroso. Recordó con un escalofrío el centelleo de sus pupilas y el metálico timbre de su voz. Manerube no había ciertamente salido airoso del lance. Su narración impresionó de un modo desfavorable a Susana, quien, además, juzgaba adversamente su conducta, agrediendo a un muchacho que era casi un niño, aunque no, podía negarse que Chess le había dado motivos bastantes. Se preguntaba qué habría de cierto, en realidad, en el relato de Manerube, cuando interrumpió sus pensamientos la voz de su padre:

-¿Estás ya acostada, Susana?

-No, Dad.

Al levantar la falda de la tienda, la iluminó momentáneamente un rayo de rojiza luz de la hoguera. Entró, sentándose en la cama, junto a su hija.

-Me gustaría conocer tu criterio acerca de ese jollín entre Manerube y Chess, muchacha -dijo cogiendo entre las suyas una de las manos de la joven.

Breve y cándidamente, Susana expuso su opinión.

-Bueno, bueno..., pues, estamos casi conformes-replicó meditabundo-. A mi entender, Manerube quiso «farolear» ante vosotras dos. Es un picador de los «pintureros». He conocido varios así, aunque no con tanta labia. Una de dos, o no es lo que pretende o -ha sido algo muy distinto de lo que es ahora.

-Chess me dio lástima -murmuró Susana.

-¡Pobre chico! Aunque... no veo que necesite mucha compasión. Dijo lo que pensaba como un hombre y «cascó» a Manerube con toda su alma. Si llega a tener un revólver a mano, muchacha... habría corrido la sangre.

-¡Oh, Dad!

-En fin..., creo poder refrenar al mozo. Mucho debe de querer a ese hermano suyo.

. -Sé que le adora.

-Peor que peor. Temo que Manerube haya dicho la verdad.

-¡Oh! -exclamó Susana-, cómo... ¿por qué?

-¡Psh!... Loughbridge aseguró que ha oído hablar mucho de ese Chane Weymer. Al parecer es un prodigio con los caballos. Ha tenido más de un lance a mano armada... Su reputación es de solitario, aunque en verdad, eso le favorece. Corren también rumores de *squaw*s indias... Loughbridge los oyó en Bluff... Claro que eran rumores de origen mormón, pero así y todo... no sé... «Quisiera» creer a Chess...; se ha portado tan cabalmente... Me hizo dar un brinco..., pero opino que él se equivoca y que Manerube es quien ha dado en el clavo. Y Loughbridge piensa igual. Bueno, bueno, lo siento mucho... Buenas noches, pequeña.

Susana se acostó sin encender la vela. Sentíase conturbada y se envolvió en sus mantas más aprisa que de costumbre, permaneciendo despierta en la oscuridad. Oía las voces de los hombres de tertulia junto a la fogata. El viento gemía entre los olmos. La noche parecía triste. ¡Pobre Boy Blue, tan amante de su maravilloso hermana! ¡Más le valía a su madre estar en el distante Colorado, lejos de las murmuraciones que habrían destrozado su corazón! ¡Chane Weymer! La vaga sombra de un ideal confuso se desvaneció. Susana experimentó una sensación de angustia, de decaimiento, que era, por lo intensa, casi física, y después, una sorda irritación contra su indisciplinada y loca fantasía. Murmuró para sus adentros: ¡Pobre muchacho! Me dijo: «no podrá evitar enamorarse de mi hermano Chane... »

Librodot

V

Con gran sorpresa de Chane Weymer, Toddy Nokin condujo a los potros no por la izquierda del sendero de *Beaver Canyon*, sino en dirección a la gran cuenca de verdeantes taludes que llevaba a la región roquiza. La larga hilera de inquietos animales se extendía considerable trecho, con los hijos de Toddy a retaguardia. En la confluencia de los dos senderos, el viejo piute aguardó a Chane, indicándole con un ademán, al llegar, que echase pie a tierra. La conducta de Toddy era la misma de siempre; sin embargo, el desbravador sintió acelerarse su corazón.

El indio señaló con uno de sus pausados gestos el campamento de Chane.

-No querer blancos-dijo significativamente.

Chane miró a su amigo con sorpresa y naciente comprensión. Toddy debía tener motivos para apuntarle la conveniencia de prescindir de Bud McPherson y sus secuaces.

-Conformes, Toddy, si así lo crees preferible. Puedo asegurarte que no me hacen falta -declaró, aguardando luego a que el piute acabase de desarrollar su pensamiento. Toddy estaba evidentemente sumido en profunda meditación. Por fin, expresándose en lengua vernácula, manifestó que Chane obraría muy cuerdamente abandonando campamento y provisiones, sin revelar a McPherson su propósito de conducir los potros allende los ríos. Podía dar a entender que iba a visitar a un pariente de Nokin con objeto de apalabrar futuras adquisiciones, ganando así tiempo bastante para cruzar con sus recuas el San Juan, antes de que McPherson se percatase del ardid. Toddy no adujo razón alguna en justificación de la sugerencia. Pero con ésta bastaba. Sin género de duda, Bud McPherson era un cuatrero. Chane recordaba de un modo vago y, aunque sin poder precisar por qué, relacionado con chalaneos de dudosa moralidad, el nombre del sujeto.

-Pero, Toddy, ¿qué voy a hacer sin víveres ni mantas? -preguntó, reacio a abandonar su equipo-. Además, tengo allí mis hateros.

El piute solventó la objeción manifestando que él trae-ría los caballos, y sin añadir palabra montó, alejándose sendero abajo con sus hijos.

Aunque Chane, al parecer, no tenía disyuntiva, reflexionó un buen rato antes de resolverse a montar de nuevo. Le dolía sacrificar su equipo en favor de tres forajidos, si bien era cierto que, víveres aparte, no encerraba nada de valía. Quizá fuera el mejor expediente para librarse de los tres sujetos, pero, aun así, no acababa de convencerse del todo de su eficacia. ¿Se dejaría Bud McPherson engañar tan fácilmente? La hostilidad de Chane habíase exacerbado al adquirir la certidumbre de que aquellos individuos, además de abusar de su confianza y de su buena fe, nos eran lo que pretendían. ¿Por qué no presentarse en el campamento, revólver en mano, y zanjar de una vez la cuestión a tiros? ¿O mejor aún, obligándoles a rendir sus armas para evitar que luego pudieran emboscarse en su camino?

-Opino que Toddy sabe lo que se hace -soliloquió finalmente-. Su plan es, desde luego, menos expuesto. Lo se... pero... me gustaría verme las caras con McPherson,

Le costó trabajo abandonar por completo esta última idea. No era la primera ocasión en que reñía similar lucha interior con sus pasiones, y cada vez le era más difícil dominarlas. No porque las soluciones violentas le pluguiesen, sino porque su larga convivencia con los turbulentos pobladores de aquel desierto le había demostrado el es-caso, por no decir nulo, beneficio de ofrecer, según la metáfora bíblica, la otra mejilla a quienes le agraviaban. Aquella región de piedra exigía y enseñaba procedimientos más radicales y eficaces.

Montando en *Brutus*, se encaminó hacia el Este por la senda de *Beafer Creek* hasta ganar la arista del amarillento acantilado, dando la vuelta por su base a la enhiesta escarpa y las roquizas graderías que acababan en el curso de agua, ascendiendo luego la vertiente opuesta don-de estaba el campamento. Los cedros eran en aquel lugar muy frondosos y por entre sus ramas creyó ver moverse algo indefinido. Después un conejo cruzó veloz por entre

las salvias. Acaso era lo que había visto. Se dirigió al cedro cabe cuyo tronco dejara sus mantas y uno de sus hatos y echó pie a tierra. A pesar de hallarse a cierta distancia del campamento propiamente dicho, pudo cerciorarse de que no había nadie a la vista, sintiendo un positivo alivio. A pie, atravesó el raso. Una fogata de ramas de cedro humeaba aún y sobre sus ascuas hervía una olla de judías. Aparentemente, todo estaba como de costumbre. McPherson y los suyos debían haberse ausentado temporalmente. Chane rebuscó en su hato hasta encontrar un cuaderno y un lápiz. En una hoja de aquél pergeñó breves líneas dando cuenta de su propósito de ir a la región navaja a comprar más potros, y la colocó cerca de la hoguera, en lugar visible, poniendo, encima una piedra para sujetarla. Se le ocurrió entonces que, estando desierto el campamento, nada se oponía a que recogiese lo que hubiera de menester, si observaba especial cuidado en no llevarse cosas que McPherson pudiese echar de menos.

Cuando regresó al cedro, *Brutus* piafaba, quizá de excitación, quizá por mera impaciencia. ¡Chane no conocía aún lo bastante al animal para entenderle.

-¿Qué pasa, muchacho? -preguntó.

Brutus soltó un bufido, engallando la cabeza, aguzadas las orejas y centelleantes los ojos. Fuera cual fuese su causa, la actitud del bruto despertó el recelo de Chane, haciéndole mirar desasosegado a su alrededor.

No se divisaba blanco, indio o bestia alguna. Chane sacó de su hato una caja de municiones para el rifle, un estuche pequeño de cuero y un saquillo de maíz tostado y salado que llevaba siempre como reserva para alguna jornada imprevista. Envolvió las tres cosas en su capote, atando luego éste al arzón trasero de su silla. Cuando terminó, la fuerza de la costumbre le hizo revisar caballo y arreos antes de emprender la marcha, deteniéndose sus pupilas en la funda del rifle. ¡Estaba vacía!

Su irritación se trocó en alarma. Mascullando imprecaciones, intentó recordar cuándo y dónde había visto por última vez el arma. Lo más probable era que el traqueteo la hubiese desalojado de su guarda, y volviendo sobre sus pasos la encontraría sin dificultad. El caso no era infrecuente.

-No..., cuando eché pie a tierra estaba en su sitio -exclamó de pronto. Lo recordaba. En detalles así no se equivocaba nunca. Miró al suelo, a su alrededor. En un trecho polvoriento vio la clara impresión de un mocasín. ¡Reciente! La huella le sobresaltó. La reconocía como la de un tullido piute que, en ocasiones, visitaba el campamento. Chane había desconfiado siempre de él. Toddy Nokin decía que era «mal indio», y la huella con el contorno irregular del disforme pie era inconfundible.

-La cuestión es saber si se trata de una vulgar ratería india o si fue McPherson quien le sugirió la idea de robarme el rifle -soliloquió Chane. Ambas hipótesis eran verosímiles, pero se inclinaba más bien a creer en la intervención del blanco en el asunto. Y si su sospecha era fundada, aquellos parajes podían tener muy poco de saludables para él. El piute, en posesión de su rifle, debía rondar cerca, posiblemente acompañado de los invisibles cuatreros. Montando de un salto en *Brutus*, Chane le espoleó por vez primera. El resultado fue asombroso. El animal salió disparado, tan repentinamente como la flecha del arco. Chane esperó oír de un momento a otro el estampido de su rifle, consolándole la idea de que para hacer blanco en *Brutus* a tal velocidad era preciso ser un tirador de primera fuerza. Y, por ende, todo intento de persecución estaba de antemano condenado al fracaso.

El desbravador se dirigió hacia el Oeste, tomando una dirección diametralmente opuesta a la que McPherson, emboscado al acecho, habría supuesto que tomaría. El abertal de cedros sesgaba por espacio de dos millas, que *Brutus* salvó a un paso que le dejó pasmado.

-¡Caramba! ¡Empiezo a creer todo lo que decían de este jaco! -murmuró.

El viento azotaba el rostro, enturbiando sus pupilas. No obstante, pudo cerciorarse de que no le perseguía nadie. Sofrenando a *Brutus*, rodeó la loma de cedros hasta el borde del *Beaver Canyon*. Si bien el terreno era por demás accidentado, formando barrancas, confiaba encontrar un punto por donde poder atravesar antes de que profundizasen. Media milla más

lejos dio con una cañada que seguían los caballos para abrevarse y por ella ganó el suelo del cañón. Era una trocha de aspecto áspero y abrupto. Chane no la había recorrido nunca y no se atrevió a arriesgarse a seguir el más fácil holladero por la arena. En cuanto le fue posible, emprendió el ascenso por una pequeña barranca lateral, no tardando en hallarse en la verde planicie superior, y enfilando el Este, puso a *Brutus* a galope tendido. El animal tenía un movimiento tan suave y uniforme como el de los más ligeros potros indios.

-Hasta que no se le conoce, no puede juzgarse lo que «es» un caballo-reflexionó Chane-, pero... he de confesar que, con *Brutus*, McPherson acertó a la primera. Estaba resuelto a hacerse con él. Incluso robándolo... Bud... opino que te quedas con las ganas.

El desbravador estaba continuamente al atisbo de cualquier indicio que revelase la presencia de Toddy Nokin y su reata de potros. La amplia cuenca parecía engañadoramente llana, pero advertíase un marcado declive hacia los redondeados peñascos amarillentos, y las numerosas regueras naturales se hacían más profundas, estrechándose, en la misma dirección.

La salvia gris prevalecía, aunque achaparrada y canija. La hierba y las cizañas eran abundantes, entremezclándose con ellas algunos cactos. La penetrante mirada de Chane no logró observar señal de vida alguna. Volvía con frecuencia la cabeza, escrutando el cantil de la altiplanicie, netamente acusado por el perfil de los cedros contra el cielo. Iba a buen paso hacia la pavorosa región de los cañones, mas, de momento, a su alrededor todo era despejado, bellísimo, lleno de sol y de fragancia.

Acentuó su tendencia al Noreste y pronto llegó al sendero que Toddy Nokin había tomado. Huellas recientes de cascos advertíanse en su polvoriento suelo. *Brutus* emprendió el camino que serpenteaba hacia el Norte en continua pendiente. Al correr las millas, Chane vio acercarse las amarillentas masas roquizas que acabaron paulatinamente rodeándole. Al principio se erguían aisladas, como enormes monstruos petrificados, después se fueron aproximando unas a otras hasta fundirse en una sola para formar la anfractuosa escarpa que tan extraño aspecto presentaba, vista desde la altiplanicie. Un espacio de una milla de anchura se abría en aquella roquiza desolación, sesgando por ambos lados hasta la embocadura de un cañón.

Para llegar a la comarca, Chane no había seguido aquella ruta, sino otra más al Este, atravesando el San Juan por Piute Canyon. Toddy Nokin parecía preferir el casi desconocido sendero llamado «*Hole in the Wall*», rendez-vous favorito antaño de los facinerosos. Poco después, el desbravador llegó al borde de un cañón que, partiendo de aquel lugar, serpenteaba profundo y fragoso, forman-do una especie de estrecha trocha o desfiladero en el caos de peñascos rojos y amarillos. Por allí aparecieron Toddy y sus hijos, conduciendo la reata de potros. Chane salió al encuentro, no tardando en reunirse con sus amigos indios.

Pronto tuvo ocasión de advertir que el sendero era antiguo y poco definido, en algunos trechos imperceptible. Evidentemente se utilizaba rara vez, prefiriéndosele, para ganar el vado piute del San Juan, el que acababa de abandonar. Sin pérdida de tiempo, Chane comunicó a Toddy la desaparición de su rifle y el hallazgo de la huella de mocasín correspondiente al pinte cojo.

-¡Hum! -gruñó Toddy con poco tranquilizador acento. Refrenando su potro oteó las altiplanicies. Era la mi-rada del halcón del desierto. Chane puso en ella toda su confianza, quedando aliviado al ver al piute dar media vuelta sin comentario alguno, aunque obligó a los otros a acelerar el paso.

Se internaron en hondos cañones, cuya especial con formación, entrecruzándose y amalgamándose unos con otros, prolongaba considerablemente la jornada sin provecho alguno apreciable en cuanto al avance. Por fin salieron a terreno llano, especie de meseta o saliente, bajo una casi vertical escarpadura que se inclinaba sobre el cañón que iban siguiendo. El saliente aparecía salpicado de enormes galgas, desprendidas de los cantiles superiores, que habían rodado hasta quedar en equilibrio. Su prodigioso tamaño -de cincuenta a cien pies de altura -y su increíble posición, balanceándose en el canto mismo de la meseta, hacía de ellas objeto de admiración y de pasmo.

Los piutes emprendieron el descenso por una rampa, a primera vista perpendicular, que formaba una sucesión de escalones tortuosos, más que un verdadero camino.

Chane desmontó en el cantil, contemplando la reata de potros que, en su precario holladero, desalojaba pedruscos de todos tamaños, que emprendían veloz carrera adquiriendo velocidad por instantes hasta formar un alud que caía estruendoso en la rojiza sima. El desbravador dudaba de la aptitud de Brutas para franquear aquel declive con curvas de sólida roca y deleznable suelo. Su alzada parecía restarle la agilidad necesaria para salvar los bruscos zigzags pero... no había otra solución. Por última vez miró largamente hacia el angosto repecho por el que habían entrado en aquel laberinto de rocas. Salvo por las oleadas de calina que se alzaban del suelo, la inmovilidad era absoluta. No había indicio alguno de que McPherson hubiese descubierto la añagaza de Toddy Nokin para burlar su persecución.

-Si consigues bajar por ahí, *Brutus*, acabaré creyendo que también puedes volar-dijo Chane. Hasta entonces cuando de franquear parajes escarpados se trataba había llevado siempre a Brutos de la brida, mas a la sazón estimó preferible confiar en el caballo, facilitando así el descenso, dado que fuese lo bastante inteligente y ágil para obrar por cuenta propia. Ató las riendas, colgándolas de la perilla de su silla, y echando a andar silbó a *Brutus* para que le siguiera. Durante algunas yardas la rampa no ofrecía dificultades y *Brutus* desalojó las piedras sin prestar especial atención al holladero. Pero a poco, los largos zigzags se trocaron en curvas cerradas de escaso radio, interceptadas por peñascos, corriendo bajo escarpaduras y salientes, quebradas a trechos por irregulares peldaños con un desnivel de más de cuatro pies entre una y la siguiente. Chane no tardó en convencerse de que aquel sendero, si de tal podía calificarse, nos se usaba jamás, excepto de bajada.

Con profunda sorpresa, y no menos satisfacción, vio el desbravador que *Brutus* le seguía sin el más leve signo de nerviosidad o de vacilación. En los recodos demostraba

la agilidad y la flexible ligereza del conejo, sin que su corpachón le embarazase. Tenía patas de cabra montés. Al llegar a los peldaños se, detenía, mirando a Chane como en demanda de instrucciones. El picador le animaba con un «adelante, *Brutus*, y entonces, lanzando un bufido, alzaba simultáneamente ambas patas delanteras y dan-do una especie de brinco caía aplanado en la grada o saliente inferior. En otras ocasiones patinaba sobre los cuartos traseros, desalojando pequeñas avalanchas de, guijos y de tierra que le envolvían en su polvareda. Chane veíase obligado a sortear con cuanta agilidad le era posible el chaparrón, para no recibir algún cantazo. Si *Brutus* no hubiese hallado con tanta frecuencia en su camino los peldaños que le hacían detenerse, habría sido punto menos que imposible para Chane el mantenerse a su cabeza.

Hombre y caballo continuaron el descenso hasta que la escarpada rojiza se alzó amenazadora y terrible sobre sus cabezas: y la sima profunda y fragosa comenzó a dibujarse claramente. La contraescarpa del cañón era tan enhiesta; que ocultaba a su vista parte del ardoroso firmamento. Chane no divisaba, ni a los potros ni a sus conductores, aunque a intervalos llegasen a sus oídos voces indistintas y el sordo ruido de las galgas rodando por la cuesta.

A mitad de camino, cuando se hallaban quizás a unos mil pies del fondo del despeñadero, la tortuosa senda pasaba por un estrecho bancal cuyo borde cortaba a pico sobre el precipicio. Era un trecho, que exigía extraordinaria precaución, además de tensos músculos y excelente vista. Chane lo franqueó con un suspiro de alivio, ahogando luego una exclamación, al pensar que *Brutus* tendría que salvarlo sin detenerse. Le silbó, pero esta vez su obediencia no fue completa. Avanzó unos cuantos pasos en la angosta proyección y luego, en vez de proseguir adelante, atisbó unas matas de hierba en su borde externo. Dio unos pasos más, alargando hacia ellas la cabeza, das mordisqueó, descuajándolas, quedándose en el cantil mismo del tremendo abismo, mirando hacia abajo.

A Chane se le encogió el corazón. Los cascos delanteros de *Brutus* apenas si se posaban en el suelo. ¡Si cediese el terreno! ¡Si resbalara! El desbravador no, se atrevía ni a desplegar los labios. *Brutus* dio media vuelta en el vértice de la pequeña curva con tanta o más facilidad

Librodot

que una mula y prosiguió su camino hacia Chane.

-¡Caramba! ¡Me doy por vencido! -exclamó, al ver llegar a su lado al caballo. La frase tuvo una doble significación. Acarició el aterciopelado morro, mirando fijamente los enormes ojos oscuros del animal. Le parecían intensamente despiertos. *Brutus* le comprendía, pero... ¿llegaría «él» a comprender a *Brutus*?

Sin preocuparse ya por el caballo, Chane reanudó el descenso. La escarpa del cañón sesgaba menos abrupta-mente hacia su base; los pasos difíciles eran cada vez menos frecuentes, los zigzags mayores y más amplios, serpenteando por entre enormes moles desprendidas de los cantiles. Poco después divisó a los potros y a los indios, y luego llegaron al estrecho suelo del cañón.

Cuando puso en él sus plantas, *Brutus* iba pisándole los talones. Montando, se dirigió adonde estaban los piutes.

La angosta cuenca rojiza con sus elevadas escarpaduras abría sobre otro cañón más amplio, cuya diversidad de matices, aspereza y caótica confusión de rocas, parecían correr parejas con sus acrecentadas proporciones. Al doblar un recodo, Chane desembocó en un maravilloso lugar de unos diez acres de extensión, verdadero, jardín, de frondosos olmos y verdeante hierba, enclavado, como una gema, en la desolada devastación. Un arroyuelo espejeaba como una cima de plata bajo los rayos del sol, serpenteando por el oasis. Al Oeste divisábase la cabecera de un largo cañón, muy vasto al parecer, en cuyo extremo inferior el sol declinaba perceptiblemente velado. Chane, juzgando por su sesgo y por el curso de agua que lo atravesaba, calculó que debía ser *Beaver Canyon*, y más tarde Toddy Nokin confirmó su creencia. Allende el ver-de paraje, las enormes escarpaduras parecían haberse derrocado, obstruyendo la entrada del cañón y cortando el paso y la salida al arroyuelo, que desaparecía por entre el amontonamiento de rocas.

Toddy Nokin y sus hijos aballaron el ganado al oasis, dando por terminada la jornada. Era obvio que los: potros no se descarriarían de tan exuberante lugar. Pájaros, conejos y ardillas comunicaban animación, vida y color al bellísimo óvalo verdeante.

Chane desensilló a *Brutus*, quitándole también la brida; luego le contempló mientras se revolcaba a sus anchas, cuatro veces hacia un lado y tres hacia otro. De nuevo tuvo que reconocer que el caballo tenía dotes excepcionales.

Toddy Nokin afirmó que aquel lugar, era el más seguro que conocía para pernoctar, así como el único abundante en hierba. Sorprendió a Chane la absoluta carencia de rastros de campamentos indios. En el arenoso suelo no se advertía ni una sola huella. Era uno de tantos parajes desérticos, raramente frecuentados por los indios, y tal vez jamás por los blancos. El desbravador comenzó a perder en parte sus recelos de McPherson. No parecía probable que los cuatreros le sorprendieran allí. El peligro, si peligro había, estaba más lejos, en el vado de San Juan, o en sus cercanías. Pero la pérdida de su rifle se-guía preocupándole. De tener en su poder el arma, no le habrían causado el menor desasosiego McPherson y sus aliados.

Chane buscó un arenoso asiento bajo un árbol. Estaba cansado y el calor del día aún pesaba bochornosamente. Las abejas zumbaban revoloteando sobre los macizos de flores amarillas, que daban al oasis sus áureas tonalidades. Mientras repasaba, los indios encendieron la fogata, comenzando los preparativos de la cena. Chane vio al hijo menor de Toddy acechando conejos con arco y flechas, arma favorita aún entre los muchachos piutes.

Se acentuaban las sombras. Lentamente, el rojizo color de las escarpas fue trocándose en azul. Una calina purpúrea velaba los más distantes objetos. Al cesar las abejas en su laborioso afán, el murmullo del arroyuelo fue lo único que perturbó la absoluta quietud. De entre los árboles empezaron a surgir pequeños murciélagos.

Chane compartió el frugal condumio indio con apetito. Frecuentemente habíase contentado con menos. Una brumosa semioscuridad sustituyó rápidamente el crepúsculo, y, en aquella hondonada, que las altísimas escarpas del cañón circunvalaban, la noche reinó pronto por completo.

Los indios no hablaban. Toddy Nokin estaba más taciturno y sombrío que de

costumbre. Chane ponderó de nuevo los riesgos que la aventura ofrecía, particularmente para él. El siguiente día, quizá trajese consigo la crisis. Arreglándose una yacija con las mantas, de su silla sobre la candente arena, cerró los ojos, pero la solemnidad del silencio, y la creciente influencia agorera del tétrico cañón, le tuvieron despierto durante algún tiempo. Estaba en los aledaños de la laberíntica red de cañones, extraña y desconocida hasta para los piutes. La idea le abrumaba. ¿Qué ocurriría? ¿Seríale posible vadear los ríos? Parecía agobiarle un presagio de calamidad inminente que no se había hecho sentir durante el día.

Por fin estaba a punto de ceder al sueño cuando le despabiló, estremeciéndole, un fragor de trueno. Llenaba el cañón con su prodigioso volumen de sonido. Mas... en el firmamento las estrellas titilaban con todo su esplendor... No había tormenta. El horrísono estruendo procedía de una sección de acantilado al precipitarse, desprendida, por la pedregosa escarpa. Fue aumentando en velocidad y en fragor hasta ensordecer a Chane. Luego cesó, repitiéndose el eco de sierra en sierra, cada vez más débil, hasta morir en un sordo zumbido de gigante. Después reinó un silencio que, por contraste, parecía irreal. Chane experimentó una insólita sensación de soledad y de des-valimiento. Finalmente, se quedó dormido.

Hacia el amanecer le despertó el frío. No pudo ya volver a conciliar el sueño, y en la grísea penumbra vio, con satisfacción, a los indios encender la fogata. Se levantó, entumecido y envarado, y dio algunos pasos hasta con-seguir reaccionar en parte y que la sangre circulase con más celeridad por sus venas. Los piutes soasaban carne de carnero. El desbravador consumió su desayuno cuando aún no era de día. Las hijos de Toddy Nokin desaparecieron en busca de los potros.

Chane, junto al fuego, con las manos extendidas, al amor de la lumbre, contemplaba el maravillosamente blanco lucero del alba. Pendía sobre una escotadura del cañón como un faro, radiante y prodigioso.

¡Hum! -gruñó Nokin para llamar su atención. El indio había cortado tiras de la carne asada, disponiéndolas sobre una piedra junto al fuego. Por señas dio a entender a Chane que representaban su ración y que, por ende, podía o no salarlas, como prefiriese, y llevárselas. Chane las recogió, no sin agradecer a Toddy su previsión, y las guardó en el saquillo que contenía el maíz tostado. Hasta que estuviese entre los mormones escasearían los víveres.

Al amanecer, *Brutus* llegó trotando al campamento. A juzgar por su orondo aspecto, había hallado buen pasturaje. No obstante, hocicó las mantas y la silla como husmeando grano. Chane le enjaezó, aguardando para montar a que reapareciesen los piutes con los potros.

La mañana era deliciosamente diáfana, fresca, luminosa, con un grato perfume en el ambiente. Al Este apuntaba un rosado resplandor, heraldo del sol naciente. Los pájaros empezaban a gorjear en el oasis, rompiendo gratamente el melancólico silencio del cañón.

Al poco rato llegaron los hijos de Nokin con la reata, y comenzó la jornada. Chane la afrontó con resuelta ansiedad. Salieron del oasis por su parte Este, siguiendo un camino ascendente, sorteando bloques desprendidos del acantilado hasta llegar a una plana elevación, en la que los galayos parecían tiendas de invisible ejército. Algunos de los enormes monolitos tenían superficies oxidadas, casi negras, sobre las que los indios habían trazado sus toscos jeroglíficos.

El sol asomó deslumbrador y brillante sobre la sierra que cerraba el horizonte al Este. Chane sabía que aquella especie de bastión estaba allende el San Juan, pero aún no habían ascendido lo bastante para poder ver los espacios que se extendían al pie de la ondulante cresta. El día augurábase cálido en aquellas depresiones.

Chane salió del caótico laberinto de peñascos a una altura desde donde podía contemplar el cañón del río San Juan. Los indios continuaron aballando la potrada mientras él, refrenando a *Brutus*, estudiaba, sobrecogido y absorto, la dantesca escena. Anteriormente había cruzado en tres ocasiones distintas de San Juan por lugares no faltos por cierto de aspereza desértica. Pero aquello era diferente.

Una terrible sima corría de Este a Oeste, amplio y tortuoso cañón por cuyo fondo

Librodot

serpenteaba un río de turbulentas aguas color de chocolate con un estruendo que llegó amenazador a sus oídos. Se precipitaba muchas millas hacia el Este, emergiendo de una angosta hendidura de la siniestra escarpa, abriéndose paso como una serpiente hacia el Oeste, donde vertía sus fangosas aguas en otro río de vasto cauce y majestuosas y altivas laderas. Fue la primera visión que tuvo Chane del Gran Cañón del Colorado.

La grandiosidad salvaje de la escena le hizo enmudecer. La terrible desolación de las desnudas superficies, la evidencia, por doquier, de ruina, de milenario desgaste, sobrecogían el ánimo. En toda el área que la vista alcanzaba no se advertía ni un solo trecho de verdura. Ni de vida. Pero, aun así, parecía tener una infernal belleza. Sobre las altas paredes, rojo y bronce del cañón alzábase la cerrada línea del horizonte, las carcomidas superficies, corroídas por los vientos, que Chane divisara desde las altiplanicies de salvias. En la contraescarpa no parecía haber solución de continuidad. Por el lado donde Chane estaba abríanse por doquier gollizos y cañones. El descenso hasta el río era gradual, mas de tal naturaleza por su escabrosidad, que parecía impracticable,. Y, sin embargo, los indios y los potros lo iban realizando lentamente. Muy hacia abajo, los vastos derrumbamientos de rocas formaban unas a manera de gradas de tierra rojiza o grísea y debajo de es éstas corrían fajas llanas y arenosas, paralelas al cauce del río.

Brutus no esperó indicación alguna de Chane. Emprendió el descenso, y pronto el desbravador se vio perdido en un mundo de desmoronados peñascos. De tiempo en tiempo las revueltas del sendero le permitían vislumbrar el río y las elevadas paredes que le servían de cauce, mas, por lo general, las enormes masas fragmentarias de roca restringían su horizonte. La senda no era, sin embargo, ni abrupta ni difícil de seguir. *Brutus* no tardó en ponerse a nivel del potro del piute.

Chane se percató de la frecuencia con que Toddy Nokin estudiaba con sus balconadas pupilas la vasta ladera a su derecha, y, en particular, un fragoso punto del cañón. A pesar de(concentrar en él su atención, el desbravador no logró ver nada insólito. Todo era peña roja, deslumbrante al sol. Les costó una larga y polvorienta caminata el ganar las laderías de tierra gris, bienvenido cambio a la aspereza del camino. Los potros reanudaron el trote, cubriendo rápidamente las distancias hasta una pedregosa planicie, casi desnuda de vegetación. La sola planta que allí crecía era tan grísea como el suelo que la sustentaba.

La rojiza ladera objeto del escrutinio de Toddy Nokin, formaba ahora una especie de repecho de una milla de largo, excesivamente abrupto, para terminar en una vetea-da pared, que parecía tocar el cielo, cortada a pico en la escotadura que constituía la boca de un cañón que iba a parar al nivel donde Chane se hallaba. Indudablemente, de aquel cañón partía un sendero que Nokin dejara ayer y que tanto recelo parecía inspirarle hoy. La terrible desolación del rojo abismo era aún más patente, por la ausencia absoluta de vida. El río mismo afluía profundo, hosco, extraño, de muy distinto modo del fluir del agua en rápida corriente.

La faja de pedregosa planicie, que tan angosta había parecido desde arriba, era, en realidad, amplia y espaciosa. Llegó un momento en el que Toddy señaló hacia una brecha de la pared fronteriza, en cuyo fondo se destacaba un manchón de verdura. En el margen allende el río comenzaron a verse juncales. Aquel debía de ser el punto por donde los piutes habían vadeado para ganar las amarillentas alturas superiores.

A Chane, el San Juan le pareció infranqueable.

-¿Podré atravesarlo? -preguntó, dando expresión a su ansiedad.

El piute aseveró haberlo cruzado en momentos de mayor crecida que la presente, y con un ademán, le enseñó la situación del vado. Siguieron adelante, y habían rebasado ya la boca del cañón afluyente, cuando Toddy Nokin exclamó de pronto:

-¡Caramba!

La exclamación y, sobre todo, el gesto que la acompañó, sobrecogieron a Chane. En la lejanía, entre las rocas allende la arena, veíanse movedizas nubes de polvo.

Librodot

Librodot

VI

Era una polvareda levantada por caballos en movimiento. Toddy Nokin llamó a sus hijos, uno de los cuales se había adelantado considerablemente con los potros.

-¡Toddy! ¿Quién levanta ese polvo? -preguntó Chane-. ¿Indios?

-¡Uf! -fue la respuesta del piute. Su penetrante mirada fija en las enormes galgas -que habían rodado de los cantiles al llano.

Al desviar Chane sus pupilas para ver lo que atraía la atención del piute, vio súbitamente a un blanco que se incorporaba detrás de uno de los peñascos más próximos. Reconoció a Horn en el momento en que afianzaba la puntería del revólver apoyando un brazo en la roca. Estaba a cincuenta pasos escasos del hijo mayor de Toddy, que iba a la cabeza de la potrada.

-Horn! ¡No dispare! -gritó Chane con toda la fuerza de sus pulmones Los jacos no valen ni una gata de sangre derramada.

Horn no hizo, el menor caso. Disparó por dos veces contra el piute más cercano, desarzonándole, aunque se levantó inmediatamente, echando a correr. El cuatrero dirigió entonces el fuego contra el menor de los hijos de Toddy, un adolescente que, al verse atacado, lanzó un alarido, dando media vuelta a su caballo. La potrada, presa de pánico por las detonaciones, salió de estampía a galope, en dirección contraria a la que llevaba, levantan-do una nube de polvo.

Chane, instintivamente, echó mano a su rifle. ¡No lo tenía! Una violenta furia se apoderó de él. ¡Cómo había caído en el garlito! La atezada mano de Toddy señaló hacia el peñascal de la derecha, a su espalda. Simultánea-mente, con un disparo de Horn dirigido esta vez a Chane o a Nokin, porque la bala pasó silbando lo bastante cerca para provocar una corveta de *Brutus*, el desbravador vio a Hod Slack adelantarse revólver en mano, y detrás de él, Bud McPherson, espoleando su caballo blanco y enarbolando el rifle.

-Corre, Toddy! -gritó Chane-. ¡Corre al cañón! *Brutus*, impaciente, se iba a la empinada, costándole trabajo a Chane refrenarlo. Acaso su nerviosidad fue de provecho, porque uno de los proyectiles de Horn pasó desagradablemente cerca de su cabeza.

El desbravador vio pronto que su único remedio era distanciar a McPherson poniéndose fuera del alcance de su rifle y ganar el vado. Los potros se habían diseminado por la senda seguida al venir. Los piutes desaparecieron como conejos entre las peñas. Dos de los cuatreros le cerraban el paso, armado uno de ellos de su rifle, en aquella dirección. Chane comprendió que, siguiendo el ejemplo de Nokin, se vería pronto obligado a abandonar a *Brutus* y ni por un instante admitió la posibilidad de hacerlo.

-¡Eh! -aulló McPherson-. ¡Pie a tierra!

Lo que anhelaba el cuatrero era a *Brutus*. Chane le vio echarse a la cara el rifle y aprovechó el instante para picar espuelas al caballo, lanzando a la vez un alarido. El animal respondió al acicate, enfilando el río. Chane, sacando su revólver, empezó a disparar contra Horn, que intentaba frenéticamente cargar de nuevo el revólver. El cuatrero se parapetó tras una roca de nuevo devolviendo el fuego a Chane. Un pesado plomo hirió al desbravador en un hombro. El impacto del proyectil dio al traste con sus propósitos de cautela, y con temeraria presteza desvió a *Brutus* hacia la peña donde se había atrincherado el facineroso. Horn, al verles venir, abandonó su resguardo y echó a correr, regateando, en busca de otro peñasco. Chane pudo haberle herido por la espalda, pero se abstuvo de disparar.

-¡Atrápale, *Brutus*! -gritó espoleando al caballo.

Vio a Horn manipular su revólver mientras corría. Al pretender cargarlo iba dejando caer balas al suelo, en su carrera. Tropezó, cayó, levantase de nueva de un brinco, siguió corriendo. Su corpulencia hacía en extremo difícil, pensó Chane, cuanto entrañase actividad extrema. El animal cayó sobre él como un torbellino de polvo. Chane no cesaba de vociferar.

Brutus salvó de un brinco una peña. Horn, loco de terror, intentó hurtar el cuerpo al caballo que se venía encima. Cuando daba media vuelta enarbolando su arma, *Brutus* le alcanzaba ya. Chane vio una roja llamarada de humo, mas no oyó el disparo ni sintió el choque del proyectil. Entre las patas del caballo pudo entrever el lívido y salvaje rostro de Horn, desencajado por el pánico. Luego... una sacudida, un impacto breve y seco que no detuvo a *Brutus* en su carrera... Horn salió como disparado por una catapulta, pero... no había muerto. Se incorporé tambaleándose, aspeando con los brazos para desplomarse otra vez.

Brutus se dirigía a galope tendido hacia el recodo del río. Chane volvió su atención a McPherson. El sujeto estaba a sus espaldas, entre él y el río, y un blanco penacho de humo de su rifle acusó exactamente su posición. Chane sintió la amarga e impotente ira del hombre que se ve atacado por sus propias armas. Pero... la ira no podía sacarle de aquel trance. Su situación era precaria. McPherson disponía de un buen caballo y de un excelente rifle. ¡Otro penacho de humo! Chane vio el surco trazado por el proyectil en la arena, bastantes metros al frente de donde estaba. Su adversario tiraba alto, preocupado, evidentemente, por su deseo de no tocar al animal que ambicionaba.

-*Brutus*, ahora se te presenta ocasión de sacar a relucir esa celeridad que tan alto proclamaban tus admiradores -aulló Chane, forzando hasta el límite el paso del caballo.

Entre donde estaban y el recodo del río que Toddy había indicado corno punto a propósito para vadearle mediaba una milla de terreno llano y firme. Chane no miró hacia atrás, concentrando todos sus sentidos en la crítica carrera. Oía silbar las balas sobre su cabeza, viendo sus impactos en la arena. Pasado un momento, cuando *Brutus* entró de lleno en la terrible tensión del caballo de cuyo galope dependía la vida del amo, le pareció que volaba por los aires. El viento le azotaba. El suelo se convirtió en una confusa extensión que salía a su encuentro, desapareciendo tras ellos. Las rocas y las escarpas se confundían a ambos lados. Jamás, en toda su vida, había montado caballo tan raudo, de tanto poderío como *Brutus.* Distanció sin esfuerzo el blanco de McPherson.

Al llegar al recodo, Chane miró hacia atrás. McPherson y Slack quedaban muy rezagados, pero veíaseles hacer ímprobos esfuerzos por acuciar sus monturas, seguros, al parecer, de su presa.

Allende el recodo, los altísimos taludes de deleznable roca llegaban con su derrame hasta las propias márgenes del río. Chane vio que no podría seguir a caballo más arriba. Su única posibilidad de escape era vadear, antes de que McPherson le tuviese al alcance de su rifle.

Sacó a *Brutus* de aquel atascadero. En aquel lugar el cauce del río se ensanchaba. Le bastó una ojeada para percatarse de que el vado era un bajío de escasa profundidad y rápida corriente, de media milla de largo por tal vez un cuarto de ancho. El cabrilleo de las aguas cercanas a al orilla, y del centro, le hizo colegir que corrían sobre un álveo roquizo. Buscó el arranque del paso, obligando a *Brutus* a entrar en la fangosa corriente. Por lo visto, el agua no tenía terrores para el caballo, que la tomó con la misma calma que los ásperos repechos. Sus herrados cascos martilleaban las rocas haciéndolas sonar como campanas sumergidas. Chane dobló el recodo, perdiendo de vista a sus perseguidores. Pero... no debían de estar lejos.

Dirigió a *Brutus* hacia la derecha de la contraescarpa. Era de peculiar conformación: una serie de gradas o peldaños desgastados por el agua procedente de las alturas. Un macizo ovalado de juncos obstruía su parte inferior. Chane discernió el lugar por donde el sendero ganaba las laderías, comprendiendo al punto que si conseguía vadear estaría a salvo.

Cuando McPherson y Slack aparecieron a una media milla de distancia por la parte abajeña del pedregoso ribazo, *Brutus* había alcanzado el centro del cauce. Los dos cuatreros apremiaban el paso a sus caballos. Chane les dirigió una sombría mirada. ¡Si lograba salir con vida del trance, no les olvidaría fácilmente!

Su caballo, ayudado por la rápida corriente que llegaba a los estribos, avanzaba, sesgando hacia la orilla. Chane, ansiosamente fijos los ojos en el punto que deseaba alcanzar, se dio cuenta de que la madre del río no era roquiza en toda su extensión. El aspecto del agua

lo demos-traba. Las breves y rápidas ondas superficiales se trocaban en lentas y uniformes oleadas. ¡Debajo debía de haber arenas movedizas! Estudió el terreno en sentido perpendicular a su posición. Era mejor que en la parte abajeña, pero adolecía del inconveniente de que, obligando a *Brutus* a vencer el ímpetu del agua, en vez de aprovecharlo para su avance, perdería un tiempo precioso durante el cual McPherson le tendría al alcance de su rifle. Entre tanto, *Brutus* continuaba su magnífica travesía marchando a buen paso, sin perder pie ni un instante, resoplando de excitación.

El cauce se hizo más profundo. Chane sacó los pies de los estribos, poniéndolos en alto. A poco llegaron al punto en el que terminaba el rápido desagüe en un más pausado y plácido caudal. Chane notó que el caballo, hundiéndose en la arena, pugnaba por hallar un más firme holladero. No habiendo fondo bastante para seguir a nado, el desbravador no se atrevió a cruzar por el trecho arenoso y, desviando a *Brutus*, le puso en el mismo sentido de la corriente hacia los rápidos. Vio un punto roquizo accesible, que marcaba el límite extremo, que no osaría rebasar. Si no tomaba tierra en aquel preciso punto, o antes de llegar a él, podía darse por perdido, ya que, aun admitiendo salir con vida de los rápidos, la corriente le llevaría inevitablemente hacia el angosto paso inferior donde McPherson, apostado en la orilla, podía alcanzarle fácilmente con el rifle.

La violencia de las aguas casi arrastró a *Brutus*, haciéndole perder el equilibrio. Un caballo vulgar se habría visto arrollado, pero él, rehaciéndose poderosamente, resistió los embates sin perder la cabeza. Las olas crecieron en tamaño y la corriente en celeridad. Chane vio la amarillenta espuma formada al estrellarse contra las semisumergidas rocas. Sintió que *Brutus* chocaba violentamente contra una de ellas, mas pudo contrarrestar el efecto del encontronazo, guiándole, ayudándole a sortear los obstáculos, manteniéndole en línea con el punto que se había propuesto alcanzar.

Un momento, después tenía toda la fuerza de la corriente tras de sí. Le llevaba casi en vilo; las oleadas cubrían sus cuartos traseros, empapando a Chane. La profundidad era de cuatro a cinco pies. *Brutus* no tocaba fondo: se dejaba llevar sumando al impulso, cuanto era posible, su prodigiosa energía.

El estruendo de los rápidos atronaba los oídos de Chane. Estuvo a punto de darse por vencido. No podía hacer más de lo hecho; sin embargo, siguió animando a *Brutus* como si el animal pudiese oír su voz entre aquel fragor. La alerta mirada del desbravador descubrió una faja de agua agitada, especie de canal que corría entre él y el saliente de roca. Su aspecto era demasiado profundo, demasiado rápido, para que *Brutus* pudiese salvarlo. Una masa de agua amarillenta, hosca, se precipitaba por una rampa oblicua en los turbulentos rápidos. El canal formaba ángulo recto con *Brutus* y procedía de la resaca del remanso que se formaba en la proyección de la brecha de la escarpa. Un. instante antes de entrar en él, la violencia de la corriente arrastró al caballo sobre una roca y el empuje mismo de la masa de agua le retuvo en ella. Chane, agazapándose en la silla, le hizo dar un brinco extraordinario y cayó al agua, en la que se debatió luchando con todas sus restantes energías. Sus extraordinarios esfuerzos, favorecidos por la rápida corriente, le pusieron al alcance de la orilla, guiado por Chane, que sólo entonces volvió a acordarse de McPherson.

Mirando al ribazo opuesto, vio al cuatrero aproximar-se a galope por la faja arenosa y echar pie a tierra, rifle en mano. Mas estaba muy distanciado. ¡Había llegado tarde! Chane puso a *Brutus* tras la protuberancia que formaba el ángulo del saliente, en el mismo momento en que el otro disparaba. .

-¡Bru...tus! -exclamó abrazándose a su cuello. El animal jadeaba, resoplando como un enorme fuelle. El aire salía silbando por sus narices. El desbravador escuchó el formidable martilleo de su acelerado corazón, y, en aquel momento, un afecto como jamás había sentido por caballo alguno se encendió en su pecho.

Dejando que, *Brutus* se rehiciese, exploró los alrededores. El macizo de juncos ocultaba una diminuta caleta por cuyo lado opuesto al sendero ascendía hasta la primera curvada ladería. Siguiendo la base de la escarpa, sin salirse de la protección de los juncos, podría ganar

el punto de partida de la senda. Allí estaría fuera del alcance de sus perseguidores. Volviendo sobre sus pasos, halló a *Brutus* casi repuesto de su tremendo esfuerzo. Cuando menos, había abatido su nerviosidad. El animal engalló la cabeza con su típico e inimitable aire de altiva y alertada curiosidad. Al ver a Chane, relinchó.

-*Brutus*, yo... -comenzó éste, con ánimo de expresar su gratitud y su cariño... Pero ambos eran demasiado hondos. Ni siquiera puso la mano sobre la húmeda y enmarañada crin. Estaba intensamente cogitabundo. Lo único que poseía era aquel caballo. Veíase de nuevo convertido en un pobre desbravador. Mas... ¿no poseía un tesoro? Si algo deploraba, era que hubieran herido al hijo de Toddy Nokin.

Un ensangrentado verdugón atravesaba el ancho pecho de *Brutus*.

-¡El último disparo de Horn! -estimó Chane, airado. Quitándole la silla retorció las mantas para escurrir el agua y le volvió a ensillar. Su capote y el saquillo de víveres estaban intactos, aunque un tanto deteriorados por la fangosa inmersión. Se llevó a *Brutus* a lo largo de la base de la caleta, hasta el comienzo del sendero, y subió al primer tramo, especie de media luna de piedra que las aguas habían pulido. Desde allí miró al ribazo opuesto.

Slack se había reunido con McPherson y estaba aún a caballo, mientras el otro iba de acá para allá, febrilmente, en la orilla. Al ver a Chane, Slack le llamó la atención sobre él. El cuatrero parecía una estatua ecuestre, fijos los ojos en su adversario, y a juicio del desbravador, en su mirada había una inconfundible expresión de frustrado anhelo por *Brutus*. Dirigiéndose a McPherson, Chane sacudió un crispado puño, gritándole, como si su voz pudiera dominar el tumulto de la corriente:

-¡Tal vez nos volvamos a ver, Bud!

Y volviéndose de espaldas, emprendió el ascenso sin pensar más en sus enemigos ni en su pérdida. Distaba mucho, empero, de estar a salvo. Había cruzado el San Juan, pero aún le quedaba por salvar el Colorado.

Si el Colorado estaba también en crecida, el riesgo, a juicio de Chane, sería grave. Ignoraba si existía sendero alguno que uniese aquél vado, río arriba, con Bluff. Su provisión de víveres, resultaría insuficiente para todo lo que no fuese una jornada directa a territorio mormón, y, aun así, lo más probable sería que tuviese que pasar hambre.

La senda circuía el primer tramo, pasando en zigzag sobre una roca viva al segundo, para retroceder luego hasta el lado opuesto de aquella extraña brecha de la escarpa, y así sucesivamente, por una serie de tramos, ganaba la cúspide de la rojiza pared que le había parecido inaccesible.

Se halló por fin entre los amarillentos vericuetos de piedra que durante varios días había tenido a la vista. El camino serpenteaba por tortuosos desfiladeros primero, y por blanca roca silícea que se extendía como un onduloso mar de roca hacia el Norte, después. El desbravador llevó a *Brutus* a paso largo por aquellas, laderías y declives, salvando las redondeadas crestas, hasta llegar a una angosta brecha que se agrandaba en todas dimensiones al descenderla. Excepto por la faja azul de firmamento sobre su cabeza, cuanto su vista podía abarcar era piedra.

El cañón tenía escasos, puntos de semejanza con los que recientemente había atravesado. No se veían grandes cotarras, ni caóticos, montones de desintegrada roca, ni pretiles, amenazando desprenderse. Era un cañón uniforme, bien definido, y, tan profundo, que la luz del día se trocó en penumbra, casi en noche.

A poco se esclareció el ambiente y Chane dobló un recodo, viéndose enfrentado de pronto con un abertal bañado en sol, el rápido y silencioso curso del río Colorado y las estupendas escarpas del Gran Cañón. Allende el formidable río abríase el «*Hole in the Wall*» que a ojos de Chane no desmerecía en nada su reputación,

El Colorado era apenas más ancho que el vado del San Juan, pero fluía profundo, rápido, extraño, tremendo y misterioso en su crecida. Pero Chane no se desanimó. Sabía a *Brutus* capaz de salvar a nado aquella corriente. Lo que le preocupaba era la distancia a que su ímpetu obligaría a derivar al caballo. De haber sido posible seguir con él durante largo trecho,

Librodot

Chane no se habría inquietado por la travesía. En el lado opuesto la brecha de la escarpa era considerable. Aunque derivase mucho, río abajo, *Brutus* podría ganar tierra al alcance del «*Hole in the Wall*». Más lejos divisábanse otras brechas, embocaduras de otros cañones y sombrías quebradas.

-Opino, *Brutus*, que debemos permanecer aquí más de lo estrictamente necesario -murmuró echando pie a tierra-. Tendremos que cruzar.

Llevándose al caballo río arriba, todo lo que el áspero ribazo permitía, anudó la brida a la perilla de la silla.

-¡Adelante, muchacho! -le animó lanzando un pro-fundo suspiro. Y al entrar en el agua el animal, se asió a su cola. A los pocos pasos perdió ya pie, viéndose obligado a echarse a nadar, cuidando de no soltar su asidero.

Brutus era tan eficiente nadando como en sus demás esferas de acción. Ganó cincuenta metros en línea recta antes de que la corriente hiciera sentir su influjo de modo perceptible. Después, fue paulatinamente derivando río abajo. Chane comprendió que tenía mayor densidad y más volumen de lo que aparentaba. Ni hombre ni bestia alguna habrían podido oponerse a su empuje. Sin embargo, como el cauce era amplio y Brutos nadaba rápidamente, no desesperó de poder alcanzar la brecha de la otra orilla.

El río fluía silencioso. Habríase dicho que *Brutus* nadaba en aceite. El agua era fresca, densa, cargada. El desbravador pensó que sin asidero no habría podido sostenerse largo tiempo. Al levantar la cabeza vio que el caballo había rebasado el centro del «*Hole in the Wall*», y no estando aún a la mitad de camino, las probabilidades de alcanzar la propuesta meta le parecieron escasas. La corriente aumentó en celeridad. A los dos tercios de distancia, *Brutus* había derivado mucho más allá del punto en el que podía tomar tierra. Chane experimentaba verdadera dificultad para no perder su asidero. Era como un peso muerto que el agua pretendía arrebatar.

Al percatarse *Brutus* de que iba derecho a la empinada escarpadura, se espantó, intentando dar media vuelta huidiza, pero Chane, soltando la cola, se echó a nadar, hasta ponerse a su cabeza y cogiéndole por la brida le dirigió diagonalmente río abajo, sin dejar de animarle con la voz ni un momento. *Brutus* se dejó guiar y, como en el otro río, fue ganando terreno al ir a favor de la corriente. El desbravador volvió a su antiguo puesto, agarrándose a la cola después de dos infructuosas tentativas.

Hombre y caballo fueron derivados rápidamente río abajo, sin dejar, no obstante, de aproximarse a la orilla opuesta. *Brutus* hablase tranquilizado y Chane vio que la brecha a la que se dirigía se ensanchaba, formando la embocadura de un cañón, y que el caballo podría ganarla sobradamente. Pero cuando llegaron a la roquiza orilla vio que era demasiado abrupta y resbaladiza para que *Brutus* pudiese hacer pie. Una y otra vez lo intentó en vano, malgastando energías. La corriente chocaba y batía contra el ribazo. Sobre ellos se alzaban las negruzcas y enhiestas escarpas, hendidas por el siniestro cañón. Agarrando la brida, Chane tomó tierra, pero no pudo ayudar a *Brutus* a hacer lo propio. Era imposible que subiese el empinado margen. Sin soltar la brida, siguió andando, animando a voces al caballo. Recorrieron metro tras metro y el ribazo parecía hacerse más abrupto por momentos.

El desbravador resolvió correr la suerte de *Brutus*, en el río, si no lograba sacarle de él. El momento fue de verdadera desesperación. El silencioso caudal tenía una terrible fuerza repelente, las altísimas escarpas parecían barreras erigidas para cerrarle el paso.

Alcanzaron el punto extremo de la escotadura. Chane franqueó de up salto un saliente del ribazo para no perder contacto con *Brutus* y estaba a pique de entrar nuevamente en el agua cuando vio que el caballo tocaba fondo. Había conseguido plantar sus formidables cascos en sólido holladero. Resopló, inundando a Chane de espuma. Afianzó los remos traseros y un potente esfuerzo le sacó a medias del agua. Luego, con un magnífico salto, ganó el resbaladizo saliente.

Chane tuvo que apelar a toda su ligereza para quitarse de en medio. El caballo había perdido su habitual calma. Cuando su jinete, tirando de la brida, le incitó a dar los pasos

necesarios para consolidar su posición, estaba tembloroso y asustado.

Sintiéndose a salvo, lanzó un formidable resoplido, que fue como una válvula de escape de su terror y de considerable cantidad de agua sucia y arenosa. En cuanto a Chane, se dejó caer al suelo, permaneciendo, algunos momentos inmóvil.

-¡Hemos cruzado! -dijo luego. Y la frase dio por terminado el incidente. Pero la embocadura de aquel cañón estaba muy por debajo del «*Hole in the Wall*». Podía no tener salida, podía concluir en un embudo. Acuciado por tales reflexiones se puso en pie, llevándose a *Brutus* de la orilla.

Aparentemente, el cañón no ofrecía dificultades al tránsito. El descenso era gradual y su suelo estaba cubierto en su mayor parte de rocas sueltas. Las paredes eran tan altas, y estaban tan contiguas, que apenas si podía distinguirse por entre ellas el cielo. En el fondo reinaba una casi completa oscuridad.

Paulatinamente se fue ensanchando y esclareciendo el cañón. Chane volvió a montar, tomando, cuando el terreno se lo permitía, un trote largo, impaciente por saber si se había metido involuntariamente en una trampa. Mas al progresar, la naturaleza del cañón tendía a favorecer sus esfuerzos. Los cascos de *Brutus* martilleaban sobre las piedras, sonando a hueco en los negruzcos salientes. Algunos trechos requirieron, por su angostura, moderar la marcha, pero, en general, no halló dificultades en su camino. Las escarpas fueron trocando sus rojizas tonalidades en grisáceas, y sobre álveos pedregosos empezaron a precisarse cursos de agua en los pretiles, hierba y plantas trepadoras y flores, poniendo una bonita nota de color.

Chane avanzó lo que a su juicio suponía varias millas, siempre en gradual descenso sin obstáculos insuperables. El cañón corría hacia el Norte, dirección en general favorable para él. Si la posibilidad de verse en un callejón sin salida no hubiese embargado de continuo su ánimo, el espectáculo de aquel cambiante cañón le habría deleitado. Se estrechaba y se ampliaba alternativamente, y sus laderas ofrecían infinita diversidad de espacios lisos y desnudos, cavernas, prominencias, salientes y repechos. En marcado contraste con el Cañón del San Juan, carecía de derrocaderos, así como de amontonamientos de piedras sueltas. Las, aguas debieron barrer, en épocas de avenida, todos los escombros de su suelo.

A poco llegó Chane a un paraje amplio y despejado que le permitió otear la lejanía al Norte y al Sur. Le sor-prendió, estremeciéndose, al divisar muy por encima y detrás de su posición el inconfundible extremo sur de la Meseta del Caballo Cerril. La majestuosa elevación, rojo y oro con su cerco de arbolado, era la única. Se alzaba sobre él como una montaña audaz y grandiosa. Por lo visto, el cañón donde estaba corría a lo largo de la base oriental de la Meseta. Estudiando detenidamente lo que le era dable divisar, dedujo que la Meseta del Caballo Cerril caía perpendicularmente a plomo, rodeándose luego de amplios declives que, al extenderse, formaban a su vez la base de los tortuosos cañones.

El desbravador continuó avanzando. El sol había secado sus ropas. Comenzó a sentir hambre, pero se abstuvo de mermar sus reducidas provisiones. Cuanto más se internaba en el extraño cañón, más aumentaba su desasosiego y su inquietud. En cualquier momento podía verse frente a una barrera infranqueable. Personalmente, podía sustentar-se largo tiempo con raciones exiguas, pero *Brutus* necesitaba hierba. Por ende resolvió no perder tiempo y ganar cuanto antes la cabecera del cañón.

Los primeros olmos, lozanos y verdes, remontaron su ánimo. Si no se presentaba cosa mejor, *Brutus* podría ramonear sus más tiernos brotes. Fue encontrando otros árboles por el camino y después un herboso trecho, una faja de juncales en el ribazo. En aquella región reinaba aún el verano plácido y adormecido, libre de escarchas y de vientos, corazón mismo de los profundos cañones.

Las escarpas se unieron de nuevo, sucediéndose luego una larga extensión desnuda de hierba y de agua. A su final, aislado por las gríseas paredes, Chane vio un espacio soleado que le sobresaltó, haciéndole creer que el cañón terminaba en un abertal. Pero un instante de reflexión le hizo desechar la idea. Estaba aún en las profundidades de la región roquiza. Sin embargo, aceleró el paso hacia la bellísima perspectiva que tenía ante sí.

Librodot

De pronto, *Brutus* se detuvo en seco. Sus largas orejas se aguzaron. Había visto o husmeado algo viviente.

-¿Qué pasa, muchacho? -le preguntó Chane dándole palmaditas en el cuello y recorriendo con la vista los alrededores.

No temía a nada de cuanto en forma de criatura viva pudiera presentársele al frente. Sus enemigos estaban detrás. Experimentó, no obstante, intensa curiosidad. Acuciando a *Brutus*, mantuvo su alertada vigilancia.

Con gran sorpresa vio que el cañón conducía a un maravilloso lugar. Era como una ampliación del cañón mismo, verde, áureo y plateado, fragante y deleitoso, limitado a su derecha por una escarpa que tocaba al cielo, y a su izquierda, por una extraña área sesgada, un derrocamiento de la escarpa, que terminaba en una pendiente gradual de piedra amarilla, desnuda, salpicada de cedros que crecían en las concavidades de las rocas.

La rápida mirada de Chane tuvo apenas tiempo de apreciar estos detalles, cuando *Brutus* dio un brinco, relinchando alarmado.

A su relincho siguió el rapidísimo *clop-clop* de cascos, en terreno blando. El sonido era demasiado familiar para que Chane pudiese confundirlo.

-¡Cerriles! ¡Por Júpiter! -exclamó con la excitación de su juventud.

De la arboleda salió una manada de caballos salvajes, bayos y negros, en magnífica condición, refulgentes de pelaje, con abundantes crines, colas inquietas, en continuo mosqueo, y cabezas engalladas, Afrontaban a Chane.

Brutus volvió a relinchar, más en son de saludo que de alarma. Eran criaturas de su clase. Su relincho fue contestado por otro penetrante, agudo como un silbido, que re-sonó en el cañón, vibrante como un toque de clarín.

-¡Hospa! ¡Un semental! -exclamó Chane.

Del boscaje emergió el caballo más hermoso y más salvaje que Chane había visto en su vida. Aunque en cierta ocasión le viera sólo de lejos, y durante un instante, le reconoció al punto.

-¡*Panquitch*! -gritó con perturbado éxtasis. El corazón le subió a los labios y tembló de excitada nerviosidad en la silla.

El rey de los sementales salvajes, era de leonado pelaje, excepto la crin y la cola, que eran negras. Aquélla parecía estar erizada como una enarcada ola, cayéndole por un lado hasta casi tocar el suelo. Tenía las características del caballo de carreras, con el peso y la musculatura propias de la vida cerril en el desierto. Su espíritu era tal, que empequeñecía sus atributos materiales, su simetría y su gracia, su remarcable belleza. Sus negros ojos despedían llamaradas. Su nariz se dilató para lanzar otro relincho. Salvaje, altivo, fiero, era una criatura capaz de cautivar el corazón de cualquier acosador de cerriles.

Con un brinco hacia atrás, como el de un ciervo, dio media vuelta, desapareciendo a galope. Salió por la arboleda seguido de su manada de bayos y de negros. Chane pensó que ascendería por el cañón. ¡No! El seco y vibrante clic-clic de cascos sin herrar, sobre roca viva, evidenció que habían emprendido la ladera. Sobre el verde manto de los árboles reaparecieron, con *Panquitch* a su cabeza, repecho arriba. Chane lanzó un suspiro de torturada ex-citación. Su primer impulso, su instinto, habían sido de captura.

Panquitch moderó el paso poniéndose al trote, conduciendo a su banda lomas arriba y lomas abajo, hasta que Chane los perdió de vista. Inmóvil sobre *Brutus*, estaba maravillado. Puso su montura a galope y salió al abertal, cruzando el boscaje hasta el declive; en su base echó pie a tierra y empezó el ascenso. Al ir subiendo se fue ampliando su campo visual. No se detuvo hasta faltarle el aliento

Hacia el Norte, podía distinguirse por encima de la ondulante ladera la falda de la Meseta del Caballo Cerril, en su confluencia con la planicie de roca amarilla. Pero no había rastro de la manada. Siguió ascendiendo más lenta-mente, hasta rebasar la zona de raquíticos cedros y alcanzar altura suficiente para dominar el panorama. Al Norte, un cañón hendía la escarpadura... *Panquitch* no podría cruzar por allí, ni ascender a la elevada cresta de la Meseta

por aquel lado.

Chane esperó. Finalmente, muy por encima de él, atisbó un leonado semental aballando su manada ante sí. Crines y colas se agitaron confusamente en la cresta de una amarillenta loma, y desaparecieron. *Panquitch* quedó dibujándose contra el rojizo fondo lejano de la Meseta. El viento ondeaba su crin. Las líneas todas de su magnífica estructura parecían imbuidas de libertad. Había en él algo indefinido que atenazaba el corazón de Chane. Salvaje y espléndido, le contempló siluetado en la altura. Luego desapareció.

Chane tenía los ojos fijos en el lugar. No le fue fácil resistir la tentación de seguirle. Pero reconociendo que no estaba equipado para acosar, renunció al intento. Estudió en todos sus detalles las alturas circundantes, estremecido de gozo por la favorable posición que un azar afortunado le proporcionaba.

-Toddy Nokin está equivocado -decidió-. *Panquitch* gana la cúspide de la Meseta por aquí, y no por el Norte. Baja por este cañón para tomar aquí el sendero. Estoy seguro de que ha hallado una trocha que lleva a la altiplanicie. Pero... en tal caso... ¿Cómo es que no le ha seguido nadie la pista? He de averiguarlo.

Fue a reunirse con *Brutus*, saliendo ambos del magnífico óvalo policromo.

Como suponía, encontró huellas recientes de cascos en la arena, en su dirección. Atento al rastro, no levantó la vista hasta que la perceptible disminución de luz se impuso a su atención.

El cañón habíase ido estrechando hasta formar una cisura en forma de V, de paredes pulidas y brillantes que se alzaban casi verticalmente hacia el cielo. ¡Qué fantástico y extraño; aquel centelleante desfiladero se estrechaba y se ampliaba a su paso!

Llegó a unos lavajos con lecho de grava y luego a unos enormes pedruscos que casi le cerraban el paso. Pero el rastro de los cerriles le acuciaba. Oyó el gorgoteo del agua corriente, viendo el lugar por donde un riachuelo desaparecía bajo el acantilado. A poco tuvo que vadear con *Brutus* una laguna de un bello verde claro. Allende el lavajo, el suelo era de roca viva, en el que no se acusaba huella alguna. Después, otra vez arena y las delatoras marcas.

Mirando al frente, Chane quedó atónito viendo las es-carpas acercarse unas a otra cada vez más. La cisura se ensombreció tenebrosa. Chane siguió adelante. Estaba cierto de poder escapar. Los cerriles habían pasado por allí y, por lo tanto, su propia salida era segura. Además, se enteraría de cómo lograba *Panquitch* eludir a sus perseguidores

Tuvo que sortear aún más obstáculos y atravesar nuevas charcas. El agua corría con mayor rapidez y profundidad. A veces *Brutus* veíase apurado para no perder pie. Las convergentes escarpas adquirieron una fulguración más sombría y más trágica. El desbravador, extendiendo los brazos, podía tocar simultáneamente ambas paredes.

El suelo de aquel extraño cañón era de roca viva, formando, en su mayor parte, el álveo del: riachuelo.

Chane tuvo que salvar una laguna de más de veinte pies de profundidad. *Brutus* se puso a nadar. En el granítico suelo de la margen opuesta no se advertían huellas de ningún género. Las herraduras mismas de *Brutus* pasaban sin dejar rastro. La arena había desaparecido.

El camino era una sucesión de lagunas de todos los tamaños, y hubo de obligar a *Brutus* a echarse a nado. La última pasaba de los cien pies de ancho.

Cruzándolo, Chane pudo ver sus verdes profundidades bajo las patas del caballo. Allende esta laguna, el cañón se ensanchaba, y el curso del agua tenía por cauce un lecho de granito. No interrumpía la uniformidad de las tremendas laderas cañón afluente alguno. Los cerriles habían tenido, por fuerza, que seguir aquel mismo camino.

Chane recordó el cañón que había observado como bisecando la vertiente oriental de la Meseta. No podía tardar en llegar al punto de enlace con el que estaba siguiendo, salvo que ambos fuesen uno mismo. Una tortuosa milla más allá llegó; en efecto, a él, aunque fue cuestión de un instante el convencerle de que *Panquitch* no había pasado nunca por allí. Era intransitable. Chane siguió por la sinuosa vereda de roca viva hasta salir por fin a un abertal. Un talud de piedra, que por su extensión empequeñecía al otro, se ofreció a su expectante

Librodot

mirada. El cañón lo hendía, terminando en una quiebra.

Brutus llevó a Chane a través de aquella dilatada ladera, desembocando en una amplia terraza desértica que arrancaba de la Meseta para ir a morir en el rugoso y áspero sistema inferior de cañones. La terraza, con sus mezquinas chapas de verduras, parecía toda rojiza. De sus bordes partían por doquier repechos y declives también de roca viva, posiblemente conducentes a algún cañón. Chane marcó el lugar por donde había entrado; se proponía más adelante volver a visitarlo. El punto de acceso de *Panquitch* a la Meseta no era ya un secreto ni un misterio para él. Podría entrampar al magnífico animal cuando quisiera.

La escarpa inferior este de la Meseta le intrigaba. Parecía infinita. A la derecha extendíase el mar de carcomidas rocas, bordeado por crestas de cañón, y cuyo único límite era la lejana y confusa elevación de purpúreas altiplanicies. Al otro lado de Chane, la enhiesta pared estriada, de rojiza roca, apoyaba hacia el Norte. No obstante la perturbación de sus facultades apreciativas, Chane con-templaba con cansados ojos el estupendo panorama, sin poderse arrancar a su conjunto.

Por más de cincuenta millas, la Meseta del Caballo Cerril extendía su línea, de horizonte, llana y bordeada de negro hacia las *Henry Mountains*. Chane caminó durante todo el día sin advertir ni una sola huella, ni criatura viviente de cualquier clase. Le sorprendió la oscuridad, decidiendo acampar, esperando el nuevo día.

-Brutas, como no hay hierba para ti, pasaremos gana los dos -dijo-. Mañana tendremos mejor suerte.

Se arregló una yacija al abrigo de una roca, trabó a *Brutus* con su lazo y se tendió a dormir. ¡Qué sorprendente fortuna había sido la suya! Pensó en los cuatreros: y en su casi milagroso escape. El frío nocturno azotaba la Meseta; la colosal escarpa alzábase sombría a su espalda. En el azul de cielo titilaban estrellas de insólita blancura. Chane, cazador de cerriles y único dueño del secreto de *Panquitch*, dedicó, sin embargo, su postrer pensamiento a *Brutus*, impetrando con una férvida plegaria poder sacarle sano y salvo de aquella desolada región.

VII

Tanto echó de menos Susana Melberne a Chess, que, sorprendida, hubo de reconocer y apreciar las múltiples atenciones, pequeñas cortesías y continuada servidumbre del muchacho, sin menoscabar el interés que su personalidad había despertado. Echaba de menos su agradable presencia, su alegre voz, su sempiterno silbido y el divertimiento que le proporcionaba el espectáculo de sus relaciones con Ora.

Chess y Jake, con la carreta grande, tirada por dos troncos de caballos, habían ido a la estación del ferrocarril con objeto de recoger un cargamento de espino artificial. Susana había cazado al vuelo una conversación de Manerube con su padre, en la que el primero ponderaba la facilidad con que podría construirse en el valle una trampa para cerriles.

No obstante su vehemente condenación de tan cruel artificio, la palmaria desaprobación de Alonso, y el significativo silencio de Utah, Melberne había prestado oídos al desbravador, cuyos asertos apoyaba Loughbridge. La consecuencia fue el envío de Chess y de Jake en busca del espino artificial necesario para montar las alambradas.

El incidente determinó una definida actitud de. Susana respecto a Manerube. Sus primeras impresiones no habían sido favorables, sin excluir, empero, un sentimiento de inexplicable fascinación cuando el sujeto estaba en su presencia. Susana había experimentado similar, aunque no tan potente sensación, en San Jorge, en sus accidentales relaciones con los mormones. Además, solamente la experimentaba cuando veía u oía a Manerube. Pero luego de aprobarse el plan de cazar cerriles con espino artificial, le pareció a Susana que tal fascinación se trocaba en desprecio. Sin embargo, había no poca inconsistencia en una repulsión que sólo sentía de activo modo cuando estaba sola. La verdad del caso era que la llegada de Manerube vino a precipitar una extraña crisis en la vida de la muchacha, crisis tan incomprensible como inoportuna. Llegó a convencerse de que su causa era la soledad en que vivía y la vaga acumulación de los anhelos de su alma. Se sor-prendió deseando poder amar a Chess, y el descubrimiento, no tan sólo la pasmó, sino que vino a provocar su enojo por la perturbadora posibilidad que ofrecía, a saber: que su desasosiego espiritual pudiese tener alguna concomitancia con el amor.

Tres días llevaba Chess de ausencia, cuando Manerube consiguió, al menos aparentemente, suplantarle en las tornadizas afecciones de Ora. La muchacha era incapaz de resistir la viril fascinación que el desbravador ejercía. Par-loteó con Susana de Manerube, olvidándose por completo de que antes hubiese parloteado con casi idéntico fervor de Chess.

-Escúchame bien, Ora -dijo Susana, irritada a la postre, oyéndola-. Creo procedente hacerte saber que Benton Manerube me ha cantado a mí exactamente el mismo cantar.

-¿Quéee? ¿Sabes lo que te dices, Susana? -balbució Ora, súbitamente confrontada con la verdad.

-Sí, sé lo que me digo. Como sé que no está bien repetir ciertas cosas, pero estás decidida a hacer la simple...

Hablando en plata: Manerube ha intentado hacerme el amor.

-¿Qué te dijo? -preguntó Ora con una curiosidad no exenta de celos.

-¡Oh!... No me acuerdo... -replicó arrebolándose Susana palabritas de miel... adulaciones... tú ya sabes... que si mi linda cara... que si mi dulzura... que jamás había conocido a nadie como yo... y luego... ¡la mira a una de un modo!... y más de una vez me ha cogido la mano... ¿Reconoces los síntomas, Ora?

-¡Sí, los reconozco! -replicó solemne y avergonzada-, pero, Susana, es que... a mí... «me ha besado». ¡Ora! gritó atónita Susana.

-No... no pude evitarlo -justificase presurosa la otra-. Fue... anoche... estábamos en el olmedo... me cogió y... ¡parece un oso! Le di un cachete, pero se echó a reír, y me escapé corriendo.

Librodot

-¡Me dejas muerta, Ora -replicó Susana, franca-mente apesarada-. Chess es un muchacho... simpático y... probablemente inofensivo, pero Manerube es un hombre... tal vez uno de esos mormones que tanto dominio ejercen sobre las mujeres. He oído hablar de ellos. Es... extraño, imperioso. Pero me da el corazón que no siente respeto alguno por nuestro sexo. En mi opinión, Ora, deberías o, cuando menos, procurar no quedarte a solas con él.

-En una palabra, dejártelo a ti; eso quieres decir -exclamó sarcásticamente Ora-, pues... espérate sentada.

Susana miró de hito en hito a su interlocutora.

-Voy creyendo que Chess estaba en lo cierto, Ora. Eres trapacera. De aquí en adelante no me vengas con tus confidencias de Manerube o... de quien sea.

Y volviéndole la espalda fue hacia su tienda, trémula de indignación, resolviendo no ocuparse más de Ora y eludir en lo posible a Manerube.

Esta última resolución no era tan fácil de llevar a efecto. El personal de Melberne vivía como una familia numerosa. La genialidad de su jefe se reflejaba en toda la partida. Además, Manerube habíase captado singularmente las simpatías. Durante las primeras horas del día, y, en particular, a la de la cena y después, Susana se vio imposibilitada de cumplir su propósito. Manerube no le quitaba la vista de encima durante la colación ni mientras estaban de tertulia en torno a la fogata, y cuando, so pretexto de contemplar la puesta del sol, la muchacha escapaba, iba en su seguimiento, aunque quedándose a corta distancia del tronco que le servía de asentadero. Al contrario que Chess, no solicitaba privilegio alguno.

-Ora dice que le ha aconsejado usted que me rehuya -comentó.

-¿Ah, sí? -replicó Susana.

-Sí. ¿Qué motivos tiene?

-¿No sería mejor que se lo preguntase a ella?

-Se lo preguntaré. Dígame, ¿tiene relaciones con Chess?

-Las tenía.

-¡Hum! En fin, *señor*ita Melberne, lamento que en su opinión deba rehuirse mi compañía, aunque no puedo decir que Ora huya exactamente de mí -se echó a reír, si no con fatuidad, con una complacida confianza en sí mismo-. Las muchachas varían. Me he pasado semanas en el desierto... solo... ávido de oír la voz de una mujer. ¿Es de creer que ahora rehuya su presencia? Ora rebosa animación. Es... una gatita... a ratos ronronea y a ratos araña. Y si bien me gusta su compañía y hacerla rabiar un poco, ¿qué cree que siento estando «con usted»?

-No lo sé. No se me ha ocurrido pensarlo nunca -replicó secamente Susana.

-Bien está. Piénselo ahora. Me he ajustado con su padre para este negocio de los cerriles y lo más probable es que luego emprendamos juntos el del rancho. Ahora es-tamos estudiándolo, de manera que tendrá usted que acostumbrarse a la idea de soportarme. Por lo que a mí toca, puedo decirle que la considero muy distinta de Ora. Usted es una mujer, una bellísima mujer. Si desea que cese de importunarla, haciendo lo posible por ganarme sus simpatías... lo haré, pero entonces... lo tomaré en serio... y cuando tomo las cosas en serio... soy peligroso.

-*Señor* Manerube, parece usted dar por descontadas muchas cosas... respecto a sí mismo -replicó Susana.

El desbravador no pareció ofenderse ni darse por agraviado. Susana le dejó hablar, escuchándole. Sus argumentos y sus declaraciones fueron aumentando en vehemencia a la par que se hacían más personales. Paulatina-mente fue acercándose a la joven hasta sentarse a su lado. Su proximidad parecía más competente que su discurso.

Susana se dio cuenta de ello sintiéndose segura, con la certidumbre de su propia serenidad y del desprecio que le merecía aquel hombre por su engreimiento. Cuanto más hablaba, más perdía en su aprecio, aun reconociendo su singular atracción. Cuando por fin el sal desapareció en el horizonte las purpúreas sombras crepusculares cayeron como un manto sobre el valle, la muchacha decidió regresar al campamento y se puso en pie.

-Refresca -dijo-. Voy a mi tienda.

Manerube le cogió una mano intentando atraerla. Requirió no pequeño esfuerzo por parte de Susana el desasirse.

-¡Haga usted el favor de no tocarme! -dijo con una vehemencia que no pudo evitar-. ¿No se lo. he dicho ya otra vez?

-Susana... es que... estoy enamorado de usted -replicó él.

Sin contestarle, Susana echó a correr y entró en su tienda. Estaba furiosa. Le ardían las mejillas. Se llevó a ella las frescas manos. Hasta que estuvo envuelta en sus mantas, no volvió a recobrar su compostura. Entonces analizó su concepto de Manerube. Podía ser hombre de alguna educación y de condiciones superiores a las de un acosador, mas no era un caballero. Instintivamente, Susana comprendió que su oposición a que la cortejase no influiría lo más mínimo en él. No encontraba en su carácter el conceder importancia a lo que una mujer pudiese decir o hacer. Carecía de vergüenza, y, tal vez, hasta de honor. Impondría su voluntad sin reparar en los medios.

En cuanto al efecto de su conducta en ella... era cuestión mucho más difícil de analizar. Fundamentalmente sin-cera, sobre todo consigo misma, no tenía el menor reparo en decirse la verdad. Y en el caso presente hallábase desorientada. Si Manerube continuaba importunándola, acabaría, por descontado, aborreciéndole, pero ello no implicaba el reconocimiento en él de un extraño poder. Ponderó la causa. No podía achacarse al hecho de ser un caballista apuesto y temerario. Le concedía ambas cosas, aunque físicamente prefiriese los hombres! morenos. Debía ser algo que se dejaba sentir cuando lo tenía delante, algo que la estremecía, pero que no era debido a la persona. Por sus condiciones de varón robusto y fuerte represen-taba algo para ella. Recordó a la sazón a Chess, y el singular efecto que su sencillo ofrecimiento de amor había causado en su corazón... y... cosa extraña... el de Manerube, aun desdeñándole, había producido en ella igual sensación. Luego... ese vago poder tenía alguna relación con el amor. La palabra «amor» la hizo temblar como a una criatura culpable y sorprendida. Era un «ábrete, Sésamo». Cualquier hombre, por el mero hecho de emplearla, podía estremecer un corazón femenil, especialmente si se hallaba en las peculiares condiciones de inquietud, anhelo y soledad de Susana.

A la mañana siguiente, una alegre llamada de su padre despertó a la joven.

-¡Arriba, muchacha, si es que quieres actuar de acosadora de cerriles!

Se incorporó sobresaltada en el lecho. Aún era de noche y el aire soplaba frío.

-Pero Dad... ¡Si aún no es de día! -objetó con desgana.

-¡Una mañana espléndida, chiquilla! -replicó -; el desayuno está ya a punto. ¡Arriba! Vamos a cazar mulas cerriles de veras.

-¿Mulas? ¡Ah, sí, no me acordaba! -exclamó, Susana con reavivado entusiasmo-. Dad, voy en seguida, voy en seguida.

Saltó de la cama, nos sin femeniles titubeos y escalofríos, no obstante su entusiasmo, y a oscuras vistió su traje de montar y sus botas. Luego salió corriendo a buscar el consuelo de la hoguera. Tenía las manos yertas. El agua caliente era un positivo alivio. Cepilló su cabello a la luz de la fogata, haciendo rápidamente una trenza de la abundante mata. Manerube, a su lado, la desconcertó, observando que debería tener más cuidado de tan soberbia cabellera.

-Si han de durar mucho las excursiones por los breñales, me la cortaré -replicó Susana.

-No lo verán tus ojos -intervino su padre-. Al menos mientras yo tenga autoridad sobre ti.

Susana se desayunó en la maravillosa penumbra matutina. Al Este, muy bajo, sobre las negras sierras, el lucero de la mañana brillaba esplendoroso, blanquiazul y parpadeante como un faro, heraldo del nuevo día. Por el firmamento iba extendiéndose de modo imperceptible un gríseo matiz uniforme. Las demás estrellas parecían pálidas, espectrales. En el valle, las sombras se alzaban mutables y movedizas.

Las monturas estaban prontas, piafando y tascando el freno. Cuando los caballistas, con sus chaparreras y sus espuelas, se acercaron en grupo a la fogata, Melberne anunció:

-¡Ea, en marcha! Alguien tendrá que quedarse con las mujeres en el campamento, Jim.

-Opino que sí, pero... al decir de Manerube, ya vamos cortos de jinetes -replicó su socio.

-Bonny, echa suerte con el capitán a ver quién de los dos se queda.

-Ya me quedaré yo, *boss* -declaró Tway Miller con pasmosa fluidez.

-¡Hola, Miller! ¿Te has dejado la tartamudez en casa? ¿O es que nos estás tomando el pelo? -preguntó Utah.

-Na... na... na... nada de... de... eso -negó acaloradamente Miller, víctima otra vez de su defecto.

-¡Ah!, ahora vuelves a ser tú -concedió Utah.

Bonny ganó, pero generosamente renunció a su derecho en favor del capitán Bunk, que no ocultaba su afán por participar en una cacería de mulas.

-Ve tú en mi lugar, capitán -dijo-. En cierta ocasión tuve unas «palabras» con una mula.

-Gracias compañero. Correré el albur de un abordaje -replicó animadamente Bunk.

Susana cabalgaba al lado de su padre. Al apartarse del fuego, comprendió lo verdaderamente fría que era la mañana, unas aun así, ¡qué excitante! Iban al trote largo, de espaldas al amanecer, camino de la remota línea que formaba la vertiente occidental del valle. Utah y Alonso llevaban la delantera, con Manerube al otro lado de Melberne. Loughbridge, Ora y los dos caballistas restantes cerraban la marcha.

El ejercicio hizo pronto correr más aprisa la sangre en las venas de Susana. ¡Qué delicioso era poder caballear en una mañana otoñal como aquélla! No era posible substraerse al encanto de la salvaje aventura. Aún firme en su deseo de no ver sufrir a un animal de ningún género, la búsqueda en sí la deleitaba. Utah y Alonso, flexibles, erguidos, eran tan pintorescamente primitivos como su ocupación. Al esclarecerse la matutina penumbra, Susana contempló el horizonte con el corazón henchido de emoción. La jornada tenía algo de original, de magno, de espléndido. Contemplar la púrpura trocarse en rosa... sentir la soledad y el aislamiento de aquella vasta región... Se dio cuenta entonces de lo profunda y sutilmente que el conjuro de la selvatiquez se había apoderado de ella. Y, sin embargo, se revelaba contra lo que en su admiración podía entrañar, o suponer, rendimiento.

Conejos y coyotes se escabullían veloces al paso de la comitiva. Un lobo gris les contempló, inmóvil, desde lo alto de una loma. Cerriles sin cuento seguían, alertados, sus movimientos, sin darse punto de reposo ni dejarles acercarse a ellos. Plantábanse como estatuas, agudamente definidas sus siluetas, tan salvajes como el lobo, y luego emprendían frenético galope, raudo como el viento, para detenerse más abajo y volverles a espiar.

Susana oyó a Manerube exponer, con gran vehemencia, su plan para la captura de un millar de cerriles en un solo acosamiento. El indudable interés con que su padre le escuchaba le causó profunda pesadumbre

La Meseta del Caballo Cerril atrajo sus miradas, cautivándola. No obstante su alejamiento, ¡qué nítida y enhiesta se erguía! Vasta altiplanicie bordeada de negro, surgiendo como por encanto de un purpúreo mar caótico. No parecía real. Su cresta rozaba las esponjosas masas de nubes sonrosadas que el naciente sol enrojecía. Sobre la intermedia sierra asomó el rutilante astro. El valle y el horizonte entero cambiaron de aspecto tan repentina y sorprendentemente, que al pronto fue difícil adaptar al cambio la retina. La Meseta del Caballo Cerril se convirtió en un ígneo horizonte.

Alonso y Utah abandonaron la ladería enfilando la boca de un cañón amplio, cubierto de salvias, estriado por los estratos roquizos. El arenoso álveo estaba seco. Al ir adentrándose en el cañón, la aspereza de sus laderas se fue acrecentando a la par que se hacían más infrecuentes las quiebras. Macizos de robles, de hojas doradas y pardas, interrumpían la gris monotonía. En los breñales abundaban los ciervos y de los vecinos encinares alzábanse bandadas de pájaros.

Tras varias millas de jornada por terreno casi siempre llano, las escarpadas convergían, formando un angosto gollete. Su uniformidad fue breve, reapareciendo a poco las quebradas y

la usual conformación de semiderrocadas graderías.

El roquizo paso abría sobre un valle ovalado, sesgando gradualmente por ambos lados hasta fractuosas crestas matizadas de verdes cedros y algunos dispersos pinos. Las quebradas de las torrenteras veíanse obstruidas por macizos de robles, cuyas hojas, prestaban un áureo tinte otoñal a la escena.

Al frente, el valle cambiaba, apareciendo hileras de olmos a lo largo de un riachuelo de pedregoso cauce, y una serie de notables estratos o caballones que corrían hacia la cabecera del cañón como las varillas de un abanico. El óvalo terminal era dilatado, y su belleza bastante para arrancar una exclamación a Melberne.

-j Aquí sí que hay terreno de sobra para un rancho! -dijo dándose una palmada en un muslo-. ¿Qué opinas, Jim?

-Si no encontramos nada mejor, aquí nos instalaremos -declaró Loughbridge, entusiasmado.

-No está mal. Agua y hierba en abundancia -concurrió Manerube-, aunque... no es comparable a ciertos cañones, arribeños.

Requerida para que manifestase su opinión, Susana no la expresó con palabras. Se limitó a mirar a su alrededor como extasiada. Manerube, al observar su arrobamiento, le preguntó si se consideraría feliz allí, viviendo en una casuca de troncos.

La pregunta, mitad en son de burla, mitad por curiosidad, produjo en la muchacha un escalofrío de profunda emoción, que pareció, llevar a su ánimo el convencimiento de que viviría feliz en lugar semejante... con el hombre de sus ensueños.

-Bueno, *boss* -rezongó Utah-, espérenme ustedes aquí. Voy a dar una vuelta a ver si las mulas están aún por estos andurriales.

Mientras Susana, a caballo seguía contemplando en todos sus aspectos aquel confinado parque, su padre y el resto del equipo discutían animadamente la magnífica trampa natural que el cañón ofrecía. Manerube dominaba el conciliábulo. A poco reapareció Utah, juntándose a los otros.

-¡Ahí están! -dijo-. He visto lo menos ciento. Y si no me engaño, su caporala es una torda que conoce el hierro. El otro día no la vi, pero... aseguro que no nació cerril. Una mula vieja, huidiza, es el más salvaje de los animales. Costará no poco atraparla.

Manerube, con el consentimiento de Melberne y de Loughbridge, comenzó a exponer sus planes para el acosa-miento. Utah, descubridor de la manada de mulas, y que, evidentemente, tenía planes propios, no se avino de buen grado a verse postergado en favor de un extraño. Pero Manerube acogió con absoluta indiferencia sus sugerencias y ordenó talar gran cantidad de cedros para arrastrarlos luego y bloquear el estrecho desfiladero por donde la partida había entrado en el valle.

-Entramparemos la manada entera -concluyó satisfecho.

-j Hum! ¡Puede que sí! -rezongó hoscamente Utah mirando al desbravador con marcado resentimiento. Tway Miller se alejó con Utah y su tartajeo se oyó distintamente.

-¿Por... por qué... no pro... pro... protestas? ¿Son tus mu... mu..., mulas?

Manerube se encaró con las dos muchachas:

-Sin esforzarse demasiado pueden ustedes ayudarnos -dijo-. Cuando estemos a punto de ajorar por el cañón, sitúense en la cresta de la primera loma al atisbo de las mulas, y al verlas entrar en la trampa agiten sus bufandas en forma que podamos enterarnos todos.

-Creí que iba a acosar mulas -dijo Ora haciendo un mohín y lanzando a Manerube una mirada de reproche.

-Acóselas cuanto quiera una vez que hayan entrado aquí -concedió el desbravador.

Una brigada se dedicó a abatir y arrastrar los cedros. Susana, desmontando, dejó que su caballo pastase y se sentó bajo un olmo. Era patente que Ora la evitaba.

Como hacía siempre en sus momentos de espera o de descanso, Susana se abandonó a sus ensueños y las horas le parecieron cortas.

En su opinión, no había sido preciso que Manerube las acompañase al apostadero que

se les asignaba en la loma, pero así lo hizo, aunque consagrando toda su atención a Ora, con evidente complacencia de ésta y, la verdad sea dicha, de la misma Susana.

Desde la loma, la joven divisó la manada a un cuarto de milla, cañón arriba, y por debajo de su posición. Estaban en el abertal. Algunas pacían, pero la mayoría daban frente al cañón, tiesas y alertadas como cualquier cerril.

Las blancas se destacaban visiblemente entre las otras. A Susana le pareció que eran más hirsutas que cuantas mulas había visto hasta entonces. Finalmente, sus miradas recayeron en la única torda de la manada. Era de mayor alzada y su aspecto la diferenciaba de las restantes. Poco después, los caballistas aparecieron, doblando la loma. La torda fue la primera en ponerse en movimiento cañón arriba, seguida al punto por su banda, perdiéndose de vista en seguida, todas.

Los picadores se separaron por parejas, extendiéndose hasta perderse a su vez por los collados y macizos de espesura. El extremo abajeño del cañón formaba una especie de anfiteatro de lomas muy separadas en su base y que se acercaban hasta casi unirse en lo alto de la escarpadura. Las barrancas entre esas lomas parecían cuajadas, por así decirlo, carecían de arboleda, revistiéndolas únicamente salvias y hierba, por entre las que se veía la tierra amarillenta.

Susana se estremeció viendo a las mulas, capitaneadas por la torda, aparecer en compacto grupo en la loma central y dirigirse rápidamente hacia la escarpadura. Eleváronse penachos de polvo que, formando nubes como de amarillo humo, dispersó luego el viento. La loma era larga y Susana tuvo tiempo sobrado de contemplar a las mulas. Cuando llegaron a la base de la escarpa, cuatro de los caballistas de Melberne la ascendían.

La torda les observaba con la manada detrás. El espectáculo tenía algo de incongruente. Los animales no parecían cerriles. Después, la caporala dio media vuelta, siguiendo, al trote la base de la escarpa, seguida de su tropa. Pasaron el arranque de varias lomas hasta llegar a la última varilla del abanico formado por la vertiente, y allí se detuvieron

Entre tanto dos jinetes aparecieron escalando otra de las lomas. Susana reconoció a Manerube y a Loughbridge. Uno de ellos vociferó. Al oír la señal, Melberne y su gente partieron a galope, siguiendo la base de la escarpa en dirección a las mulas. Susana comenzó a excitarse.

-¡Mira, Ora, mira! -gritó a su compañera-, esos acosadores nuestros no lo van a pasar tan bien como pensaba el *señor* Manerube.

La muchacha respondió con la mirada del que oye insultar a su ídolo.

La mula torda, con su banda detrás, salió a galope por la más lejana pendiente, envuelta en nubes de polvo. Los dos grupos de jinetes emprendieron el descenso de sus lomas, descenso evidentemente abrupto. Utah fue el único que sostuvo el galope. Mulas y acosadores se perdieron de vista, aunque el repiqueteo de los cascos acusaba sus movimientos.

Minutos después, Susana vio asomar a la manada por la parte arribeña de su lado del cañón. Iban a galope. La muchacha supuso que seguirían valle abajo, pero la astuta caporala ni por un instante tomó aquella dirección. Atravesando por su parte más amplia el parque, enfiló otra loma.

-Me parece que esto va a ser muy divertido -declaró Susana.

-Pareces desear que no cacen las mulas -dijo áspera -mente Ora.

-Efectivamente, ¿Y tú?

Ora no se dignó contestar siquiera.

Alonso fue el primero de los jinetes en reaparecer. Había echado el lazo a una mula y corría con ella hacia el abertal. Susana no se acordaba del vaquero. Montaba un caballo negro, sin silla, ni brida. Parecía no llevar más que una amplia cincha de volteo. Asía fuertemente el lazo, sujetan-do con violencia su presa. Poco a poco fue cobrando cuerda hasta detener al apresado animal, acercándose luego a él cautamente. Dando media vuelta rapidísima, la mula cerril coceó con una energía y un ensañamiento que hicieron dar un respingo a Susana. Oyó gritar al mestizo, sin duda, pidiendo ayuda y Manerube apareció agitando los brazos.

-¡Para... qué... diablos... queremos una mula! ¡Suéltala y ayúdanos a acosar!

-¡Ah! ¡Ah! -gangueó Susana-. Tu incomparable desbravador parece no tenerlas todas consigo.

Los demás caballistas se agruparon en torno a Manerube. El mejicano soltó diestramente a la capturada mula sin perder el lazo. Manerube aspeaba con los brazos, dando mayor énfasis a la arenga que por lo visto estaba espetando a los otros. Sus ademanes acusaban, cuando menos, destemplanza. Luego, el desbravador, con tres de los jinetes, fue hacia la base del declive por el que los cerriles habían desaparecido, y Melberne y los restantes tomaron la loma central. Cuando ambos grupos estaban a media ladera de sus respectivas posiciones, la sagaz mula torda llevó a su manada a lo largo de la escarpa, y tomando un cerro, situado entre los que sus perseguidores escalaban, ganó nuevamente el llano Los caballistas se detuvieron a todas luces desorientados.

Susana soltó una carcajada profundamente ofensiva para la sentimental Ora.

-No serán ellos quienes atrapen a esas mulas... mientras vaya la torda a su cabeza -declaró Susana-. ¡Oh! ¡Qué risa! ¡No me habría perdonado nunca perder este magnífico espectáculo!

Ora se alejó, declive abajo, saliendo al parque. Susana tuvo, por un momento, intención de seguirla, pero resolvió quedarse para no perder nada de la ridícula cacería. Firme en su puesto, siguió atisbando.

Era evidente que el plan de Manerube consistía en ejecutar un movimiento envolvente y, colocándose a retaguardia de las mulas, ir alojándolas por el cañón hasta la trampa dispuesta en el extremo; plan fácil de concebir, pero difícil, en opinión de Susana, de llevar a la práctica. Para su éxito habríase requerido tres veces más personal del que disponían. Pero los acosadores no cejaban en su empeño, acrecentándose su acerbidad y su violencia al prolongarse el juego. La mula torda seguía impertérrita, llevándose a su séquito de cerro en cerro. Manerube galopaba furioso de acá para allá, sin consideración alguna para su caballo. Susana pensó que ni Utah ni Alonso parecían justificar su reputación de grandes caballistas, aunque no se lo censuraba. A su modo de ver, la operación quedaba reducida a una pandilla de bobos corriendo tras de una mula vieja y resabiada.

En un momento dado, varios de los jinetes lograron acercarse lo bastante a las mulas, siguiendo la base del declive. Ocurrió que, cuando los animales galopaban cerro abajo, el capitán Bunk, jinete en su caballo blanco, lo ascendía. Por razón, sin duda, de lo empinado del repecho, no se dio cuenta de ello hasta tenerlas encima. Susana oyó su alarido, dominando el martilleo de los cascos. Su montura dio media vuelta huidiza, precipitándose talud abajo. No obstante sus, temores, por la seguridad del capitán, Susana experimentó un espasmo de risa. El novato marinero presentaba grotesca apariencia intentando sostenerse a caballo. Por dos veces se vio desarzonado, aunque ambas, logró recobrar el equilibrio. Las mulas le alcanzaron y el estruendo de sus cascos, sus resoplidos y sus relinchos, acrecentaron de tal modo su terror que, desviando su caballo del sendero, tiró a campo traviesa por la maleza, desapareciendo ladera abajo entre una nube de, polvo.

La prolongada carrera, cerros arriba y abajo, pareció dejar a las mulas tan campantes, pero los caballos empezaron a resentirse del violento ejercicio. El postrer esfuerzo de Manerube consistió en reunir a los acosadores en grupo y acosar a las cerriles sin pretender atajarles el paso. De momento, el plan surtió efecto. Los caballos, a pesar de su cansancio, las alcanzaron pronto en el llano, pero sin conseguir desviarles de su camino ni mucho menos hacerles volver grupas. En cuanto se presentó la ocasión, echaron otra vez cerro arriba.

Susana vio que los desbravadores se daban finalmente por vencidos y, abandonando su apostadero, tomó el camino del cañón. Al doblar el recodo vio a los caballistas en el angosto llano contiguo al riachuelo. Ora habíase ya unido a ellos. Susana puso al galope su caballo para salvar la intermedia distancia y enterarse de cuanto acontecía. Los animales jadeaban, bañados en sudor.

Al verla acercarse, Alonso la saludó con un guiño y una mueca que puso al descubierto

su blanquísima dentadura. Utah, erguido en la silla, aparecía solemne como un juez. Manerube estaba fuera de sí de ira, encrespado y revuelto el cabello, sudoroso y congestionado el semblante, centelleantes las pupilas, clavadas a la sazón en el capitán Bunk. El marinero era en verdad motivo y objeto de hilaridad y simpatía. Las zarzas habían convertido en harapos su atavío, arañándole, además, cruelmente el rostro.

-¿Por qué no las ajoraste hacia nosotros? -vociferaba, airado, Manerube-. Fue nuestra mejor oportunidad y...

-Amigo, me ajusté en este equipo para acosar caballos cerriles, no para dejarme atropellar por un burro desbocado -declaró Bunk con intencionado acento.

Manerube estaba demasiado enfurecido, o era por de-más obtuso, para captar la encubierta alusión, que no pasó inadvertida para Susana. Y al encontrarse sus miradas con las de su padre, vio con deleite que ni la indirecta de Bunk, ni el aspecto humorístico de la cacería, en general, se le habían escapado. Guiñó un ojo a Susana. Loughbridge, en cambio, aparecía hosco y avinagrado. Manerube la emprendió con Tway Millar, contestando éste a sus denuestos con un asombroso tartajeo, cuya significación no requirió interpretarse para ser claramente comprendida.

-Esa maldita torda nos ha estado toreando a todos -concluyó Manerube desmontando.

-¡Y que lo diga! -asintió Melberne.

-Yo le ajustaré las cuentas -declaró el desbravador, v echando mano al rifle que Utah llevaba en el arzón, se volvió de cara al declive. A unas quinientas yardas en el abertal estaba la torda, al frente de su manada.

-¡Mátela, Manerube! -aulló Loughbridge.

-Puede contarla ya entre los muertos -contestó el otro cerciorándose del buen funcionamiento del arma antes de encañonarla.

Susana, a caballo aún, se irguió rígida. Era imposible que Manerube se propusiera matar de aquel modo a la sagaz guardiana de su banda. Mas al echarse a la cara el rifle, vio pintados en el descompuesto semblante la cólera y la verdadera condición del sujeto.

-¡Dad! -gritó acongojada-. ¡No le dejes disparar! ¡No le dejes!

Con un rápido movimiento de su largo brazo, el padre de Susana desvió el rifle en el preciso momento en que Manerube disparaba.

-¿Qué centellas:..? -exclamó éste volviéndose ira-cundo a Melberne.

La bonachona expresión desapareció como por encanto del rostro del interpelado. Un escalofrío que le llegó al alma recorrió a Susana.

-¡Deje en paz a esa mula, Manerube! -dijo Melberne-. El que haya demostrado ser más lista que nosotros no es una razón para tumbarla patas arriba.

La cólera del desbravador no había cedido. Echándose de nuevo a la cara el arma, buscó la manada con la vista. Había desaparecido.

-¡Alto! ¿Quién manda aquí? -preguntó Melberne con voz sosegada, pero amenazador acento. Quitó el rifle de entre las manos a Manerube-. Me hago cargo del mal humor, porque, en efecto, la torda es para poner nervioso a cualquiera... pero... si quiere seguir entre nosotros... reprima los destemples... Jim, opino que es hora de tirar hacia el campo.

-Pero, Mel, si hubiésemos quitado de en medio a esa mula nos habría sido fácil atrapar a las demás -objetó Loughbridge.

-Quizá. He tratado con mulas toda mi vida y puedo asegurarte que esa manada no es para nosotros. No tenemos bastante personal. Y eso... ya lo sabía yo desde un principio...

Se encaminaron hacia el campamento con el sol poniente a sus espaldas. Susana estaba particularmente complacida. ¡Qué espléndido tipo de hombre era su padre! En momentos de apuro parecía crecerse, tan firme, tan seguro un verdadero tejano. Se estremeció recordando detalles de su vida que, en ocasiones le habían contado. El desconcierto de Manerube y la desabrida actitud de Ora la complacían. Tanto Utah como Alonso habíanle dado a entender, tácitamente, su reprobación de métodos como los propuestos por el advenedizo picador.

De cara al pienso, los caballos recobraron energías. Las millas pasaban sin sentir.

Susana hizo todo el trayecto a galope corto. Cuando llegaron al campamento acababa de ponerse el sol. La fogata humeaba. La joven entró en su tienda luego de dejar en libertad a su jaca. Quitándose espuelas y chaparreras, se lavó el rostro y puso en orden el desmelenado cabello. Con voraz apetito, se dirigió afuera.

Manerube se cruzó con ella sin verla. Su semblante estaba extrañamente pálido. ¡Qué distinto parecía del irritado caballista furioso por su inhabilidad de capturar las mulas! El contraste era tan marcado que impulsó a Susana a volverse para observarle. Manerube parecía alejarse de la fogata sin rumbo fijo.

De pronto, la muchacha atisbó un magnífico y reluciente caballo negro, parado, con la cabeza gacha. Su padre estaba ayudando a desmontar al jinete. Susana se detuvo, dando un respingo.

Melberne iba sosteniendo a medias a un individuo alto y delgado, que quedaba de espaldas a ella. Su atavío era fehaciente prueba de ruda y penosa jornada. No podía andar sin ayuda. Loughbridge, al lado de Melberne, hablaba con evidente excitación. Utah les acompañaba al otro lado. Los restantes parecían profundamente interesados por el suceso.

Susana se adelantó, alcanzando a su padre a tiempo que éste tendía cuidadosamente al desconocido al pie de un olmo.

-No... se... ocupen... de mí... -decía el hombre con voz apagada-. Cuiden... de *Brutus*..., mi caballo...

-Descuide, forastero, que para los dos habrá-replicó su padre afablemente.

Utah dobló una manta, colocándola bajo la cabeza del yacente. Susana vio unos penetrantes ojos oscuros en un rostro desfigurado por negra barba sin rasurar. Algo extraño pareció atenazarle el corazón. Pero no fue el dolor que los ojos y el semblante todo del desconocido reflejaban. Susana acababa de reconocer a un hombre al que no había visto nunca.

Librodot

VIII

Melberne remetió la manta que Utah había extendido sobre el forastero.

-Usted es Chane Weymer -dijo, más bien en son de afirmación que de pregunta.

No fue preciso su ademán de asentimiento para confirmar a Susana su identidad, pero el cansado gesto pareció desatar algo impreciso en ella. Acercándose más, dobló una rodilla junto a su padre.

-¿Está usted herido? -preguntó solícito el ranchero, palpando con sus manazas a Weymer.

-No... simplemente agotado... hambriento -fue la bisbiseada respuesta.

-Eso suponía.

Melberne destacó a uno de los presentes en busca de su esposa.

-En cuanto le eché a usted la vista encima, barrunté que era el hermano de Chess Weymer. ¿No te ocurrió a ti igual, Susana?

Chane Weymer hizo un débil respingo y, a no impedírselo la mano de su interlocutor, habríase incorporado. El cansancio pareció desvanecerse como por ensalmo de sus facciones.

-¡Chess!... ¿Le conocen ustedes? -preguntó sordamente.

-¡Vaya! Le tengo a mi servicio v es un muchacho cabal, ¿verdad, Susana?

-Sí..., Dad -replicó.

-¿Dónde está? -quiso saber Chane.

-Aquí estaba, pero le mandé a la estación con la carreta. Supongo que regresará mañana.

El macilento semblante de Weymer se transformó. Las balconadas pupilas, oscuras como las de un indio, refulgieron con maravillosa luz. Encontrándose con las de Su-sana, una sonrisa pareció iluminarlas, poniendo al desnudo el alma del individuo. Luego dejó caer sobre ellas los párpados, murmurando algo inaudible que Susana interpretó:

¡Querido Boy Blue! »

La esposa de Melberne compareció, acercándose al grupo con anhelante expresión :

-¿Está herido? -preguntó inquieta.

-No, Mary, agotado. De momento, opino que no debe-ría comer demasiado ni cosas fuertes. Un poco de leche con pan o algo de sopa.

-Me parece que tiene fiebre -observó la *señor*a Melberne poniendo una mano sobre la frente de Weymer-. Fíjate qué sacudidas pega... Hacedle una yacija aquí mismo. Yo me encargo de él.

-Así se habla-aprobó su esposo, complacido y des-cargado-. Traeré mantas y... Escucha, Utah, ¿quieres cuidarte tú del jaco de Weymer? Dale un poco de grano... muy poco... mezclado con agua caliente.

Dejaron a Susana arrodillada junto al recién venido, sin saber qué hacer, extrañamente atraída por algo que no era sólo conmiseración. ¡Se había presentado el hermano de Chess Weymer! El hecho parecía natural, inevitable, y, sin embargo, su culminación tenía un significado que su mera presencia no bastara para aclarar. Susana experimentó un estremecimiento de alegría pensando en Chess y, simultáneamente, Chane Weymer abrió los párpados, encontrándose sus pupilas.

-¿Necesita algo? -preguntó ella, un tanto desconcertada.

-¿Quién... es... usted? -formuló una pregunta con ronco murmullo.

-Susana Melberne. Es mi padre -replicó, haciendo un ademán hacia la fogata.

-¿Conoce usted... a, Chess?

-Ya lo creo! Somos muy amigos -dijo, percatándose del involuntario color que encendía sus mejillas. -Bien.

La expresión del monosílabo fue bastante para obligar a Susana a bajar los ojos y sentirse aliviada con la presencia de su padre, portador de las mantas.

-En un periquete le haremos la cama -dijo-; Susana, ayúdame a pleglarlas. Habrá que ponerle lo menos tres debajo. Debe de haber estado durmiendo en el suelo... si es que ha dormido.

Susana ayudó a su padre a hacer la yacija.

-Ahora Weymer, déjeme que le levante -dijo.

-No estoy... tan inútil -fue la respuesta. Y Weymer se arrastró por sus propias fuerzas hasta el camastro, arropándole luego Melberne.

-¡Claro que no! ... Despeado nada más... Tú, Susana, quédate con él hasta que vuelva tu madre. Yo tengo aún tarea hasta que anochezca.

Susana se halló de nuevo a solas con el hermano de Chess. El hecho era perturbador. Sentíase extraña. Experimentaba una insólita timidez que era casi azoramiento.

-Son ustedes muy amables -dijo Weymer-. Parece que... cambia mi mala suerte... Uno no sabe nunca...

-No sabe nunca... ¿qué? -insistió Susana.

-Cuando ha de perder por completo la esperanza. Quizá... siempre queda...

-¿Quiere usted decir la esperanza de vivir... en una experiencia tan terrible como la que debe usted haber pasado?

-Sí, de vivir... y de ser feliz -murmuré como en sueños-. Para mí... ambas cosas han estado siempre allende mi horizonte, pero... ya no desesperanzaré nunca...

-Es que le abandonaron las fuerzas -dijo Susana animándole-. Para un hombre siempre hay esperanzas... si... ¡Ah!, aquí viene mi madre trayéndole algo que comer.

Cupo en suerte a la muchacha ayudar a la *señor*a Melberne en la tarea de dar el alimento al paciente, demasiado débil para valerse por sí mismo. La práctica y maternal mujer hizo que Susana le sostuviera mientras ella llevaba cuchara y taza a sus labios. Así se encontró la muchacha de rodillas junto al hermano de Chess, y rodeándole los hombros con sus brazos. Compasión y ternura la animaban, como de más materno modo animaban a su madre, pero habla algo más. Arrodillada ante él, el hombro de Chane rozaba su anheloso pecho. De todos los momentos de la vida de Susana, fueron aquéllos los más inexplicables y sorprendentes.

Era tal su inanición, que Weymer, pese a sus esfuerzos, apenas pudo tragar nada. No tardó en volver a dejarse caer sobre la almohada, bisbiseando gracias al cerrar nuevamente los ojos.

-Le sentará mejor descansar que comer -declaró la *señor*a Melberne alzándose-. Hazle un rato de compañía hasta que se duerma, Susana, y si no consiguiera conciliar el sueño, luego me quedaré yo. Tal vez haya que medicarle. Pero si duerme, mañana estará mejor y podrá alimentarse.

Por tercera vez se quedó Susana a solas con el hombre que llamaba a su hermano Boy Blue. A los pocos momentos se quedó dormido. Y las paralizadas emociones de la muchacha parecieron recobrar su libertad.

El crepúsculo caía lentamente sobre los olmos. Oyó el repiqueteo de las espuelas de los caballistas y el ruido de los cascos. Un coyote ululó, melancólico, en el valle. La pungente fragancia de leña ardiendo la envolvía, y la luna, asomando por la cresta de la montaña bañó con pálido esplendor el campamento, iluminando el rostro del durmiente. Susana no «quería» mirarle, mas le era imposible resistir su atracción. La oscura cabeza de revuelto cabello, la hirsuta barba negra, daban algo de selvático al aspecto del forastero. Respiraba profundamente, como sumido en pesado sueño.

Miró a su alrededor. Había caído la noche, la fogata llameaba, derramando un círculo de luz a cuyo través pasaban y repasaban los hombres del equipo en sus di-versos quehaceres. Susana estaba en la sombra de los olmos. Alguien cantaba. Oyó la voz de bajo de su padre. Se aproximó al paciente para verle mejor. Experimentaba algo muy similar a la vergüenza. No obstante, se inclinó sobre él para escrutar sus facciones.

El rostro, bañado por la luna, tenía un aspecto triste; frente noble y ancha, en la que el

Librodot

dolor había dejado huellas, cuencas hundidas por el trazo negro de las cerradas pestañas, surcos profundos, que la barba semiocultaba sin robarles la adustez que comunicaba al semblante... Susana retrocedió, extrañamente aliviada, aunque no habría podido decir por qué. Había algo en aquellas facciones que refrendaba, justificándolo, su interés por el audaz desbravador que llamaba a su hermano Little Boy

Blue.

El traqueteo de una carreta por la pedregosa pendiente vino a interrumpir el ensueño de Susana. En su semiextasiada tesitura no se percató de lo que tal ruido representaba, hasta oír a alguien anunciar a grandes voces que Jake y Chess estaban de regreso.

-¡Oh! ¡Me alegro!, ¡me alegro! -murmuró con una rápida ojeada al durmiente. La vuelta de Chess aportábale inexplicable consuelo, despertando, a la vez, cierta aversión a que la hallase velando a su hermano. Recapacitó que nada podía ya hacer en su favor y, levantándose rápidamente, entró en su tienda con propósito de acostarse. Mas ya en, la reducida habitación, quedó inmóvil, abismada en sus pensamientos.

Algún tiempo después, no habría podido decir cuánto, oyó presurosos pasos haciendo triscar la hojarasca afuera y luego una voz que pronunciaba su nombre.

-¡Hola, Chess! ¿De regreso ya? Me alegro de veros -replicó.

-¡Oh! Susana... Chane está aquí -prosiguió él, rico de vehemente emoción su acento.

¡Ya lo sé!

-¿Está usted acostada?

-No, pero sí a punto.

-Salga un momento, por favor; quiero decirle una cosa -suplicó.

Susana no pretendió resistir la ansiosa impetración. Distaba mucho de sentirse sosegada. Salió de la tienda, cabe cuya puerta estaba Chess, invisible el rostro entre las sombras. Se abalanzó para coger su mano, e inclinándose, la besó en una mejilla.

-¿Chess, qué es eso? -exclamó Susana. Al primer arrebato de cólera sucedió la sorpresa al advertir el temblor que agitaba al muchacho. Entrevió su semblante, que revelaba gran excitación. Evidentemente no se daba cuenta de lo que había hecho. Su pensamiento no estaba en la joven.

-Chane duerme -bisbiseó roncamente-. Me acerqué para verle... y... trabajo me costó no despertarle. Pero me alegré, porque así me da tiempo...

-¿Tiempo? ¿Para qué, Chess? ¡Está usted desatina-do, muchacho!

-¡Desatinado! ¡Oh! También lo estaría usted... si conociera a Chane-continuó él atropelladamente-. Si se enterara de que Manerube me pegó... y del por qué... ¡Gran Dios!, le mata, Susana, le mata...

Una ráfaga de frío pareció recorrer la piel de la joven, a la vez que confusas ideas se agolpaban en su mente.

-Debe usted procurar que no se entere dijo.

-¡Claro, eso haré! Cuando supe que Chane estaba aquí, lo primero que hice fue preguntar al padre de usted si le había contado alguien mi cuestión con Manerube. Me dijo que no. Entonces, yo le rogué que no se lo dijera a Chane y él me dio la razón, acompañándome para advertírselo a Jake y los demás. Todos ellos se porta-ron muy decentemente.

La simpatía de Susana por el muchacho se acrecentó viendo su vehemencia y excitación, que evidenciaba su nervioso modo de estrechar sus manos.

-Y entonces, Susana..., ¿qué le parece que pasó?

-Siga usted, Chess. Dígamelo. ¿Cómo puedo decirle lo que me parece si nos sé de qué se trata? -exclamó Susana.

-Buscamos a Manerube -exclamó Chess-. Desde que Chane se presentó en el campamento no le había visto nadie. Su padre de usted dijo que «le olía mal la cosa», pero yo no opinaba así... Quizá Manerube conoce a Chane... Sea lo que quiera, le buscamos por el campamento y por fin dimos con él, sentado en un tronco, lejos de la fogata. Estaba muy

pensativo y nuestra llegada le sobresaltó. En seguida le espeté mi deseo... Le dije que yo... que todos, opinábamos que Chane no debía enterarse de nuestra pelea... La cosa sorprendió a Manerube, al menos así pareció. Ya sabe usted cómo es. Por mi parte, hice cuanto pude..., «me rebajé»... ¡Figúrese usted! ¡«Yo» pidiéndole perdón a ese embustero para evitar otro lance en el campamento!...

-Pero, Chess... no era preciso que se humillara -protestó Susana-. Seguramente Manerube no le habría dicho a Chane que usted le agredió.

-¡Maldita sea mi cabezota! -exclamó Chess, exasperado-. ¡Tiene usted razón! Ahora me doy cuenta de lo descargado que pareció... En fin, ya está hecho, y en el fondo no me arrepiento. Lo hice por Chane.

-Fue muy noble por su parte, Chane -dijo seria-mente Susana-. No se preocupe de lo que pueda pensar Manerube... Pero... escuche, ¿con la agitación no habrá exagerado al temer que su hermano pueda...?

-Susana -interrumpió Chess-. No exagero nada. Chane podrá despreciar insultos..., cosas como esa calumnia infame acerca de la muchacha piute, o lo que se dijo de ser un *squaw*-man. Seria muy de Chane el pasarlo por alto, sobre todo en un campamento en el que hay mujeres. Pero si llegase a sus oídos que Manerube me pego... «que me pego en la cara» por salir en defensa de su honor... ¡El cielo nos valga!... ¡Le mataría!

-Entonces... ha obrado cuerdamente, muchacho -murmuró Susana, desconcertada ante la vehemencia de Chess.

-Entiéndame usted bien, Susana -dijo el mozo súbitamente, como si una idea nueva le asaltase-. No es que tema por la vida de Chane; ¿creyó, acaso, que era por eso? No... Ya verá cuando conozca a mi hermano... Es... que... no me perdonarla nunca que derramase sangre por mi culpa y... ya lo ha hecho, Susana. Disparó contra un bravucón que me maltrató en una taberna... donde estaba yo bebiendo. A Dios gracias, no le mató, aunque fue por pura casualidad... Susana..., ayúdeme usted a enmendarme, para que Chane no tenga que volver a sacar la cara por mí.

-¿Es una confesión, Chess? ¿Ha sido usted... «malo»? Bajó él la cabeza, soltando las manos a la muchacha.

-No tenga reparo en decírmelo. No soy tornadiza en mis amistades.

-¡Malo! ¡Un «rato largo»! -replicó, alzando la frente y mirándola de hito en hito-. Era... un potro cerril. Usted me ha salvado y... voy sentando la cabeza... al menos así me lo parece a mí. La llegada de Chane... en este trance, me da qué pensar. No quisiera que armara camorra ni por su cuenta ni por la mía... ni por la de usted, Susana.

-¿Por la mía? -murmuró la muchacha-, yo... ¿yo qué tengo que ver con eso?

-¿No le dije a usted, acaso, que si no podía tenerla por esposa la tendría por hermana?

-Sí, en efecto... Y... fue una aseveración gratuita -respondió Susana.

-Aguarde un poco. Ya veremos. Yo no digo más que una cosa. Estoy aterrado ante la idea de que Chane vuelva a las andadas... La última vez fue terrible. Ahora bien, Susana, Chane se quedará como desbravador de su padre. Estará entre nosotros. Ya sabía yo que ocurriría así. Y me alegro, con tal de que no sepa lo de Manerube. Si yo consiguiera portarme como un hombre...

-En mi opinión, como un hombre se está usted portando ya, Chess.

-¿Lo dice usted de veras? ¿Palabra?

-A juzgar por cuanto me ha dicho, sí. Estaré ufana de usted si no se tuerce.

-Uno haría cualquier cosa por usted, Susana.

-Bien está, adulador -replicó la joven intentando, con muy poco éxito, aparecer alegre y confiada-. Pondré mis notables atributos a prueba. Prométame usted una cosa.

-¿El qué?

-No beber más. Me consta que el equipo ha traído bebida al campamento.

-¿Ha oído usted algo de mí? Recientemente no he bebido-contestó sincero-, pero ha puesto el dedo en mi flaqueza.

Librodot

-Entendidos y... buenas noches, *Little Boy Blue* -dijo sonriéndole.

Jamás había acogido Susana con tanto agrado la densa oscuridad de su tienda y la cálida protección de sus mantas. Durante largo rato, sus pensamientos ahuyentaron el sueño. Asaltábale una especie de ruborosa vergüenza al recordar su aparente calma, su patrocinador acento con Chess, cuando en realidad un tumulto se agitaba en su interior. La causa de la posible conmoción se ofreció de modo incontrovertible a su conciencia. Pretendió inútilmente repudiarle ante sí misma. El hermano a quien Chess tanto elogiaba, el hombre al cual por circunstancias fortuitas había introducido en sus más íntimos pensamientos, el temerario jinete de aventuras sin cuento cuyo nombre mismo llevaba grabado, yacía bajo los olmos, bañado el adusto semblante por la luna. Estaba allí. No podía olvidar su rostro. Estos hechos tenían una importancia ante la que todos sus razonamientos se desmoronaban. El desasosegado e impaciente asombro de sí misma acabó en rebelión. Se calificó de «majadera sentimental». Aquella aventura desértica, poniéndola en contacto con hombres de vida al aire libre, con la primitiva existencia de los acosadores de cerriles y la soledad de los vastos abertales, habíale sacado, cuando menos temporalmente, de sus habituales, sensatas y prácticas, casillas.

-Pero... ¿cómo puedo saber si este nuevo estado mío no representa más fielmente que el otro mi manera de ser?

Reflexionando así, perdióse en un mar de suposiciones. ¿De qué servía pensar, si sus sentimientos no dependían de sus ideas, ni eran gobernados por ellas? Y en cuanto a comprender las que consideraba extrañas reacciones ante una situación en la que un advenedizo caballista parecía figura principal..., renunciaba a ello.

Cuando en sus cavilaciones recordó a Chess y a Manerube, desapareció la perplejidad. Chess adoraba a su hermano con juvenil veneración. Era obvio que había sido causa de disgustos para su hermano. Posiblemente, autor de algún desaguisado cuyas consecuencias tuvo que pagar el fiel Chane. Fuese como fuese, Chess sentía el agobio del remordimiento y, con él, laudables anhelos de redención. En los breves instantes de su coloquio con Susana, había crecido desmedidamente en su estima.

En cuanto a Manerube... la llegada de Chane Weymer le había, evidentemente, desconcertado. El instinto observador y la intuición de Susana concordaban perfectamente en este punto. Había visto, sin lugar a dudas, su pálido semblante, su sorprendida y sombría mirada, su preocupación, su presuroso paso. Tropezando casi con ella no se habla percatado de su presencia. Susana hallaba una sola explicación a aquello: Manerube temía encontrarse con Chane Weymer.

-Y yo me pregunto, ¿por qué? -continuó ponderan-do-. ¿Es tan cierto, como afirma, que zurró a Chane Weymer? ¿Temía que Chess enterase a su hermano de la riña? ¿Que le dijese que le había pegado..., que los amoratados cardenales aún visibles en la cara del muchacho eran obra de su mano? Fuese lo que fuera, lo que la conducta de Manerube encubría resultaba un hecho capital: que era un cobarde. Desde un principio, Susana había experimentado aversión hacia el individuo, aun re-conociendo su competente personalidad, y aquel insospechado giro de los acontecimientos le condenaba en su ánimo sin remedio. Experimentó un vago sentimiento de alivio, de liberación. No había logrado precisar su actitud con Benton Manerube y ahora comprendía exactamente su posición respecto a él. Con la inconsistencia propia de su sexo, que reconocía, Susana pasó a considerar otra fase de la situación: lo que acaecería si Chane Weymer se enteraba de lo ocurrido.

-Chess no me ha pedido «a mí» que calle -murmuré-. Claro que no hablaré... pero... no he prometido nada. ¿En qué estoy pensando?... Soy capaz de desear ver a Manerube recibir una paliza como la que él habría propinado a Chess.

Susana hubiera puesto en duda sus pensamientos de no haberse oído a sí misma bisbiseados. Destruían absolutamente todos los andamiajes, erigidos para sustentar su actitud. Hundiendo en las almohadas el rostro, la muchacha se dejó llevar de la excitación nerviosa y lloró hasta que el sueño vino a cerrar sus párpados.

Despertó temprano, dando la callada por respuesta a las llamadas de su madre y de Chess, y tan sólo cuando, con estentórea voz, su padre le ordenó que saliera, hizo algún esfuerzo por levantarse. Parecía embargarle una laxitud insólita, una desgana de afrontar la clara luz del día incomprensible.

Cuando se presentó al desayuno vio que era la última. Las pupilas de la *señor*a Melberne chispearon maliciosa-mente, atisbando su pulcra y peinado cabello, la blanca blusa con corbata de vivos colores, la falda de lana y los recamados mocasines que constituían su atavío.

-Al no salir como de costumbre, hija, creí que la cabalgada de ayer te habría rendido- dijo -; pero veo que estás sin novedad y... que da gusto verte. Ora también se ha acicalado más de la cuenta, aunque... no te preocupe.

-¡Madre! -exclamó Susana arrebolándose. Rara vez empleaba el calificativo con la *señor*a Melberne-. ¿Quieres acaso insinuar... que yo...?

-No me hagas caso, querida -interpuso la *señor*a

Melberne, súbitamente emocionada por la palabra «madre» y abandonando su idea de bromear con ella.

Su padre, acercándose a la sazón, no tardó en percatarse de que Susana no llevaba sus habituales y más confortables prendas.

-¡Vaya! La juventud siempre ha de sacar la cabeza -observó jocosamente-. Supongo que hoy no cabalgarás conmigo, Susana.

-¡Claro que sí, Dad! ¿Adónde vais? -replicó Susana haciendo tremendo esfuerzo para aparentar no haberse dado cuenta de su deducción.

-¡Ja, ja! Me has atrapado, chiquilla-repuso-. El caso es que hoy dedicamos el día a descansar y a ultimar los planes para la construcción de la trampa de espino artificial.

-¿Vais a valeros de veras de ese medio, Dad?

-Psh... creo que sí. ¡No! es que sea muy de mi gusto... pero... o eso o nada. No podemos emplear madera. Bastante trabajo tendremos cortando y arrastrando árboles en gran cantidad para los postes.

-Pues... me sorprende que lo hagas, Dad, no te digo más -replicó Susana fríamente, volviendo a su desayuno.

La desaprobación de su hija pareció herir a Melberne en lo vivo. Arguyó y explicó, pero viendo que Susana ni levantaba la vista del plato ni respondía, acabó por renunciar al intento, alejándose cabizbajo, mascullando palabras ininteligibles. Susana dedujo de su actitud que tema sobre su padre más influencia de la que ella misma calculaba y se convenció, por ende, de que si la trampa de espino artificial resultaba francamente cruel, podría llegar a persuadirle de que renunciase a ella como medio de cazar cerriles.

Mientras concluía el desayuno, Susana descubrió, con desmayada sorpresa, que aquella mañana sentía inusitada curiosidad respecto a Ora. La indirecta de la *señor*a Melberne había hecho revivir un interés que en los últimos días había decaído sobremanera. Recorrió con la mirada el campamento para localizar a la joven, y, por último, sus pupilas se posaron en el olmo bajo cuyas ramas ella y su padre habían dispuesto la yacija de Chane. Le molestó un poco al advertir que le llamaba «Chane» en sus pensamientos. La yacija había desaparecido y Ora no estaba a la vista. En consecuencia, Susana insistió en ayudar a la *señor*a Melberne en sus tareas de fregar y secar los enseres del desayuno, oferta que, dadas las circunstancias, asombró no poco a la buena *señor*a.

Jake se acercó con algunos fardos descargados de la carreta, llenándose de arrugas su semblante al sonreír a Susana.

-Hoy sí que da gusto verla, *señor*ita Susana -exclamó-. ¿Pasa algo especial?

-Que yo sepa, no-replicó sonriendo la muchacha.

-Somos una pandilla de pillos con suerte, teniendo dos personitas como Ora y usted para recrearnos los ojos... Había pensado traerle una caja de bombones, pero al encargado del almacén por poco si le da un patatús cuando se la pedí...

Se le agradece lo mismo, Jake.

El veterano se acercó a Susana y dijo, bajando la voz: -¿Sabe usted ya que el hermano de Chess está aquí?

-Sí, le vi anoche.

-Hay que ver cómo está de contento el zagal -prosiguió Jake, que evidentemente compartía la alegría del muchacho-. Anoche estaba preocupado. Yo hablé con él, aconsejándole que guardase secreto de... aquello con Manerube... ya me entiende usted. Aprecio a Chess. Tiene buen corazón. Me gustaría conocer a su madre.

-¿Qué opina usted de su hermano, Jake? -preguntó Susana con deliberado intento, sintiendo afluir la sangre a sus mejillas. De todo el equipo, aquel bondadoso y sensato individuo era el único a quien se atrevía a hacer semejante pregunta.

-Ya se lo diré cuando haya podido pensarlo -replicó seriamente Jake-. Es el mejor jinete que he visto en mi vida. ¡Lástima que nos haya venido Manerube con esa historia!...

El capitán Bunk, bamboleándose bajo una enorme carga de leña, se dio un encontronazo con Jake, interrumpiéndoles

-¡Al pairo, Jake! ¡Tú siempre capeando el temporal! -dijo el marino jocosamente-. ¿Cómo va, compañero?

-No puede ir mejor, Cap -replicó Jake tendiéndole la mano-, pero... estás todo arañado... ¿Qué ha ocurrido? ¿Te has peleado con algún gato?

-Jake, ayer estuve navegando por entre una escuadra de mulas cerriles, y me echaron a pique en la maleza.

En aquel momento compareció Chess, sonriente, chispeantes las pupilas, animado el semblante a la vista de Susana.

-¡Hola, hermanita! ¿Dónde ha estado usted metida? Hay alguien por acá que desea verla.

-¿Sí? ¡Ah! Supongo que se refiere a su hermano-dilo Susana con indiferencia, aunque su serenidad era tan sólo aparente. Érale imposible dominar sus emociones. La simple presencia de Chess hacía latir su corazón con inusitada celeridad. ¡La apreciaba tanto! ¡Era tan evidente su admiración! A buen seguro que ni por un instante pudo ocurrírsele que Susana, lejos de anhelar conocer a su desgraciado hermano, pretendiese rehuirlo. En la mente de Chess no cabía, a decir verdad, la idea de desgracia. Susana «quería» rechazar la familiaridad que la palabra «hermana» entrañaba, evitar la entrevista con Chane Weymer, mas en aquel momento le era imposible herir en su delicadeza a aquel muchacho que «por ella» había pro-metido enmendarse, y por eso, asumiendo una indiferencia que distaba mucho de sentir, se dejó llevar por Chess hacia el olmedo.

Como de costumbre, el mozo hablaba por los codos, aunque más aprisa y con mayor excitación... Había acondicionado a Chane... luego de afeitarle y ponerle «presentable»... y cien cosas más que Susana oyó apenas. Sus propias reprimidas emociones la embargaban. Vagamente se dio cuenta de otras impresiones..., la noción de cansado caminar... largas distancias..., un cielo intensamente azul..., el oro del olmedo..., la fragancia del humo de la leña, después atisbó la tienda de Chess y contiguo, a la sombra de un frondoso árbol, un camastro en el que hallábase sentado un hombre. Susana no vio, como esperaba, un enmarañado cabello, un rostro sin rasurar, pálido y macilento. ¿Podría aquel individuo ser el hermano de Chess? ¡Qué tontería dudarlo, cuando el mozo la llevaba directamente hacia el árbol! Susana bajó los ojos. Le parecía ir a una especie de ejecución y, súbitamente, un inopinado arrebato de cólera interior por su estúpida actitud restableció en ella la normalidad espiritual, dejándola como habitualmente era.

-¡Chane!... ¡Aquí está!... ¡Susana Melberne! -gritó alegremente Chess, expresando con su acento mil veces más que con sus palabras.

-¡Me alegro de veras de conocerla! -dijo Chane Weymer. Su voz tenía el mismo timbre que la de su hermano, aunque más profunda.

-¿Cómo está usted, *señor* Weymer? -respondió Su-sana alzando los ojos-. ¿Se encuentra

hoy mejor?

Antes de que pudiese contestar, se les acercó Melberne, atrayendo al punto la atención sobre su presencia.

-,¡Bravo, Weymer! Distraído con la juventud, ¿eh? -dijo con su enorme vozarrón-. ¡A fe que esta mañana parece usted otro!...

- Supongo que es usted, Melberne, el *boss* del equipo -replicó tendiéndole la mano -; le estoy muy agradecido. En efecto, me siento otro, aunque... muy cansado y... tengo hambre. Su excelente esposa opina que hoy aún debo pasar a media dieta.

-¡Vaya, vaya! No hay que precipitarse. Debe usted de haber pasado últimamente malos tragos, ¿eh? -apuntó Melberne sentándose junto a Weymer, dando a entender que se creía con derecho a información, aunque sin abandonar por ello su actitud afable y simpatizante.

Susana se acomodó sobre uno de los fardos próximos, procediendo a emplear aquellos breves instantes, en los que la presencia de su padre desviaba de ella la atención de los demás, a observarle a hurtadillas.

Chane Weymer vestía camisa de algodón, estrecha para sus anchos hombros. Susana le recordó a Chess. El desbravador no parecía fornido; sin embargo, los: músculos se dibujaban bajo las ceñidas mangas a cada movimiento.

Su rasurado rostro era el más dominante que había visto en su vida, atezado, de terso cutis, con un tinte: azulino bajo la piel. Sin parecerse en nada a Chess, todo el mundo habría dicho que eran hermanos. Su cabello, oscuro y crespo, tenía una fulgencia como de escarcha.

-No, Melberne, no puedo decir que haya pasado malos tragos -decía-. Vengo de la región pinte. Compré una punta de ganado a Toddy Nokin y tuve la mala suerte de dar con una cuadrilla de cuatreros. McPherson y su gente. Nos siguieron la pista, haciendo salir de estampía a los potros. Tuve que echarme al río para salvar el pellejo. McPherson se había apoderado de mi rifle. Me acorralaron en un cañón sin salida y me vi obligado a vadear el San Juan. Afortunadamente llevaba un soberbio caballo... Los dos ríos iban crecidos... Después no pude ganar el *Hole in the Wall*, y para salir de la comarca tuve que rodear la Meseta del Caballo Cerril. Las escasas provisiones que los pintes pudieron proporcionarme duraron poco y... nada más.

-¡Hum! ¿Ha perdido usted su ganado y su equipo? -preguntó Melberne.

-Cuanto tenía..., es decir no: me queda *Brutus*. Quizá no hubiera tenido nunca ocasión de apreciar todo lo que vale a no ser por... mi accidente.

-*Brutus*, ¿en el que llegó aquí? ¡En verdad es todo un caballo...! Bueno y... ¿adónde se encaminaba?

-A territorio mormón. Iba con idea de pedir prestado un equipo y regresar acá otra vez.

-¿Por qué? -preguntó interesado Melberne.

-Por varias razones-contestó Weymer-. Una de ellas, porque espero a Toddy Nokin con otra reata de potros. Además... quisiera dar con Bud McPherson y además... por otra razón, Melberne, que por ahora me reservo

-Ya, y... ¿qué opinaría de juntarse a nosotros? Necesito caballistas. Le daré lo que le sea preciso y un buen sueldo además. Chess se alegrará de tenerle cerca.

-Un «rato largo» -replicó Chess.

-Trato hecho, Melberne -dijo-. ¿Pueden saberse sus proyectos? ¿Es usted novato en la caza de cerriles?

-Opino que sí -asintió brevemente Melberne-, por eso quiero buenos picadores. Mis proyectos están pronto dichos. Me propongo entrampar mil jacos aquí, en Stark Valley, facturarlos y luego ir al Oeste, bajo la Meseta del Caballo Cerril, atrapar y domar una buena caballada y establecerme en un valle que reúna condiciones.

-¡Mil caballos! ¡Sí que es usted novato! Aun suponiendo que logre cazarlos, ¿cómo los facturará? ¡Cerriles!

-¡Psh!... Confieso que no lo sé, pero ese Manerube entiende en el asunto y en sus manos lo dejo.

-¿Bent Manerube? -preguntó vivamente Weymer frunciendo el entrecejo.

-El mismo -replicó Melberne mirando de hito en hito a su interlocutor.

-¡Melberne! ¿Quiere eso decir que tiene asalariado a Bent Manerube? -preguntó atónito el desbravador.

Susana sintió que Chess le oprimía nerviosamente una mano y devolvió la presión para tranquilizarle. El momento era peliagudo, pero confiaba en su padre, tan sosegado, justo y sensato. El interés de Susana se concentró en Chane Weymer. Le miró fijamente, mientras él escrutaba, con no menos intensidad, el rostro de Melberne.

-Eso he dicho: Bent Manerube.

El desbravador se echó a reír y la expresión de incredulidad y de algo más duro y más agudo desapareció de su semblante.

-Bueno, posiblemente la cosa tiene mucha gracia -observó Melberne.

-¡Ya lo creo que la tiene! -replicó francamente Weymer-, pero si no sabe usted por qué, no seré yo quien se lo diga.

-Allende el río tuvo usted una cuestión con Manerube, ¿verdad? -interrogó el padre de Susana.

El desbravador levantó la cabeza con movimiento de águila. A la penetrante cualidad de sus ojos, Susana vio aunarse el fuego.

-No, no lo calificaría yo de cuestión con Manerube. ¿Qué dice él? -replicó deliberadamente.

En comparación con su habitual franqueza, Melberne pareció un tanto desconcertado. Chess, rígido como una estatua, temblaba por dentro, porque Susana sintió su mano estremecerse. La situación tomaba mal cariz para él. Susana se mordió los labios para no dejar escapar una exclamación. Habría dado cualquier cosa por poder prevenir a su padre de algún modo, recordándole lo que estaba en juego, pero... la distancia le impedía todo con-tacto con él y no acertaba cómo llamar su atención. Además, la actitud de Chane Weymer, su risa y la serena confianza de su última pregunta habían desvirtuado el sentimiento que Chess le inspiraba. Casi «anhelaba» que su padre narrase el episodio de Manerube.

-¡Psh!... «decir», no dijo gran cosa-replicó Melberne cautamente-. Se limitó a hacer mención de una disputa entre usted y él..., nada de particular. «Aquí» soy yo el amo y lo único que quiero saber es si acepta mi oferta.

Weymer acentuó el ceñudo gesto, y la hosquedad de sus facciones, que la sonrisa y animación había ocultado, al parecer trajo a la memoria de Susana el rostro que había visto a la luz de la luna. Ciertamente, había adivinado que Melberne no se atenía a la verdad estricta. Tal vez sus penetrantes pupilas supieron leer cuanto el rostro le callaba. Volviéndose, miró a Chess y su expresión cambió con repentina rapidez, ablandándose. Amaba al muchacho. Lo demás no tenía importancia. Pareció olvidar hasta la presencia de Susana.

-Desde luego, Melberne, acepto su oferta -dijo-, y le diré más..., me congratulo de ella. Chess está aquí y... acaso pueda serle a usted útil por otros conceptos. ¡Quién sabe!, como dicen los mejicanos.

Los dos hombres se estrecharon la mano y Melberne se alejó, tras unas breves gracias. Susana estaba casi tan impresionada por la forma como su padre había sorteado la situación, por lo significativamente que había manifestado su sorpresa, como por el efecto que Weymer causaba en ella. Frente a frente con él, le era imposible tener en cuenta la reputación que Manerube le había atribuido y que, según Loughbridge, marcaba el concepto en que era tenido entre los moradores del desierto. Había algo más, que de momento no podía adivinar.

_Muchacho, por lo visto seremos compañeros de equipo-dijo Chane a su hermano.

-¡Y que lo digas! -respondió Chess ocultando su emoción-. ¡Me alegro de veras! ¿Usted no, Susana?

¡Cómo la incluía siempre, en sus arrebatos! ¡Para él la ocasión no podía ser sino de regocijo!

-¡Sí, Chess, vaya, sobre todo si a usted le satisface! -replicó.

*Señor*ita Melberne, me dice mi hermano que ha sido usted muy buena para él -empezó Chane sin más ambages, mirándole de hito en hito.

-j Ah, no es para tanto!

-No lo creas, Chane-interpuso Chess-, ¡es un ángel! Me llama *Little Boy Blue* y yo a ella «hermana». ¿Qué te parece?

-No lo sé -replicó gravemente Chane-, reservaré mi juicio hasta que os haya visto más tiempo juntos.

-Escucha, Chane-prosiguió Chess cambiando completamente de tono. La puerilidad había desaparecido; su bronceado rostro estaba ligeramente pálido y parecía respirar con dificultad-. Susana ha hecho que deje de beber.

-¡No! -exclamó su hermano.

-¡Te juro que sí! -declaró férvidamente Chess-, me enamoré de ella, Chane... no lo sabe, pero desde entonces... no he vuelto a beber... Entiéndeme bien. Susana no me ama... ni me amará nunca. Soy demasiado joven. Ella tiene veinte años, pero así y todo... he dejado la bebida v te prometo a ti también... que no volveré a beber...

-¡*Little Boy Blue*! -replicó Chane-, ¡es la mejor noticia que he recibido en mi vida!

Susana «sintió» sus ojos sobre ella y aunque no se atrevía a levantar la cabeza, «tuvo» que hacerlo.

-Cuando lo sepa, la madre de este muchacho la amará a usted también-dijo Chane -; en cuanto a mí... haré por usted... lo que quiera...

-Realmente... ¡dan ustedes una importancia a lo que no la tiene!... -contestó Susana luchando con emociones desconocidas-. Chess es igual; siempre hace montañas de granos de arena.

Él sonrió sin contestar, fijos en ella los ardientes ojos. Susana sintió de pronto que, si en realidad había sido, a sabiendas o no, una inspiración para Chess, no debía aparentar menospreciarlo. Y la reverencia, o lo Que fuese, que vio en las pupilas de Weymer le llegó directa-mente al corazón, como gratísimo bálsamo sobre la discordia que en él reinaba.

Una increíble timidez se apoderó de ella. Movida por un puro impulso de defensa, se volvió hacia Chess.

-Boy Blue, jamás tomaré a broma sus deseos de sobreponerse a sus vicios -dijo-. Lo que me sorprende es que haya podido ayudarle, pero siendo así, me siento muy orgullosa y muy contenta de ello y... seguiré siendo su hermana.

Se alejó con una apariencia de dignidad, que pugnaba por conservar, cuando oyó a Chess exclamar triunfante:

-¿No te lo decía yo, Chane?

La frase convirtió su retirada en huida. ¿Qué podía haberle dicho Chess a su hermano? Casi corriendo, Susana entró en su tienda.

IX

Pasaron los días. El maravilloso veranillo indio, se prolongaba con amaneceres albos de rocío y escarcha; ambarino durante las tranquilas horas del mediodía y brumoso y purpúreo en los ocasos. Los árboles resplandecían áureos y el soto cubríase de hojas muertas que parecían reflejos de las que aún quedaban en las ramas.

La brigada de Melberne trabajaba sin reposo, talando y aprontando postes para la cerca, los unos, y tendiendo los otros las alambradas de espino por el valle.

Para Susana Melberne aquellos días eran interminables, con sus horas de inquieta incertidumbre, sus extraños y breves momentos de indescriptible alegría, seguidos de abrumadores estados de ánimo de vaga melancolía... atormentadores todos, casi torturantes.

Llegaron los más perfectos de entre los días otoñales, fragantes, brumosos, llenos de solemnes silencios, interrumpidos por ráfagas de viento que sacudían la hojarasca, haciéndola revolotear bajo los olmos. Susana erraba por el soto y las laderías, convencida de haber sucumbido víctima del mágico hechizo del verano indio. Por lo general, su ocupación era contemplar a Chane y a Chess trabajando en la ladera. Oía el vibrante zumbido del hacha de Chess, y a veces la veía espejear al sol. La voz del muchacho, cruda pero recia, rasgaba los aires con una canción de cowboy. El alto Chane, recogiendo en una brazada varios postes ya dispuestos, los llevaba al declive y dejaba que por su propio peso ganasen el llano, rodando. Jake, Bonny y el capitán Bunk los recogían y cargaban en las carretas.

Susana atisbaba al equipo, pero sus pupilas se detenían con mayor frecuencia en la esbelta figura de Chane Weymer. Le reconocía entre todos. Cuando momentos de mayor tortura la obligaban a ser sincera, confesaba su flaqueza. Pero ella, tan justa y equitativa con los demás, era para si misma intolerante y terca. Dejaba a su fantasía llegar hasta cierto punto y luego, horrorizada ante las posibilidades reales, se negaba a pensar, refugiándose en sus sensaciones de ensueño.

Mas... aquel día había amanecido con extraño designio; no recordaba otro igual en su vida. Resueltamente afrontó su alma y supo cuál era el mal que le aquejaba.

Hablase acomodado en su lugar favorito, un álabe bajo de olmo, apartado del campamento, en la base de la escarpadura del cañón. Desde allí podía ver sin ser vista. No acaecía nada extraño. De momento sentíase libre de preocupaciones y pasaba el tiempo observando, a los trabajadores. La envolvía el dulce y poderoso conjuro del dorado otoño. Llegó un instante en el que Chane Weymer se perdió de vista en la frondosa cuesta, sin reaparecer. Sobre Susana resplandeció la revelación, inevitable, fatal, sin causarle el menor sobresalto.

-¡Chane Weymer!... ¡Él es el hombre! ... -soliloquió melancólicamente-. ¡Ya sabía yo que algo ocurriría en este desierto!... y... ¡ya ha ocurrido!... Chess tenía razón al decir «no podrá usted evitar enamorarse de Chane»... ¡y no puedo!... ¡no puedo! ¿Qué va a ser de mí?...

Por fin, «sabía». Y con la paciencia se acabaron los desasosegados e inciertos anhelos, las dudas y los temores, las horas de miseria y de amargos reproches; a los tormentos sucedió la súbita e inmensa revelación de algo inconmensurable, que fue como la repentina aparición de un sol en las tinieblas de su corazón. Su espíritu no se alzó en armas contra aquel traicionero amor. No «podía» subyugarlo. Era demasiado nuevo, demasiado terriblemente grato para desear reprimirlo. Era... ella misma, su realización; en un instante se había hecho mujer.

Permaneció largo rato inmóvil, el tiempo pareció inmovilizarse con ella. El áureo día la bañaba. El sol y las sombras jugaban sobre ella al ritmo de las ramas que la cubrían. Ante sus ojos, los cerros pardos y rojizos se fundían con la masa negruzca de la montaña. A su espalda se extendía el valle, cuyo horizonte limitaba una colina. La soledad aquietaba las cosas y del desierto ascendía una pungente atmósfera, como fragancia de espacios ilimitados.

-¿Cuándo fue? -murmuró, intentando, mujer al fin, seguir paso a paso, la aventura. Aceptado ya el hecho fatal, la preocupaba más el «cuándo», el «Cómo» y el «por qué», que su trascendencia en el porvenir. Esto podía diferirse. Súbitamente le pareció aterrador.

Recordó la noche de la llegada de Chane, cuando, sentada a su lado, contempló sus torvas facciones a la luz de la luna. ¿Fue entonces cuando se reveló su amor? Porque, de fijo, debía estar ya oculto en su corazón, acechando, esperando. Le recordó a la mañana siguiente, desaparecida la rudeza de su semblante, con la hirsuta barba, cuando con breves palabras y una sola mirada habíale expresado lo eterno de su obligación por la influencia ejercida sobre su hermano. Tampoco debió de ser «entonces». Luego... los siguientes días..., imposible hallar en la mera memoria un encuentro, una mirada, una palabra más significativa que las demás.

Pero... cosas había que se destacaban entre otras, pequeños incidentes, notables, únicamente, gracias, a su re-cuerdo; la diferencia de actitud de Ora; el constante empeño de Manerube en rehuir la greguería del campamento; la espléndida alegría de Chess, las penetrantes pupilas de Chane observándola desde lejos, la salvaje exaltación que la invadió al montar a *Brutus*.

-¡Ah! ¡Ahora no podré ni volver a montarle siquiera! -murmuró con desmayo.

La idea concentró su mente en el caballo. Un día Chess se lo había llevado ante su tienda.

-Susana-le dijo-. Según Chane, este animal le ha salvado la vida. Se llama *Brutus*. ¡Mírele! ¡Nadie di-ría que es el mejor de cuantos ha montado! Y eso que los ha tenido a millares. Fíjese. *Brutus* se adueñará de usted, pero necesitará tiempo para conocerla, al decir de mi hermano. Móntelo... aprenda a entenderlo... y a quererlo.

-Eso último no será difícil, Chess -replicó Susana y, según había visto hacer a los caballistas, consideró al animal críticamente. En realidad, la muchacha entendía muy poco de caballos. Montaba porque desde la niñez había estado entre ellos y porque su temperamento atlético exigía movimiento.; pero no poseía lo que los del Oeste llaman *«horse sense»* (sentido del caballo) y mucho menos la incalificable aptitud que confiere el haber «nacido)) entre caballos.

-Susana, le advierto que amar a *Brutus* y no, amar a su dueño sería imposible-dijo seriamente Chess.

¿Fue entonces?, se preguntó Susana. Ella se había echado a reír, tomando a broma la advertencia.

-¿Por qué no? Confieso que no se me alcanza que no pueda querer a un caballo, a cualquier caballo, independiente de su amo.

-Es que... siendo así, separaría usted al uno del otro. Un caballista que la amase a usted y descubriera que usted amaba a su caballo se creería obligado a regalárselo.

Brutus le pareció un animal gigantesco con el que, sin embargo, más se encariñaba cuanto más le veía. Le gustaba el rápido, engallar de la cabeza al verla acercarse, y la inteligencia de los enormes ojos fijos en ella. Tenía un aire franco y leal que desde el primer momento captó su confianza. No le inspiraba el menor recelo.

-¡Qué lustrosa es su piel! -exclamó acariciando el enarcado cuello-. Y... es negro; no, negro no; lo parece, pero es porque su pelo brilla como negro, siendo oscuro. Es curioso, Chess. Su piel parece... agua que reflejase sombras de hojas.

Brutus tomó apego a Susana, aunque paulatinamente; luego de estudiarla, olisquearla y contemplarla hasta que-dar satisfecho de que era «como él quería». Entonces procedió de un modo que encantó a la joven, halagando su vanidad; porque Susana creía estar dotada de excepcional atracción para los animales.

Chess había ensillado, a *Brutus* con sus arreos y ella quiso montarlo. Y así fue como Chane, saliendo inopinadamente del olmedo, la sorprendió a caballo. ¡Olvidaría jamás Susana su mirada?

-¿«Sabe» usted montar? -preguntó él ansiosamente.

-¡Oh, sí! ¡No se preocupe! «Lo montaré» -replicó ella con arrogancia.

-Entonces... afloje el mando -dijo el caballista-. Cuanto más suelto se le deja, más fácil es su paso. Sosténgase en la silla y déjelo correr y saltar. Ya sabe, él lo que tiene que hacer.

Brutus, libre la rienda, llevó a Susana como en alas del viento. Tras días de inacción, ansiaba galopar. El peso de la muchacha era una futesa. Susana «sentía», clavadas sobre ella, las pupilas de Chane y de Chess mientras galopaba por el llano. ¡Ahora verían! Mas... cuando el animal tomó un galope de una celeridad para ella des-conocida, up escalofrío de miedo dio al traste con su audacia. El corazón asomó a sus labios al saltar *Brutus* una zanja inesperada. La fuerza del viento parecía levantarla en vilo de la silla, obligándola a asirse con una mano a la perilla. Adelantó fácilmente a cerriles incapaces de competir con aquel torbellino y cuando, aprovechando una curva, volvió grupas hacia el campamento, el aire la cegó, soltando su cabellera y haciéndola ondear a su espalda. El martilleo: de los cascos era tan continuo que parecía un ruido uniforme a oídos de Susana. Un grito de exaltación salió de su garganta en el abandono de la frenética galopada. Los olmos parecían tenderse a su lado, y el dorado soto le dio la impresión de venir a su encuentro. Luego, el rápido tranqueo cambió de ritmo. *Brutus* moderaba el paso y Susana se vio zarandeada en la silla hasta lograr coger el movimiento para volverlo a perder al pasar *Brutus* a un trote tan violento, que requirió toda su fuerza para sostenerse en la silla. Cuando por fin se detuvo, sus pupilas sólo veían figuras confusas sobre el fondo verdoso del olmedo. Oyó el alarido de Chess.

Aturdida, se bamboleó en la silla, mas no fue Chess sino Chane quien, levantándola en vilo, la puso en tierra, cegada, ardorosa, estremecida, aunque no tanto como para no sentir la suave presión de sus robustos brazos. ¿Fue «entonces»?

-¡Susana! ¡Ya lo creo que puede usted montarlo! -gritaba Chess-. ¡Y de primera! Palabra que no creí que se atreviese a darle rienda suelta. ¡Y saltar!... ¡aun-que la zanja hubiera tenido una milla!...

-Opino que «lo montó» usted... por lo menos cuando galopaba-contestó sosegadamente el otro -; pero... le aconsejo que otra vez lo tome con más calma.

Y había habido «otra vez» y otras, hasta que Susana llegó a amar a *Brutus* y su estampa, su modo de responder a sus palabras. Aprendió a conocer su tremendo poderío y su celeridad, gobernados por un temple admirable, por un espíritu sensato, si atributo tal puede concederse a un caballo. Cuando acariciaba su cuello enarcado, antes de un galope, o sus sudorosos flancos, después de la carrera, apreciaba la razón de ser de los potentes músculos. Un caballo fue para ella algo definido. *Brutus* era un camarada, un amigo, un amante y podía llegar a ser un salvador. Animal semejante dominaba el desierto. Su conocimiento de Brutas y su amor hacia él le hicieron comprender el anhelo del caballista de capturar a *Panquitch* y llegó a experimentar ella misma vivos deseos de ver el renombrado cerril.

-¡Es a *Brutus* a quien debo este... conjuro! -murmuró Susana. Pero debía renunciar a la satisfacción de saber «cuándo», «cómo» o «por qué» habíase enamorado de Chane Weymer. Todo pudo contribuir a ello sin poder achacarlo a nada en particular.

La inherente lealtad moral de la muchacha, que la había obligado a confesar la escueta verdad de su dilema, la llevó después a otras consideraciones a las que sus sueños y sus anhelos estuvieron supeditados. Habían sido dulces, vagos, imprecisos problemas, hijos del naciente amor, pero ahora tenía que contender con el sentido común, no con el sentimiento. Y la invadió una horrible sensación de sonrojo.

-¿Quién es?... ¡Un caballista errabundo... enamorado de los caballos salvajes... y de las muchachas indias! ¡Un *squaw*-man!

De lo más recóndito de su alma alzáronse voces clamando por hacerse oír por su conciencia. Pero las acalló. Al comprender que amaba sin ser requerida, ni correspondida, ahogó los impulsos nacidos de lo mejor de sí misma y se hizo implacable hacia el hombre que había provocado en su corazón aquel tumulto. Era preciso ocultarlo, rehuir a Chane Weymer; acoger a quienquiera que, con sus atenciones, pudiese ayudarla a disimular su humillante secreto.

Librodot

Aquella noche fue Susana con ese feroz orgullo y extraño egoísmo de la mujer que la llevaba a hacer blanco de su venganza a la inocente causa de sus tormentos, alma de la alegre tertulia congregada en torno a la hoguera. Chess, a quien en parte consideraba responsable de sus cuitas, estaba tan alegre como el que más. Arrebolado el rostro, chispeantes los ojos, se sentó junto a Manerube, hablando y riendo con él como había hablado y reído con los demás. Entonces Chess se sosegó súbitamente. Apartándose de la fogata dio en contemplarla con sorprendidas pupilas.

Susana se percató de ello. Y en cierto modo le sirvió de acicate. Pero cuando Chane también se alejó en silencio, su verbosidad perdió mucha de su inspiración. Continuó, sin embargo, distrayendo a Manerube, que respondió, animado con sus risas y sus agudezas. Su padre la miraba complacido. Ora reaccionó típicamente ante la vivacidad de Susana. No iba a ser menos que ella. Y entre las dos, Manerube fue blanco de un torneo que evidentemente aumentó su crédito.

La noche fue avanzando. Uno tras otro los miembros del equipo de Melberne se dispersaron hasta quedar Manerube solo con las dos muchachas, y Chess, al otro lado de la hoguera, con la cabeza entre las manos.

Susana adivinó que esperaba que ella se marchase a su tienda; que esperaría, por mucho que prolongase la velada, y cuando no pudo sostener más tiempo la ficción, se puso en pie, y dio las buenas noches.

-Déjeme usted acompañarla, Susana -rogó Manerube.

-Gracias, no. Acompañe a Ora, le asusta la oscuridad -replicó la muchacha alejándose. Una vez fuera del radio luminoso de la fogata, sus pies parecieron de plomo. Chess la alcanzó, y cogiéndola de un brazo la hizo enfrentarse con él.

-Susana Melberne, ¿qué cambio es éste? -preguntó.

-¿Cambio? ¡Ninguno! ¡Ah!... ¿Se refiere usted a... a mi buen humor?

-Sí..., a eso... con Manerube.

-¡Oh, Chess! No creo que sea de su incumbencia indicarme con quién he de distraerme, sea quien sea.

-No, claro que no-replicó Chess mirándola hoscamente-. Pero ¡con Manerube! ¡Antes no era usted así! ¿Observó usted lo que hizo Chane en cuanto empezó su coqueteo con Manerube?

-Yo no he coqueteado... -declaró acaloradamente Susana.

-¡Bah! ¡Claro que sí! y... ¡no le cuadra, Susana! ¡No es... usted!

-¿Quién le ha dicho «cómo» soy yo en realidad? -interrogó la joven. La evidente censura, el sentimiento del muchacho, arrancaron de sus labios lo que pensaba, sin tener intención de decir.

-Algo extraño le ocurre, Susana Melberne. Dígame qué es. Por favor, Susana...

-No tengo nada que decirle -replicó ella dando, media vuelta.

Chess la siguió, poniéndose a su nivel cuando llegaba a la tienda. Estaban en el raso, lejos de los árboles. Él iba destocado, bañado el rostro por la luna.

-¿De veras? Piense que «a nosotros los Weymer» sólo se nos agravia «una» vez.

-¿De veras? Además, opino que es usted impertinente.

-¡Impertinente! -exclamó-. ¡Qué condenación le ocurre! Es la primera vez que me lo llama... Soy capaz de todo, con tal de evitar que ponga los ojos tiernos a Manerube... como lo ha hecho hoy... Prométame que no lo repetirá.

-¡Chess! ¿Qué derecho tiene usted a criticar mis actos?

-No critico nada. Me limito a pedirle una cosa. ¿Quiere usted prometerme no volver a coquetear con Manerube?

-No. Y niego haber coqueteado, mas aunque así fuera... lo repetiré cuando me plazca -replicó apasionadamente Susana. Las diversas emociones del día la habían agotado.

Chess dio un paso atrás como si le hubiese amenazado un golpe.

-¿Vio usted la cara a Chane cuando se marchó? -preguntó en distinto tono.

Librodot

-No, pero ¿a mí qué me importa su aspecto?

-Supongo que nada-concedió Chess con dignidad insólita en su voz-, pero yo se lo diré. Chane parecía sorprendido y... terriblemente agraviado. Aborrece a las coquetas.

Susana oyó salir de sus labios una amarga risa.

-¡Ah! ¡Vamos! ... Sus simpatías dependen del color ¿eh? Según tengo entendido... no es tan rígido... o tan indiferente cuando la coqueta «es piel roja».

-¡Susana... Melberne! -gritó Chess.

Una súbita cólera contra sí misma, contra Chess, contra Chane, se había apoderado de Susana y al aunarse a un repentino acceso de celos, provocó la frase cuya violencia le pasmó a ella misma.

Lo cierto fue que Chess palideció a la luz de la luna y levantó una mano como para sellar los labios que habían zaherido el honor del hermano adorado. Susana esperó el golpe, invitándolo, deseándolo, en el sonrojo del momento. Mas el joven dejó caer el brazo, tembloroso, inerte. Con visible esfuerzo se rehizo.

-Realmente no la conocía-dijo-y... le diré una cosa. Si no fuese por la promesa que le hice a Chane... esta noche me emborracharía.

Y, volviéndose bruscamente, se internó en el olmedo.

¡Oh, Chess! ... ¡No tuve intención de!... -gritó Susana. Pero no la oyó. Se le oía correr sobre las hojas muertas. Susana entró en su tienda y se desplomó en el camastro-. ¡Qué he hecho! ¡Soy una bestezuela miserable!... ¡Quiero a ese muchacho como si fuera mi hermano... y le he ofendido...! ¡Qué mirada!... ¡Estaba horrorizado!... ¡Y ahora me despreciará!... ¡Se lo dirá a Chane!... ¡Yo... yo!... ¡Oh, qué día, qué día! ¡Se me parte el corazón!...

Susana siguió montando a caballo diariamente, aunque no en *Brutus*. Abrigaba la ilusión de que su fingida amistad con Manerube, al engañar a los das hermanos sobre el verdadero estado de su corazón, amortiguaría su dolor durante el proceso de la lucha. En consecuencia, se atuvo al plan concebido en aquella hora de su humillación.

Si hasta entonces sólo se había interesado por el trabajo de Chane y Chess en la arbolada ladera, desde aquel día extendió el alcance de sus paseos, siguiendo el des-arrollo de la cerca de espino artificial. Su lado occidental zigzagueaba a través del valle, arteramente interrumpido para engañar a los cerriles. Susana llevaba a su padre la comida, sirviéndole de diversas formas durante la ardua tarea que cada vez le distanciaba más del campamento.

La ocupación la tenía en el campo durante la mayor parte del día. Por las noches, en torno de la fogata, continuaba provocando las crecientes atenciones de Manerube, aunque rehuyendo resueltamente las oportunidades de encontrarse a solas con él. Ora, engallando la cabeza, habíale dicho con áspero desdén: «Por mí, puedes quedarte con Bent Manerube y... ¡que aproveche!», reanudando sus escaramuzas con Chess, gananciosa, al parecer, con el cambio.

Para Susana fue a veces insoportable rehuir las despectivas miradas del muchacho, que rara vez se acercaba a ella, mas ¡cómo echaba de menos aquellas pequeñas atenciones suyas en las que nadie tenía inclinación o tiempo de pensar! Manerube no intentó ciertamente beneficiar su causa con amabilidades. Salvo a distancia. ¡.Susana no veía casi nunca a Chane Weymer y, sin embargo, sus pupilas le buscaban de continuo! ¡Era amargo el verle, pero más amargo el comprobar su ausencia!

Una noche, durante la velada alrededor de la fogata, la muchacha asistió a una acalorada controversia sobre el proyectado rodeo de cerriles, próximo a dar comienzo. Inició la discusión Melberne al preguntar:

-Bueno, y ahora que ya tenemos lista la cerca, ¿cuán-do damos principio al acoso?

Como de costumbre, Manerube fue quien se encargó de contestar, aunque Melberne se sabía, por lo visto, ya de memoria las ideas de su caporal.

El núcleo principal de la conversación de Manerube formábanlo sus pasadas proezas; del futuro, salvo para alardear de sus resultados, tenía poco que decir. Aquella noche, Melberne, viendo cercana la culminación de su empresa, evidenció a las claras su descontento

con Manerube.

-Le he conferido a usted autoridad para organizar este acosamiento -declaró con cierto énfasis-. Lo menos que puedo pedir es que me diga «cómo» piensa llevarlo a cabo.

-Nos desplegaremos por el valle ajorando a los cerriles hacia la trampa -replicó Manerube con impaciente gesto.

-¡Uh! ¿Y eso es todo? -replicó Melberne con mayor sarcasmo del que Susana había jamás advertido en su acento. En sus pupilas centelleaba un fulgor ajeno a su habitual franqueza. Seguidamente interpeló al vaquero mejicano.

-Alonso, ¿qué tienes tú que decir a propósito de este acoso?

-El *señor* Manerube no sabe-replicó el mestizo indicando con un ademán al caballista.

-¡Cómo! -gritó Melberne enrojeciendo-. ¿Pretendes dar a entender que no apruebas esa cerca de es-pino?

El vaquero se encerró en un obstinado mutismo, mirando fijamente a Melberne como queriendo significar, a juicio de Susana, que no, era hombre a quien se pudiese hacer hablar sin desearlo. Melberne, aceptando la sugerencia, repitió su pregunta moderando el tono. Alonso extendió las nervudas manos, cenceñas como las de un indio, manifestando que el asunto era superior a su inteligencia

y, por ende, eludía toda responsabilidad. Instintivamente, Susana comprendió que el vaquero y Manerube eran antagónicos.

-Ea, Utah, tú eres práctico en la caza de cerriles -dijo Melberne al caballista-. ¿Quieres explicarme cómo debería llevarse a cabo, a tu juicio, el acosamiento?

-¡Vaya! De ningún modo-rezongó Utah.

Melberne lanzó una imprecación, arrojando, airado, a la fogata la astilla que tenía entre manos y que levantó, al caer, un torbellino de chispas.

-No pregunto eso ni es hora de hacer gracias. Hablo en serio

-Psh, *boss*. Yo soy como mi camarada Tway Miller. Hay momentos en los que no puedo hablar ni en serio ni en broma -replicó Utah deliberadamente. Una ligera sonrisa animaba su atezado rostro.

El convencimiento de que su padre, no obstante su abolengo tejano, distaba mucho de entender a sus hombres, arraigó en el ánimo de Susana.

-Escucha, Jim -prosiguió Melberne encarándose con Loughbridge-. Bien pensado, fuiste tú quien ajustó a estos... taciturnos ciudadanos. ¿Y si probases a hacerles desplegar los labios?

-Aun admitiendo que deseara probarlo, que no lo deseo, no lo veo preciso-repuso Loughbridge-. El plan de Manerube me parece «al pelo» y en mi opinión le infieres un agravio consultando a los demás.

-Son muchas las, cosas que no ves, Jim -contestó Melberne con mayor sarcasmo-, pero... estamos metidos hasta el cuello en esta empresa y tenemos no poco que perder, o que ganar, en ella.

-No perderemos nada -replicó Loughbridge-, salvo que a fuerza de importunar a tus caballistas nos dejen plantados.

-Jake, ve a buscar a Weymer -dijo Melberne -; adviértele que es urgente.

La obstinada persistencia de su padre dio a entender a Susana que algo le preocupaba. Habituada a interpretar los rápidos cambios de su fisonomía, leyó en sus facciones mayor indecisión de la característica en él en situaciones que no le eran familiares. La deliberada apelación a Weymer parecía proclamar una falta de confianza, más que razonable, en los demás, y, especialmente, en Manerube. Susana, amparada por la sombra, esperó. Cuando llegaron a sus oídos las conocidas pisadas del desbravador, ésta salía del la oscuridad, precediendo a Jake. En cuanto la muchacha advirtió el sombrío fulgor de sus pupilas ante la fogata, su decidida actitud, resuelta, aunque prudente, la indefinible sensación de autoridad que parecía emanar de su persona, adivinó los motivos que habían impulsado a su padre. Era un hombre en quien se podía confiar. El instante de su llegada fue menos doloroso para

Susana que otros similares, porque presentía que, en una u otra forma, iba a convertirse en un aliado de su padre.

-¿Qué ocurre, Melberne? -preguntó Chane. La carencia de chaqueta hacía que sus poderosos músculos se revelasen con mayor libertad, como su recia figura de flexible talle y redondeadas caderas de perfecto caballista. Además, revelaba la presencia del biricú con el revólver colgando al lado derecho. Era la primera vez que Susana le veía llevar armas. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

-Psh, Weymer, no es que ocurra nada de particular -respondió Melberne poniéndose en pie frente al caballista-, pero... tampoco puedo decir que no ocurra, exacta-mente. He aquí la cuestión... Hemos casi terminado esa trampa de la que tanto espero. El éxito o el fracaso de la empresa suponen mucho para mí. Jim y Manerube aseguran que «no puede» fracasar. Ahora que estamos a punto de, ajorar, he querido cerciorarme. Le he preguntado a Manerube cuál era su plan y me contesta, tan fresco, que desplegarse y acosar valle abajo. ¡Nada más!... Pregunto a Alonso su opinión y me dice que «Manerube no sabe» y... esto tiene mal cariz. Le hago a Utah la misma pregunta y me sale rezongando sarcásticamente que es más tartamudo que Tway Miller. Es posible que sea todo ello simple envidia de Manerube y que, por eso, no quieran apoyarle, y es posible que sea «algo más». No estoy muy versado en las costumbres de los desbravadores de Utah, pero me precio de conocer a los hombres. Por eso le he hecho venir a usted. No le supongo capaz de permitir que resentimientos personales afecten su juicio. ¿Es así?

-Naturalmente -declaró Weymer -y aprovecho la ocasión para decir que no tengo resentimientos.

-¡Uh! Mejor que mejor. Usted entiende en cerriles y en todo cuanto con ellos se relaciona. ¿Quiere hacerme el favor de decirme qué opina de ese acosamiento que estamos a punto de realizar?

Sin la menor vacilación, Chane contestó rápido:

-Melberne, estoy aquí para caballear, no para dar conferencias.

Susana, siguiendo con vivo interés el desarrollo del incidente, esperó la inmediata explosión de cólera de su padre. La respuesta de Weymer había sido claramente despectiva, glacial. Pero Melberne estaba sobre sí y se con-tuvo. Seguía el rastro de algo que, hasta en los espectadores de la escena, se dejaba sentir. Manerube cambió de posición desasosegadamente.

-Verdad. Ése fue nuestro trato -asintió el *boss* acercándose más a Chane -y, por lo mismo, no está usted obligado a darme su opinión, especialmente cuando se refiere a un enemigo suyo. Mas... por otra parte, yo le he ayudado con alimentos cuando estaba desfallecido, con un empleo cuando se confesó desocupado y por eso, de hombre a hombre, le pregunto. ¿Procede en justicia que no me diga lo que sepa en pro o en contra de esa aventura?

-Procedo más que en justicia, Melberne -declaró significativamente Chane-. Sería más de lo que usted, u hombre alguno, pudiera esperar de mí.

Melberne recibió la respuesta como quien recibe un merecido golpe físico. La réplica de Chane hirió también a Susana. Ni su deber ni su honor obligaban a Chane Weymer a aprobar, o a servir, los planes de Manerube. Además; sus palabras, fuese cual fuera su significado, encerraban una sutil arrogancia.

-¡Uf! Comprendo -repuso Melberne hoscamente-. Es tal vez que tiene usted algo que alegar por sí mismo. Si así es... escucho.

-No, Melberne, no tengo nada que alegar.

-¡Maldición! La legítima defensa es natural-exclamó Melberne perdiendo la paciencia-. Hasta la Ley la reconoce.

-En el desierto el jarabe de pico es barato –replicó Chane con frío desdén-. Yo no lo uso nunca como remedio, pero ¿no ha notado usted que voy armado?

-¡Uh! ¡Ya lo creo que la he notado! -dijo Melberne trocándose su acento de impaciente en amenazador.

Un inminente antagonismo era posible. El indiferente desdén de Chane corría parejas

con la temeraria incertidumbre de su padre. Chane demostraba tener una altiva idea de lo que era justo. Melberne parecía vacilar entre sus nociones de justicia e injusticia. Susana adivinó que en el ánimo de los dos hombres se alzaba la calumnia que seguía a Chane como una sombra. ¡Qué despectivo y reticente aparentaba ser, habida cuenta de la verdad!

-El hombre que cree de mí lo que usted cree, Melberne, ha de saber que no puede decirlo con palabras, a menos que quiera que yo le conteste con balas -declaró Weymer acerbamente.

Así arrojó Chane el guante entre ambos.

-Weymer -comenzó Melberne concisamente-. Con toda cortesía me invita usted a un duelo.

-¡Bah! ¡Parece mentira que un tejano diga esas cosas! -exclamó rápidamente Weymer-. Demasiado sabe que le aprecio y le respeto. Lo último que se me ocurriría hacer con usted es buscar pendencia. Lo que le ocurre, Melberne, es que aquí en Utah, desgarita. Su socio «de tres al cuarto», Loughbridge, y su rufianesco capataz, Manerube, tienen la culpa. ¿Por qué no utiliza usted su mollera?

A no embargar a Susana tan extraordinario terror, habríale asombrado la sorprendente forma de apostrofar Weymer a su padre. Pero se limitó a abrir desmesuradamente los ojos, temblando. Melberne miró a Manerube rápida y expectantemente. El sujeto seguía sentado en el círculo luminoso de la hoguera. Las palabras de Chane le habían hecho palidecer hasta la lividez, aunque sin arrancarle el menor ademán. Lentamente, Melberne pasó los ojos a Loughbridge, esta vez con menos expectación. En las bovinas facciones de su socio no vio más que una estúpida y enojada expresión de sorpresa, que provocó una breve carcajada

-Me siento inclinado a excusarme por haberle hecho venir, Weymer -dijo Melberne con voz hosca, pero cuyo acento de acerada frialdad había desaparecido. Susana experimentó una súbita sensación de desahogo, de alegría, de admiración. Su padre era, en verdad, un «hombre».

-No es preciso que se disculpe -replicó Chane visiblemente ablandado -y... me alegro de que me entienda.

Siguiendo a las de su padre, palabras semejantes influyeron de tal modo en Susana que se dejó llevar de un irreflexivo impulso emotivo.

-Chane -dijo acercándose a la fogata-. En mi opinión debería usted contestar a la pregunta de mi padre-. Ya lanzadas, eran imposibles de recoger sus palabras, como imposible refugiarse, como anhelaba, entre las sombras que la habían amparado. Tenía que afrontar la situación.

-*Señor*ita Melberne, ¿puede saberse... por qué?

-Yo... no sé a punto fijo... por qué, pero... creo, que lo hará usted.

-¿Me lo pide... «usted»? -preguntó él con un acento que le llegó a lo vivo.

-Se lo ruego -repuso ella-, no soy partidaria de esa trampa de espino, artificial. Si tiene usted alguna razón que la desaconseje... dígala. Si es posible hacer algo en beneficio de los pobres caballos... le ruego que se lo diga a mi padre.

-¿Se hace usted cargo de que lo que me pide es ir contra «su amigo» Manerube?

Un vivo carmín tiñó las mejillas de Susana. ¡Cómo bendecía la semioscuridad!

-Pienso en los cerriles y no en el éxito o el fracaso del *señor* Manerube... o en los beneficios de mi padre -replicó con un asomo de acaloramiento. Se percató de la presencia de alguien a su espalda. ¡Chess! Había presentido su presencia. Debió de estar escuchándola. Al volverse a mirarle, él se adelantó, ciñéndole con un brazo la cintura.

-Chane, Susana tiene razón -dijo en alta voz-. Dile al *boss* lo que me dijiste a mí de ese acosamiento..., de la carnicería que resultará...

En aquel instante Manerube se puso en pie, presa de inconfundible agitación.

-Melberne, ¿soy acaso un cuatrero para verme en el trance de oír lo que he oído? -preguntó.

-Verdaderamente es un poco fuerte para usted -declaró perplejo, Melberne-, mas no por

Librodot

eso ha de perder los estribos. Si su método tiene las ventajas que pretende, no debe temer la opinión de los demás.

Chane había vuelto la espalda a Manerube y contemplaba a Chess y a Susana con una expresión de irónico divertimiento.

-Esta pareja parece concederme grandes virtudes, Melberne -dijo sonriendo-. Por lo visto debo interesarme por la buena suerte de su equipo cuando todos, sus miembros me desprecian.

-Weymer, he hecho lo posible por atenerme a los caballos, descartando cuestiones personales -replicó Melberne.

-Algún día hablaremos de cuestiones personales, Melberne -repuso Chane-, y ahora... ¿qué quiere usted saber?

-Su opinión acerca del acoso de cerriles hacia esa trampa de espino.

-Es un método cruel, sanguinario y cobarde, que tuvo sus principios en Nevada. Con él se caza doble número de caballos que con cualquier otro, matándose la mitad e inutilizando a muchos para siempre. No debería ponerlo en práctica, pero si está resuelto a hacerlo, que sea de día y no a la luz de la luna, como quiere Manerube.

-¿Por qué?

-Porque el número de caballos que se harán irreparable daño será mucho mayor de noche.

-i Uh! ¡Algo así me suponía! Y ¿cuántos animales cree que podemos entrampar en un acoso? -Trabajando aprisa, unos dos mil.

-¡Dos mil! -exclamó Melberne-. ¡No habla usted en serio!

-No es cosa de broma, Melberne. Es muy serio, mucho más de lo que usted supone.

-Me deja atónito. ¡Dos mil jacos en un acoso! ¡Un tren completo! Los podría facturar y vender todos, Weymer.

-Va usted equivocado. Podría vender un tren completo «si lograse embarcarlos», pero es imposible. Téngase por satisfecho si, cuando llegue al ferrocarril, lleva cien cabezas en condiciones de embarque.

-¿Cómo es eso? -preguntó incrédulo Melberne.

-¿No le ha explicado Manerube el procedimiento? -replicó Weymer con no menor incredulidad.

-No; dice simplemente que los cacemos y los acosemos al ferrocarril para embarcarlos.

-Parece fácil. Pero es la faena más dura, más repulsiva y más rastrera de cuantas puede realizar un desbravador -continuó Chane con creciente arrebato-. Supongamos que ya tiene a sus cerriles encerrados en el primer corral de espino. Bien. Vamos allá al amanecer y abrimos el portillo de paso del corral grande al pequeño, dejando entrar a algunos caballos. Entonces ponemos manos a la obra. Cinco hombres que sepan su obligación pueden habérselas con un cerril, pero siete acaban antes y mejor. Le laceamos, le derribamos y cayendo sobre él le inmovilizamos. Uno de nosotros, doblándole una de las manos por la rodilla, se la ata fuertemente. Luego se le suelta, y a otro. Cuanto más nos apresuremos, más tiempo quedará para la conducción al embarcadero, ya que hay que tenerlos allí el mismo día que se les ha atado. Por eso trabajamos como negros desde que sale el sol hasta el mediodía y emprendemos la marcha con un centenar de cabezas. Un cerril de tres patas es dificilísimo de ajorar. Corren casi tan rápidamente como con cuatro. Algunos se nos escaparán; otros se matarán corveteando y yéndose a la empinada. La mano atada se congestiona con frecuencia, causando terribles llagas. Ni que decir tiene que al llegar al embarcadero hay que desatarlos en seguida. Muchos de los jacos, indemnes a primera vista, presentan luego síntomas de gangrena y hay que apuntillarlos. Y ésos no los pagan. Bien. Luego de haber embarcado los restantes, vuelta al campamento; un par de horas de des canso y al amanecer otra vez al avío. Me atrevo a decir que con tres días sí tendrá usted bastante. Los animales que quedaron en los corrales se habrán hecho trizas contra la cerca de espino artificial si es que no han conseguido echarla abajo; aun en corrales más sólidos que los suyos es difícil mantener tanto caballo por

Librodot

mucho tiempo... y ahí tiene explicado el método de Manerube, Melberne. Es... infernal.

Un largo silencio sucedió a las palabras de Weymer, atestiguando el efecto que habían causado en su auditorio. Todas las miradas gravitaban de Chane a Melberne, quien no parecía por su parte muy inclinado a hablar. Susana creyó advertir una ligera palidez en el bronceado rostro de su padre.

-Loughbridge -dijo finalmente a su socio-, abandonemos esa idea de la trampa de espine.

-¡De ningún modo? -vociferó Loughbridge con frenesí-. Caso de que tú no quieras seguir adelante, re-clamo la devolución de la mitad del dinero del equipo.

A mí no me convence tanta palabrería, y, además, ya se sabe que no pueden cazarse cerriles sin que algunos de ellos se estropeen. Es sensible, pero también los hombres padecen y... venimos a hacer negocio, ¿no? ¿Qué diablos importa que matemos un par o dos de jacos?

Melberne elevó los brazos al cielo con ademán de impotencia. En su semblante se retrataba la repugnancia.

-A acostarse todo el mundo -ordenó, cogiendo a Su-sana por un brazo y alejándose con ella en dirección a su tienda.

Tan rendida estaba la muchacha, que aun apoyada en su padre se tambaleó al andar. Le flaqueaban los nervios y la gráfica explicación de la captura de cerriles por el bárbaro procedimiento había colmado la medida de su resistencia.

-Pequeña-comenzó su padre, cuando se detuvieron ante la tienda -; no sabes lo que me alegro de que hicieras hablar a Weymer. A no ser por ti, no nos lo habría dicho nunca; pero te tiene afecto y... le conquistaste. Reconozco que estoy preocupado, Susana. No tan sólo por eso de los cerriles, sino por las rencillas entre los hombres del equipo. Loughbridge es un buen amigo y un mal contrario. Ese Manerube empieza a darme mala espina. No «convence» ¿Puedes tú figurarte a un tejano tragándose todo lo que Weymer dijo de él delante de nosotros? Es un «blanco» y Weymer... me causó sonrojo, Susana... merezco todo lo que me dijo. Quizás haya tonteado con las *squaw*s indias, pero, entre hombres, es cabal y peligroso. Estoy preocupado, muchacha. A muchos les hierve la sangre y no me extrañaría que corriese...

-No te preocupes, Dad -replicó Susana besándole en una mejilla-. Todo se arreglará. Siempre has sido justo, equitativo y leal. Si el acoso de cerriles resulta ser... lo que tememos, con no repetirlo, en paz. Te han obligado a ello, primero Jim Loughbridge y después, Manerube... y, sobre todo... Dad... evita que Chane Weymer les busque pendencia.

-No está en mi mano, muchacha -replicó su padre-, pero... haré cuanto de mí dependa. Buenas noches.

Susana se acostó, haciendo desesperados esfuerzos por acallar la persistente voz interior que se alzaba en defensa de Chane Weymer. ¿Qué importaba que su padre comenzara a depositar su confianza en aquel recio caballista a la antigua usanza? Que era temerario, no cabía duda; así como que en momentos de peligro, o de duda, hombres y mujeres se sentirían atraídos hacia él. Se destacaba conspicuo de la masa común del equipo, mas, para Susana, sus cualidades, aun aquellas que desde su llegada a Stark Valley se habían puesto más de relieve, estaban emponzoñadas de raíz. ¡*Squaw*-man! La sola idea cubrió del carmín de la vergüenza sus mejillas. Pero a pesar de todo, la tenaz voz interior persistía, aconsejándole esperar.., observar... suspender juicio... ser tolerante... con-cederle el beneficio de la duda... alegar circunstancias atenuantes. La inevitable soledad del desbravador desértico.., el anhelo de compañía femenil, el corazón grande y afectuoso, las imperiosas exigencias de la naturaleza, la ruda vida de los baldíos, la influencia de la proximidad... incluso el amor... todas y cada una de estas razones pasaron por la mente de Susana, implacables, poniendo a prueba su entereza, rindiéndola, hasta consumirse en el fuego abrasador de su orgullo y de sus celos. Mas... una cosa era perdonar, y otra, amar. Tan imposible le sería dejar de amar a Chane como perdonarle, y en la lucha, la balanza oscilaba, minando y debilitando su temple.

Librodot

Los caballos que en los últimos tiempos había montado no complacían a Susana. *Brutus* la había acostumbrado mal. Cuando le veía en el campamento y engallaba la magnífica testa con aquella su brillante mirada, relinchan-do al verla, el deseo de volverlo a montar era casi irresistible. En cambio, probaba este potro y aquél, para hallar tan insípido al uno como al otro...

La víspera del acosamiento, cuando la cerca estuvo ya terminada, fue a recorrerla con una nueva montura. Le pareció manejable y dócil y pronto se disiparon los recelos que en un primer momento llegara a sentir.

En el valle, bandas de cerriles tachonaban la verdura; movedizas las unas, pastando inquietas las otras, ajenas todas a la conjura que contra su libertad se tramaba y a la existencia de aquellas millas de alambre erizado de agudas púas, que se extendía cercando sus dominios. Susana las contempló con lástima, anhelando que algo les hiciera huir de aquellos lugares antes de que fuese tarde.

Poco a poco fue rodando hacia el Oeste hasta llegar a un paraje muy accidentado, que quiso salvar, con idea de ganar los contrafuertes del valle y seguir la ladería hasta su confluencia con la montaña, cerca del campamento. Su caballo tropezó en una regata, y, al caer, la arrojó violentamente contra el borde opuesto.

El choque la aturdió, aunque sin hacerle perder el sentido. Permaneció en tierra durante unos momentos, insensible al principio, y dándose cuenta luego de un agudo dolor en la rodilla derecha. A poco se rehizo lo bastante para incorporarse, y al palpar el contuso miembro, la violencia del dolor fue tal, que acarreó un instante de pánico. Temió una fractura. Mas poco después vio que, a pesar del dolor, podía doblar la rodilla y aquello la tranquilizó.

Al disminuir la intensidad del sufrimiento se puso en pie trabajosamente, mirando a su alrededor. Su montura no estaba a la vista. Susana experimentó verdadera angustia y retorcíase las manos preguntándose qué hacer en semejante trance, cuando distinguió un hombre a caballo que se acercaba por el mismo sendero que ella había proyectado tomar. Profundamente aliviada en su congoja, la muchacha, desanudándose el pañuelo que llevaba al cuello, lo agitó en el aire. Pero, al parecer, el jinete la había visto antes ya de su tentativa de atraer su atención, y en aquel momento reconoció a *Brutus* y a su jinete,

-¡Chane Weymer!... -exclamó con súbito cambio de emociones-. ¡Tenía que ser él!.., ¡Peor suerte que la mía! ...

Al saltar las barrancas, el animal alzaba nubes de polvo con las patas. Antes de que Susana pudiese recobrar su compostura, se detuvo ante ella, a la par que el jinete saltaba de la silla.

-¿Qué ocurre? -preguntó, reconociéndola de los polvorientos pies a la desmelenada cabeza.

El experimentar una sensación tan placentera como para amortiguar hasta el dolor de la rodilla, impuso a Susana a extremar su perversidad.

-Nada de particular -replicó-, estoy... admirando el paisaje.

-Ha llorado usted-dijo, él acercándose -y... se ha caído. ¿Está herida?

-En mi vanidad, nada más.

La miró indeciso, preguntándole por su caballo.

-Se ha ido, y... ¡ojalá no le vuelva a ver!

¿Le dejó usted escapar? -preguntó Chane.

-Me parece que se fue sin consultarme.

-En fin..., lo esencial es que no se haya lastimado -prosiguió severamente-, pero... no debería venir por estos lugares sola. Tal vez contaba encontrarse con Manerube.

-Aunque no sea cosa suya -replicó engallando la cabeza-, le diré que no contaba con nada de eso, si bien... lo habría preferido a encontrarle... a usted.

-Vuelva al campamento montada en *Brutus* -dijo él haciendo caso omiso de sus palabras -; acortaré los estribos... *Señor*ita Melberne, le diré a su padre que hace usted muy mal alejándose tanto.

-Me es igual. Dígale lo que quiera, con tal de que vaya al campamento y envíe a alguien aquí con una carreta.

Vio desaparecer como por ensalmo el ceño que fruncía su entrecejo, y al dar un paso hacia ella no pudo afrontar sus pupilas.

-,¿Se ha lastimado usted? -repitió.

-Sí. La rodilla... no está fracturada, pero... me duele muchísimo y se está inflamando... No puedo... montar. -Yo la llevaré -dijo.

-No, no, vaya al campamento y envíe a alguien con la carreta. Pero no alarme a mi padre.

-Antes de que la carreta pudiese estar aquí sería de noche. Además, a este lugar no puede acercarse nada con ruedas.,

-¡Oh! ¿Qué voy a hacer? -gritó Susana.

-Mucho temo que tendrá que resignarse a la humillante necesidad de que yo la lleve -replicó poniendo, en sus palabras un asomo de ironía.

-No lo consentiré -declaró Susana.

-*Señor*ita Melberne, le aseguro que no tengo el menor interés en llevarla, pero... está cayendo la tarde y su familia empezará a inquietarse. No puedo dejarla aquí, sola. Y... no hay otra solución.

-¡Me... es igual! -gritó Susana sucumbiendo al dolor y a la mortificación-. Prefiero... morirme a... que usted me lleve.

-¡Qué carácter tan amable tiene! ¡Nadie lo diría! Inopinadamente pasó una mano por debajo de sus brazos y, levantándola en vilo, la puso con suavidad en el borde de la barranca; tan hábil y tan decisiva fue su acción, que Susana sólo tuvo tiempo de dar un respingo de sorpresa y de resentimiento, que él le devolvió centuplicado.

-No soy una víbora... ni un mormón... -dijo acaloradamente-. ¡Estése quieta! Si se debate y se lastima, no me lo reproche a mí.

Susana no abandonó el lugar en el que la había colocado, por la sencilla razón de que le dolía demasiado la rodilla para atreverse a moverla. Chane montó en *Brutus* y lo llevó por la barranca hasta donde estaba la muchacha.

-Tendré que colocarla detrás, en la perilla -dijo, inclinándose desde la silla para cogerla-. Supongo que procederá con sentido común. Si hace la niña mal criada... peor para usted.

Susana parecía una estatua, con la cabeza gacha. Pero, podía ver sus brazos, uno de los cuales pasó por su cintura y el otro bajo las rodillas. A pesar de la dulzura con que la levantó, la presión y el contacto la hicieron estremecer de dolor. Luego se vio entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su hombro.

-¡*Brutus*, muchacho!, pisa ligero -díjole al caballo-. Llevamos preciosa carga.

Ella cerró los ojos, no tanto por efecto del dolor, como por lo insólito de su posición. Notó que Chane variaba el asidero de su brazo derecho para evitar el contacto con la pierna lesionada. Luego comenzó a sentirse mejor. Sus brazos formaban una especie de cuna, contrarrestan-do casi totalmente el movimiento del caballo. Siguió con los ojos cerrados. Imaginaba que si él la sorprendía mirándole, su vergonzoso, secreto quedaría revelado. ¡Qué momentos más interminables! Weymer no, desplegó los labios, ni posó sobre ella sus pupilas una sola vez.

Estaba entre sus brazos, ¡en brazos de Chane!, y no podía evitarlo. La monstruosa realidad se le apareció repentinamente. La secreta emoción que tanto despreciaba parecía complacerse en recalcar el hecho, llevando la abrasadora verdad como fuego candente por sus venas, lanzando mensajes estremecedores a sus nervios. Estaba entre sus brazos... complacida, vergonzosamente complacida. Era vano pretender mentirse a sí misma. Desde la súbita transformación que la hizo mujer, su amor por él había ido acrecentándose por días. Su amor, que luego de dominar su acerbo, salvaje y perverso espíritu, ahora se mofaba de ella.

Con cada vaivén del caballo, su rostro restregábase contra el hombro de Chane. Sentía la vibración de los músculos, el ardor de su sangre, y con el contacto, su mejilla se enardecía

también. ¡Estaba perdida! Los sufrimientos pasados eran baladíes comparados con la tormenta que en ella se desencadenaba... abrumadoramente dulce, inconquistable, terrible. Las hasta entonces ignoradas fuerzas de su traicionero corazón habían reducido a cenizas su orgullo.

Rumor de voces obligó a Susana a entreabrir los párpados. Era de noche. Brutas habíase detenido.

-.¡No hay que alarmarse, Melberne, no hay que alarmarse! -decía Chane con sosegado acento-. Encontré a su hija en la parte oeste del extremo de la cerca. Su caballo la había derribado, escapando luego. Y... la he traído... ¡Cuidado!... ¡No la sacudáis demasiado al cogerla!... Afortunadamente no es seria la lesión, aunque es un mal sitio...

-¡Susana!... ¡Muchacha!... ¿Es cierto lo que dice...? -preguntó roncamente Melberne, recibiendo a Susana en sus brazos.

-¡Oh, Dad! ... Vengo terriblemente herida -gritó Susana-, pero... sólo en mis sentimientos.

-Muy pálida estás... y opino que no dices la ver-dad...: ¡Mujer, ven acá!... Nuestra chica se ha hecho daño.

Levantó los ojos, de la joven al caballista.

-¡Uh! ¿De modo, Weymer que la encontró usted... por casualidad? ¡Vaya, vaya!... Me deja atónito.

Sus palabras no parecían agradecidas, pero su acento era de infinita gratitud.

X

Apuntaban los primeros albores del nuevo día por el Este, cuando Chane Weymer, Chess y Alonso salieron del campamento hacia el sombrío y melancólico yermo de Stark

Vayell, para participar en el principio del gran acosamiento de Melberne.

-Supongo que le debemos a Manerube el tener que desempeñar lo más rudo de la faena de hoy, ¿eh, Chane? -se lamentó Chess.

-Probablemente, pero, ¿dónde está la diferencia? -replicó Chane-. Será un día de caballear, aunque no peor que el de Utah. Bien pensado prefiero tener que cubrir el llano del valle a la región quebrada del Oeste, y en todo caso, cuanto más duro, mejor, hasta que acabemos con el maldito asunto.

-Opinas que un solo acoso bastará al *boss*, ¿eh?

-Estoy seguro. Melberne es una persona decente, Chess. Si hubiera sabido lo que era el espino artificial no habría acometido nunca esta empresa.

-¿Y si es un éxito? El *boss* tiene empeño en hacer dinero.

-Aunque la operación le reportase diez mil dólares, no la volvería a repetir. Confío en su hija. No le dejará.

-Desde hace poco no estoy tan seguro de Susana -replicó pensativo Chess-. Un día está de un modo, y al siguiente, de otro distinto. Pero... quedé sorprendido la otra noche, cuando se encaró contigo. ¿Tú no?

-Muchacho, me lo has preguntado ya dos veces -dijo Chane intentando llevar la conversación por camino diferente al que Chess tomaba con preferencia. No por-que le cansasen los elogios y las alabanzas a Susana, sino porque constituía ya una obsesión en Chess. Tarde o temprano, Susana sería su hermana! Y cuando el nombre de la muchacha salía a relucir, que era inevitablemente cada vez que Chess tenía ocasión de despegar los labios, consciente, e inconscientemente, volvía al pronóstico que para Chane era doloroso. Pero Weymer se guardaba mucho de deplorar la romántica y bella pasión de su hermano por Susana, ya que la creía la causa del favorable cambio experimentado por el muchacho en su desordenada vida. El sentimiento de Chane era egoísta. Para su desgracia, desde que por vez primera se posaron sus pupilas en Susana, había sentido veneración por ella: aun-que sus ensueños, si ensueños había en aquella ruda época de su existencia desértica, jamás osaban llegar ni al límite de las encantadoras divagaciones de Chess.

-¡Caballos, *señor*! -dijo Alonso señalando con la mano.

-Sí; es la primera manada -asintió Chane mirando a través de la opaca semioscuridad a ciertas sombras equinas que se movían como espectros-. De momento su-pongo que echarán valle abajo.

-¡Sí, *señor*! -dijo el mejicano en español.

Pusieron los caballos al trote, siguiendo los bordes del ovalado valle. La masa negra de las sierras se alzaba sobre ellas coronada aún de pálidas estrellas. El valle mismo iba perdiendo su densidad de espacio, reaccionando a la influencia invisible del manto gris que se alzaba al Este. Era un amanecer de escarcha, glacial, y los cascos de los caballos sonaban como campanas de plata sobre las piedras.

Chess había extendido un cigarrillo, como siempre que su hermano se resistía a compartir su tópico favorito de conversación. Su montura, inquieta y nerviosa, requería tiento. Como las demás, se resentía de los días de inacción precedentes. Chane vio a *Brutus* aguzar de vez en cuando las orejas, como en espera de la orden de marcha, aunque el animal jamás malgastaba energías. Su paso largo lo mantenía fácilmente a la altura de los otros dos, no obstante ir al trote.

A pesar del tormento de su inconfesa pasión y de la mácula que sobre su nombre había echado con sus calumnias un cobarde embustero, las reflexiones de Chane no eran, en

conjunto, sombrías. Sabía, sin que nadie se lo hubiese dicho, lo que Melberne suponía de él. Sabía exactamente el concepto en que Susana le tenía. No era la primera vez que le acaecía cosa semejante, aunque nunca con personas cuya estimación y cuyo afecto anhelase. Pe-ro, por encima de todo, estaba el hecho de que, gracias a Melberne, sentaba la cabeza Chess, especialmente gracias a Susana, que había convertido en otro al muchacho. Por eso sólo, Chane les serviría a gusto, en todo, y en la servidumbre hallaba cierta felicidad, la única que en muchos años había experimentado. Mas tanta era su altivez, tan honda la herida que la desconfianza de aquellos a quienes en horas de angustia había recurrido causara en su alma, que sentíase incapaz de presentarse a Melberne sin ser requerido, o antes de probar que Manerube era un ponzoñoso áspid oculto entre la hierba de su fanfarria. ¿Cómo podía decir: «Melberne, ese descastado mormón «es», en realidad lo que ha hecho creer que «soy yo»? ¡Imposible afrentar a Susana con la verdad! Cierto que su padre parecía inclinarse hacia él, indeciso y receloso. ¡Que lo averiguase por sí mismo! Y en cuanto a la hija, que incomprensiblemente demostraba una parcialidad por Manerube... poco importaba lo que pudiese creer. Chane, aunque curtido en la adversidad, hallaba soportable su ordalía merced al evidente cambio de su turbulento hermano Chess.

Mientras los caballistas avanzaban por el valle, la oscuridad fue cediendo el paso a un opaco velo gris que se esclarecía, a medida que, por el Este, apuntaba el día. Un tenue resplandor rosado fue apareciendo y acentuándose. La grísea semioscuridad batióse en retirada, vencida. El alba iluminó el valle netamente, de bastión a bastión, hasta los remotos confines de la Meseta del Caballo Cerril. Bandadas de potros tachonaban el escarchado suelo, prestándole un singular encanto de selvatiquez y de belleza.

-¡Alerta! -avisó repentinamente Chane.

Se detuvieron, al desgaire en las sillas. De las escarpa-das estribaciones del valle llegó hasta ellos el penetrante gamitido del reno.

-¡Aprovéchate ahora que puedes! -exclamó Chane-. Pronto vendrá el hombre a acosar y a perseguir a tus hermanos del desierto y entonces... te llegará la vez a ti también.

– ¡Ahí está... cerca... en el extremo del cerro...! -dijo Chess-. ¡Son más mansos que los cerriles!

-Porque en estos parajes aún no conocen al hombre -replicó su hermano-. Déspleguémonos para empezar el acosamiento. Hay que mantenerse a una milla de distancia unos de otros. Mientras ajoráis, id disparando y gritando y cuando una manada pretenda pasar entre vosotros... a galope.

Chane quedó solo. Mientras daba tiempo a que sus camaradas llegasen a sus respectivas posiciones, recorrió con la vista el valle. Lo poblaban manadas de cerriles en número superior a lo que suponía en lugar tan apartado del centro. Tal vez las habían ahuyentado durante la erección de la cerca. El desbravador podía vislumbrar la con-fusa línea de cerros donde las dos partes de la alambrada convergían en los corrales. Parecían distar unas diez millas o más. Toda la fuerza de Melberne estaba en el campo, desplegada por el valle, y la misión de todos, y de cada uno, era ir de acá para allá, pero siempre hacia abajo, empujando ante sí a los cerriles. Hasta que los animales no se viesen a varias millas de sus habituales pastos, no sería ruda la tarea.

Al ir progresando el acosamiento valle abajo, los caballistas irían estrechando sus posiciones en dirección a la trampa, convergiendo finalmente en el vértice del largo triángulo de alambre.

-¡Maldita idea! -murmuró Chane-. ¡Ojalá hubiese «tumbado» a Manerube el día que lo cogí con Sosie!

No era la primera vez que la idea había cruzado su mente, si bien siempre habíala rechazado al punto. Mas no podía evitar su repetición. Al correr del tiempo fue percatándose de que algo anormal había en su situación con respecto al resto del equipo de Melberne. No porque se le dijera abiertamente nada. Las breves observaciones de Chess sobre la llegada al campamento de Manerube habían sido indiferentes, acaso demasiado; pero Chane sabía que

su reputación estaba en entredicho y que nadie más que Manerube podía ser responsable de ello, jamás había sentido en campamento alguno planear sobre él sombra semejante. Y revolviendo el tema en su mente re-conocía que por amor a Chess, no deseaba ahondar en el asunto. ¿Qué podía importarle las habladurías de personas de la calaña de Manerube? El sujeto se vería pronto cogido en sus propias redes. Pero... el que hubiere una mujer de por medio hacía más dolorosa la situación.

Dos eventos se destacaban primordiales, a juicio de Chane: Primero, el haberse enamorado de Susana repentinamente, y segundo, el adivinar que la muchacha aceptaba, como cierta, una apreciación falsa de su carácter. La segunda ocurrencia convertía la primera en algo de que avergonzarse profundamente, algo que combatir con la misma vehemencia que había combatido otras cosas de su vida. Pero... cuanto más intentaba olvidar a la joven... más se acrecentaba su amor.

-No pienso sino en ella -soliloquió, atónito, al reconocerlo-. En fin... será una complicación más... tal vez beneficiosa para mí. Ella no ha de saberlo nunca. Seguiré con el equipo hasta que Susana conozca la verdad sobre

Manerube, que no tardará. Tarde o temprano comparecerá por aquí Toddy Nokin y... ¡será cosa de risa! La situación dará gusto, aunque... no quisiera verme en el pellejo de Manerube.

Llegó el momento en que Chane vio a Chess alinearse con él a upas dos millas y Alonso más allá, a la misma distancia. Por el Este, hacia el campamento, el desbravador distinguió a los caballistas tomando posiciones y poco después, al ver que se ponían en movimiento como obedeciendo una orden, emprendió el camino hacia el Sur.

Aunque en las cercanías no se divisaba ni un cerril, Chane distinguió a lo lejos buen número de ellos. Una manada dispersa comenzó a trotar a una media milla frente a Chess, y otro nutrido grupo pretendió escabullírsele a Alonso. Los picadores emplazados al oeste de Chane tendrían que cubrir considerable distancia antes de establecer contacto con las manadas.

Brutus resentía el freno. Parecía prever una carrera en competencia con sus salvajes hermanos y aun obedeciendo el mando y la voz de Chane, manifestó repetida-mente su impaciencia. Además, le era dable ver antes, y mejor que Chane, a los cerriles.

-¡Cómo te gustaría estar entre esos potros! -dijo el desbravador-. ¡Me avergüenzo de ti, *Brutus*!

El joven atisbaba sin cesar de Este a Oeste, a fin de calcular cuándo entraría en acción. Transcurrido cosa de un cuarto de hora, vio a Alonso galopar para entretallar el paso a una manada de caballos de claro pelaje que in-tentaba huir. Chane detuvo a *Brutus* para mejor seguir los incidentes de la persecución, y observó que Chess hacía lo propio. En su opinión, su hermano tendría que intervenir sin demora ayudando a Alonso a atajar el paso a la banda. Pero la inactividad de Chess parecía debida a estar mejor situado que Chane para apreciar su conveniencia, ya que continuó inmóvil, acechando, mientras Alonso interceptaba a los cabecillas de la manada, ajorándolos valle abajo.

Chane reanudó su lento avance. A no ser por su convencimiento de que la faena se convertiría en breve en una brutal operación el desbravador hubiérase deleitado con ella. En el caso presente contemplaba las distantes manadas con emociones contrarias... de efecto y admiración por su libertad y lástima por su inevitable sino.

Habría podido precisar el momento exacto en el que el caporal de la banda espió su presencia, al engallar la cabeza. Erguido, inmóvil como una estatua, pausó un instante, corriendo luego hacia sus huestes, excitándolas con sus relinchos, corveteando, brincando, galopando un trecho ante ellas para detenerse otra vez. Poco después, varios centenares de cerriles, formando una docena o más de bandas distintas, se pusieron en movimiento por el valle, ante Chane, caminando hacia el Sur. Un enorme semental, más audaz que sus compañeros, trotó hacia el desbravador, se detuvo a mirarle, reanudando su trote en dirección contraria, cuando se hubo convencido de que era uno de los implacables: enemigos de su raza:

un «hombre», quien montaba a *Brutus*. Su penetrante relincho llegó muy apagado a oídos de Chane. Girando sobre sí mismo, como sobre un eje, tomó el galope tan raudo y tan desenfrenado, que Chane admiraba en los cerriles, y uniéndose a su manada salieron todos levantando enorme polvareda en el valle, perdiéndose de vista a los pocos momentos.

-¡Cerril de veras! -murmuró el picador-, pero apostaría cualquier cosa a que nació en la domesticidad y... ni *Brutus* ni yo le hemos: sido simpáticos.

Prosiguió su camino, y su interés por el acosamiento se fue acrecentando al avanzar. Era imposible mirar a todas partes a la vez, y como las manadas iban de acá para allá, valle arriba y valle abajo, trotando unas y al galope otras, era difícil seguir los movimientos a todas. El ambiente se llenó de polvo, formando remolinos, que a distancia recordaban la estela de humo dejada por un tren en marcha. Cubrían el valle, a trechos, salvias, matorrales y hierba ya agostada, y al pasar una manada por los parajes menos fértiles, sus cascos alzaban nubarrones de amarillo polvo.

Brutus lanzó un relincho, sacudiéndose bajo la silla. Chane se volvió y divisó una hilera de cerriles a galope, que intentaban ganar el claro existente entre su apostadero y el de Chess. A la sazón, el muchacho galopaba en dirección contraria para atajar otro grupo.

Una palabra y un ligero acicate fueron suficiente para hacer entrar en acción a *Brutus*. Un cuarto de milla de galopada le bastó para ponerse tan al frente de los fugitivos cerriles, que comenzaron a regatear. Su cabecilla, un potro blanco salpicado de negro, más salvaje que un corzo, lanzó un vibrante relincho de cólera y de terror. Sus crines y su cola ondeaban al viento. Mientras corría paralelo a *Brutus*, sus secuaces, tal vez más tímidos, fueron desviándose hacia la derecha, hasta llegar a poner más de media milla entre ambos. Chane apreció con orgullo que, no obstante su carga, *Brutus* era más raudo que el cerril. Pronto consiguió atajarle, ajorándole hacia los demás y, a poco, todos iban valle abajo a galope tendido.

Cumplida su misión, el desbravador sofrenó a *Brutus*, volviendo al trote sobre sus pasos, a fin de recobrar una posición lo más equidistante posible de Chess por el Este y del jinete más: cercano, por el Oeste. Una simple ojeada en ambas direcciones convenció al desbravador de que habríase requerido doble número de caballistas para en-caminar tamaño número de cerriles hacia el vértice de la cerca de espino. Durante el breve lapso de su ausencia de la posición, una pequeña manada ¡la había franqueado, galopando hacia el Norte desesperadamente. ¡Cuánta belleza encerraba sus movimientos! Parecía imposible que existiese nada más veloz ni más libre. Chane se alegraba de que hubiesen burlado su vigilancia.

De momento, su única ocupación consistía en ir de acá para allá, siempre hacia el Sur, sin perder alineación con sus camaradas. Chess también lo tomaba con calma. Pero Alonso más al Este no se daba punto de reposo.

-¡Es un juego para él! exclamó Chane contemplando admirado al taquero.

En un trecho de valle de tres millas de ancho por el triple de largo, mil caballos veíanse en movimiento. Chane no podía distinguir más allá con claridad suficiente para hacer cálculos. Aunque la dirección general era hacia el Sur, parecían ir en todos sentidos. El espectáculo era impresionante.

De pronto vio un bayo de gran alzada, que capitaneaba un grupo de potros, dirigirse resueltamente hacia él. Era un animal de feroz aspecto, tan grande o más que *Brutus*. Salvo su andadura, no tenía nada que admirar. Evidentemente, *Brutus* titubeaba entre volver grupas y hacerle frente, corveteando ante el bayo. Chane se había visto más de una vez arrollado por cerriles y no quería exponer a *Brutus*.

Cuando el espacio entre ambos quedó reducido a unos cien metros, el bayo continuaba avanzando, recto como una flecha. Chane apeló a su revólver para espantar al animal. Al primer disparo dio un brinco en el aire, girando de tal modo, que al poner las patas en tierra nuevamente su cabeza miraba hacia el Oeste. La detonación espantó a toda la manada, dispersándola.

-Apostaría cualquier cosa a que ese semental no se dejará nunca coger en una trampa de espino -declaró Chane parándose para mejor verle correr-. ¿No te ha hecho gracia, verdad, *Brutus*? Pues... a mí tampoco.

El bayo, siguiendo en su carrera hacia el Oeste, se perdió pronto de vista entre los demás cerriles.

-¡Hum! Para Chess y para mí opino que se acabó la holganza. Tendremos que cabalgar de veras.

Sin embargo, el desbravador pudo disfrutar de media hora más de sosiego antes de que fuese necesaria la extrema galopada que anticipaba. Por una u otra causa los cerriles no acudían en su dirección en tan gran número como en la de los demás caballistas. Se consagró a observar a Chess, divirtiéndose con los evidentes apuros de su hermano. No obstante, era Alonso quien tenía a su cargo el mayor trecho de valle y el más nutrido núcleo de caballos con que contender. En sus audaces salidas para atajar grandes manadas, tenía forzosamente que dejar escabullirse otras más reducidas. Finalmente, Chane vio un enorme manchón oscuro, movedizo, de varas millas de extensión, que se precipitaba hacia el área cubierta por el mejicano.

Aquella manada tendría más de un millar de cabezas.

El amarillento polvo, se alzaba en nubarrones que, por lo densos, recordaban las humaredas de los incendios de maleza. Chane dio por descontado que el vaquero no pretendería entretallar el paso a aquel torbellino. Los penachos blancos de los disparos de Alonso se destacaron sobre el fondo verde, y al pasar los salvajes animales con ímpetu semejante al de una irresistible avenida, el desbravador vio que el vaquero galopaba por su vida, desapareciendo tras el movedizo alud, sin volver a aparecer.

Fue el último incidente que tuvo tiempo de contemplar, y a poco tuvo ya que entrar de lleno en faena. La primera manada que logró eludir los raudos cascos de *Brutus* le demostró la futilidad de pretender atajar a cuantos animales viniesen hacia él. Renunció al intento considerándolo imposible.

Mientras galopaba de acá para allá, disparando al aire para espantar a los caballos que tomaban su dirección, el acosamiento se convirtió en un desenfrenado tropel hacia la brecha de la cerca.

Aun sin poder verla, apreciaba que no debía estar a muchas millas distante. El suelo del valle era un hervidero de animales de todos pelajes, inquietos y activos, crines encrespadas y extraordinaria ligereza. El aire, cargado de polvo, era tan denso que, en ciertos lugares, dificultaba la vista. El continuo martilleo de los cascos ahogaba el estampido de las armas de los caballistas. De vez en cuando, Chane lograba oír disparos a distancia, a ambos lados de su posición, pero sin ver picador alguno.

Brutus fue acalorándose y cubriéndose pecho y flancos de espuma y de sudor. Cada vez que pasaba a su lado algún semental, lanzaba un relincho agudo y penetrante en respuesta al de desafío del otro. Las manadas crecieron en número y en cantidad, haciendo más difícil por momentos la labor de Chane y acrecentando su riesgo. Habríale sido fácil entretallar el paso a mayor número de cerriles usando, con más frecuencia su revólver, pero tenía razones sobradas para economizar disparos. Sabía que poco después sería una obra de caridad el disparar con certera puntería.

El acosamiento se acercaba a las alambradas de la cerca. Millares de cerriles veíanse ajorados hacia un espacio triangular de relativamente reducidas proporciones. El estruendo de los cascos, de los relinchos y de los bufidos era incesante. La polvareda hacía difícil y peligroso todo galope. Chane, para resguardar a *Brutus*, veíase obligado a aguzar la vista como si anduviese entre niebla. La jornada servía para poner de manifiesto las múltiples y excelentes cualidades del animal. En astucia yen cautela, sobre-pasó con frecuencia a su jinete.

Por fin, Chane se halló en una *melée* de salvajes animales que corveteaban, brincaban, galopaban sin freno ni dirección, enloquecidos. Había tantos a su espalda, como a ambos

lados, o delante. Pasaban raudos como sombras. A pesar del polvo, Chane notó el típico olor de la sangre. Y por él, dedujo que estaban en las cercanías de la alambrada.

Poniendo a *Brutus* al trote, se dirigió hacia la izquierda, apartándose del creciente remolino de caballos. A juzgar por las apariencias, el equipo había logrado ajorar varios millares hacia la escotadura de la cerca. El espeso manto de polvo cubría un verdadero *pandemónium*. Al salir a un claro de atmósfera menos cargada, vio que sus deducciones eran acertadas. Todos los caballistas habían tendido hacia el triángulo que acababa él de abandonar. Y aun así, eran numerosos los cerriles que galopaban en otras direcciones, locos y enfurecidos de terror.

Chane llegó, al costado izquierdo de la cerca. En aquellos de sus trozos que aún quedaban en pie, presentaba horrible espectáculo. De los combados alambres pendían trozos de carne y de piel sanguinolenta. El alambre superior había desaparecido por completo. Secciones de la cerca habíanse descuajado, arrancadas de raíz y los postes yacían rotos o tumbados. Más hacia el Este, estaba intacta, y allí fue donde el desbravador comenzó a hallar cerriles moribundos o inutilizados. Sin vacilar, los remató de un tiro. *Brutus* reaccionó extrañamente. Sin aparentar temor o repugnancia de obedecer al mando, su nerviosidad se acrecentó sobremanera.

La mayoría de los caballos heridos, lo estaban en el pecho, mostrando enormes desgarrones producidas al chocar contra la cerca en su carrera, clavándose las aceradas púas. Chane, profundamente afectado, siguió, no obstante, su camino hasta no, hallar más, cerriles en aquel sector de cerca. Al volver sobre sus pasos, vio que se esclarecía la atmósfera, disipado el polvo por el viento, y que a través de la neblina, el sol poniente aparecía rojizo, con siniestro efecto. Hileras de caballos corrían de Norte a Oeste, esforzándose por huir de la fatal escotadura.

En el mayor de los corrales, una masa negruzca de caballos, de varios acres de área, se movía en apretujado contacto y su relinchar y su pateo y sus bufidos eran terroríficos.

Chane oyó el *stacatto* de los disparos de revólver hacia la parte Oeste de la cerca, y al acercarse al centro de la abertura, atisbó a Utah, que llegaba, al parecer, luego. de haber puesto fin a la agonía de los infelices potros malheridos. Chane sentíase angustiado, y su sangre hervía en forma que presagiaba un arrebato de mal agüero.

Fue a reunirse con Melberne y sus caballistas, que formaban un grupo singular: algunos estaban montados aún en sus jadeantes caballos; Chess, sentado en el suelo con la cara entre las manos; el capitán Bunck, intentando serenarse: Alonso, tan cubiertas de polvo las facciones, que parecía llevar careta; por su aspecto, nadie habría tomado a Millar como blanco. Utah se acercó también, torvo el semblante, empuñando aún el revólver. Loughbridge par-loteaba como un loco, fuera de sí por el extraordinario éxito del acosamiento.

-¡Mil setecientos! ¡Tal vez más! Casi dos mil jacos entrampados. Hemos dado con un filón -gritaba. Manerube acogió su tirada como justo reconocimiento a sus méritos, pero al cruzarse sus miradas con las de Chane su pomposa actitud se eclipsó.

El desbravador miró con curiosidad a Melberne. Era el momento más propicio de juzgar al tejano. El jefe del equipo no exteriorizaba sentimiento alguno de los que parecían animar a Loughbridge. Estaba rendido y abrumado.

-Bueno, Melberne, ¿qué opina usted ahora del espino artificial? -preguntó Chane con acento despectivamente curioso.

Melberne volviáse hacia él con rostro desencajado, en el que las pupilas chispeaban. Parecía otro hombre. Blasfemando ferozmente no contestó a la pregunta de Chane, aunque su profanación fue respuesta bastante para embotar la acerbidad del desbravador, que replicó:

¡Pero... si aún falta lo peor, Melberne!

XI

El crepúsculo sorprendió a los fatigados caballistas camino del campamento. Chane iba a su cabeza con *Brutus*, ágil como siempre de andar y ávido de ganar la cuadra.

La fogata tembleteaba como un punto luminoso entre las sombras, acrecentándose su brillantez al acercarse a ella.

Por fin, precedido por el agudo relincho de su montura, Chane entró en el área que iluminaban las llamas.

Las mujeres, inquietas y anhelantes, preguntáronle al punto por el resto del equipo, ansiosas de saberles sin novedad

-Pronto llegarán. El día ha sido de prueba y opino que *Brutus* es el único que aún tiene resuello -replicó Chane echando pie a tierra trabajosamente.

-¡Brava! -exclamó la *señor*a Melberne-. Traerán un hambre de lobos. La cena estará a punto cuando lleguen.

Susana Melberne salió cojeando de las sombras. Iba destocada, y en el pálido rostro los ojos parecían insólitamente grandes y profundos.

-Dígame... ¿Fue... un éxito el acosamiento? -preguntó.

-¿Un éxito? Si se refiere usted al número de caballos capturados, sí -contestó Chane lentamente.

-No hablo de eso. ¿Se les capturó sin torturar o estropear demasiados?

-Preferiría callarme lo que pienso -replicó el desbravador llevándose a *Brutus* al establo.

Algo después, cuando regresó al lugar de la fogata, habían llegado ya los restantes caballistas, más que dispuestos a hacer honor a la suculenta cena aprontada por las mujeres. Comían en su mayoría en silencio, con voracidad de animales famélicos. Chane tenía tanto apetito como el que más, pero no se le escapó mirada ni palabra alguna de cuantas los otros cambiaron. Sentía curiosidad por ver qué reacciones provocaba la jornada.

Loughbridge, un tanto descansado y ya satisfecho su apetito, recobró la expresión que tanto había repugnado a Chane al terminarse el acosamiento. Como era natural, después de la cena la conversación se animó y las opiniones, los pronósticos y las deducciones fueron tantas y tan va-riadas como las personalidades de quienes las expresaban. Loughbridge computaba ya los beneficios de la caballada. Manerube habíase conferido honores de héroe de la jornada, pavoneándose ufano ante las muchachas. Chess, con los ojos hundidos en sus cuencas, revelaba su irritación en lo agudo y chillón de sus palabras. Melberne ofrecía curioso contraste. Aunque no había desplegado los labios, ya no parecía aturdido o confuso. Poco después, Manerube se separó del semicírculo de caballistas, pasando al lado opuesto, donde estaban las mujeres. Ora le acogió con evidente frialdad, pero Susana comenzó a hacerle preguntas con vivo interés.

-Lo mejor que podéis hacer las mujeres es acostaros -dijo Melberne bruscamente.

Su esposa abandonó obedientemente el grupo, pero la *señor*a Loughbridge y Ora hicieron caso omiso de sus pa-labras, y en cuanto Susana, si las oyó, no pareció demostrarlo. Continuó mirando a Manerube con un aire que podía interpretarse de varios modos.

-Te he dicho que te acuestes, Susana -repitió Melberne.

-Pero... ¡si no tengo sueño! -protestó su hija-. Quiero saber...

-¡A la cama! -interrumpió su padre con voz que Chane jamás le había oído.

-¡Pero... Dad! -tartajeó la muchacha, asombrada.

-Por lo visto crees que no había más que un hombre en el acoso -replicó sarcásticamente Melberne-. Los demás también andábamos por allí.

Una oleada de sangre afluyó al pálido rostro de Susana, que, sin añadir palabra, dio media vuelta cojeando y se internó en las sombras.

Chane lamentó por ella el que su padre la reprendiese tan duramente ante todos, y la significación del incidente le estremeció. Las cosas iban poniéndose de su parte. Tarde o

Librodot

temprano se vería vindicado.

-Escucha, Loughbridge -dijo con deliberado tono Melberne-. Recordarás nuestro convenio. Te presté el dinero preciso para formar este equipo, estipulándose que me cederías la mitad de tu parte en los beneficios como reembolso.

-Sí, así fue el trato -asintió el otro, un tanto sor-prendido.

-Pues... a condición de ser yo quien de aquí en adelante dirija y mande, consideraré saldada la deuda. ¿Hace?

-Por mí, hace, Mel -replicó Loughbridge con avariciosa sonrisa.

-¡Uh! Entonces queda convenido -prosiguió Melberne. Y volviéndose a Manerube -: Dijo usted que dividiríamos la brigada en dos cuadrillas para el laceo y de-más operaciones de mañana. Pues bien... escoja usted sus hombres.

-No necesito más que un poco de ayuda -dijo Manerube-. Yo me encargo de lacear y atar las bestias. Los míos serán Loughbridge, Miller, Alonso y Utah.

-Desgarita usted, *señor* Manerube -replicó pausada-mente Utah-. Conmigo no cuente.

- Harás lo que te manden, Utah -dijo hoscamente Melberne

-Siempre que no sea «él» quien me mande, conforme, y si es usted quien me dice que vaya con él... téngame por despedido.

- Escoja otro hombre, Manerube -repuso el jefe.

- Bonny -dijo Manerube.

-Así, yo me quedo con Utah, capitán Bunck y los Weymer. Jake estará al cuidado del campamento, -pro-siguió Melberne, y luego, dirigiéndose a Chane, añadió-: Opino que debería usted ponerse al frente de nuestra cuadrilla

Melberne parecía querer significar mucho más de lo que sus palabras expresaban.

-Si así lo juzga conveniente, lo haré -replicó Chane.

- Se lo agradezco. Y ahora, muchachos, a dormir. Os llamaré a las tres.

Abandonó la hoguera seguido por Chane. No parecía un hombre satisfecho de sí mismo. El desbravador le alcanzó cuando llegaban al olmedo, siguiendo juntos hasta llegar al punto en el cual sus caminos divergían.

-Melberne -dijo Chane, al detenerse ambos-. Comprendo lo que siente. Este acosamiento tiene mal cariz y eso que, como le dije, aún falta lo peor. Pero... creí que concedía usted demasiada importancia al mero hecho de cazar gran número de cerriles con miras al embarque. Ha seguido usted malas inspiraciones. Este negocio le costará probablemente los cuartos. Peor aún, le disgustará porque es usted hombre de sentimientos humanitarios. Pero... no debe descorazonarle para el porvenir. En Utah puede usted prosperar. La comarca encierra grandes posibilidades que hombres como usted sabrán desarrollar. Así que, no se preocupe: dentro, de unos días esto del espino habrá pasado a la historia y luego... no le será difícil enderezar las cosas.

-¿Son buenos sus consejos, Weymer? -preguntó Melberne.

-Psh... Vi que estaba usted desanimado y quise hacerle saber que le comprendía.

-i Uh! Pues... quizá que sí... -replicó el otro internándose pesadamente bajo los olmos.

Una cosa era para Melberne el proponerse despertar a su gente a las tres, y otra, muy distinta, el efectuarla. A decir verdad, Chane fue el madrugador que llamó a los hombres, encendió la hoguera y atendió a los caballos. Excepto *Brutus*, todos se habían quedado en el corral del extremo-arribeño del olmedo. En la oscuridad le fue difícil a Chane dar con él. Al no hallarle, contestó a los silbidos del desbravador, facilitándole la búsqueda, aunque sin acudir por su propia voluntad. Chane se lo llevó por el olmedo, dándole un doble puñado de grano.

- ¡Despierta, Chess! Ya es tarde -gritó a su hermano. -Estoy... dormido -masculló el otro.

- ¡Arriba y atrapa tu jaco! El desayuno está casi a punto.

-Estoy difunto. Oye, Chane, ¿es indispensable que yo ayude a asesinar a esos infelices potros?

-Muchacho, a lo que has de ayudarme es a hacerles la operación lo menos penosa posible. Melberne me ha nombrado *boss* de vuestra brigada.

-¿Es verdad eso? Así... cambia la cosa -replicó Chess saltando del camastro, ya vestido, excepto las botas.

Al llegar junto a la fogata, Chane vio una animada escena. Jake, con varios ayudantes, cocinaba. Melberne parecía cejijunto y sereno.

-¿Qué hemos de menester? -le preguntó a Chane.

-Buena cantidad de cuerda flexible, alforjas para las provisiones y cantimploras para el agua. Será un jornada de veinte horas y... ¡que no se olvide nadie de las manoplas!

Los cinco hombres que componían la brigada de Chane salieron del campamento de noche aún, cuando Manerube y su gente estaban preparándose todavía para marchar. El ambiente era frío y una capa de escarcha cubría el suelo, vagamente discernible a la blanca luz de las estrellas que titilaban en un cielo de un acerado azul. A juzgar por su torvo aspecto habríase dicho que aquellos hombres iban a realizar alguna, peligrosa misión. Chane iba a su cabeza, al trote largo, y cuando los primeros albores del día esclarecieron el Este, refrenaba su montura frente a los vastos corrales de la trampa. El pateo y los relinchos proclamaban que los cerriles no habían logrado derribar la cerca.

-Esperemos a la otra brigada y... mejor será que desensillemos. Hasta mediodía no tendremos ocasión de montar.

Sus hombres desenjaezaron y trabaron sus caballos, adujando de nuevo los lazos y cortando la cuerda que a prevención llevaban en trozos de la longitud indicada por Chane. Terminaban esta operación cuando llegaron los otros.

j Despabilaos, muchachos! -dijo Melberne.

-No hay prisa -replicó Manerube-. ¿Hay quien apuesta a que amarramos dos jacos por cada upo que amarréis vosotros?

-Manerube, esto podrá ser un albur para mí, pero no para usted -dijo significativamente Melberne.

-Ahora -ordenó Chane-gatead por debajo de la alambrada, y pasaremos al corral vacío.

Se habían construido dos corrales : uno, que contenía a la sazón los mil setecientos cerriles, de un cuarto de milla de diámetro, y el otro, de más reducidas dimensiones, comunicándose ambos por un portillo de cincuenta pies de ancho, de alambre y postes.

-El sistema será el siguiente -dijo Chane cuando sus hombres se unieron a él en el corral vacío-. Abriremos el portillo dejando entrar diez o doce jacos o hasta veinte. De momento no será preciso ajorarlos; no os pongáis delante Algunos de esos cerriles son marrajos; yo lacearé. Cuando haya derribado un animal, os precipitáis para sujetarle. Melberne, usted ese el de más corpulencia; siéntese sobre su cabeza. Tú, Chess aguanta una mano mientras yo ato la otra. Utah... ya sabe su obligación. Lo único que le pido es que ayude al capitán hasta que se ponga al tanto.

La brigada de Manerube se destacó en la penumbra y todos fueron hacia el amplio portillo. Levantando el travesaño, lo abrieron de par en par. Evidentemente, la semioscuridad no dificultaba la vista a los cerriles, pues no tardó uno, más audaz, en abalanzarse por la abertura, imitando su ejemplo otros, raudos como flechas.

¡Basta! ¡Cerrar! -gritó Chane, a tiempo de evitar una estampida-. ¡Seguidme! -añadió corriendo hacia el inquieto grupo de caballos y volteando el lazo al correr. Para él la cosa no tenía novedad. De niño podía quitarle a un cowboy el sombrero de la cabeza con el lazo, tan fácilmente como se lo habría quitado con la mano.

-¡Hacedlos pasar ante mí! -gritó-. ¡Tú, Chess!, quédate cerca para ayudarme. Si un cerril me da el estironazo a mí, en vez de dárselo yo a él, es capaz de sacarme de las botas.

El grupo de cerriles se desbandó, galopando en todas direcciones. Chane echó a correr volteando el lazo. La escasez de luz le obligaba a calcular, a ciegas, la distancia, pero, para él, la operación tenía tanto de corazonada como de táctica. Dejó pasar varios caballos, hasta atisbar uno, cenceño, claramente perfilado sobre el fondo gríseo. Chane soltó el lazo y, sin

esperar a cerciorarse de que hubiese alcanzado su objetivo, se afianzó para resistir el estironazo, dando un violento tirón a la cuerda en el preciso instante que éste caía sobre las manos del animal, cogiéndole en pleno salto y derribándole pesadamente en tierra.

¡Vivo! -gritó a sus camaradas, precipitándose hacia su presa. Melberne se abalanzó a la cabeza del postrado animal. Utah, no menos rápidamente, a sus flancos, el capitán Bunck, al cuerpo-. ¡Bravo! ¡Aguantad firme! -gritó Chane-. Ya le tengo las dos patas.

Aflojó el nudo corredizo, sacando una de las patas delanteras (manos) y separándola de la otra.

-¡Coge esa mano y no la sueltes, Chess!

El trepidante cerril estaba inmovilizado, aunque podía inútilmente cocear con las dos patas traseras libres. Chane le asió la mano, mientras Chess sostenía la otra. Del cinto sacó uno de los trozos de cuerda que llevaba a prevención. Le fue preciso ejercer considerable fuerza para doblar el remo al animal, que relinchaba v bufaba loco de terror. Con destreza suma ató el doblado miembro por encima de la rodilla, dando a la extremidad apariencia de haber sido amputada. Hecho esto, sacó el lazo y se incorporó.

-Apartaos y dejardle que se levante -ordenó, obedeciéndole inmediatamente los otros.

El caballo se puso en pie con tanta ligereza como si aún tuviese el uso de sus cuatro patas, relinchando ofendido por la indignidad cometida con él. Su primer movimiento fue un frenético bote de carnero, que le hizo caer de rodillas, pero se rehizo al punto, alejándose con sorprendente equilibrio, si bien había perdido un cincuenta por ciento de celeridad.

Chane oyó a la brigada rival vociferando y disputando en torno a un animal que habían derribado. Empezaba a clarear el día. El desbravador preparó su lazo, arreglando la parte corrediza a su satisfacción y fue a interceptar el paso a otro caballo. Acertó a la primera, y más por suerte que por destreza pudo cogerle por una pata sola en vez de las dos. Era un animal de más carnes, y al caer, arrastró a Chane, haciéndole excavar profundos surcos en el suelo con los tacones. Sus ayudantes cayeron sobre el bruto, inmovilizándolo. Y el estrenuo día comenzó.

Chane llevaba atados cincuenta y seis caballos cuando el cansancio le obligó a solicitar de Melberne unos momentos de pausa.

-¡Santo Dios! -jadeó el *boss* dejándose caer contra un poste de la cerca-. ¡Estoy... hecho polvo!... Weymer... es usted un ciclón... trabajando...

El sol rutilaba ardoroso y fúlgido. Un polvillo impalpable flotaba en el ambiente. La brigada de Chane aparecía tan empapada en sudor como si hubiesen caído colectivamente en un charco. Melberne tenía el rostro cubierto de polvo, por entre el cual el sudor había trazado caprichosos canalillos; la respiración, entrecortada por la fatiga, sacudía su fornido torso. Chess era el menos agotado de la brigada porque su parte de labor era la más liviana. El capitán Bunck parecía incapacitado de momento.

-¡Mal rayo!... -jadeó-. ¡Me siento capaz de beberme el Océano!

-No consienta que los muchachos se rían de usted, Cap -dijo Chane-. Le falta práctica, pero tiene usted arrestos suficientes, y da la cara.

La cantimplora pasó de mano en mano repetidas veces. Melberne, ya más recuperado, comenzó a prestar atención a la faena de la brigada de Manerube. En aquel momento derribaban un potro.

-Ese hombre no sabe derribar, Weymer -declaró Melberne.

-Psh... *boss*... ¿cuánto tardará usted en darse cuenta de que lo único que sabe es «farolear»? -rezongó Utah.

Con ayuda de Bonny y Miller, Manerube derribó el potro. Loughbridge intentó inmovilizarle la cabeza sin conseguirlo hasta que Alonso le echó una mano. La operación de atarle requirió considerable tiempo.

-¿Cuántos llevan? -preguntó Melberne pasando la vista al extremo arribeño del corral, donde los cerriles formaban ya un grupo patético y lastimero

-Dieciséis o diecisiete, a lo sumo -contestó Chane-. Los he contado dos veces.

Melberne expresó con una interjección su sorpresa y su disgusto.

-Vamos a verles de cerca, Weymer -dijo.

-Yo, no. Usted es el *boss* del equipo. Vaya solo -replicó el desbravador.

Melberne se incorporó y se fue hacia la otra brigada Tal vez su presencia les sirvió de acicate para desarrollar mayor actividad, pero no aumentó, ciertamente, su eficacia. Una simple ojeada había bastado a Chane para con-vencerse de que, con el lazo, Manerube no pasaba de ser una medianía. Con los ojos vendados, Alonso le habría dado ciento y raya.

Manerube volteaba apuntando al cuello, y este asidero, aun cuando se logre, no es práctico para derribar a un animal Se requirieron tres hombres para dar con él en tierra y, al conseguirlo, el cerril estaba semiasfixiado. Melberne coadyuvó a sujetarle.

En aquella ocasión, Manerube realizó con mayor celeridad su cometido, pero al levantarse el animal, Chane observó que la ligadura era deficiente, además de no todo lo humanitaria que podía ser. Por lo visto, Melberne se percató también, por cuanto señaló hacia el ligado miembro.

En el corral quedaba solamente por atar un semental ruano, que en varias ocasiones había llamado la atención de Chane. Era un animal de magnífica estampa. Alonso y Miller, expertos ambos en sus faenas, consiguieron ponerle al alcance del lazo de Manerube, pero éste erró, y la cuerda, restallando sobre la cabeza del bruto, le espantó de tal suerte que el terror pareció prestarle alas. Con dos o tres magníficos brincos recobró el equilibrio y salió disparado hacia la cerca, con tal celeridad que algunos de los caballistas no pudieron contenerle.

-¡Oh!... ¡Miradle! -gritó Chess.

-¡Muchachos!... ¡Es capaz de saltar la cerca! -declaró excitado Chane.

-¡Va viento en popa y a toda vela! -comentó el marino.

-¡A fe que es... *grrrande*! -asintió el irlandés. El ruano buscaba la libertad o la muerte. Su actitud evidenciaba algo más que el simple salvajismo del *señor*.

Parecía temer menos a la erizada barrera que a los bípedos enemigos, con sus terribles cuerdas. Tomó el salto, como un galgo, desde lejos, para evitar rozar la alambrada. Surcó los aires con espléndido estilo, cabeza erguida, crines y cola al viento. Sus manos salvaron el obstáculo, pero tocó con las patas traseras. El alambre se rompió, vibrando metálicamente. El animal cayó sobre un brazuelo, rodó al dar en tierra y se volvió a levantar, saliendo a galope, evidentemente indemne del accidente.

Chane lanzó un alarido de exaltación. Melberne ordenó concisamente a su gente que dejasen entrar nuevos cerriles al corral. Mientras cumplían la orden, Chane se puso al cinto otro manojo de cuerdas cortas.

-Manerube no sabe lo que hace -declaró, indignado, Melberne.

-¿Quién dijo que lo supiera? -replicó Chane.

-Él mismo.

-Pues... si es usted lo bastante simple como para dar crédito a sus palabras... aguante las consecuencias.

Viendo entrar como una tromba la manada de desatinados animales, ambos se refugiaron contra la cerca.

-¡Manos a la obra! -gritó Chane-. ¡A ver quién sigue mi paso!

Era una bravata, lanzada en muy distinto tono del amistoso espíritu de rivalidad característico entre los caballistas de los abertales. Chane sentíase ofendido, le hervía la sangre y su talante era peligroso. En sus facciones adivinábase una hosca y resuelta expresión de desafío. Se pro-ponía «tumbar» a Melberne y al resto de su brigada de cansancio, tan efectivamente como si los hubiese derribado con las manos, y ellos, no menos excitados, contestaron violentamente a su reto. Volteando el lazo, Chane entró en el corral.

El sol caía a plomo y del suelo del cercado alzábanse oleadas de polvo y de calor.

-Sesenta y ocho -dijo roncamente Chane soltando con agarrotados dedos el nudo corredizo al último atado-. Ya... está... listo.

Utah se dejó resbalar de la cabeza del animal, quedándose donde había caído. El cerril se levantó trabajosamente.

-¿Llegamos... a... los sesenta y nueve? -preguntó Chane contemplando al derrengado caballista.

-Yo... renuncio -murmuró Utah.

Los dos hombres llevaban buen rato trabajando solos. Chess había sido el primero en ceder, luego Melberne y, finalmente, el capitán Bunck, tras una magnífica exhibición de resistencia física había sucumbido a la fatiga. La brigada de Manerube suspendió el trabajo una hora antes.

Acercándose al lugar donde Melberne descansaba contra la cerca, Chane recogió lentamente el lazo.

-Sesenta... y ocho... Melberne y... la puntilla para Utah.

-¡Condenado se vea, Weymer! -declaró Melberne deliberadamente.

Chane se limitó a mirarle sorprendido, buscando el por-qué de verse conminar con la condenación después de ocho horas de trabajar como un negro. Melberne estaba descansando. Había enjugado el sudor y el polvo de su rostro, de forma que podía leerse claramente su expresión y a Chane le pareció enigmática.

-Sesenta y ocho, y cincuenta y seis, son ciento veinticuatro -dijo el *boss*-. Con los cuarenta y nueve de Manerube hacen un total de ciento sesenta y tres.

-¡Para diez hombres... novatos algunos de ellos... es un resultado... espléndido -jadeó Chane sentándose penosamente y secándose el rostro.

-¡Infiernos coronados! -exclamó Melberne alzando los brazos.

-Ya le dije... que sería infernal.

-No me refiero a lo que usted cree -gruñó Melberne. -Bueno, *boss*... aún falta lo peor -replicó Chane con todo la malicia de que era capaz.

-¡Uh! ... Ya me lo dijo otra vez... Weymer. ¿Me ha visto usted nunca echarme atrás?

-No, Melberne -contestó sosegadamente el otro-, y hacia usted... sólo siento respeto.

-Bien está. Vamos a comer y emprenderemos la conducción al embarcadero. Tengo curiosidad por ver qué pasa. Chess, trae la alforja y llama a la gente.

Todos los caballistas, menos dos, estaban montados y alineados a ambos lados del portillo, que al ser abierto por los de a pie parecía ofrecer una avenida aparentemente libre a los incapacitados cerriles. No fue preciso ajorarlos. Cuando aún estaba a medio abrir el paso, algunos de ellos se precipitaron por él, hacia el baldío, seguidos en tropel por los demás,

Chane, luego de cerrar, montó a *Brutus*, siendo el último en entrar en acción. Una larga hilera de caballos se extendía ante él a través del valle, y a ambos lados iban los desbravadores. Los animales atados así requerían especial atención al ser conducidos. *Brutus* vióse obligado a trotar para mantenerse a su altura. Era preciso sostener un paso uniforme en lo posible, porque si los unos iban despacio, y los otros aprisa, se diseminarían de tal modo que los diez caballistas serían incapaces de evitar que muchos escaparan. Conducciones semejantes eran una pesadilla para Chane. Jamás tomó parte en una que no fuese mera carrera, porque, en efecto, los cerriles corrían en pos de su libertad, aunque, si alguno lograba escabullirse, era una muerte lenta lo que hallaba. Chane tenía a Alonso y a Utah consigo a retaguardia de la semoviente hilera, y los tres, llevados de su compasión, procurarían que no se rezagase animal alguno.

Salieron del valle, doblando el collado para desembocar en la planicie que se extendía hacia el Norte. Los cerriles veíanse privados de su ligereza pero no de su resistencia. No obstante, hasta que llegaron a la región áspera y roquiza, no aflojaron el paso ni dieron muestras de inusitado esfuerzo. Chane sabía lo que podía esperarse y la sola idea le repugnaba. Se dedicó por completo a su tarea y la persecución y el acoso de los malaventurados cerriles embargó su mente con exclusión de toda otra idea.

A media tarde, lo que quedaba de la primera asignación de los capturados cerriles de Melberne llegó a los corrales de Wund, pequeño poblado en la terminal del ferrocarril. Allí

disponían de ayuda, porque el embarque de cerriles constituía ya un negocio de importancia en aquella parte de Utah. La caballada de Melberne estaba a punto de agotamiento. Treinta y siete cabezas perdidas o muertas por el camino; algunos, en un estado que requería inmediata destrucción; otros, con grandes mataduras y lesiones ya infectadas, y no pocos con las extremidades hinchadas hasta el doble de su tamaño normal.

Había que quitar cuanto antes las cuerdas de las patas. El hacerlo suponía lacear y derribar de nuevo a los animales, sujetándoles hasta desatar la ligadura. El espectáculo de los sufrimientos de aquellos salvajes animales afectaba más hondamente a Chane de cuantos actos de crueldad hacia las bestias conocía. A no estar seguro de que con su destreza y su actividad les ahorraba mayo-res torturas, no habría podido dar fin a su tarea.

De las ciento setenta y tres cabezas salidas de Stark Valley quedaban ciento veinte en condiciones de embarque. Melberne recibió por ellas algo más de mil quinientos dólares.

-El doble de lo que me costó el equipo -murmuró.

Chane, oyendo la observación, ponderó su significado. El tono de Melberne le hacía creer que el *boss* habría preferido tirar aquel dinero. En su actitud no se advertía ni desencanto ni acerbidad. Una emoción más intensa que ambas le embargaba. Había perdido la característica *bonhomie* de antes, y trataba con escasa cortesía a su ex asociado Loughbridge, quien, por su parte, evidentemente deploraba la ligereza cometida, renunciando a su autoridad sobre el equipo. Pero la más obvia de las reacciones de Melberne era su deseo de mantenerse lo más lejos posible de Manerube y su fanfarria.

Durante la cena, en la taberna destinada a ganaderos y desbravadores, la conversación recayó principalmente sobre el remanente de cerriles dejado en Stark Valley. Melberne no participó en ella. Manerube, apoyado por Loughbridge, se mostraba ruidosamente inclinado a con-tratar nutrida brigada de caballistas que cooperasen en la labor de ligadura.

-No podía desenvolverme -protestaba Manerube Todo lo tuve que hacer yo solo. Alonso se «echó atrás». Pudo ayudarme, pero no lo hizo; y Miller igual. Si hubiese tenido gente...

-Es... usted... -tartajeó el acusado Miller feroz-mente.

-Manerube -interrumpió con glacial acento Melberne-, opino que Miller intenta llamarle embustero.

-¿Sí? -gritó el otro poniéndose en pie y mirando airado al caballista-. Pues... si no puede hablar que lo diga por señas. ¿Dice que soy un embustero?

Miller no era agresivo por temperamento y a la sazón, dominado tal vez por el insolente aplomo de Manerube ante los presentes, no intentó contestarle. Bajando la cabeza, siguió comiendo. Chane observó que no era única-mente Miller quien así procedía. Melberne y Utah parecían no menos absortos en la contemplación de los manjares que tenían delante sin tocarlos. Por segunda vez, Chane experimentó la sensación del paso de una crisis a la que Manerube parecía tan ajeno como si fuese ciego y sordo.

El crepúsculo halló a Chane a la cabeza del equipo de Melberne en el camino de Stark Valley. Por una vez, *Brutus* parecía satisfecho de acomodar su paso al trote de los demás caballos. Chess, al lado de su hermano, estaba demasiado rendido para hablar, v Chane, abrumado por la pesadumbre del sórdido día, no hallaba nada que decir, ni siquiera las ideas que por lo general le sugería una caballada nocturna en el melancólico desierto.

Librodot

XII

Al esconderse entre los cedros del collado oeste de Stark Valley para atisbar el paso de los desbravadores camino de Wund con los capturados cerriles, Susana Melberne tenía plena confianza de sus actos. Su intención era dejar que se perdiesen de vista antes de poner en práctica su desesperado plan. Pero... no había descontado, el efecto que le produciría la larga hilera de magníficos potros renqueando en tres patas, tullidos muchos de ellos, chorreando sangre algunos, evidenciando todos insólita y terrible tensión.

Chane Weymer era el último de los caballistas. El palmario deseo manifestado en sus maniobras de evitar a los cerriles innecesarios sufrimientos, su vehemente ademán de impotencia cuando, en cierta ocasión, cayó una de los potros... despertaron en Susana impresiones que no tan sólo inclinaron su corazón hacia él, sino que robustecieron su ánimo para la misión que se había impuesto.

-Si padre se entera, es capaz de matarme -soliloquió Susana viendo desaparecer al última jinete de la caballada. Aun no habiendo sido testigo presencial de la brutal empresa, habría tenido arrestos bastantes: para llevar a cabo su propósito. No la habría disuadido nada-. ¿Cómo puede tolerarlo padre? -murmuró-. Será un fracaso. Esos pobres potros están aspeados... ¡Oh! ¡Me gustaría hacer lo misma con Manerube y ajorarle «a él»... a latigazos!

Retrocedió al lugar adonde había dejado su caballo entre los cedros, y montando trabajosamente, aún tenía resentida la rodilla, echó por el collado, siguiendo el mismo camino que los cerriles acababan de cruzar. En la lejanía advertíase en el valle un manchón oscuro, que identificó; eran los caballos encerrados aún en el corral. Su vista la hizo estremecer, y a pesar de que cada desigualdad del terreno provocaba una punzada de dolor en la rodilla, puso a galope su montura.

La excursión de Susana no era de placer. No se detuvo a contemplar las lejanas purpúreas sierras ni las maravillosas laderas de la Meseta del Caballo Cerril. Conejos, coyotes y lagartos atrajeron su mirada sin despertar su interés. Estaba a punto de consumar el más independiente y más temerario acto de su vida. Sentíase impulsada a ello. El creciente y devorador fuego de su amor había destruido su templanza y los largos días de forzosa inmovilidad, que siguieron a su accidente, habían sido muy negros.

A poco, el camina seguido por los potros desembocó en la planicie del valle, en la alta valla de postes y alambres. Llegó a primer corral. Era el más pequeño y estaba vacío. Habían dejado cerrado el portillo, aunque sin travesaño. Susana echó pie a tierra y, a fuerza de tirar, logró abrirlo de par en par. Hecho esto, deliberó un momento. Al lado opuesto del corral vio otro portillo mayor. Detrás se agitaba la masa relinchante e inquieta de los cerriles. Un palio de polvo planeaba sobre ellos. El sol caía a plomo. ¡Qué sed debían de tener los infelices!

-.Dejo mi caballo aquí o allí? -se preguntó, perpleja, Susana. Finalmente resolvió tenerlo a mano. En atención a su rodilla prefirió atravesar a pie el corral llevando de la brida a su montura. Y cada paso acrecentó el tumulto de su pecho. ¡Qué difícil era su empresa! ¿Tenía, en realidad, derecha a echar por tierra la obra de su padre? Cuando llegó al extremo arribeño del corral, su conciencia y sus temores trababan reñida lucha con su amor por los salvajes animales. Jadeaba. La excitación y el esfuerzo la rendían. Su caballo lanzó un agudo relincho. En el corral contiguo se elevó un verdadero pandemónium. La polvareda se hizo insoportable.

Contempló el enorme portillo.

-¿Podré abrirlo?... ¡«He de poder»!... -grito.

Su idea había sido dejar atado su caballo y luego abrir. Pero vio que le sería preciso valerse de él. Acercándose a la alambrada miró a los cerriles. Su presencia les había hecho retroceder. Todas las cabezas estaban en su dirección, cabezas de líneas perfectas, salvajes, bellísimas. Vio centenares de ojos terribles, feroces, sombríos, fijos, a su juicio acusadores, en

ella. ¡Qué enormidad de caballos! ¡Debía de haber centenares, millares tal vez! El peso de sus emociones hizo temblar a Susana. ¡Imposible volverse atrás!

Un incesante zumbido llamó su atención. Mientras los animales estaban en movimiento no se había dejado sentir. ¡Moscas! Un enjambre de moscas la envolvía. Moscas tan grandes como abejas... tábanos... la abominación que hace miserable la vida a los solípedos. Las alertadas pupilas de Susana se percataron de los desgarrones y rasguños en las patas y en los pechos de los cerriles, dándole una nueva idea de los efectos del alambre de espino. ¡Heridas abiertas y tábanos! Para un amante de los caballos no podía concebirse más horrible combinación.

La operación de soltar las alambradas que mantenían cerrado el portillo reclamó toda la fuerza de Susana. El portillo mismo le fue imposible abrirlo. Cogiendo la reata de su silla ató uno de sus extremos al barrote superior, deliberando luego si sería más acertado montar, mientras su caballo tiraba del portillo para abrirlo o llevarlo de la brida. Decidió que esto último sería seguro, aun corriendo el riesgo de perder su montura. Anudó el otro extremo de la reata a la perilla de su silla y acució al animal, que de un tirón abrió el portillo. Susana desató precipitada-mente la cuerda, esperando, temerosa, la prevista estampida. Pero tuvo tiempo sobrado de quitarse del paso. Luego, miró allende la cerca.

Los cerriles más próximos se habían dado inmediata cuenta de la solución de continuidad en aquella barrera que los apresaba. Y estaban fascinados. El penetrante relincho de un semental fue como la señal para un coro discordante. Le sucedió un inquieto repiqueteo de cascos. Se destacó un cabecilla... la más salvaje criatura que Su-sana viera en su vida negro como el carbón... todo nervio y todo fuego. Trotó desconfiado y alerta hacia el portillo, mirando a diestro y siniestro con ojos encendidos y fe-roces. Tomando una decisión, cruzó el abierto espacio, raudo como una centella. Le siguió un tordo, un bayo, un alazán y se precipitaron hacia la anhelada libertad.

-¡,Corred! ¡Oh! ¡Corred! -gritó Susana, atenazado e1 corazón por el gozo y el terror del momento.

El pateo se aceleró, hasta formar un ruido uniforme como de un solo casco. Por la abertura desembocó un torrente de desenfrenados animales. Susana lo vio extenderse por el corral hasta el otro portillo. Luego el polvo oscureció su visión. El estruendo era terrorífico. Fue acrecentándose en forma tal, que hubo un momento en el que creyó no poder resistirlo. Le pareció interminable el tiempo hasta que el pateo, el baque de los cuerpos, los penetrantes relinchos, fueron decreciendo, alejándose, hasta morir con la distancia.

Susana se halló reclinada contra un poste, con la brida de su caballo en la mano, rendida por las violentas emociones. El polvo se iba asentando lentamente. A lo lejos, una nube amarillenta parecía ir hacia el Oeste. La joven se dejó resbalar al suelo.

-¡Libres!... ¡Oh Dios! ¿Qué es lo que he hecho? -jadeó.

Entonces se le apareció en toda su magnitud el agravio Que había inferido a su padre a impulsos de un instinto tan arraigado y tan salvaje en ella como en los animales... el amor a la vida y a la libertad. Permaneció inmóvil durante largo rato, abrumada bajo el enorme peso del hecho realizado. Finalmente vio lo imperativo de su regreso al campamento. La distancia era grande y el sol iba ya a su ocaso.

Cuando llegó a la linde oriental del olmedo, anochecía. Jake no estaba a la vista. Las mujeres entregábanse a sus quehaceres. Susana desenjaezó su caballo, ganando la reclusión de su tienda sin ser vista. Se tendió sobre el camastro en un estado de agotamiento y de agitación sin precedente su experiencia. Sentíase ardorosa y quebrantada. La lesión de la rodilla parecía haberse renovado. Sus pensamientos y sus emociones estaban en armonía con su estado físico. Unos momentos de absoluta relajación, y luego, de descanso, le permitieron recobrar la necesaria compostura para poder presentarse con seguridad al ser llamada para cenar. La *señor*a Melberne no tenía evidentemente idea del momento en que Susana había regresado y su capital preocupación era por haberse retrasado en aprontar la cena. Gracias a la semioscuridad, ni la astuta Ora, ni el obsequioso Jake advirtieron nada de particular en

Susana. Y la verdad era que la joven apenas tuvo fuerzas para volver a su tienda y acostarse.

Durante la noche despertó de un pesado sueño. Oyó caballos y voces varoniles. Habían vuelto los caballistas. La voz de Chane, Weymer hizo dar un brinco a su corazón. Ante su tienda oyó apagado ruido de cascos y trisca de la hojarasca.

-Brutos, por fin acabó el día. ¡Ojalá no tuviese un mañana!

Su voz parecía triste y profunda, impregnada de hastío del esfuerzo de la vida, pero llena de afecto por el noble animal. Susana sintió una oleada de emoción. ¿Qué no habría dado por oír aquella misma nota en la voz de Chane hablando con ella? En la negrura de su tienda podía dar libertad a su dolorido corazón. La luz del día la obligaba a ser hipócrita.

Se quedó dormida, no despertando hasta la mañana, y aun entonces permaneció inmóvil horas enteras, a su juicio, antes de levantarse. ¿Qué traería consigo el nuevo día? Cuando salió, la *señor*a Loughbridge la informó aviesa-mente de que podía, si quería, prepararse su propio desayuno. Susana halló la información muy de su agrado, por proporcionarle motivo de rondar por la fogata con una excusa lógica que encubriese su intensa curiosidad. Mientras comía, los diferentes miembros del equipo, Melberne entraron solos, o por grupos, en el campamento. Su presencia excitó la audacia de la joven. ¡Les había burlado! Sin embargo, cuando, su padre compareció, no se atrevió a afrontarle.

-¡Hola, muchacha! ¿Desayunas o almuerzas? -preguntó inclinándose para besarla. Susana tuvo la súbita impresión de que volvía a ser el de siempre y, acongojándola, la deleitó.

-¡Dad!... ¡Tan pronto de vuelta!

¡Vaya! ¡Y hecho cisco!

-Yo... yo creí que hoy ibas a Wund con los cerriles -consiguió decir, menospreciándose por su doblez.

-da! ¡Ja! «Creíste», ¿eh? Yo también lo «creí», pero Susana, los cerriles abrieron, los portillos de los corrales o se los abrió alguien... ¡No queda ni uno! El único rastro es el pelo que han dejado en los pinchos de la alambrada.

-¡Oh! -gritó Susana en un arrebato de emoción.

Que la exclamación fuese más bien de alivio, que de natural sorpresa, o duelo por lo ocurrido, no podía ocurrírsele nunca a su padre.

Se inclinó hacia ella, murmurando roncamente: -¡En mi condenada vida me he alegrado tanto de una peripecia!

-¡Dad! -gritó la muchacha poniéndose de pie tan bruscamente que echó a rodar el resto de su desayuno. La alegría de su expresión no era ficticia. Le besó repetidamente. Sentíase a punto de echarse a llorar-. ¿No... no volverás a usar espino artificial?

-¡Uh! ¡Claro que no! En todo el Oeste no hay un ganadero que aborrezca el espino más que yo, y puedo decirte que los ganaderos «de veras», los de la vieja escuela de Texas, que es donde se hacen los buenos, todos aborrecen las cercas.

-Dad, estoy... muy contenta... -tartamudeó Susana-. Sólo anhelo que no hayas perdido dinero.

-Me he quedado, poco más o menos, en paz, Susana, y tengo liquidados a Loughbridge y a los desbravadores. Pero, escucha... no des a entender que me alegro de que haya fracasado el negocio.

-Yo también tengo mis secretos, Dad -replicó Susana riendo. Algún día tal vez se atrevería a confesarle, cuando menos, uno de ellos.

Loughbridge invitó ásperamente a Melberne a que se uniese al grupo que rodeaba la fogata. Allí estaba Manerube con dos caballistas forasteros, indudablemente pro-cedentes de Wund. A Susana no le agradó su apariencia.

El resto del equipo de Melberne sentábase formando semicírculo. Notábase evidente excitación, al parecer, dimanante del grupo Loughbridge. Susana, obedeciendo a una indicación de, su padre, se apartó, y fue a sentarse en un tocón de olmo.

Salvo que se lo prohibieran claramente, proyectaba presenciar y oír cuanto ocurriese.

-Melberne, a esos cerriles les dio suelta alguien de este campamento -declaró

Loughbridge positivamente.

-¿Aún te dura eso? Pues te diré, Jim, que estoy muy cansado y tu voz no es precisamente un descanso.

-¡Así y todo tendrás que oírme! -replicó el otro-. Manerube jura que puede probarlo.

-¡Uh! ¿Probar el qué? -gruñó Melberne cambiando de actitud.

-Que alguien perteneciente al campamento abrió los portillos de los corrales y dio suelta a los cerriles.

-¡No disparates! Aquí no quedaron más que mujeres y Jake -repuso Melberne.

-Parte de tu brigada llegó al campamento anoche antes de las once -prosiguió Loughbridge-. Entre esa hora y el amanecer hubo tiempo sobrado para que «un caballista» realizase la hazaña.

-¡Psh!... es posible -rezongó Melberne-. ¿Acusa Manerube a alguno de los caballistas que llegaron primero anoche?

-No, todavía no.

-¡Uh! Bueno, pues ya me lo diréis antes de que empiece a acusar, porque ahora estoy demasiado molido para esperarme.

La indignación de Loughbridge subió de punto ante el pausado y sarcástico acento de su ex socio, al que miró con incertidumbre y hostilidad. Luego prorrumpió vehementemente:

-Si Manerube logra probarlo, tendrás que hacerme bueno lo que habríamos ganada con las dos caballadas más.

-Loughbridge, desgaritas -replicó Melberne-. Estás tan obcecado como lo estaba yo cuando formé sociedad contigo, o cuando hice caso a Manerube.

-¿Desgarito, eh? -vociferó roncamente el otro-. Pues loco y todo tendrás: que pagarme.

--¡Más que loco! Y en cuanto a las pruebas de Manerube, te diré que opino que no es capaz de probar ni el agua clara.

-¡Infiernos coronados! ¡A mí que me importa tu opinión! ¡Habla de dinero! ¡«De dinero»!

-Pues... ya has cobrado hasta el último dólar por mi parte, Loughbridge. Y si mis opiniones te interesan tan poco..., tal vez te interesará más mi armamento.

Cesó la voz, glacial y sosegada, y reinó un silencio que puso de relieve el efecto del súbita contraste entre el tono y la actitud de Melberne.

-¿Qué? -gritó Loughbridge trocándose en lividez la rojez de su rastro.

-Los mormones me han enseñado a tener paciencia, pero... soy oriundo de Texas... -replicó Melberne con más dignidad que apasionamiento. Sin embargo, no había desaparecida la nota amenazadora de su acento.

-Aquí termina nuestra asociación, Melberne -dijo Loughbridge-. Quiera la mitad de este equipo.

-Tuya es... en cuanto me la pagues. Antes no -replicó el *boss* dirigiéndose hacia las tiendas, poniendo fin, con un ademán, a la discusión.

Loughbridge se llevó aparte a Manerube y a los dos caballistas forasteros, entablando animada conversación con ellos a media voz.

Susana, repuesta de la impresión que el choque de su padre con Loughbridge le causara, estaba a punto de retirarse, cuando Chane Weymer compareció ante ella. La sonrisa que asomaba a sus labios la desarmó de momento. Su corazón hizo traición a su voluntad.

-¡Palabra que es usted una mocita de arrestos, Susana! -dijo, en voz muy baja, Chane. Era la primera vez que la llamaba por su nombre y también que la elogiaba.

-¿De veras? -replicó con impertinente tono ella, aun sabiendo que, de no venir en su ayuda un acceso de ira, o algo parecido, se ruborizaría vivamente.

-¡Tiene usted unos pies tan diminutos! ¡Y... sus botas de montar dejan unas huellas tan bonitas! -prosiguió Chane siempre en voz baja y sonriendo. Sus palabras tenían extraña significación. Susana sintió un escalofrío.

-Eso... eso cree usted -balbució.

Librodot

El caballista miró a su alrededor, al parecer indiferente, aunque Susana vio la alertada vivacidad de sus pupilas. Era sensato. Era amable. Se echó a temblar al comprender que de cierto modo venía otra vez en su ayuda. Súbita-mente, él se acercó.

-Manerube debe de haber visto sus huellas por las portillas de los corrales -dijo apresuradamente-. Pero no podrá probarlo. Yo las hallé más tarde y las borré en el polvo. Ya no existen.

-¡Ah! -Susana exhaló un suspiro llevándose las manos al pecho.

-Hizo usted una buena obra, y que requería nervio, muchacha. Yo también ansiaba poner en libertad a esos cerriles.

Susana no pudo contestar, no porque no quisiera manifestarle su gratitud por el servicio y el cumplido, sino porque la mirada de sus pupilas, la expresión que antes jamás había visto en ellas, la hacían enmudecer. Chane la contemplaba absorto, como si ofreciese un nuevo aspecto digno de admiración. E iba a desplegar los labios, cuando el ruido de voces y el martilleo de cascos, en el suelo, vino a interrumpirles. Chane se irguió para ver mejor. Su torvo semblante se iluminó de gozo.

-¡Los pintes! ¡Hospa! ¡Mi amigo Toddy Nokin con mis patios! -exclamó echando a correr hacia un jinete indio que entraba en el campamento.

Susana vio una cenceña figura compacta a caballo en un hirsuto potro. Chane se abalanzó a saludarle. El semblante del piute, que parecía una máscara de bronce, se animó, llenándose de arrugas al sonreír. Tendió una nervuda mano que el desbravador estrechó entre las suyas. Aun sin poder distinguir las palabras, Susana comprendió que era. el saludo de dos amigos verdaderos.

Una reata de potros de finos remos y largas crines desembocaba del olmedo, rodeada de pintorescos indios, con sus sombreros de puntiaguda copa, sus cuentas de vidrio, y sus aplicaciones de plata. Qué esbeltos y flexibles eran! ¡Con cuánta gracia y destreza montaban!

Al volver la vista a Chane y al piute, Susana quedó, sorprendida viendo que se había unido a ellos una joven india. Iba destocada, y su cabello, negro como el ala del cuervo, rutilaba al sol. Parecía joven. Su pequeño rostro, ovalado, su grácil figurita, la banda blanca recamada de cuentas que ceñía su frente, los botones de plata y los adornos de su blusa de terciopelo... todos los detalles de su persona fueron patentes para Susana en el instante previo al desencadenamiento en su pecho de la extraña y reprimida emoción que la embargaba, a punto de es-tallar.

Chane dijo algo en indio a la muchacha, quizá su nombre, porque sonrió, como había sonreído el viejo pinte, y la sonrisa, que prestó mayor belleza a su atezado rostro, vino a echar por tierra los diques de la extraña emoción de Susana.

Su sangre abandonó el corazón para agolparse en sus sienes y en su pecho, cargada de abrasadores celos. El orgullo y la vergüenza, por intensos que fuesen, resultaban impotentes para apagar su ardor. La muchacha prolongó un instante más su suplicio con femenil perversidad, y durante él, vio a Chane saludar a la india. No pudo más. Desviando la vista fue lentamente hacia su tienda, afectando aparente indiferencia, pero cuando se halló en la secreta reclusión de su vivienda, le abandonaron las fuerzas, y, renunciando a todo fingimiento, se dejó caer de rodillas ante el camastro, abrumada, de dolor y de vergüenza.

Cuando la llamaron para almorzar al mediodía, Susana no contestó, permaneció en su tienda, pugnando por re-cobrar la fortaleza necesaria para afrontar la inevitable prueba que la esperaba. Acogió con gratitud el aparente olvido de los demás. El campamento estaba más animado que nunca, y a sus oídos llegaban de continuo las voces de quienes pasaban frente a su tienda, las risotadas de las desbravadores, el piafar de los caballos. Aunque perduraba su inquietud, por el posible resultado del conflicto de su padre con Loughbridge, no se detuvo a ponderarlo. Su conflicto personal ocupaba el primer puesto en su mente.

Unos pesados pasos afuera la llevaron a la entrada de su tienda.

-¿Estás en casa, Susana? -preguntó su padre. -Para ti siempre, Dad. Entra -replicó alzando la lona.

Él entró, volviendo a cerrar tras de sí. Tirando su sombrero sobre el camastro, con ademán de quien piensa hacer larga la visita, afrontó a Susana con peculiar expresión, que ella interpretó mezclada de simpatía, de perplejidad, remordimiento y algo más, intangible de momento.

-Muchacha, si quieres ver a Dad «hecho un lío», mírame -dijo.

-Te miro y... no parecen tan apurado como dicen -replicó ella riendo nerviosamente-. ¿Qué ocurre?

-Un montón de cosas, pero principalmente que soy un condenado idiota.

-¿Has vuelto a discutir con Loughbridge?

-Palabras no le faltan. No me deja ni a sol ni a sombra, pidiéndome el dinero. Pronto le ajustaré las cuentas. No es Loughbridge quien me preocupa ahora.

-Entonces, ¿quién es?

Su padre se sentó en el catre, y Susana, cuyo corazón empezaba a perder la serenidad, se acomodó en el suelo, a su lado. A no haberle visto tan bondadoso, tan... «protector», por decirlo así, Susana le habría tenido miedo.

-¿Qué te preocupa, Dad? -preguntó.

-Ese Chane Weymer -dijo.

-¡Oh. Dad! ¡No me digas que te has peleado con él! -exclamó.

Melberne contempló a su hija, clavando en sus pupilas la mirada.

-¿Y qué dirías si te anunciase que Weymer y yo vamos a reñir?

-¿Reñir? ¡Oh, cielos, no! Dad, no te dejaría nunca reñir con él.

-¡Uh! Ya presentía yo que no, muchacha -replicó sagazmente-. No quería sino darte un susto. La verdad es que no hay motivo para reñir.

Susana se apoyó en su hombro, ocultando el delator semblante, mientras el pánico que las palabras de su padre habían provocado en su pecho se calmaba. Notó que Melberne ceñía can un abrazo su cintura, atrayéndola hacia si.

-Muchacha, tú y yo estamos en un endiablado, atolladero.

-¿Te refieres a los cerriles?

-No. A Chane.

-¡A Chane! -repitió con voz inexpresiva.

-A Chane, sí. Hoy no estás muy despierta de mollera. Y... no me extraña, pero... ¿no te «hueles» dónde está el enredo?

-¿Tu enredo con Ch..., con él? No, Dad.

-Pena me da tener que reconocerlo, pero... más bien me alegro que lo siento... muchacha... Hemos cometido una falta con Weymer. Ya hace días que me lo figuraba. Y hoy lo sé de cierto. Es el hombre más cabal que he conocido en mi vida. Manerube es un embustero despreciable. Es... todo lo que él dijo aquella noche que era Weymer. Es... todo lo que le llamó Chess, y mucho más.

A Susana le pareció recibir una puñalada en el corazón. Luego, el gozo pudo más que el dolor. Con los ojos arrasados de lágrimas cayó en brazos de su padre.

-Muchacha, ¿amas a Chane? -preguntó él.

La pregunta, las sencillas palabras en otros labios que los suyos, su tremendo significado, hicieron temblar como una hoja a la joven. Le era imposible enunciar una respuesta. Se había traicionado a sí misma. Mas no fue la revelación de su secreto lo que selló sus labios.

-No es preciso que lo confieses -continuó su padre-, opino que ya lo sé. Te vi mirar a Chane una vez... como tu madre solía mirarme a mí.

La retuvo en silencio unos instantes junto a su pecho, hasta que hubo recobrado la compostura para incorporarse, enjugar su llanto y afrontar la situación.

-No puedes figurarte lo contenta que estoy oyéndote decir eso de Chane, Dad. Ya sabrás por qué. Ahora dime... dime cómo lo has sabido...

-Te lo diré -replicó su padre-. Esos pintes y navajas son amigos de Weymer. Han traído

una punta de potros para que él se los venda. Cuando el viejo piute, Toddy Nokin, vio a Manerube, echó mano a su rifle. Estaba dispuesto a acabar con él. Pero Chane le quitó el arma y disputó con el indio. Toddy Nokin parecía haber perdido la cabeza. No acertaba a comprender a Weymer y, de momento, yo tampoco. Aunque puedes creer que resolví enterarme. Al parecer, el piute es un jefe y hombre de dignidad e inteligencia. Habla un poco el inglés. Dice que, a su juicio, Manerube es un cuatrero asociado con Bud McPherson, aunque esto no puede probarlo.

«Él y Chane sorprendieron a Manerube raptando a la muchacha india Sosie. ¿Recuerdas que cuando Manerube se presentó en el campamento traía la cara llena de cardenales? ¿Y cómo alardeó de lo que había hecho a su adversario? Pues la verdad es que Chane le dio una paliza y le echó de aquellos lugares. ¿Recuerdas que eso fue lo que dijo Manerube que había hecho con Weymer?

-¡Sí recuerdo! ¿Podré algún día «olvidar que lo creí»? -gritó Susana estremeciéndose.

-Bueno, pues Manerube es quien goza de mala reputación entre los indios, y no Chane. Hemos hablado también con el navaja.

»Dice que Chane no fue nunca *squaw*-man. Después la emprendí con la chica Sosie. Y me llevé la primera sor-presa, Susana. Tiene una buena educación. Habla tan bien como tú. Y lo que dijo de Manerube no fue grano de anís... No me extrañaría que los pintes «se carguen» a ese caballista... En fin, el caso es que Chane es entre los in-dios lo que deberían de ser, y no son, los misioneros.

-¡Oh! ¡En el fondo del alma me lo figuraba! ¡Pero los malditos celos... t -se lamentó Susana.

-Bueno, muchacha. A mí también me «dio lo mío» Chane -prosiguió su padre-. Fui en su busca y, como hacen los hombres, le dije claramente que le había agraviado y que lo deploraba. Y el condenado sujeto me preguntó: ¿«por qué»? Yo le contesté que por dar crédito a Manerube y, ¿qué te parece que me dijo?

-No tengo idea.

-Me dijo. «Melberne, es usted un maldito embustero. «Sabía» usted que no era verdad. Cállese la boca y seamos amigos...» Bueno; Chane me ha dejado atónito en más de una ocasión, pero nunca tanto como ahora. Fue el colmo, y más aún porque tenía razón. Yo «sabía» que «era» un hombre. Pero esa empresa de las cercas me des-concertó y me hizo perder la sesera.

-¿De modo que te perdonó? -preguntó Susana-. ¿Me perdonará a mí algún día?

-¡Vaya! Tiene un corazón tan grande como el de tu madre.

-Mi caso es distinto, Dad. Iré a encontrarle... y confesaré que le he ofendido... le diré que soy... poca cosa... infeliz... pero no «puedo» solicitar su perdón.

-Ni será preciso, chiquilla. El hombre está chiflado por ti. Sé...

-Dad...¡ por favor! -imploró Susana.

-No hagas caso de mi franqueza. Soy rudo y torpe, y... no caviles más de lo necesario por el giro que han tomado los asuntos. Es desagradable, pero me alegro, y de fijo tú también te alegras.

-«Ahora» sí. Aunque... para mí es temible.

-¡Ea, muchacha!, compóntelas como quieras -respondió él suspirando-. Estoy seguro de que se arreglarán las cosas. Siempre para igual.

-¿Qué piensas hacer con Loughbridge y Manerube?

-preguntó Susana recordando otros aspectos de la cuestión.

-Sacudírmelos de encima -replicó su padre-, y luego, en marcha hacia la Meseta del Caballo Cerril. ¿A cazar más potros?

-Sí, pero honradamente; tal vez tenga la suerte de hacerme con *Panquitch*. Si así fuese... te lo regalo. Pero

Chane dice que no existe hombre capaz de tomarle a él la delantera con ese animal.

-Entonces... ¿es que viene Chane con nosotros? -preguntó Susana velando con los

Librodot

párpados sus chispeantes pupilas.

-¡Vaya! Nos seguirá a *Nightwatch Springs*, que, según afirma, es el lugar de todo Utah más apropiado para un rancho.

Más tarde, sentada Susana con Ora y con Chess, en un tocón de olmo, era, sin duda, la más absortamente interesada de los tres por Sosie la muchacha piute. Susana había salido a afrontar resueltamente lo que calificaba de severa prueba, mas era tal su curiosidad por ver y oír a la doncella india, que lo habría arrostrado todo por satisfacerla; el disgusto, además de la curiosidad, había sido su más predominante sentimiento.

Se vio abocada a quedar tan sorprendida como su padre, En un principio consideró a Sosie como una criatura exótica, asexual, semisalvaje. Eran impresiones formadas mucho antes de arraigarse.

Evidentemente, Sosie acogía gustosa la oportunidad de alternar con jóvenes blancas. Chess logró disipar, sin gran esfuerzo, la relativa timidez que la embargaba, inspirándole la idea de hablarles de sí misma. Jamás había oído Susana historia de tan trágica fascinación. Sosie narró su infancia apacentando cabras y ovejas en el desierto, su forzosa entrada en una Escuela municipal y después, en un colegio de California, aprendiendo en ambos el lenguaje y las costumbres de los blancos. Los misioneros habían transformado la religión de sus mayores. Cuando sus progresos lo justificaron, le ofrecieron la alternativa de convertirse en una sirvienta o volver al lado de sus padres. Se decidió por lo segundo, con la esperanza de emplear su educación en el mejoramiento de la vida familiar, mas sus esfuerzos se estrellaron contra la incomprensión de los suyos. Su familia creyó que las enseñanzas de los blancos la habían hecho concebir ideas de superioridad. Le era imposible seguir aceptando las creencias religiosas indias y, por otra parte, se resistía a adoptar las de los blancos. Tuvo que renunciar a sus hábitos de pulcritud, aseo, comodidad, etc., retrovertiendo a las rudas costumbres indígenas. Por último la habían acosado para que se casara. Su padre, su madre, sus parientes todos, hacían presión sobre ella para que eligiese un marido entre los de su raza. Tuvo, que ceder al fin, contrayendo enlace con uno de los bravos de su tribu, un joven jefe, educado también en las Escuelas gubernamentales. Ambos tenían mucho en común especialmente el comprenderse mutuamente y el reconocer

la fatalidad de su situación. El porvenir la encerraba, nada para ellos, excepto la vida en los abertales, que era la más adecuada para indios.

En el decurso de la narración de Sosie, el disgusto de Susana fue trocándose en intolerante indignación, sorpresa y lástima. Sosie no era lo que ella esperaba. La mucha-cha tenía positiva belleza. Su altiva y pequeña cabeza, su fúlgido cabello negro, su picaresco semblante, iluminado por los enormes ojos negros, sus bermejos labios y blanquísimos dientes, su flexible cuerpo vestido de terciopelo, adornado con plata y abalorios de cristal, sus diminutos pies, calzando mocasines... el conjunto, en una palabra, fascinaba a Susana. Era excusable, y ciertamente perdonable, que un hombre blanco se dejase atraer por la muchacha. Susana podía a duras penas creerla india.

A poco, Ora persuadió a Chess para que la acompañase a un mandado y la circunstancia permitió a Susana que-dar a solas con Sosie como deseaba. Sentíase dispuesta a ser compasiva y buena con la india. ¡Cómo despreciaba sus precipitados juicios anteriores! Los blancos, la civilización a que ella pertenecía, eran quienes habían hecho de aquella infeliz lo que era, pero... ante todo, Susana anhelaba extraña y apasionadamente oír a Sosie hablar de Manerube como éste había hablado de Chane.

-Mi padre dice que conocía usted a Manerube... -comenzó Susana, obligada a tomar la iniciativa.

-Sí; conozco a Bent Manerube -replicó Sosie francamente, aunque sin rencor-. Me ha hecho el amor. Las indias, gustamos de que los blancos nos halaguen. Manerube me convenció para que me escapase con él. Pero mi padre y Chane. Weymer nos salieron al encuentro.

-¿Y... qué... ocurrió? -preguntó Susana balbuciendo a fuerza de emoción.

Librodot

Sosie se echó a reír mostrando los perfectos y blancos dientes.

-Chane me mandó echar pie a tierra. Luego obligó a Manerube a que confesara que no pensaba casarse con-migo. Se pelearon y Chane venció a Manerube. Me habría gustado que le matara.

-¡Amaba... usted... a Manerube! -confirmó Susana desesperadamente. ¡Qué difícil era hacer ciertas preguntas! Tan sólo la sencillez de Sosie, su carencia de sofisticación, el algo, indefinible que dimanaba de no ser blanca, robustecieron la confianza de Susana para seguir preguntando.

-Supongo que sí. Pero cuando Chane le obligó. a confesar, no, y a buen seguro menos aún después de la paliza que me dio mi padre.

-¡Ah! ¿Le pegó su padre?

-Sí, y dijo que me mataría si volvía a escaparme con un blanco. En otros tiempos mi tribu descuartizó a una muchacha, miembro a miembro, por infidelidad.

-¡Qué horrible! -exclamó Susana.

-Mi educación me dice que obraron mal y mi con-ciencia de india que fue justo.

-¿Sabe usted que cuando Manerube vino al campamento nos dijo que había castigado a Chane Weymer por... por portarse mal con usted? -preguntó Susana llegando al fin a la meta de su interrogatorio.

-Sí, mi padre me llevó a hablar con el de usted -replicó Sosie-y le dije la verdad; Manerube, es embustero y malo. Chane Weymer es bueno. Mi padre se lo dirá igual. Son pocos los blancos, tan buenos como Weymer, que alternan con los indios. Yo no he conocido ninguno. Más aún, cuando estaba en el colegio, no encontré jamás blanco alguno como Chane. Si le hubiese hecho caso a él, no me habría enamorado nunca de Manerube. Pero Chane me reñía, me aconsejaba, me sermoneaba cuando lo que yo quería era que me hicieran el amor, y Chane se resistió siempre diciendo que no podía amarme porque no podía casarse conmigo.

-¡Oh! Es terrible... ¡Cuánto ha sufrido por culpa de los blancos! -gritó desolada Susana.

Eventualmente dio fin la conversación de Susana con la india, y la muchacha blanca, conmovida hasta el fondo de su alma por las revelaciones del día, se dirigió hacia a tienda de los Weymer. Su corazón rebosaba deseo de justificarse. Era cuanto pedía hacer. Aprovecharía el falso valor que le prestaban aquellos momentos de acusadora conciencia, de despectiva lástima por sí misma y de creciente gozo por Chane y Chess, para humillarse. ¡Qué bien conocía Chess a su hermano!

La muchacha les halló juntas. Chess, trenzando un látigo para Ora; Chane, atisbando su presencia con tristes pupilas. Se juró que atraería sus miradas; aunque llegasen a penetrar en su vergonzoso y secreto amor. Se juró ser fiel a sí misma, aun cuando fuese por última vez en su vida. Resueltamente fue hacia él.

-Chane, le he agraviado.

El broncíneo rostro del desbravador perdió parte de su serena calma, palideciendo.

-¿Me ha agraviado? ¿Cómo? replicó.

-Creyendo lo que Manerube dijo de usted.

-¡Ah! Estuve desafortunado.

-Fui estúpida y mezquina -añadió Susana con voz vibrante de amargura-. Luego... más tarde... no quise escuchar a mi propia conciencia.

-¿Eso me dice usted, Susana Melberne? -preguntó él incrédulamente.

-Nada de cuanto pueda decirle ha de importarle ahora. Pero... quería que supiera el concepto que tengo de mí misma.

-No... ahora no importa lo que pueda pensar... yo de usted... a usted de sí misma -dijo.

-Ha de oír lo que pienso -gritó Susana comenzando a perder la entereza-. Ha de saber que soy una chiquilla desalmada, sin sentido, sin juicio... ¡Hasta Chess denunció a Manerube por embustero y yo no supe ver-lo! Peor aún, cuando Chess me habló tan noblemente de usted no le creí. Y lo más vergonzoso ese que cuando se pelearon, cuando vi el repulsivo rostro de

Manerube luego de pegar a Chess...

-¿Qué? -gritó Chane interrumpiéndola. Se puso en pie y su actitud amilanó a la joven-. ¡Pegó a Chess! -repitió amenazador-. ¡Muchacho, ven acá!

-¡Susana! ¡Cabeza de chorlito! ¡Ahora sí que la ha armado usted buena! -exclamó, compungido, Chess. Chane asió por la camisa a su hermano, acercándole de un tirón.

-Muchacho... habías callado eso -dijo-. ¡Me has engañado, porque te lo pregunté!

-Sí, Chane..., mentí -dijo Chess.

-¿Por qué?

-Por miedo a lo que harías con Manerube.

-Luego... ¿te pegó? ¿Por defenderme? ¡Di la ver-dad!

-Ya te lo ha dicho Susana. Pero en serio, Chane, suena peor de como fue... un puñetazo más o menos no supone nada... Fue una pelea de la que él no salió tampoco muy bien librado.

Chane soltó su asidero dando un empujón a su hermano.

-¡Ya sabía yo que había algo más! -murmuró. Y bruscamente entró en su tienda.

-¡Buena la ha hecho usted, Susana! -repitió Chess. -¡Oh! No tuve intención de decirlo, se me escapó. ¿Qué puedo hacer?

-«Ahora» no hay quien detenga a Chane.

-Sí, yo le detendré -gritó ella. Comprendía que era preciso hacer algo, aunque sin la menor idea de lo que había de ser. Su mente estaba paralizada. Cuando Chane salió de la tienda, su apariencia la hizo temblar. Empuñaba un látigo y del cinto le pendía un revólver.

-Susana Melberne, no sé qué emplear con su pretendiente, si el látigo o el revólver. Me inclino a creer que será el látigo.

-¿Pretendiente? ¿Bent Manerube? ¿Cómo se atreve usted a decir semejante cosa? -exclamó Susana repentinamente furiosa y cruzándole la cara de un cachete.

En la pálida mejilla se dibujó una mancha rojiza. Él se llevó la mano al carrillo mientras sus pupilas se clavaban en ella.

-¡Gracias! Así me gusta. Por lo menos fue humano y femenil. Dos cosas que nunca ha sido usted conmigo. ¿La he ofendido acaso con mi insinuación?

-¡Ya lo creo! Me ha insultado. Desprecio a Manerube. «Jamás» me agradó su compañía. Sí... coqueteé con él... por vergüenza mía..., fue... fue... por razones que me callo.

-¡Ah!, está usted poniendo muchas cosas en claro hoy -replicó Chane-. Acepte mis excusas. Fue un momento de genio. No tuve intención... De todos modos, emplearé el látigo, o el revólver, con Manerube.

Chess no intentó siquiera detener a su hermano, pero Susana prorrumpió en incoherentes protestas, tratando de sujetarle. Chane la rechazó bruscamente y, sin añadir palabra, fue hacia el grupo que se veía en torno al campamento.

-¡Váyase a su tienda, Susana! -aconsejó Chess.

-No; no puedo dejarlo así-replicó ella-. Se lo diré a mi padre. Él los contendrá.

-Es demasiado tarde, Susana. El que se ponga ahora frente a Chane, se expone a salir malparado.

-Pero, Chess..., ¿y si le mata?

¿A quién? ¿A Manerube? Pues... será un bien para todos -contestó acaloradamente el mozo.

-No... hablo de Chane... Escuche, y si lo repite, le odiaré toda mi vida... Yo... amo a Chane y... ¡me está matando! ¿Comprende usted ahora?

-j Pobre muchacha! -replicó Chess, sorprendido y lleno de compasión, rodeándola con un brazo la cintura-. ¡No se espante, Susana! Manerube es un cobarde. No se atreverá nunca a hacerle frente a Chane con un revólver. No pasará de una tunda. Venga conmigo; vamos a ver cómo la recibe.

Susana tuvo que apoyarse en Chess para andar. Le flojeaban las piernas. No obstante la lentitud de su avance, salieron del olmedo a tiempo de ver a Chane confrontar el asombrado semicírculo de caballistas, entre los que se destacaba, conspicuo, Manerube.

–¿Qué busca? preguntó Melberne.

-A Manerube -replicó concisamente Chane.

Fue significativo que Melberne se echase inmediatamente a un lado, a la par que los situados a derecha e izquierda de Manerube se apartaban dejándole aislado y solo.

-¡Manerube, se acabó la broma! -dijo Chane-. Las mentiras que ha dicho me tienen por completo sin cuidado, pero... puso las sucias manos sobre mi hermano por defenderme... y le pegó. ¿Lleva usted armas?

- Sí -replicó Manerube con exangües labios.

Susana dejóse llevar de un irresistible impulso. Des-asiéndose de Chess, echó a correr, apartando a Chane, aferrándose a él fuertemente. Pero le faltó la voz.

-¡Susana, está usted loca! -protestó él con síntomas de ablandamiento-. Tarde o temprano ha de ocurrir. ¿Por qué no ahora?

Melberne se acercó rápidamente a Chane, llamando a su gente. Utah y Miller le secundaron, seguidos de Jake.

-Sujetadle, muchachos -ordenó Melberne-. ¡Chess, fuera de aquí! -fue hacia el otro contrincante-. No quiero exponer a mi familia a riesgos innecesarios, Manerube, y... puede felicitarse de haber escapado, con suerte. Únase a sus dos compinches de Wund y... ¡fuera del campamento! Jim Loughbridge... puedes acompañarles. Te regalo una carreta, el tiro y las previsiones.

-Sea, Melberne -asintió torvamente Loughbridge-. Acepto. Pero... no creas que queda así saldada nuestra cuenta.

XIII

Al oeste de Stark Valley, el reformado equipo de Melberne habíase detenido en un altivo bastión para con-templar a sus plantas un cañón de suelo grisáceo, tacho-nado de verde y de doradas laderas, largo y amplio, que se extendía al pie de los contrafuertes de la Meseta del Caballo Cerril.

-Allá, en aquel paraje roquizo de brillante verdura, está *Nightwatch Springs* -dijo Weymer señalando a Melberne el lugar-. Es tan vasto que forma un riachuelo en el punto mismo donde emerge.

Melberne, poco dado a exteriorizar su entusiasmo, es-taba boquiabierto, como pasmado, hasta que exclamó, por fin:

-¡Le da cien vueltas a cualquier punto de Texas! -que para él era el más extravagante elogio posible. Luego prosiguió -: Aquí será donde estableceremos nuestro hogar, mujeres. Un ranchero puede hallar aquí todo cuanto hace la vida digna de vivirse. Enviaré a buscar a mis hermanos, que sólo esperan saber de un buen sitio para establecerse. Tenemos amigos y parientes que se fiarían de mi palabra. Roturaremos el lugar y desde ahora anuncio mi intención de reservarnos la cabecera del cañón, incluyendo el manantial. Ciento sesenta acres, que es lo que el Gobierno concede, para laboreo y dominio de todas esas millas de pastores... Weymer, mi deuda con usted se va acrecentando, y me pregunto si querrían Chess y usted unirse a nosotros aquí.

-¿Quién sabe? -replicó en español el caballista-. Chess seguramente aceptaría. Le conviene. En cuanto a mí... yo soy un cazador de cerriles errabundo.

Un abrupto sendero conducía al fondo de la sima. Ni Chane ni Toddy Nokin sabían por dónde habrían bajado de las altiplanicies circundantes las manadas de cerriles que pastaban por el valle, suponiendo que tal fuese su procedencia. La escotadura zigzagueaba hacia el Sur, bajo la tremenda mole de la Meseta, y su extremo Oeste era invisible Toddy Nokin afirmó que terminaba en una quiebra roquiza que ningún indio se había atrevido a explorar.

Susana estaba arrobada. Las palabras de Chane la habían predispuesto a encontrar un paisaje de ruda y salvaje belleza, pero no había palabras que pudieran hacer justicia a aquel maravilloso lugar. No era para ella un paraíso de cuentos de hadas, sino algo sublime en su grandeza irreal, en su aislamiento, indiscutible en colorido y tan salvaje como la elevada Meseta que lo dominaba.

La escotadura que Chane había indicado resultó ser un laberinto de cañadas en la ladera estrecha, con verdes bordes de pinos y de cedros, tapizados de abundante hierba, tortuosos y llenos de áureas sombras, reflejadas por las paredes laterales, solitarias, calladas, impregnadas con la fragancia del seco aire del cañón y de las purpúreas salvias.

Melberne asentó el campamento en el paraje que había elegido para la alquería que más tarde se proponía edificar. Era una bancada baja, declinando suavemente hacia el abertal, resguardada por una faja de arbolado y la diagonal pared de la montaña. *Nightwatch Spring*s, con abundante caudal, emergía de la base de la escarpadura, serpenteando luego, ladera abajo, entre márgenes bordeadas dé juncos y mimbreras. Caballos salvajes, ciervos, conejos y pájaros de todas clases corroboraban la fertilidad y el aislamiento del lugar.

Allende la estrecha faja de arbolado, que se alzaba en la postrera ondulación de la ladera de salvias. Susana atisbó un paraje en el que decidió alzar su campamento. Dominaba la bancada y la resguardaba una curva de la pared roquiza. Parecía ensoñadoramente impregnado de la fragancia musical del arroyuelo. Era, en verdad, un trono, desde el que, acaso, arengó a sus súbditos alguna reina barbárica de otros tiempos. En él crecía la purpúrea salvia, el cacto encamado, las margaritas y lavanda, y una exquisita flor desconocida para Susana, un delicado capullo de tres pétalos, blancos y violeta.

Alistó a Jake y a Chess a su servicio, y el crepúsculo vio terminada su tarea : un

campamento que seguramente se transformaría en un hogar confortable, seguro, resguardado, con una perspectiva bellísima en sus proximidades y de extraordinaria grandeza en la lejanía.

Aquella noche, el campamento de Melberne tuvo la virtud más grata de todas para cansados viandantes: permanencia. No perturbaba a Melberne ni a ninguno de sus acompañantes la idea de que Loughbridge y Manerube habían seguido sus huellas.

-Opino que aún podemos contar con seis semanas más de tiempo como éste -observó el *boss*, recostado de espaldas a la fogata.

-¡Ojalá! Aunque... el invierno es templado en estos cañones resguardados -dijo Chane-. La nieve cuaja muy rara vez.

-¡Bravo! Así tendré tiempo de alzar mi casa de troncos. ¿Están las carretas seguras allá donde las dejamos?

-Quedaron bien escondidas. El único que podría dar con ellos es un indio, y los indios no roban.

-Será imposible traer una hasta aquí -observó Melberne.

-.Esa es la mayor belleza del lugar. Edifique un corral y cuadras, arriba, en la meseta, y otros, aquí abajo.

-A veces tiene usted ideas de primera, Weymer. Dentro do un par de días enviaré a Utah y a Miller a Wund a echar cartas y traer una carreta de provisiones. Acaso mis hermanos se entusiasmen tanto con mi proposición que vengan antes de las primeras nieves. Si no... para la primavera, de fijo... ¡Vaya, vaya!... Creo que me siento mucho más satisfecho que en estos últimos tiempos.

Susana se preguntó el verdadero significado de las pa-labras de su padre, que traían de nuevo a su mente aquella vaga premonición de un enemigo, o de un peligro, que no acertaba a definir, y que él parecía esperar. Tal vez en aquel aislado rincón de mundo se creería libre de sus temores de tener que matar a un hombre. Así interpretó Susana la extraña observación de su padre.

Libre de Manerube, el elemento perturbador, y de Loughbridge, la vida de campamento tomó un giro más agradable. Chess confesó que echaba de menos a Ora, dan-do a entender que algún día podría decidirse a ir en su busca. Susana notaba igualmente la falta de una campañera de su sexo, pero el resto de la perturbadora fracción, segregada, no causó sentimiento por su ausencia en nadie.

-A juzgar por el aspecto general del terreno, creo que podría hacer un gran estanque aquí, Chane -observó Melberne, cuya mente activa no cesaba de hacer planes.

-¡Claro que sí! -asintió él, siempre optimista y entusiasta observador.

El capitán Bunk se quitó la pipa de entre los dientes con obvio propósito de decir algo de importancia.

-¡Piratas me lleven si yo no cerraría la abertura en las rocas de la parte inferior, dejando que se llenase de agua hasta los bordes!

-¿Pa... pa... para qué harías e... e... eso? -quiso saber Millar.

-Para tener un lago y poner barcos a flote y montar un rancho de peces-replicó solemnemente Bunk.

-¡Ja, ja, ja! -estalló Melberne-. ¡Es una idea! ¡Un rancho de peces! ... Aunque... una balsa con ellos no sería ninguna tontería... Cap, me ayuda también usted a organizar mi casa... Susana, no hemos oído aún tu opinión y me gustaría saberla.

¡Es maravilloso, Dad! -replicó la muchacha-, pero no encuentro palabras para decir lo que siento... saber que me quedaré aquí y será también «mi hogar».

-¿Oyes tú eso, mujer? -exclamó Melberne, ilumina-do el semblante, de goza-. Susana no quiere volver a las ciudades. Se quedará con nosotros... para enseñar a los chiquillos que vayan viniendo, como de fijo vendrán. Es-tos muchachos se casarán algún día...

Durante aquella primera noche en la clausurada y silenciosa soledad, Susana estuvo largas horas, despierta. ¡Era tan extraña, tan distinta a cuantas otras noches había conocido! Llevaba en sí una insólita melancolía, una sensación de perfecta paz, una gloriosa soledad

Librodot

estrellada. Hasta los insectos parecían pertenecer a especies para ella desconocidas, tan claras y vibrantes eran las notas de su canto. Un búho, perdido en las remotas anfractuosidades, ululaba su vigilia. El perlero arroyuelo, como cuantos se deslizan rápidos por cauces pedregosos, tenía una nota aguda, pero más suave, más dulcificada, como compuesta de infinitas melodías.

Llegó el alba gris, fresca, exuberante en su profunda claridad, lenta en desarrollarse. Susana no acertaba a des-cubrir la causa. Jamás había despertado en amanecer semejante. Clareó el día y, sin embargo, todo parecía ensombrecida.

¿Dónde estaba el sol? ¿Y el Este? Por fin se dio cuenta de que se encontraba en las propias entrañas de la tierra. La erguida escarpa de la Meseta del Caballo Cerril se alzaba enorme sobre ella, interceptando el sol.

Luego, una claridad maravillosamente azul iluminó la cresta oriental. Nubes bajas, tenuemente sonrosadas, flotaron sobre la extraña fulgencia que centraba la línea del horizonte. Era un efecto de sol. A los pies de Susana el cañón dormía aún, excepto en las mesetas, que se distinguían vagamente. Hacia el Oeste, las vastas escarpaduras, que se alzaban sobre cuanto las rodeaba, comenzaron a iluminarse con tonos purpúreos. Susana fue siguiendo la transformación, que parecía imperceptible.

Se levantó para dar principio al día, oyendo los silbidos de los desbravadores en el llano, el chasquido de un hacha, aspirando el olor del azulado humo cuyas espirales nacían en la fogata. Hasta ella llegó la recia voz de su padre. Sentíase ligera, ágil, nueva. Ansiaba correr, saltar, cantar, volar, en salvaje galopada. Era feliz, aunque su corazón sangraba aún por la callada herida. Pero su dolor y su sonrojo no eran ya lo que habían sido. Una imponderable diferencia había sucedido a su confesión a Chane de la injusticia cometida a su voluntaria humillación. Se lo había dicho. Sin mitigar la falta, había eliminado su vanidad. La ausencia de Manerube contribuía también no poco a su creciente gozo. La odiosa figura provocativa en su fanfarria, y el atractivo semblante, no vendrían ya más a amargar con su presencia sus recreos. ¡Qué mal había hecho incitando sus atenciones con el solo fin de zaherir al hombre a quien amaba! No se perdonaría su ceguera, y tenía la desagradable presunción de que aún no estaba terminado el incidente. A pesar de todo, el placer del momento ganaba terreno sobre sus quebrantos. Acalló las bisbiseantes voces de sus sueños, renunció a prestar oídos a la tentación que se agitaba en lo más, pro-fundo de su alma, la turbación de valerse de sus encantos femeniles, de la coquetería de su sexo para atraer y cautivar a Chane. El desbravador debía despreciarla, y aunque a veces la idea provocase en ella arrebatos de furia, acababa siempre por reconocer la justicia de aquel desprecio, aceptándolo como merecido castigo a su ligereza. Hasta el ver a Chane fue más soportable primero y mas grato después, siempre que no estuviese lo bastante cerca para que advirtiese que le contemplaba. Cruzaba muy rara vez la palabra con ella, a no ser que la cortesía, o el imperativo de algún servicio amable, lo hiciesen imprescindible para un hombre de su carácter. Susana acogió, en un principio, favorablemente su despego, mas, con el tiempo, empezaba a resentirla aquel cambio de actitud sobre el que prefería no hacer conjeturas.

Chess había sido leal guardando su secreto. Pero ella, mujer al fin, vivía en continuo sobresalto, temiendo que la traicionase con Chane. La amable disposición del muchacho se le hacía por momentos más palmaria. Era un amigo, un camarada, un hermano, aunque en ocasiones la exasperase de tal modo que apenas podía contener el impulso de arañarle o pegarle. Chess se había propuesto que no se olvidase de que amaba a Chane.

Melberne empezó su segundo día en el lugar en el que había resuelto trabajar hasta el fin de su augurio, para el resultado final de la empresa, con un ánimo excelente.

Después del desayuno dictó a Susana algunas cartas, que la muchacha escribió sentada en el suelo, junto a la hoguera, con la carpeta sobre las rodillas. Luego despachó a Miller y a Utah con la carreta para su larga jornada a Wund.

-¡Levad las armas al alcance de la mano y no titubeéis en hacerlas servir si hay caso! - fue su postrer consejo.

Con el resto disponible de su gente se dedicó después a cercar dos especies de callejones situados en la cabecera del cañón, dejando en libertad en ellos a sus caballos. Tenía unas cincuenta cabezas, contando los potros comprados. A Chane, Toddy Nokin le había prometido volver con otra punta, en primavera. Melberne había concebido la idea de criar caballos, a la par que ganado vacuno. Tenía amplia visión del porvenir. Vislumbraba el no muy lejano día en el que los caballos cerriles desaparecerían de los abertales, acrecentándose entonces el valor de una raza bien cruzada. En medio día tuvieron plantadas las cercas de pino y de cedro.-¡Bueno, ahora podemos descansar echando una ojeada alrededor nuestro! -dijo-. ¡Palabra que tenía miedo de que alguno de los sementales se nos desmandase!

-Será preciso que limpie el cañón de cerriles, Melberne -dijo, reflexivamente, Chane-. No podré considerar en seguro a su yeguada mientras anden por ahí los salvajes. Ya sabe usted que cuando un caballo domesticado desgarita, es el más cerril de los cerriles.

-¿Para qué es usted capataz de este equipo entonces? -replicó jovialmente Melberne.

Chane se echó a reír. La idea le agradaba.

-Pondremos manos a la obra y cazaremos lo mejor de las manadas, ahuyentando al resto. La región es inmensa. ¡Dios sabe lo que hallaremos!

-Tal vez a *Panquitch*, ¿eh? ¿Se le ha olvidado a usted ya?

¿Olvidárseme *Panquitch*? No hay cuidado. Desde que le vi he pensado mil veces en él. Éstos son sus dominios, Melberne.

Chane abarcó con la mano los amarillentos baluartes, tan elevados y tan lejanos que la zona de cedros y de pinos parecían una faja de maleza.

-¿Allá arriba, eh? ¿En la Meseta del Caballo Cerril?

-replicó Melberne-. Opino, Chane, que si *Panquitch* impera en esas alturas, no es un caballo sino un águila. Por la tarde, Susana acompañó a su padre y a los caballistas a una expedición que prometía ser rica en emociones. Alonso, el vaquero mejicano, iba a hacer una demostración del laceo y acose de cerriles. Susana dejó a Weymer informar a su padre de que, según decían. Alonso era el único desbravador capaz de efectuarlo. Se trataba de una competencia leal, entre el caballista v el cerril, en punto a celeridad y resistencia, con todas las ventajas en favor del segundo. Susana imaginó que el ver al vaquero trabajar sería un espectáculo digno de presenciarse.

Melberne había renunciado para siempre a cuanto entrañase crueldad en la caza de cerriles.

«Señalar» con una bala de rifle, método considerablemente en boga en Nevada y Utah, era a su juicio tan criminal como el espino. Un buen tirador podía situar la bala en la parte externa superior del cuello del cerril, dejándole lo suficientemente atontado (más por el choque del proyectil que por la herida) para facilitar su captura.

El defecto capital de este procedimiento consistía en que si la bala, como ocurría en la mayoría de los casos, hacía algo más que simplemente «señalar» al animal, le costaba la vida.

Trampear en los abrevaderos era un método sencillo y humanitario de caza de cerriles, aunque rara vez rendía productivo resultado; los caballos mejores y los más raudos, especialmente sementales, se negaban a entrar en la trampa o, si lo hacían, escapaban derribando las cercas o matándose. Sin embargo, los desbravadores empleaban este sistema siempre que era posible. Ante todo localizaban un lavajo o un arroyuelo muy frecuentado por cerriles, erigiendo a su alrededor un vasto corral de largueros o de troncos, por lo general de cedro, que talaban enteros; arrastrándolos y poniéndolos en estrecha formación con espacio para una amplia entrada. Ésta había de tener un cierre que pudiera manipularse rápidamente. Completada la trampa, los cazadores se situaban de noche al acecho, en espera de los cerriles que acudían a abrevarse. Era indispensable esconderse en sentido opuesto a la dirección del viento con relación a los caballos, pues de lo contraria su penetrante olfato descubriría al punto su presencia. No siempre entraban los cerriles en la trampa la primera o segunda noche, mas corrientemente su sed solía acallar sus recelos. Cuando cierto número estaba dentro, los cazadores cerraban apresuradamente la entrada.

Librodot

El método favorito de Weymer, según dijo a Melberne, era hallar un paraje a propósito, en el que los cerriles pastasen y, a ser posible, presentase obstáculos naturales a la huida, tales como una pared roquiza o el borde de un cañón. Se talaban cedros formando con ellos una larga valla, un ala que se extendía todo lo preciso, una milla, en circunstancias extremas. En el punto en que la valla se unía al obstáculo natural, o si se trataba del borde de un cañón, en el vértice del triángulo, se establecía un corral de grandes proporciones, no quedando sino ajorar luego a los cerriles hacia la valla y, por ende, al corral.

-También me he valido a veces de un procedimiento que aprendí casualmente -dijo Chane mientras caminaban-. Pero... requiere un caballo de mucha ligereza. Ahora tengo deseos de probarlo con *Brutus*, pero este paraje tan particular no es adecuado. La idea es que un caballista, montado en un animal raudo se ponga «frente» a los cerriles como huyendo de ellos. A ambos lados de la manada, y detrás, han de situarse otros caballistas, ajorándola. Y lo curioso del caso es que si el que va delante logra conservar su posición sin que le alcancen los cerriles, le seguirán como ovejas hasta dentro del corral de la trampa. Acosamientos así se empiezan con una mana-da pequeña y a medida que van progresando se les van agregando cerriles dispersos hasta el punto de que, en una ajorada de quince millas o así, puede contarse con unas ciento cincuenta cabezas.

-¡Uh! ¡No sería malo verlo! -exclamó Melberne-. Pero creo que *Panquitch* no caería en ninguna de esas trampas.

¡Lo dudo mucha! -asintió Chane-. Si alguna vez se le atrapa, será gracias a una celada o un accidente.

Los excursionistas iban siguiendo la pared occidental, resguardados por los cedros que poblaban la suave pendiente del herboso cañón, evitando así alarmar a las manadas de cerriles que poblaban la vasta pradera.

Para Susana la expedición era un continuado deleite. ¡Qué lugar tan perfecto en belleza! Los corzos trotaban por la espesura, sin miedo apenas. La caza menor abundaba. Aves sin cuento alzaban el vuelo al acercarse los caballos. La altísima pared estaba dentada como una sierra y cada muesca parecía ser una profunda quiebra de rojizas laderas tupidas de pinos, robles y álamos dorados. Tortuosos callejones de salvias serpenteaban misteriosa-mente; inmensos monolitos obstruían algunos pasadizos, negras cavernas se ofrecían a la vista. En la parte externa de la pared principal los dispersos grupos de robles, las hileras de pinos, los macizos de cedro, parecían plantados por mano de hombre con el fin de prestar al lugar un aspecto *señor*ial de parque. Aunque estaban en octubre el sol se dejaba sentir en aquel paraje, calentaba fúlgido y las flores silvestres se mecían por doquier al soplo de la brisa.

A unas tres o cuatro millas del campamento, Chane guió a los caballistas al abertal, estacionándoles disemina-dos por el amplio cañón con el fin de mantener a los cerriles en su extremo y que Alonso pudiera gozar de favorable oportunidad para darles caza.

Susana se quedó can su padre, que tenía un apostadero central. El vaquero mejicano, ágil y musculoso, parecía un jockey indio. No llevaba chaqueta, ni sombrero ni botas. Susana preguntó cómo podría desenvolverse sin espuelas.

-A fe mía que no lo sé -contestó francamente, su padre-. Pero... da gusto verle. ¡Es todo nervio, sin un hueso, no debe pesar más que una pluma!

Susana reconoció que el vaquero presentaba pintoresca apariencia, erguido en su montura, atisbando al llano. El animal que montaba no era una belleza, pero tenía todas las características de pura raza, enjuto, de alzada, fornido de pecho, musculoso y fuerte, con un aire de continuo desafío. Bajo los desnudos talones del vaquero, se estremecía vibrante. Ceñíale una amplia cincha, que al parecer no era sino una faja con un anillo o argolla en el lado derecho, al que iba atado uno de los extremos del liviano y engrasado lazo que Alonso llevaba adujado. El jinete montaba a pelo y su caballo no tenía ni brida.

-Ya verás como valdrá la pena-opinó Melberne.

A poco, Alonso espoleó (por decirlo así) a su montura. Y no habría producido espuela

Librodot

alguna mejor resultado. El animal, de un salto, se puso a galope, moviéndose con admirable ligereza, sin levantar apenas polvo. Su jinete parecía formar parte integrante del conjunto. Susana había oído decir que los vaqueros mejicanos eran los más diestros picadores del Sudoeste, los maestros de quienes los desbravadores, cowboys y caballistas aprendían su oficio. Era una herencia de Texas y Texas la había recibido de Méjico. Susana no comprendía cómo era posible sostenerse a caballo con tan acabada perfección.

Alonso maniobró alrededor de la más próxima manada de cerriles, tendiendo a ponerla entre él y los caballistas apostados en el cañón. Los animales le vieron, inmóviles y alertados, atisbando, y empezaron a moverse inquietos. Cuando, no mediaba entre ellos más de un cuarto de milla, salieron a galope hacia el Este. Susana dejó escapar una exclamación de gozo ante su magnífica estampa y la belleza de sus movimientos. El cerril que capitaneaba a la manada era alazán y entre los demás los había de todos los pelajes. Obraban como impulsados por el mismo, instinto, galopando raudos como el viento, con las crines y colas desplegadas. De pronto pareció que se habían detenido en seco, dando media vuelta para mirar al solitario jinete. Luego se pudo deducir que el alazán había descubierto enemigos al frente. Chane y Chess partieron a galope para entretallarles el paso y empujarlos hacia Alonso.

Al principio los cerriles fueron de acá para allá, desdeñosas e indignados de la intrusión en sus dominios. Alonso manteníase algo al Norte de su posición, temiendo, sin duda, una estampida en aquel sentido. Pero evidentemente los cerriles sabían que el abertal, sin obstáculos, estaba en dirección opuesta. Susana divisó otras manadas trotan-do a diestro y siniestro, con la misma curiosidad en sus actitudes que aquella a la que Alonso se había dedicado.

La muchacha disfrutó la oportunidad por completo. Cuanto la rodeaba era motivo de exaltación. Para ella era imposible aceptar calmosamente tanta agreste grandeza y tanto aislamiento. El aire seco y perfumado, el cielo azul sobre las elevadas escarpas, la gris pradera con su ondulosa hierba, los macizos de verdura y, además, los cerriles y los caballistas, la certeza de que presenciaría una contienda leal, sin engaños y sin crueldades, todo influía poderosamente en Susana, despertando en su alma lo que en la altiplanicie de Utah había descubierto en ella.

Llegó el instante en que el vaquero lanzó su caballo a la carrera. Susana, que había visto otros animales correr, no pudo por menos de reconocer la superioridad del negro de Alonso. En un segundo pareció tan salvaje como los otros. La manada se dispersó a galope, en dirección al Este, con una celeridad que hacía parecer lentos sus anteriores movimientos. El alazán tenía dos rivales para la supremacía y los tres se apartaron de los demás, aunque no a gran distancia.

Alonso no parecía ganar terreno. Se mantenía al Norte de su presa. Y el motivo era evidente. Durante una media milla sostuvo su posición, hasta que los disparos del revólver de Chane hicieron sobre la manada el efecto de un muro que se alzase ante ellos. Bruscamente se desviaron hacia el abertal y Chess, saliéndoles al paso, los encaminó hacia el Oeste. Y la estupenda carrera dio principio.

El vaquero no tenía sino que ir directamente hacia ellos para ganar la distancia en que se había rezagado. Si la celeridad de los cerriles era sorprendente, lo era mucho más, porque llevaba carga, la del caballo negro. Indudablemente, Alonso se proponía que la carrera fuese breve, o tal vez era así su método. En todo caso, cerró la reta-guardia de la manada empezando a adelantar potro tras potro. Quería lacear al mejor y más raudo.

Cerriles y vaquero galopaban ahora en dirección al lugar donde Susana y su padre se hallaban y la línea que seguirían estaba, si la mantenían, a unos doscientos metros.

-¡Oh, Dad! Pasarán cerca-gritó Susana.

-¡Vaya!... Opino que si se acercan demasiado dispararé para espantarlos... ¡Mira, Susana, cómo monta ese mestizo!

La manada se acercó, en efecto, al apostadero de Melberne, y, a no disparar éste a tiempo, habría probable-mente roto la línea. El estampido les hizo desviarse al Norte, y

permitió a Susana una visión más clara de la carrera. El rítmico golpeteo de los cascos la escalofriaban. Penachos de polvo se alzaban del suelo. Los potros se-guían su raudo correr. Todos sus movimientos acusaban salvajismo, celeridad, indomable espíritu..., pero a Susana no le parecieron asustados.

El mejicano iba ganándoles terreno palmo a palmo. Habría podido lacear a los del grupo, pero era evidente que quería uno de los tres cabecillas. Susana experimentaba admiración par Alonso y por su montura, pero su corazón se inclinaba por los potros.

¡Corred! ¡Corred! -gritaba-. ¡No podrá sostener ese paso!

-¡Animo, Alonso! -vociferó su padre-. ¡Lacéame esa yegua alazana!,

Pero ni el deseo de Melberne ni la aspiración de Susana habían de verse satisfechos. El negro caballo llevaba un paso que lo sería imposible sostener y aun así, sólo le era dable conservar la posición sin perder terreno, pero sin ganarlo. No podía adelantar a los tres cabecillas, y, al pasar, Susana les vio distanciarse un poco más de Alonso. El vaquero también lo observó. El adujado lazo comenzó a voltear sobre su cabeza mientras se unía sobre los cerriles, a retaguardia. A galope tendido lanzó la cuerda, que surcó los aires, refulgiendo al sol.

-¡Ha cogido a uno! ¡Hurra! -aulló Melberne.

Susana no estaba muy segura. Pero vio que el caballo de Alonso acortaba el paso, zigzagueando y como bamboleándose. La manada cerril prosiguió en su loco galope, dejando atrás a uno de los suyos, brincando y debatiéndose frenético al extremo del lazo del vaquera. Después se desbocó, arrastrando a la negra montura. El jinete daba la impresión de acuciarle y retenerle a la vez. Galoparon más de una milla de esta guisa, primero hacia el Norte, luego hacia el Oeste y, por fin, nuevamente atrás.

Entre tanto, Melberne y Susana les contemplaban.

-Lo siento mucho, pero... ¡cuánto me alegro!

-¡Ja, ja, ja! A fe que serás una excelente esposa para un desbravador.

-¡Dad! -protestó Susana.

-¡Tú dirás! Por acá no hay ni cowboys ni maestros con quien casarse -declaró su padre-, y algún día tendrás que decidirte.

El tema no era precisamente del agrado de Susana, quien salió al encuentro de Alonso, que parecía haber conseguido dominar al cerril. Vio la primitiva manada de-tenerse a lo lejos, mirando atrás, como para cerciorarse de si duraba aún la persecución. Chane galopó para reunirse con Melberne, y Chess también fue hacia ellos.

A los pocos instantes, Susana vio el apresado cerril de cerca, sin que se mezclase a su admiración sentimiento alguno de repugnancia por los procedimientos seguidos en su captura.

El potro era un soberbio animal, de un pelaje gris azulado, con crines y cola extremadamente largas y negras como la endrina. El lazo de Alonso habíale ceñido por el cuello y una de las manos en forma que el nudo corredizo le rodeaba los brazuelos pasando entre las patas y el pecho.

-No lo habría hecho mejor con las manos -declaró Melberne-. La respiración libre..., las patas protegidas...

-¡Es un artista! -confirmó Chane-. Por un momento creí que alcanzaría a la yegua alazana. ¡sí que es una buena pieza!

-¿Qué haremos con éste? -preguntó Melberne.

-Le derribaremos, trabándole, y le dejaremos un rato en el suelo. Alonso aún puede dar otra galopada en el negro. Y además, quisiera verle sobre *Brutus*. Apuesto cualquier cosa a que es capaz de atrapar a la yegua alazana.

Cuando se reunieron al ponerse el sol, los componentes del equipo de Melberne formaron una alegre y feliz greguería. Tal vez el medio ambiente era en parte la causa, junto con la satisfacción de las labores del día. Alonso había laceado tres cerriles, y uno de ellos era la yegua alazana, víctima de la infalible destreza del vaquero y de la celeridad de *Brutus*.

Fue la primera ocasión que tuvo Susana de ver a Chane Weymer jubiloso. Era más

pueril que Chess. La victoria de su caballo sobre el cerril debió causarle la más honda de las alegrías. Su adusto y broncíneo rostro, pulcramente rasurado, se iluminaba con el sol poniente, y sus pupilas chispeaban. Incluso condescendió a saludar con una alegre mirada a Susana.

Una cosa observó la muchacha en aquel instante en que Chane parecía reconocer su existencia sobre la tierra. Y fue que, tras el maravilloso día, afrontando en mudo arrobamiento una puesta de sol extraordinaria de oro, rosa y carmín, viendo por vez primera el fenómeno predicho por Chane, de las transmutaciones de colorido de la Me-seta del Caballo Cerril... no podía, en justicia, declararse infortunada.

-Si no me engaño, Melberne, por el sendero, se acercan dos de los piutes de Toddy Nokin -observó Chane resguardándose los ojos del resplandor de los últimos rayos del sol

Uh! ¡Ya los veo! -replicó Melberne-. Al olor de la cena, ¿eh?

Chane parecía preocupado y, atisbando a los que se acercaban, sacudió la cabeza, como si no acertase a explicarse satisfactoriamente su presencia. A poco, dos potros con sus jinetes, de selvática apariencia india, salieron de entre los cedros y cruzaron el llano a galope corto.

-Uno de ellos es el hermano de Sosie -dijo Chane mirando hacia ellos-. Y... ¡hospa! ... el otro es su marido.

Se levantó, yendo a su encuentro, y estuvo hablando con ellos durante algunos minutos. Echaron luego pie a tierra, dejando en libertad a sus potros y acompañados por Chane, se acercaron a la fogata.

Susana conocía ya al hermano de Sosie, pero no a su esposo. Era un indio esbelto, de facciones aguileñas y torvo mirar. Ni sonreía ni hablaba, al contrario que su acompañante.

Iba armado de una carabina cuya culata descansaba en el empeine de su pie, calzado de mocasín.

-¡Jake, apronta algo de comer! -dijo Chane y, dirigiéndose a Melberne-: Hay noticias, Melberne, y no me sorprenden. Loughbridge y Manerube con «cinco» hombres y sin mujeres están acampados en la cumbre, a unas cinco millas.

-¡Cinco hombres y sin las mujeres! -exclamó Melberne-. ¡Uh! ¡Mal me huele la cosa! ¿Qué han hecho de Ora y de su madre?

-Llevan equipos de marcha. No tienen el carro que dio usted a su ex socio. Lo cual me hace suponer que va camino de Wund con la chica y la *señor*a Loughbridge.

-Ahí es donde «debería» estar también Jim Loughbridge, aunque... me importa un bledo que esté donde quiera.

-¿Le molestaría a usted que compareciese por aquí? --¡Más que un poco! -declaró pausadamente el otro. Tanto, que no se lo consentiría. Es «mi» cañón. Chane levantó los brazos al cielo como si comprendiese

lo que Melberne quería significar.

-Ese modo de hablar es tan viejo como el mundo, Melberne. Podrá usted defender sus derechos sobre el manantial, pero nada más.

-Ya es bastante. ¿Usted qué opina?

-El agua lo es aquí todo. Si Manerube va al frente de la partida quizá tengamos cuestiones. ¿Serán esos acompañantes Bud McPherson y sus compinches?

-No lo sé. Pero... el que usted lo suponga me da que pensar.

Chane se inclinó hacia Melberne, en forma que única-mente éste y Susana, que se sentaba a su lado, pudieran oírle.

-La cosa tiene mal cariz, mírese por donde se mire -murmuró Chane-. Especialmente la presencia del hermano de Sosie y su marido, a quienes creía allende los ríos. ¿Me comprende?

-¡Uh! -asintió seriamente Melberne.

Librodot

XIV

Vino octubre, pero el veranillo indio se sostuvo aun entre las escarpadas laderas de la Meseta del Caballo Cerril.

En los intervalos que le dejaba libre la caza de cerriles, Melberne había edificado una casuca, de dos piezas, de troncos de pino. Utah y Millar habían vuelto con una carretada de provisiones y materiales, de entre los que no era lo menos importante un arado, que Melberne consideraba con todo el orgullo del pionero. Se proponía traer, en primavera, vacas para el consumo doméstico y ganado que aprovechase los abundantes pasturajes.

No había dado al olvido la amenaza de Loughbridge de acabar de ajustar cuentas. Pero al transcurrir los días sin señales ni noticias suyas, o de sus acompañantes, la expectación fue decreciendo gradualmente. Y tal vez, con el continuo ajetreo diario, Melberne y Chane habrían, acabado por no abrigar recelo alguno, a no servirles de constante recuerdo las ocasionales comparecencias, que nada justificaba de los dos piutes en los alrededores de la Meseta del Caballo Cerril. Pero la presencia del hermano y del esposo de Sosie Nokin era, para Chane al menos, prueba fehaciente de que Manerube seguía aún la pista al equipo de Melberne. Fuese cual fuera la inquietud del desbravador, sólo se exteriorizaba en manifestaciones de interés por las dos indios; con frecuencia veíasele en animada conversación con ellos, especialmente con el marido de Sosie, aunque no divulgaba nunca lo que entre ellos se trataba.

En las dos primeras semanas, Alonso cazó una cincuentena de cerriles, que era cuantos Melberne se creía capacitado para manejar el momento. El mejicano dedicábase ahora a la más ardua y más lenta ocupación de domarlos. Los piutes solían ayudarle, con beneplácito de Chane, que les sabía diestros en tal arte. Habíase adopta-do como mejor plan el de construir una valla de postes de cedro y largueros de pino de parte a parte del cañón, en vez de intentar desalojar a los cerriles.

Al correr de los días se acrecentaba el número de animales visibles, y Chane no acertaba a determinar por dónde entraban. La alargada y amurallada planicie recibía el nombre de cañón a falta de otro mejor para calificarla, pero un mes de continuo cabalgar habría sido insuficiente para recorrer los escondrijos y recovecos de la vertiente occidental. Chane había, por ende, limitado sus pesquisas a la parte que afectaba a la Meseta del Caballo Cerril.

Solía regresar al anochecer, a pie unas veces, en *Brutus* otras, con lamentaciones de su inhabilidad de hallar una salida en la pared que elevase a las primeras escarpaduras de la vasta Meseta.

-Estoy seguro de que alguna de esas quebraduras es accesible -decía-, pero aún no he dado con ella. Será cuestión de varios días el ascender por nuestro sendero y bordear las Henry Mountains hacia el Este, por los cañones; quiero escalarla por nuestro lado, ahorrando así setenta y cinco millas de jornada.

-Bueno, siga usted buscando aconsejaba Melberne-. Por mi parte anhelo saber cuanto pueda aprenderse de esa Meseta. Algún día la he de poblar de ganado.

Noviembre llegó con días tan apacibles y templados como los del pasado octubre. La única diferencia que Su-sana podía apreciar era una mayor sutileza en el aire matutino, un mayor incremento en las tonalidades purpúreas y áureas de los crepúsculos y la declinación, casi imperceptiblemente sudeña, del sol poniente.

Una tarde, Chane llegó al campamento aspeado y cubierto de polvo, pero sonriente y rebosando noticias.

-¡He hallado un modo de ganar la cumbre! -anunció ufano-. Y ¡qué sencillo después de sabido! Fui a parar bajo la proyección de la Meseta. ¡El más vasto panorama del mundo! Ahora podré explorar la escarpa en toda su largura. Y por este lado y por el otro llegaré hasta los bancos roquizos que vierten en los cañones; a decir verdad, cerca le anduve cuando crucé

los ríos.

Susana, observándole a hurtadillas, se inclinaba a creer lo que Chess había murmurado a su oído: « ¡Algo se trae callado Chane! ¡Es capaz de haber dado con la pista de *Panquitch*!» Cuanto concerniese a Weymer tenía la virtud de interesar a la muchacha y, a la sazón, estaba fascinada. Una reprimida emoción parecía hervir bajo la aparente calma. ¿Podía interesarle tanto la captura de un nuevo cerril? Era una demostración de intensidad de su temperamento.

-Hagamos una cosa-propuso Melberne-. Exploremos juntos, nos llevaremos un hatero y así podremos estar unos cuantos días.

Chane no manifestó la habitual conformidad a cuantos planes se basaban en algo que pudiera serle útil.

-Dad, yo también quiero ir... «e iré» -declaró Su-sana con repentina resolución.

-Ni atándome de pies y manos podrán impedir que yo vaya -anunció Chess.

-Pero... ¿se trata de un picnic general? -quiso saber Chane.

-Claro que sí. Que vengan los chicos -accedió Melberne-. Ya se las arreglarán por su cuenta. Yo también. Así tendrá usted mayor libertad para sus propias exploraciones. Lo único preciso será establecer un campamento como punto de reunión.

Susana se percató de que estaba con los ojos fijos, en Chane, desprevenida de momento. Una oleada de sangre afluyó a sus .mejillas. ¿Qué significación tenía la torva y penetrante mirada del desbravador? Habían transcurrido muchos días desde el episodio de Stark Valley y él no había cambiado de actitud. Susana no existía para Weymer.

-Conformes-dijo con su habitual buen humor-. Su-poniendo que puedan seguirme.

-¡Uh! Me pareció oírle decir que era sencillo-observó Melberne.

-*Boss*, mi hermano es astuto y pérfido como la serpiente-previno Chess-. Pero... no nos arredra lo que él califica de sencillo; ¿verdad, Susana?

-Verdad. No nos importa lo que Chane... piense -replicó Susana con los ojos bajos.

Chess soltó una carcajada, Melberne adoptó un aire de profunda sapiencia y Chane se refugió en sí mismo.

A la mañana siguiente, Susana y Chess abandonaron el campamento al clarear el día, siguiendo a su padre y a Chane, que llevaban los dos hateros. La aventura tenía inusitado atractivo para la muchacha.

-Ya verá usted, hermanita, como esta excursión es la puntilla para Chane empezó Chess-. No le valdrá hacerse el iceberg.

-Si le da a usted por mortificarme... con... él... renunció a ir -replicó Susana.

-¿Renunciar a ir? ¡Está usted loca! ¡Si será precisamente la oportunidad que deseamos! Pero... eso que dice es un bluff. No sería capaz de quedarse.

¡Qué bien la conocía! Susana no concebía, en efecto, que hubiese algo tan poderoso que pudiera obligarla a quedarse. Chess parecía inusitadamente animado, fraternal, y protector, aunque más travieso que nunca. Era imposible confiar en él cuando se mostraba tan locuaz. Su-sana había perdido su ascendiente sobre él. Desde aquel momento de angustia en el que le confesó su amor por Chane -aquel amor que acababa con ella-, Chess la había adoptado, por decirlo así, de un modo pueril, do-minador y paterno. Como vulgarmente se dice, Susana no conseguía hacer carrera de él. Pretendió protestar y Chess le cerró los labios, con un beso. Si le hacía sentir el peso de su mano, impulsada por un brazo musculoso, ofrecía el otro carrillo. Temía quedarse a solas con él por su propensión a torturarla y, extraña paradoja, su presencia, sus risas, su infalible costumbre de asociar su nombre al de Chane, y su porvenir al de su hermano, le causaban tanto placer como tormento.

La joven siguió a Chess por una de las innúmeras bocas de la quebrada pared, hallándola idéntica a otras anteriormente visitadas.

Rebasaron la zona fértil, entrando en una angosta barranca por la que se hizo pronto imposible proseguir a caballo. La ascensión a pie tuvo una indudable ventaja. Requería un aliento que Chess no podía malgastar mortificándola.

La cisura de la escarpa se estrechaba, serpenteando cada vez más abrupta y de más

difícil tránsito por las rocas y pedruscos que la obstruían, hasta el punto de que Susana bendijo los intervalos durante los cuales, Chess y su padre abrían paso, partiendo a golpes, de maza los galayos o echando a radar las galgas por la vertiente. En ciertos parajes, los hateros tuvieron materialmente que escurrirse para pasar. Era labor penosa, lenta y acalorada y Susana sentíase tan oprimida y presa en el angosto espacio, que aquella parte de la excursión careció de aliciente.

Una hora fue precisa para hacer practicable el último tramo del empinado pasadizo.

-¡Fácil!... Ese... malandrín fullero... dijo... que era... fácil -jadeó Chess alcanzando la cumbre-. ¡Arriba, Susana!...

La muchacha apenas podía dar un paso. Sus botas parecían de plomo. Finalmente consiguió trepar y, alzando los ojos, quedó pasmada al ver un colosal saliente de muro rojizo, abrupto, anfractuoso, surcado por mil hendiduras y costurones y tan alto, que sólo echando hacia atrás la cabeza podía ver su cresta.

-¿Qué... es... eso? -preguntó roncamente.

-Supongo que debe de ser la célebre Meseta del Caballo Cerril. ¿No es Chane un embustero de marca mayor? ¡Dijo que el alcanzar la cumbre era ¡¡sencillo!! y hasta ahora sólo hemos subido el primer escalón de la escalera al cielo!

El magno saliente ocultaba lo que pudiese haber al Este y al Sur. En otras direcciones, la vista revelaba la región que tantas veces había contemplado Susana..., mesetas desérticas, extendiéndose en la lejanía, praderas y collados y sierras, hasta unirse con las montañas. De pronto miró hacia abajo. El gríseo cañón se abría a sus plantas, con una perspectiva similar a la de la primera vez que lo contemplara desde el otro borde. Los afanes de su padre parecían perdidos en la inmensidad. Solamente una columna de humo azulado atestiguaba la realidad de sus trabajos.

-¡Montad a caballo! -les gritó Chane.

La rojiza roca formaba suave pendiente en la dirección que su padre y el desbravador tomaban; Susana puso al trote su caballo para alcanzarles. A la izquierda, la pared sesgaba gradualmente, desintegrándose hasta confundirse con la engañosa irregularidad del desierto. La joven experimentó creciente curiosidad por saber lo que habría allende el más cercano horizonte. En cuanto a la escarpa de la meseta a su derecha... la abrumaba, sencillamente.

Chane y su padre se detenían con los hateros, cuando ella los alcanzó. Y el pétreo mundo en el que parecía estar pareció desmoronarse ante sus atónitos ojos.

A sus plantas tenía la comarca occidental de los cañones, tan nítida como si por un increíble arte mágico estuviese a su alcance; ondulando suavemente, la roja pared sesgaba más y más, hasta perderse en el abismo.

No fue preciso que nadie le dijese que la primera y vasta hendidura era el Gran Cañón. Vio sus graníticas pa-redes, casi negras, y al fondo el turbulento río rojizo. Amenazador y sombrío, aquel cañón serpenteaba con abrupta sinuosidad a través de lenguas de piedra viva, segmentado por líneas de hendiduras que eran otros cañones que a él afluían. Entre ellos y allende extendíanse, en incontables ondulaciones, collados, mesetas, cumbres de roca amarillenta o roja, y tenebrosas quebradas aparecían claramente destacadas en las superficies desnudas. Era un espectáculo de asombrosa grandiosidad. Vagamente adivinábase a través de aquella desolación de rocas una altiplanicie purpúrea de tono, dominada por una montaña de redondeada cúspide. Al Oeste todo parecía absorbido por la inmensa mole de la Meseta del Caballo Cerril. Corría inaccesible por espacio de varias millas, regular y lisa a simple vista, pero revelando, a un más detenido examen, ser una montaña de piedra hundida y anfractuosa, con millones de irregularidades, yendo a morir en una base de roca viva que parecía ser su fundamento. Esta Meseta nacía en una altiplanicie que a su vez dominaba la región de los cañones. El más lejano! extremo de la Meseta del Caballo Cerril aparecía en un supremo aislamiento de grandeza, bañado por el sol.

Si Chane esperaba que sus acompañantes prorrumpiesen en manifestaciones de entusiasmo, sufrió una decepción. Chess fue el único que desplegó los labios y sus palabras

confirmaron la natural tendencia de algunas personas a ser graciosas cuando pretenden ser profundas. Su-sana anhelaba estar a solas consigo misma. No quiso ni mirar más porque sus facultades parecían haberse empequeñecido.

Chane cruzó la extensión ondulosa para entrar en una quebrada de abombadas paredes que pronto se convirtió en un cañón, que desembocaba en otro de mayores proporciones surcado por un arroyuelo cristalino. Hierba en abundancia tapizaba su suelo y las más exquisitas de las flores, blancas, amarillas y lavanda, ornaban los estrechos bancos. Las hojas de los álamos comenzaban a teñirse de un color dorado.

-Aquí podremos acampar -dijo Chane-, Hay agua, hierba y leña y podemos explorar en cuatro direcciones.

-¡Bravo! Aquí nos quedamos -asintió Melberne-. Porque... ¡mal rayo me parta!, si me enseña usted más sitios parecidos acabaré por estar descontento del que he elegido.

-Melberne -preguntó Chane-, ¿vio usted algunas huellas por el camino de subida?

-¿Huellas? ¿En la roca viva? Ni una sola.

-Pues yo sí, y algunas eran recientes y hechas por caballos herrados. Se dirigían hacia el Oeste. Los pintes siguieron ese camino ayer, pero sus jacas no están herradas. Me inclino a creer que son Manerube y su pandilla quienes han dejado ese rastro.

-¡Uh! Y... ¿qué?

-¡Psh!... opino que nada. No nos molestan -replicó Chane pensativo-. Pero... me encocora la idea de que intenten escalar la Meseta del Caballo Cerril. Van equivocados siguiendo ese saliente, porque a unas diez o doce millas hay una quebrada infranqueable que corre por la pared. Eso les haría volver grupas.

-¿A qué distancia estamos?

-A unas dos o tres millas, probablemente.

-Bien. Las recorreré a pie, ojo avizor, por si los des-cubro. Casi lo prefiero a explorar más cañones. Me gusta trepar adonde pueda ver algo. ¿Qué hará usted?

-No tengo reparo en decirle que creo poder ganar la cumbre de la Meseta.

-j Bravo! ¡A probarlo! -replicó el otro con evidente satisfacción-. Y Chess... tú y Susana podéis barzonear por ahí a vuestro gusto, absteniéndoos, sin embargo, de ir por donde hemos venido, y ahora... acampemos, y a comer algo. Así quedaremos libres hasta que anochezca.

Susana y Chess, más por espíritu de travesura que por otra cosa, fueron siguiendo las huellas de Chane hasta perderlas.

-¡Maldito sea! ¡Le han salido alas! -se lamentó el muchacho.

-Es que es un ángel -dijo Susana, que reaccionaba extrañamente a la aventura.

El cañón era de altísimas, paredes, angosto, lleno de misteriosos fulgores y solemnes ecos. Atraía a la joven más y más. Chess recogió flores, atrapó ranas y mariposas para ella y la ayudó a franquear los trechos accidentados.

-¿Supone usted que logró subir? -preguntó Susana. -¿Quién?

-¡Quién ha de ser: Chane!

¡Ah! ¡Ah! ¡De modo que viene usted conmigo «por él»! Susana Melberne, a mí me caería la cara de vergüenza.

-A mí también -confesó ella audazmente-. Reconozco que ésa es, la razón de acompañarle, aunque... a veces usted también es agradable y entonces me gusta.

-No me explico cómo podemos haber perdido el rastro de *Brutus*. Es muy raro, si bien... hemos seguido principalmente roca viva húmeda y granito. No soy tan torpe rastreando, pero... con una compañera tan atractiva como usted no podría rastrear a un elefante por el fango.

-¡Chess!..., le sobra a usted jarabe de pico-replicó alegremente Susana.

A poco el cañón se estrechaba hasta no quedar entre sus dos paredes más que un trecho cubierto por el agua, que corría veloz y parecía poco profunda.

-¡Ahora sí que nos hemos lucido! -observó la muchacha.

¿Nosotros? ¡Nunca jamás! Yo la llevaré -dijo Chess. Y sin más comentario la tomó en

brazos tan fácil-mente correo en otra ocasión había hecho su hermano, y se metió en el cauce. El agua le llegaba a las rodillas. Él resbaló, logrando recobrar el equilibrio. Susana gritó:

-¡Le prohíbo que se atreva a caerse conmigo, Chess Weymer!

Súbitamente se detuvo en medio de la corriente, mirándola con maliciosa expresión. Susana reconoció el destello de su travesura.

-Me ha dado una magnífica idea -dijo.

-¿Ah, sí? Pues... dése prisa y sáqueme de aquí.

-Nada de eso. Ésa no es la idea. Es que de repente se me ha ocurrido cuánto afecto hemos derrochado Chane y yo en usted.

-¿De veras? Pues no es preciso que derrochen más. ¡Aprisa, le digo!

Chess se echó a reír.

-Susana, si no me da un beso estoy seguro de resbalar y caerme.

„No quiero. Además, Chess, eso no es de buena ley.

-¡Que no! Es una oportunidad única, y Chane no echará de menos un simple besito...

-¡Cállese! -interrumpió ella-. Tendré que decir que no es usted...

-No sabe apreciarme. Estoy batallando por su felicidad y la de Chane; por los dos. Se aman ustedes como un par de simples y...

-«Yo» sí, «él» no... Chess, no me tenga aquí... disparatando de este modo...

-¡Déme un beso y llámeme hermanito! -prosiguió él sacudiéndola ligeramente.

-¡Es usted..., es usted...!

Susana se interrumpió bruscamente. No se le ocurría modo de salir del dilema. Chess le parecía diferente, aun-que su expresión fuese la de siempre que la atosigaba, pero... tenía, además, alga de posesiva, de dulce.

-Sea, *Little Boy Blue* -dijo acercando al suyo su rostro-. ¡Hermano!

Sintió que la sangre se agolpaba en sus sienes, no tanto por el beso como por la palabra que sabía falsa a ciencia cierta. ¡Chess le devolvió una radiante sonrisa, y, chapoteando en el agua, ganó las rocas enjutas donde la dejó en pie. La joven se había propuesto, una vez en tierra firme, hacerle sentir su atrevimiento, mas la desarmó su alegría.

-¡Si lo supiese Chane!... ¡Se muere de envidia! Vamos, sis[6], prosigamos la aventura -parloteó cogiéndola de la rano y echando cañón abajo.

-Se va haciendo horrible, Chess -murmuró Susana mirando las casi perpendiculares y sombrías paredes que se alzaban entre el arroyo a sus plantas y la franja de velo azul.

-¿El qué? ¿El ir conmigo?

-No; me refiero, al cañón. ¿Verdad que es maravillo-so? ¡Mire, veo el sol a lo lejos!

-Es el sitio ideal para los enamorados -replicó Chess. -No tiene usted más que muchachas..., noviazgos y... amores en la mollera, Chess.

-Puede que sí. Pero... me ha hecho dejar de ser pendenciero y bebedor.

Tenía la habilidad de poder siempre trocar su ligereza en reflexivo silencio. Susana creyó mejor no contestarle. Siguieron por el cañón, inspiradas por su misterioso atractivo y su belleza. Desembocaron en un ensanche tan inopinado y tan notable, por contraste, que se detuvieron, mano en mano, mirando a su alrededor. Era un óvalo de roca roja, abierto por su derecha, con una estupenda ladera que parecía sesgar hasta las nubes. Uno de los lados del óvalo estaba bañado por el sol, y el otro, sumido en pro-funda sombra. Bancos de arena chispeaban al sol como si fuesen de oro. Los lechos de grava parecían blancos. El curso de agua perdíase en una oquedad subterránea. Los tramos, cubiertos de hierba, semejaban cuidados jardines de flores. Los álamos crecían aislados primero y acrecentándose en número después de formar una bellísima arboleda de hojas trémulas de verde amarillento. La armonía de las aves se fundía con la del lugar, sin interrumpir el silencio, que parecía impregnado de la sutil fragancia de las profundos cañones.

Susana y Chess, como dos niños, exploraron los tramos, la arboleda y las cavernas de la

[6] Sis, diminutivo de soto., hermana.

Librodot

pared rojiza. Al dirigir-se hacia la ladera advirtieron huellas de caballo en la arena.

¡Válgame...! ¡Huellas de jamelgo! -exclamó sor-prendido-. ¿Qué le parece, Susana? ¡«Aquí» en este cañón!... ¡Fíjese en esa escarpa!... Los cerriles podrían escalarla fácilmente... ¡Oh, Susana! ¡Apuesto a que Chane sabía que aquí hay cerriles! ¡Estaba... desatinado! Pero... no he visto rastro alguno de *Brutus*... Voy a ver...

Examinó la arena y los bancos de grava, volviendo a Susana con perpleja expresión.

-Estoy hecho un lía -dijo-. Hemos rastreado a Chane hasta este mismo cañón. Luego perdimos sus huellas. Porque debimos pasar sin advertirlo ante el lugar por donde subió. Pero de una cosa estoy cierto. Tiene alguna idea especial.

-¡*Panquitch*! -sugirió Susana.

Chess lanzó una exclamación.

-¡Podría ser! ¡Tanto hablar de esta parte de la Meseta! ... y cuando quisimos venir... cerró el pico... Aún es temprano Susana. ¿Vamos a trepar la ladera? No podemos perdernos. Eso sí, debemos tener cuidado de bajar y cruzar el trecho de río antes de que anochezca.

- ¡Arriba, hermano! -gritó Susana, contagiada por su entusiasmo.

- ¿«De veras»?

-j Lo ve usted, Chess!... En cuanto quiero serle agradable, vuelve a las andadas!

La cogió de la mano, llevándola hacia donde la arena tocaba la falda de la vertiente.

-Sea sincera, Susana -dijo con voz profunda y llena de un afecto que la conmovió, a su pesar-. Quiero decir... ¿ama usted a Chane? ¿No se ha arrepentido? Dígame la verdad.

Ganaron la pendiente, empezando a subirla. Susana con la cabeza baja y Chess intentando ver su rostro.

-¿Ha guardado usted mi secreto?

-Palabra de honor que sí, y... que me ha costado no poco.

-¿Lo seguirá guardando? Recuerde, Chess, que si me hace traición le odiaré siempre.

-Jamás repetiré nada de cuanto me diga -contestó-. Pero eso no quiere significar que no haga lo imposible por haceros entrar en juicio! a los dos.

-Entonces... y por última vez... te diré que amo a tu hermano con todo mi corazón y toda mi alma -declaró Susana en voz muy baja y solemne.

Chess acogió la confesión de muy distinto modo al que ella esperaba. En vez de manifestar exuberante alegría, la acogió con profundo silencio. Sus facciones se contrajeron con espasmo, llenándosele los ojos de lágrimas, y estrechó la mano a Susana con tanta vehemencia, que la dejó dolorida. Luego la atrajo hacia la pendiente.

La roca era de sílice blanda, que se desmoronaba bajo los clavos de las suelas de Chess. Un cuidadoso escrutinio permitía distinguir las huellas de cerriles. La ascensión, comparada con la del sendero que Susana había seguido por la mañana, fue fácil, y además excitante. Era para ambos un juego el elegir rumbos, buscar holladeros más accesibles, revueltas y atajos, sin prestar de momento atención a la enhiesta cumbre.

A medida que iban subiendo se multiplicaban las dificultades que habían de afrontar. La ascensión se convirtió en un trabajo peligroso y extenuante y por ende más excitante. Algo incomprensible les atraía hacia arriba. Pro-curaron simplificar el ascenso haciéndolo diagonalmente en lugar de seguir una recta. La piedra silícea se trocó en una zona amarilla primero y verde después, casi tan deleznable como el yeso. A sus espaldas, la pared parecía más alta que la que estaban ascendiendo, imposibilitándoles la vista en aquella dirección. En otras, se alzaban galayos y protuberancias de roca viva, tanto mayores cuanto más iban subiendo.

Llegó un momento en que Susana, mirando atrás, pudo ver una destacada área de vertientes, montículos, hoyas, losas y curvas tan desnudas como tumbas. Gradualmente fueron ganando la base de unos picachos amarillentos, que dejaron a su derecha, siguiendo siempre la línea de más fácil acceso. A veces el procedimiento les llevaba en sentido paralelo a la propuesta meta que iban alcanzando.

Hablaban lo estrictamente preciso a las exigencias de su empresa. La emoción de

Susana se trocó en exaltación. La aventura era extraña y no sólo una hazaña deportiva. Una voz parecía llamarles desde las alturas.

El azul del cielo no aparecía sino por encima de la quebrada línea de horizonte que tan inaccesible les pareciera, pero al alcanzarla, la inmensa planicie de la Meseta del Caballo Cerril se alzó sobre el horizonte, tan próxima, que resultaba opresiva. Los últimos pasos de la ascensión les obligaron a volverle la espalda, de suerte que cuando por fin llegaron a su objetivo y se hallaron en la cresta de la pendiente, les confrontó un tremendo ensanche de cañón, un valle de maravillosas formas y tonalidades diversas, abierto y soleado, muy cercano al parecer, en realidad muy distante. Como un pulpo, colosal, el verdoso cuerpo y los sinuosos tentáculos parecían flotar en un mar opalino. No había nubes ni ocaso que confundiesen la visión, y, sin embargo, predominaba una sensación de múltiples colores, todos pálidos, fundiéndose imperceptiblemente unos en otros.

Por muy bello que Susana hallase el valle, lo olvidó en cuanto le volvió la espalda. Un sentimiento de temeroso respeto se apoderó de ella. Chess exhaló un profundo sus-piro. La Meseta del Caballo Cerril se alzaba ante y sobre ellos, formando su vertiente occidental un vasto promontorio en dirección al sol poniente. Su inaccesibilidad era más patente que nunca y, sin embargo, Susana tuvo el presentimiento de que era, en verdad, refugio de caballos cerriles.

-Susana, siéntese y descanse -dijo Chess-. Tengo que decirle una cosa... en cuanto recobre el aliento... y pueda hablar. Éste ese el lugar.

Absorta en sus propios pensamientos, Susana no tenía especial interés en oír a Chess, pero miraba, observaba y sentía con intenso deleite. El muchacho le oprimió una mano.

-Susana -dijo-, mi hermano te ama.

La falta en su acento de la habitual nata traviesa, la directa sencillez del aserto, el cambio de tratamiento, priva-ron a Susana de la facultad de ridiculizarle o de encubrir, con un arrebato de cólera, su turbación. Se limitó a mirar a Chess.

-Te quiere can locura -prosiguió Chess con vehemente elocuencia-. Sueña contigo. Dormido pronuncia tu nombre. No me deja sosegar.

Susana ocultó el encendido rostro entre las manos, presa de una tumultuosa sensación de alborozo, que todas sus dudas, sus recelos y mórbidas aprensiones eran incapaces de acallar. Las palabras de Chess «eran» sinceras. Cuantas bromas había podido gastarle sobre ese punto tenían un indiscutible fondo de veracidad.

-Pero... tendrás que hacer algo muy grande para compensar el haber creído las mentiras de Manerube -prosiguió Chess-. A Chane aquello le dolió mucho; desde entonces no ha vuelto a ser el mismo, ni aun conmigo. Pero... le he observado de cerca. Como tú no logres romper su reserva no lo reconocerá nunca. Ni te perdonará si no le obligas.

-Chess... si me hicieses creer... que me ama... no siendo cierto... no podría soportarlo -murmuró la joven.

-No temas. Estoy seguro.

-Entonces... ¿qué puedo hacer?

-No tengo la menor idea, salvo que tengas arrestos bastantes para hacer algo desesperado. El decírselo no será bastante. Hay que «hacer» algo. ¡Y... aprisa, Susana, aprisa! Anoche mismo me decía que pronto levantaría el campo.

-¡Oh!... ¿Piensa marcharse?

-Así lo creo. Mucho me temo que sea porque no puede más. Pera... tú has de impedir que se vaya. Su felicidad, la tuya y la mía están en tus manos, chiquilla.

-¡Oh!... ¿Qué... qué...? -balbució Susana, abruma-da bajo las súbitas impresiones de gozo, sorpresa, amor y congoja que en rápida sucesión la asaltaban.

-Procura verle a solas -murmuró Chess -durante esta excursión, antes de que volvamos al campamento. ¡Y... échale los brazos al cuello!

-No... no podría -gritó Susana, sobresaltada-. ¿Estás loco, Chess? No piensas que... que...

-Es un caso desesperado. Susana -insistió el otro, con persuasivo acento-. Te adora. Si puedes lograr que él reconozca tu amor... súbitamente... haciéndole perder la cabeza... Chane es el más orgulloso de cuantos Weymer conozco. Si intentas una reconciliación por procedimientos ordinarios, te dejará más helada que un poste. ¡Por asalto, Susana, por asalto!

De pronto, y antes de que la muchacha pudiese reflexionar en sus arteras palabras, Chess la cogió violentamente por un brazo.

-¡Mira! ¡Mira! -gritó frenético de excitación, señalando hacia abajo, al lado opuesto de la hondonada-. ¡Cerriles! ¡Una reata de cerriles!

-¡Oh! ¡No puedo verles! ¿Dónde?

-Enfrente y muy abajo -replicó rápidamente-. En el «otro» vado de este monte. No por donde subimos... allá... siguiendo lo amarillo, después de lo encarnado... entre los cedros... Susana, tan de fijo como que estás viva que proceden de la Meseta del Caballo Cerril y van rodeando para bajar al cañón por el que vinimos. Tal vez a abrevar.

Por fin dio con ellos Susana. Una hilera de caballos, de largas crines y colas, inconfundiblemente salvajes, que pasaban por entre unos cedros. Mirando a la cabecera de la fila, Susana vio un animal cuya planta le hizo dar un res-pingo. Aun .a aquella distancia parecía encarnación de una extraordinaria belleza y salvajismo. Era de pelaje alazán tostado, y la crin y la cola, con la que azotaba las piedras, negras como el azabache. ¡Qué arrogancia en el andar! ¡Qué vivacidad en los movimientos de la engallada cabeza!

-¡Chess! ¡Fíjate en el cabecilla! -gritó.

Y el muchacho, secundando su excitación:

-¡*Panquitch*!... Susana, estamos contemplando el se-mental más salvaje que se ha conocido en Utah y en Nevada. ¡Oh, , qué pelaje! ¡Mira esa crin! ... ¡Ya decía yo que algo se callaba Chane! ¡Susana... persigue a *Panquitch*!, pera... ¡Oh!... ¿Adónde está ahora?

Librodot

XV

Chane sacó a *Brutus* por el amurallado portal al roquizo laberinto de la región de los cañones.

Proyectaba que fuese la primera de una serie de minuciosas exploraciones de cuantos posibles lugares pudieran constituir una salida, o entrada, de la Meseta del Caballo Cerril; más como no estaba cierto, ni mucho menos, de encontrar a *Panquitch* en cualquier inesperado momento, iba preparado para el caso. En la silla llevaba dos lazos. Desmontó y tomando del arzón varios sacos que, a prevención llevaba, los cortó en tiras y plegándolos para darles espesor envolvió con ellos los enormes cascos de *Brutus*. No quería hacer más ruido del indispensable al bajar al cañón, ni dejar huellas de su paso. *Brutus* le miraba impaciente, mientras efectuó la operación, como si quisiera saber qué tenían de extraño sus cascos. Volviendo a montar, el desbravador siguió su camino.

Aún era temprano porque, de vez en cuando, el sol se dejaba ver por la estrecha escotadura entre las cubiertas cumbres. Chane pensó que tendría entonces, y en los días sucesivos, tiempo sobrado de explorar con calma todos los recovecos y quebradas, situados bajo la misteriosa escarpa de la Gran Meseta. *Brutus* pisaba la roca viva sin ruido ni huellas de su paso. El jinete evitó las barras arenosas. Si los cerriles acertaban a descubrir rastros de caballo en la arena de su secreto pasadero, era muy posible, capitanea-dos por *Panquitch*, que abandonasen aquellos parajes. Chane recordaba ejemplos de la inteligencia del casi humano poder de raciocinio de los sementales salvajes. Cuanto más perseguido y acosado sentíase un cerril, más sagaz y más salvaje se volvía. *Panquitch* había logrado eludir a un centenar de desbravadores. Mas... había sido en los albertales Aquí, en las profundidades de los angostos cañones con sus abruptas curvas y sus cursos de agua, esta-ría, decididamente, en condiciones de inferioridad. Aun re-conociendo la indudable valía del vaquero, Chane no pensó ni por un instante en solicitar su cooperación y ayuda. Tenía la típica ambición de todo cazador de cerriles respecto al famoso semental: acosarle y lacearle solo.

Avanzando por el cañón se fue fijando únicamente en aquellos lugares en los que una hendidura en la pared, un cañón afluyente, o un repentino ensanche, podían encubrir una posible comunicación con la cumbre. Fue sorprenden-te lo que una detenida investigación sacó a la luz. Chane halló trechos por los que podía haber ascendido a pie, pero inaccesibles para un cuadrúpedo, aun teniendo la agilidad de *Brutus* y

Por fin llegó al vasto óvalo, expansión del cañón, donde en su memorable huida a través de los ríos había encontrado, al salir del pétreo laberinto, a *Panquitch* y su mana-da. Cerca de la parte superior del óvalo echó pie a tierra para salvar, yendo de piedra en piedra, los trechos arenosos hasta volver al punto donde desaparecía el caudal. Halló huellas equinas, a su juicio de la víspera. Llegaban hasta el borde del agua y al retroceder, hasta los aledaños de la rojiza rampa. No era allí donde había hallado a *Panquitch*. Recordó que era en un maravilloso estrecha-miento de aquel cañón; en una hondonada llena de álamos y junqueras, caracterizada por una vertiente más bella aún que aquélla.

Estudió la ladera opuesta en cuanto se lo permitía su posición Podía dominar como una milla de óvalo. Frente a donde estaba, una amplia quebrada iba a terminar en la arena. Parecía de roca lisa y desgastada, ensanchándose como un abanico en su parte superior hacia la cumbre de amarillentos riscos. Los reconocía como los redondeados picachos que se divisaban al mirar la región de los cañones desde las crestas. Más allá, y dominándolos, se alzaba la Meseta del Caballo Cerril, pero Chane no consiguió ver-la. Notó la conformación especial de la roquiza pared que, a su derecha, caía perpendicularmente hasta su nivel.

El sector derecho llamó su atención por estar seguro de que ocultaba muchas cosas a su vista. La inmensa mole alzábase entre la vertiente opuesta adonde él estaba; y la inmediata inferior que había visto escalar a *Panquitch*. En su opinión, los cerriles podían subir por la una

Librodot

y bajar por la otra. Luego recordó las angostas paredes y los profundos cilancos. Seguramente no podrían los salvajes, animales salvarlos a, nado, excepto cuando procediesen de las mesetas superiores o al regresar a sus misteriosos antros. Chane decidió que necesitaría días enteros para grabar en su mente un mapa detallado de aquel laberinto.

Volviendo a *Brutus* bajó al óvalo siguiendo la curva de la pared, lejos del centro. Al avanzar fue ascendiendo v apartándose de forma que dilató su campo visual en la ver-tiente opuesta. Luego concentró su atención en lo que tenía al frente.

El óvalo terminaba en un estrechamiento parecido al gollete de una botella. El sol batía en una maravillosa ladera de rojiza roca, ondulosa y llena de montículos o abultamientos, que le daban apariencia de mar petrificado verticalmente; tan bien la recordaba, que sintió un escalofrío. ¡Allí era donde había contemplado a *Panquitch* escalar las alturas! Una sombría cisura en forma de V hendía la masa de la escarpa al extremo del óvalo. Estaba muy distante, pero también la reconoció. Allí era donde esperaba encontrarse algún día con *Panquitch*. Era, más que esperanza, un sueño, lo sabía, ya que tenía una probabilidad entre mil de conseguirlo.

-Tendré que dejar a *Brutus* y trepar por esa pendiente-soliloquió yendo más allá de la cisura hacia la arboleda. Allí había sombra y hierba. Al echar pie a tierra, *Brutus* engalló la cabeza aguzando las orejas, acción característica en él cuando oía algo insólito.

-¿Qué pasa, amigo? -preguntó Chane, súbitamente alertado.

Un lejano rumor pareció llenarle los oídos. Mas podía causarlo simplemente el viento en el cañón haciéndolo parejo al estruendo del mar en una curva. Esperó, cediendo poco a poco su inquietud, pero observando que *Brutus* no perdía un ápice de su atención. El desbravador tenía fe en el caballo, y, eligiendo un lugar donde pudiera otear en todas direcciones sin ser visto, teniendo además cuando menos una puerta de escape por la cisura en forma de V. Chane no perdía de vista sus pasados encuentros con Manerube y McPherson.

Brutus se colocó por sí mismo de forma que pudiera tirar cañón arriba y Chane hubo de sujetarle y hablarle en voz baja para aquietarle. El animal, con los oídos y vista aguzadísimos, sentía algo que el desbravador no podía aún determinar.

Repentinamente se dejó oír un horrísono bramido a corta distancia, si bien más arriba de donde se hallaban. Los ecos lo repitieron de pared en pared. Chane, percatándose de que *Brutus* estaba a punto de relinchar, le tapó el morro con las manos.

-¡Estáte quieto! -murmuró severamente.

Jamás había tenido ocasión de oír nada tan fantástico y horrible. Heló la sangre en sus, venas y, por un instante, le dejó paralizado. Luego su despierta mente reaccionó, llevando a su ánimo la convicción de que en aquellos pa-rajes tan sólo un caballo podía producir semejante ruido, y en consecuencia, cuando a poco oyó el martilleo de unos cascos sobre las rocas, no le sorprendió.

-*Brutus*... ya habíamos oído eso antes -murmuró acariciando al animal.

El caballista estaba a varios centenares de metros del punto de unión de la escarpa con el llano suelo del cañón, y su parte abajeña quedaba oculta a su vista por los álamos. Sin embargo, era seguro que se acercaban cerriles y que podían entrar en la cisura en lugar de seguir por el cañón. Algo les había asustado.

¡Hospa! -soliloquió-.! Esto me huele mal! -Anhelaba quedarse para ver a los salvajes animales, no obstante, montó a *Brutus*, y siguiendo lo más cerca posible de la pared, bajo la protección de los álamos, ganó aprisa el extremo del arbolado. Enormes fragmentos de cantil se acumulaban en el lugar. En la embocadura de la brecha llevó a *Brutus* tras un formidable galayo, y echan-do pie a tierra, atisbó a su alrededor.

Su apostadero, gracias a la curva de la pared que le había obligado a apartarse de los álamos, le daba un completo dominio del cañón.

Llegó a tiempo justo de ver una hilera de potros de varios pelajes entrando en la arboleda por la escarpa.

Muy a lo lejos, en la accidentada pendiente, divisó una cenceña figurilla en movimiento. No podía dar crédito a sus ojos ¿Era algún indio? El ágil paso de quien fuese

Librodot

causó en él extraña sensación. ¡Le era conocido! Una ráfaga de viento hizo desmelenar una oscura cabellera.

-¡Susana! -murmuró profundamente sorprendido-. ¡Ahora sí que! ... Chess y ella deben de haberse metido por estos andurriales, y se divierten cazando cerriles. Pero... ¿dónde está él?

Chane no podía ver aquella parte de la pendiente por impedírselo una proyección de la escarpa.

De entre los álamos hizo irrupción una bandada de cerriles, saliendo al arenoso espacio abierto. Trotaban en grupo, evidentemente inquietos, aunque no asustados. A cierta distancia se detuvieron con las cabezas engalladas, al parecer inciertos del camino a seguir.

Por la parte arribeña apareció *Panquitch*, trotando a grandes trancos, dando con su extraña belleza y salvajismo una sensación semiequina y semileonina.

Su aparición hizo afluir la sangre con mayor rapidez al corazón de Chane. Su ánimo parecía querer dominar la mera atención para analizar la insólita fatalidad del momento. Él, escondido. *Panquitch*, a un cuarto de milla es-caso de distancia... Si Chess estaba por azar al otro lado de aquella manada cerril, lo más probable era que se precipitasen en desenfrenado desorden hacia la cisura en forma de V. La mano que oprimía el morro de *Brutus* tembló de emoción.

Panquitch trotó frente a su banda, primero a un lado y luego al otro, mirando en todas direcciones. No relinchaba. El desbravador tuvo la impresión de que el animal no estaba muy seguro del terreno. Miró hacia la pendiente, a la muchacha que bajaba buscando el más fácil holladero, corriendo a trechos, andando otros, en dirección a un saliente del cantil. Luego, *Panquitch* dejó de ver a Susana. Estaba ya cierto de que en aquella dirección existía un peligro. Trotó hasta el borde de la barra de arena, engallada la cabeza, tenso, salvaje.

-¡Hospa! ¡Nos ha husmeado a *Brutus* y a mí! -exclamó Chane-, ¡qué olfato tiene! ¡El viento nos favorece! Quisiera saber por qué no echa cañón arriba.

Panquitch dio media vuelta en dirección opuesta. Su proceder evidenciaba lo hondo de su recelo. Sus largas zancadas, su nerviosa inmovilidad, su cola rígida y su erguida cabeza, eran para Chane claros indicios de que su intención de encaminar a su manada cañón arriba veíase contrarrestada por algo invisible aún.

Un grito alegre y vibrante resonó en la pendiente.

Chane vio a Susana en el saliente, muy por encima del suelo del cañón, con, los brazos extendidos y gritando con la exaltación del momento. El sol bañaba su rostro. El desbravador aguzó el oído para discernir lo que estaba diciendo en aquella selvatiquez a los bellísimos caballos.

-¡Vuela, *Panquitch*, vuela! -gritaba al viento, llena de inusitable gozo de su aventura y del amor por la libertad que, compartía con *Panquitch*.

Chane comprendió. Dentro de la sencilla expansión de su juvenil alegría, su grito llevaba como nota dominante una significación más profunda. Amaba a *Panquitch* y a todos los cerriles y, por ende, ansiaba para ellos la libertad.

-Poco te figuras, chiquilla, que puedes ser tú quien ponga a *Panquitch* al alcance de mi lazo -murmuró torvamente Chane.

El semental se detuvo como petrificado, constituyendo una magnífica estatua que representase el terror. Lanzó un agudo relincho que las oquedades de las escarpas hicieron tremendo de volumen. Repercutió de pared a pared y aunándose los de los demás cerriles, formó ensordecedor estruendo.

Las penetrantes pupilas de Chane atisbaron a Chess saltando de roca en roca. En el mismo instante, *Panquitch* dio una vuelta como sobre un eje y salió a galope cañón abajo con la manada detrás.

Chane saltó en la silla como un relámpago lanzando a *Brutus* por las piedras y el agua hacia la sombría entrada de la hendidura. ¡Un lugar cualquiera donde ocultarse hasta poder hacer al semental! Toda su inteligencia se concentró en la idea. Le tentó un saliente y un

inmenso galayo, pero le atrajo más el rielar del agua. Al frente tenía uno de los profundos cilancos. *Brutus* llevaba un magnífico paso. El cañón se estrechó, ensombreciéndose, y en más de una ocasión el estribo del desbravador rozó contra la pared.

A toda velocidad, *Brutus* entró en el agua, hasta las rodillas primero, luego los flancos... perdió pie sumergiéndose hasta la cabeza. ¡Qué agua tan glacial para la sangre en ebullición de Chane! Miró hacia atrás; no podía advertir aún movimiento alguno de cerriles.

A unos cincuenta metros al frente, la recta pared formaba un ángulo en el que el curso del agua hacía curva. Si conseguía hallar holladero para *Brutus* tras aquella es-quina, *Panquitch* estaba perdido; ¡qué celada! Chane saboreaba ya el momento. Realizábase el más fantástico de los sueños de su juventud,

Espoleó a *Brutus*, obligándole a dar de sí cuanto le era posible. El agua, desalojada por el animal, batía contra las paredes. Alcanzó el saliente, lo dobló. Chane sofrenó, acercándose al margen. Era una angosta faja de terreno rasante con el agua. Si *Brutus* no tocaba fondo sería inservible. ¡Tocaba! El desbravador ahogó un grito de entusiasmo. *Panquitch* no estaba de suerte. Antes de alcanzar el punto deseado, *Brutus* hubo de vadear su propio largo, y aun así estaba en cinco pies de agua y resbaladiza roca. No había tiempo que perder. Los cascos de los cerriles sonaban en el cañón como estampidos de revólver. *Panquitch* y su banda se acercaban. Chane necesitaba espacio para voltear el lazo. ¿Se situaría en tierra o sobre *Brutus*? Ambos planes tenían puntos recomendables. Pero mejor sería quedar-se a caballo.

Chane dio media vuelta a su montura. El animal la efectuó sin resbalar en las mojadas rocas.

-¿Para qué querré a *Panquitch* si te tengo a ti, *Brutus*? -se oyó decir a sí mismo Chane. No «quería» a *Panquitch*. Era simplemente el instinto de cazador y la fuerza de la costumbre.

Chane se percató del postrero y singular eslabón de la cadena de fatalidades que amenazaban privar de libertad a *Panquitch*. Lo más importante de cuanto restaba era tener lugar suficiente para voltear el lazo. Chane se había dado cuenta de la proximidad del saliente y había proyectado volver a meter a *Brutus* en el agua en cuanto *Panquitch* apareciese. Mas... no era necesario correr el riesgo. Podía maniobrar sin rebasar el ángulo de la esquina.

Chane era zurdo. Tiraba el lazo con la izquierda y en la posición que había asumido tenía la misma libertad de acción que si hubiese estado en plena llanura.

Todo estaba, pues, a punto. La agitación del desbravador se trocó en una torva y expectante actitud. Si el cerril entraba en el profundo cilanco nada podía salvarle de su suerte. Tan atentamente escuchaba Chane, que oyó los latidos de su propio corazón.

¿Sí?... ¡Ya se acercaba! Sus cascos parecían campanas al chocar contra las piedras... Luego... el más apagado martilleo de sus pisadas bajo el agua... y el choque de sus patas al agitarlas.

El angosto cañón retumbaba con melodioso estruendo. Súbitamente cesó. Chane comprendió que los cerriles habían ganado el chanco. Su corazón pareció suspender sus latidos. ¿Se decidiría el astuto y receloso *Panquitch* a vadear? ¡*Clip... clop*!... ¡Entraban en el agua! Chane ovó su salvaje bufido. Temía algo... sin saber a ciencia cierta qué era. Los enemigos que había dejado atrás eran realidades. *Clip... clop... Clip... clop...* Ya se aventuraban más adentro... ¡Luego un ruidoso chapuzón!

Le siguió una serie de ruidos de cascos, bufidos y relinchos. Toda la manada entraba en el charco.

Chane volteó el lazo sobre su cabeza, procurando evitar el ángulo roquizo. La delgada cuerda zumbaba. Sus pupilas estaban clavadas en la capa de agua. *Brutus* se estremecía. Los cerriles avanzaban nadando. Sólo se oía su jadeante respiración y el chapoteo del agua.

Una bellísima cabeza apareció doblando la esquina, con la crin flotando. *Panquitch* precedía a su manada.

A tan corta distancia, Chane podía haberle laceado por una oreja. No obstante la tremenda tensión, tuvo la virtud de aguardar. *Panquitch* ya era suyo.

El semental vio a *Brutus* y a su jinete... y la serpenteante cuerda. En los enormes ojos

apareció una expresión de terror que los dilató aún más. Se le escapó un sonido que fue un hórrido grito. Quiso dar media vuelta y engalló la cabeza.

Chane soltó el lazo. Se extendió silbando y el nudo corredizo restalló sobre *Panquitch*, envolviéndose como una serpiente por debajo de la quijada inferior y detrás de las orejas. Un recio tirón y Chane apretó el nudo.

-¡Whopee! -gritó con toda la fuerza de sus pulmones-. ¡Ya le tengo! ¡Ya le tengo! ¡Oh! ¡*Panquitch*! ... ¡Es nuestro, *Brutus*, es nuestro! ¡Tras él, muchacho!

Panquitch se zambulló, pateando en el agua, y al tender Chane el lazo, desapareció bajo la superficie. El desbravador restalló la cuerda acuciando a *Brutus* por las rocas. En aquel ángulo de pared se producía un pandemónium al entrar *Brutus* en el agua. Chane vio un espectáculo que no olvidaría jamás.

Una veintena de caballos se debatían frenéticamente intentando escapar en la dirección en que habían venido. Unos querían escalar la sesgada pared, resbalando y ca-yendo nuevamente al agua, relinchando de terror; otros pretendían pasar sobre los cuerpos de los que les precedían. Y todos, en violenta conmoción, se agitaban lanzan-do relinchas y bufidos discordes.

Panquitch, retenido por el lazo, perdía terreno. Chane le hizo salir a flote y lee dejó acercarse. Tenía que ir guiando a *Brutus*, que intentaba precipitarse sobre el semental. El desbravador se proponía evitar una pelea entre ambos. Su intención era tener a *Panquitch* en el cilanco hasta que el cansancio le agotase. Con el lazo oprimiéndole el cuello, tenía que cansarse antes, que *Brutus*. La desigual contienda no podía prolongarse. A Chane le era imposible reprimir su enorme alborozo, la emoción producida por la presencia de *Panquitch* al otro extremo de su lazo. ¡*Panquitch*! ¡La desesperación de los desbravadores de Nevada y de Utah! ¡*Panquitch* laceado! ¡Increíble buena suerte! Era el momento más grande de la vida de Chane.

-¡Ah, viejo marrullero! -gritó fiel aún entonces a su inveterada costumbre de apostrofar a los caballos-. ¡Esta vez te han salido mal las cuentas! ¡«Tú» dejarte «pescar» con un lazo! ¡Ahora tienes que nadar! ¡Tira fuerte, pillastre! ¡Una zambullida! ¡Buen pez has resultado!,

Pero cuando *Panquitch* dio la vuelta en dirección a sus adversarios se trocaron las tornas. El alarido de entusiasmo de Chane se trocó en uno de. alarma, ambos con idea de espantar a *Panquitch* si era posible, y contener a *Brutus*. Ambos propósitos parecían irrealizables. *Brutus* no volvería grupas. frente al fiero semental. Su relincho, cual trompetazo bélico, resonó en el ambiente. Chane recogió lazo, pero sin lograr que *Panquitch* perdiese pie.

No obstante todos sus esfuerzos, los dos animales se encontraron frente a frente, sucediéndose una terrorífica melée. El desbravador salió despedido de *Brutus* como de una catapulta, aunque se apresuró a sacar toda la ven-taja posible al accidente. Unas cuantas brazadas le pusieron a nivel de *Panquitch* y haciendo un sobrehumano es-fuerzo se encaramó a lomos del enfurecido animal.

Asiéndose con toda su fuerza a las orejas del semental, echó el peso de su cuerpo sobre el cuello y la cabeza, hasta conseguir que la hundiese en el agua.

-¡Atrás! ¡Atrás! -gritaba entre tanto a *Brutus*.

El momento fue terrible. El desbravador prefería dejar en libertad a *Panquitch* antes que ahogarle, pero si *Brutus* no obedecía, persistiendo en librar combate con él, no tendría otro remedio. El cerril se estremecía entre sus piernas. Chane le soltó la cabeza. El semental la engalló, resoplando y bufando, mas si el terror aún no le había abandonado, podía más su ansia furiosa de matar. Volvió la cabeza para morder a su jinete. Tenía los ojos, estriados de sangre, las fauces abiertas y llenas de espuma, enseñando los feroces dientes. Chane estuvo a pique de no poder rehuir la acometida.

En sus tiempos de cowboy habíase creado envidiable reputación por su destreza con «broncos», potros sin do-mar, caballos resabiados, mulas e incluso novillos. El antiguo afán de dominar se despertó en él. Contendiendo con el semental, ahuyentando a *Brutus*, y conservando el equilibrio sobre el cerril, Chane realizó tal vez la más célebre hazaña ecuestre

de su vida. Mas para ello tuvo que semiasfixiar al animal.

Por fin, *Panquitch* empezó a evidenciar síntomas de agotamiento, dirigiéndose hacia la orilla. Nadaba trabajosamente. Chane aflojó el tirante lazo y echándose al agua fue hacia *Brutus*, montando nuevamente. Espoleó al animal con objeto de llegar antes que *Panquitch* a tierra y logró que tocase fondo a tiempo justo de poder arrastrar tras de sí al rendido, cerril. Éste apenas podía respirar, bamboleándose en el bajío hasta llegar a la arena, donde se desplomó.

El desbravador echó pie a tierra, abalanzándose sobre *Panquitch* v soltando. el lazo. El cerril dio un respingo. Estaba medio ahogado y tal vez el nudo corredizo le había hecho retener agua en los pulmones. Jadeaba, sacudían su cuerpo convulsivos estremecimientos.

-¡Uf! ¡Cuánto me alegro! -exclamó Chane, que había temido. una calamidad. Fue adonde dejara a *Brutus*, tomando el segundo lazo de su silla y trabando, con él al semental por las manos.

-¡Creo que ya estás listo! -dijo incorporándose y examinando su presa.

Panquitch era el más noble espécimen equino que había visto en sus dilatadas correrías por el Oeste. Mas en aquellos fulgurantes ojos negros ardía un espíritu incompatible con la ley del hombre. *Panquitch* podría llegar a domarle, pero su corazón seguiría siendo salvaje. Nunca sentiría afecto hacia su dueño. El desbravador no pudo reprimir una compasión no exenta de remordimiento. Había reducido a la esclavitud algo parejo a lo que él mismo llevaba en el corazón.

-No ha sido juego limpio, *Panquitch* -declaró Chane-. Te he hecho una mala pasada. No me envanezco en ella. Que Dios me perdone, pero... ¡tentado estoy de devolverte la libertad!

El instinto del cazador de cerriles se encontró así en pugna con una emoción originada por el espectáculo del bravo semental postrado y reducido a la impotencia. Chane no sintió la culminante satisfacción del desbravador..., exhibir cautivo a sus rivales el animal cuya aspiración había sido apresar y domar.

-¡Wo... ho! ... ¡Oh... Chane... allá voy! -gritó una voz femenil que repercutió en las pétreas paredes.

Susana apareció en la entrada de la cisura, erguida sobre un peñasco, con la cabellera suelta al viento. Había atisbado de lejos a *Brutus* y a su jinete, adivinando, tal vez el desenlace. Luego la voz de Chess hizo coro a la suya.

-¿Qué estás haciendo, Chane Weymer?

Alcanzó a Susana y, cogiéndola de la mano, salieron juntos saltando de roca en roca. El muchacho había perdido su sombrero.

Chane les oyó hablar animadamente, con entrecortadas respiraciones, anhelosos, tensos y expectantes. *Brutus* re-linchó. Susana y Chess pasaron de la sombra al soleado cañón y vieron a *Panquitch* en la arena. Chess, soltando a Susana, echó a correr. Una ojeada le convenció de que el caballo vivía.

-¡Gran Dios! -chilló fuera de sí de excitación, corriendo a abrazar y estrujar a Chane-. ¡*Panquitch*! ¡Y le tienes agarrotado como un novillo!

Se acercó al semental dando la vuelta a su alrededor, mirándole con chispeantes pupilas.

-¡Corre, Susana! ¡Ven! ¡Mira! ¿Te parece... creíble?... ¡Acosamos a *Panquitch*... haciéndole caer en la trampa de Chane! ... ¡Qué suerte!... ¡Corre a verle!... ¡Oh! ... ¡No hay caballo que se le parezca!...

Volvió a donde estaba Chane, agitando los brazos.

-Escalamos esa ladera... -empezó voluble -por pasar el rato, a ver qué veía... y ya en la cumbre.., divisamos cerriles... Susana fue la primera en ver a *Panquitch*... Echamos a correr... bromeando... por gusto de saber hasta dónde podríamos acercarnos a ellos... y Su-sana dijo: ((Sigue tú, Chess... yo me quedo aquí... Haz-les dar la vuelta... ajorándoles hacia mí y así podré ver a *Panquitch* de cerca.» Yo eché a correr como un loco... y les atajé el paso... Volvieron grupas por esa hondonada... delante de Susana. La vi echar cuesta abajo... hacia

aquí, pero yo seguí por el cañón... para verles correr. Luego, toda la manada salió de entre los álamos. *Panquitch* los capitaneaba y... no sabía hacia dónde llevarles... Oí a Susana gritándole... y escapó hacia aquí... seguido de su tropa... y ¡tú le esperabas!... Debes haberlos visto antes... y ¡laceaste a *Panquitch*! Se lo debes a Susana, Chane. ¡Ella le ajoró hacia ti!

-Eso creo -asintió el desbravador consciente de un extraño tumulto en su pecho-. ¿Dónde iba la manada... cuando retrocedieron?

-Se cruzaron conmigo... corno el viento... -jadeó Chess-. ¡Derechos hacia el cañón!

-¡No! -exclamó sorprendido su hermano-. Yo creí que escalarían una de las laderas. Estos cerriles tienen más de una forma de ganar su guarida.

Susana se había quedado rezagada, mirando al postrado *Panquitch* y a Chane a cierta distancia. Oprimíase el jadeante pecho con las manos. Sus ojos parecían más negros y mayores. En su aspecto había algo que hizo dar un respingo a Chane. No era la Susana Melberne que él conocía.

-Ven, Susana! gritó Chess-. ¡No hay nada que temer! *Panquitch* está trabado.

-¡Oh! ¡Por mi culpa!... ¡Por mi culpa! -gritó ella corriendo hacia el muchacho, pero sin acercarse al cerril-. ¿Se ha lastimado? ¡Respira... tan... tan fuerte!...

-Opino que no tiene más que un poco de ahogo -dijo Chane-. Le laceé en el agua. *Brutus* y yo tuvimos que seguirle y *Panquitch* se enfureció y quiso atacarnos. No pude hacer carrera de *Brutus*. Quería pelear y se enzarzaron como dos fieras. Yo salí disparado de cabeza al agua, pero nadé hasta *Panquitch*, me monté en él y tuve que sujetarle la cabeza bajo la superficie para evitar que acabase con nosotros.

-¡Está usted todo ensangrentado! ¿Se ha herido? -replicó Susana acercándose a él.

Chane no se había dado cuenta de la sangre que cubría sus manos y su rostro. Evidentemente durante la con-tienda se había arañado o rozado.

-No lo creo-dijo riendo y escurriendo el empapa-do pañuelo del cuello-. Chess, aguanta el lazo mientras me arreglo. Si *Panquitch* intenta levantarse, tira de la cuerda.

Chess recibió el extremo del lazo solemnemente.

-¡Hola, rey de los cerriles! -dijo-. ¡En mala familia te has metido! Chane y yo somos malos «hombres». Estáte quieto.

Chane se percató de la proximidad de Susana.

-¡Déjeme usted curarle esas heridas! -dijo tendiendo la mano hacia el pañuelo. Y sin alzar la vista comenzó a vendar la lesionada mano. Tenía buen deseo, pero no destreza. Le temblaban los dedos. Chane, mirándola, advirtió otros signos de agitación. Bajo el claro curtido de su tez aparecía una opalina palidez. Su proximidad y las inconfundibles señas de turbación y de nerviosismo desviaron el curso de las ideas de Chane. ¡Qué día tan seña-lada! ¿Cuál era el vago portento que pugnaba por precisarse en su ánimo?

Susana concluyó de vendar la mano y levantó hacia él los ojos, al parecer no sin esfuerzo. El cansancio y la excitación de la aventura la agobiaban, mas ¿eran, suficiente causa para el sutil cambio que se advertía en ella?

-Tiene usted un corte en la sien -dijo, y quitándole su propio pañuelo, comenzó a plegarlo en forma de ven-da. Llevaba el cuello de la blusa desabrochado y el ademán puso de relieve la línea de unión de la parte curtida del rostro con la blancura de su piel-. Baje la cabeza -ordenó.

Chane obedeció, presa de crecientes acusaciones. El suave contacto de sus manas despertó súbitamente en él un deseo de apresarlas, besarlas, estrecharlas contra su corazón. Sin embargo, la severa represión no logró esta vez la victoria. Le faltó tiempo para pensar. Fue un ata-que incomprensible de emoción tan inesperado y súbito como una celada nocturna.

-Así... si se pone el sombrero con cuidado... se aguantará-dijo ella.

-Gracias. Es usted muy amable; no estoy acostumbrado a que me cuiden manos tan blancas -replicó él un tanto desgarbadamente, apartándose de ella. Su proximidad era lo que más le hacía desconfiar de sí mismo. Y fue lo más extraño a su juicio, aunque innegable, que la muchacha le seguía en su retirada, acercándose, cuanto más pretendía apartarse. Cuando le

Librodot

asió por la solapa con aire de estar luchando por dominarse o por tener valor para volverle a mirar, comprendió la inminencia de algo insospechable.

-Estoy hecho una sopa -protestó, intentado una naturalidad que distaba mucho de sentir. Era una situación insólita para ambos.

-¡Es verdad! ¡No... no me había fijado! -replicó

Susana. Y en lugar de apartarse, estrechó aún más la distancia hasta tocarle. El leve contacto hizo temblar al desbravador-. Chane, venga usted aquí... que no nos oiga

Chess-añadió, en voz muy baja.

El joven se sintió tan desvalido entre sus manos como *Panquitch* entre las suyas. Le llevó algunos pasos más allá, al amparo de un saliente roquizo.

-¿De... qué se trata? -preguntó él incrédulamente, viendo que la muchacha le obligaba a apoyarse de espaldas en la roca.

-De algo muy importante -replicó asiéndole la otra solapa con la otra mano y apoyándose en él.

Tan tremendo era para Chane el momento, que sus facultades podían a duras penas comprenderlo adecuada-mente. Sin embargo, vino en su ayuda un instinto natural en él en las situaciones peligrosas a extremas de su vida desértica, y que era una especie de fría cólera.

-¿Sí? -pregunto.

Ella estaba pálida y en sus pupilas reflejábanse profundas sombras y fulgores. La sentía estremecerse. Su reacción fue instantánea, hija de su corazón, no de su voluntad, no permitiría jamás que ella supiese el efecto que su contacto causaba en él.

-¿Quiere usted hacer algo muy grande por mí? -murmuró Susana.

-¿Grande? -repitió él. ¡Qué liviano era su autodominio si una sola palabra bastaba para desconcertarle!-. Susana Melberne... creo que sí... por usted... o por cualquier mujer... si está en mi mano.

-«Por cualquier otra mujer, no» -replicó ella rápidamente-. Por «mí» sólo.

-No quiero hacer promesas audaces. ¿De qué se trata?

-¡Deje en libertad a *Panquitch*!

Chane la miró fijamente. ¡Era aquello! De pronto se sintió grandemente aliviado. ¿Cuántas otras cosas podía haber pedido? ¡Qué impotente se sentía a resistir su más mínimo capricho! Pero... ella lo ignoraba. Su anhelo de ver libre a *Panquitch* era natural y por él la respetaba y la amaba más aún, si cabía. ¡Ahora comprendía su palidez, su dolorida expresión, sus temblorosas manos y trémulos labios! Amaba a los cerriles. Él también, y por eso podía explicarse su punto de vista. ¡Adiós al vago arrobamiento producido por su proximidad. Pero... le era dable prolongar el delicioso momento de tortura.

-¿Ha perdido usted el juicio? -preguntó.

-No del todo-contestó con una sonrisa que le hizo estremecer-. Quiero que suelte usted a *Panquitch*. Yo tengo la culpa de su captura. Quise verle de cerca..., le espanté gritando..., le acosé hacia su celada...

-Cierto. A no ser por usted no le habría podido cazar nunca, pero... ¿qué más da? Por una vez en mi vida he tenido suerte.

-Algo me dice que si no le suelta será mala suerte.

-¿Mala suerte? ¡Bah! Ya he «disfrutado» cuanta puede corresponderle a un caballista pobre -replicó -y... la peor, Susana Melberne, fue por su cuenta.

-¿Se refiere... a Manerube?

-Sí, y a cuanto ocurrió antes.

-¿Ocurrió antes algo, Chane? -preguntó ella dulcemente.

-Creo que sí.

-Cuéntemelo.

Chane se sintió como si estuviese a punto de caer des-de una gran altura.

¿Qué era todo aquello? ¡Su corazón escudriñado! Pero... ¿qué importaba?

-Ya lo sabe usted-dijo casi violentamente-. Chess reveló mi secreto.

-Entonces... lo que dijo... ¿era cierto?

-¡Dios me valga! ¡Sí! ..., pero... basta de hablar de mí. ¿Quería usted que libertase a *Panquitch*?

Ella no contestó. Antes de que los cerrase, tuvo Chane una visión de sus ojos, desvaídos, húmedos, vidriados. Su cabeza, antes engallada, se inclinó hacia él y su flexible cuerpo descansó junto al suyo. Chane carecía de valor para arrancarse al conjuro de su presencia y, por otra parte, le era imposible soportar por más tiempo su con-tacto. La pobre muchacha estaba afectada por su amor hacia los caballos.

-¿Qué le pasa, Susana? -preguntó vivamente, sacudiéndola.

Su voz, su aparente rudeza, la sacaron de su postración. Presenció un maravilloso cambio, una transformación que le dejó pasmado. Sus mejillas se encendieron, quedando luego un radiante resplandor. Le soltó las so-lapas, retrocediendo, y de pronto pareció una mujer formidable, increíble, tan fuerte como antes fuera débil, y de pupilas elocuentes.

-Algo me pasaba, Chane, pero... ya estoy bien -replicó, iluminando su semblante una sonrisa.

-Habla en enigmas, Susana Melberne.

-No lo creería así si no fuese tan estúpido.

-En efecto, lo soy. Pero... desgaritamos. Me decía usted que libertase a *Panquitch*.

-Sí, se lo ruego.

Mucho interés tiene en verle escalar esa ladera, ¿ver-dad? -preguntó, intentando hallar palabras para prolongar la conversación. Se despreciaba a sí mismo por su deseo de tenerla cerca, por la atracción que sobre él ejercía. Tendría que decirle que le sería imposible des-atender su menor deseo, que *Panquitch* era suyo para libertarle.

-Chane, si le deja suelto... haré por usted... cuanto me pida.

Él se echó a reír con amargura.

-¡Qué poca importancia le da usted a las palabras! No me extraña que Manerube se equivocase.

Ella se sonrojó, perdiendo por un instante la sonrisa y el temple que desconcertaban a Chane. Pero los recobró en seguida.

-Con Manerube me comporté como una simple -replicó-. Ahora sé lo que me digo... y repito que haría cualquier cosa por usted. Chane Weymer..., «cualquier cosa».

.-Si no he perdido el juicio, ya lo he oído -dijo él con voz gutural-. No le pido nada. Pero... tengo mucha curiosidad. Si ahora sabe lo que se dice..., dígame algunas de las cosas que haría por mí.

-¿Empieza por muchas pequeñas... o por unas gran-de? -preguntó ella poniendo en su acento tal dulzura v atractivo que Chane sintió dar un salto a su corazón. No la comprendía. ¡Qué absurdo era pretender hacerse el listo con una mujer, sobre todo estando locamente enamorado de ella! Chane decidió concluir de una vez. Un instante más y... le cedería a *Panquitch*.

-Psh... para ahorrar tiempo, empiece por algo grande-sugirió. Era una farsa, excepto por su vehemencia y su dulzura. No podía argüir con ella ni seguir sus sutilezas.

Susana se acercó nuevamente a él. Chane se estremeció con el presentimiento de una inminente catástrofe. Ella parecía sosegada, resuelta, y tan sincera como pro-clamaba ser. Pero sus ojos encerraban un extraño fuego.

-j Sea! Lo más grande que una mujer puede hacer por un hombre es... ser su esposa.

La estupefacción paralizó a Chane. Le costó positivo esfuerzo rehacerse del impacto de aquel choque. La «había» oído hablar. No estaba en el desierto escuchando la voz de los cedros. Todo en Susana Melberne desmentía sus palabras. Súbitamente le asaltó un verdadero furor de incertidumbre, de perplejidad. Cogiéndola por los hombros, la zarandeó como hubiera podido hacer a un niño travieso.

-¿Se casaría usted conmigo para lograr la libertad de ese caballo? -preguntó incrédulo.

-Sí.

-¿Se cambiaría usted por *Panquitch*? -prosiguió torvamente.

-No es precisamente eso..., pero... sí.

-¿Sería usted... «mi mujer», Susana Melberne? -la sola idea de semejante dicha le enloquecía. Soltó sus hombros. Luchó consigo mismo. Su corazón latía desenfrenado. Dejaba de importarle el cómo o el porqué se le ofrecía a aquella mujer, pensando únicamente en que podía conseguirlo. Aun así quiso argüir el derecho. ¡Qué criatura más sentimental e inexplicable!

-Sí, Chane, lo sería.

-¿Tanto ama a *Panquitch*? Recuerdo cuánto arriesgó para libertar a los cerriles del corral, pero esto... pasa de la raya. Y sin embargo... lo dice. Y no parece haber perdido el juicio, aunque sus palabras lo sugieran. No la comprendo. ¡Sacrificarse por un caballo, aunque sea *Panquitch*!

-No lo consideraría un.... sacrificio -murmuró ella.

-Lo es. Sería... un crimen contra sí misma. No podría aceptarlo. Además, obra usted mal tentándome así. Soy un infeliz desbravador solitario. Toda mi vida he sentido ansia por una mujer... y jamás he podido lograr mi anhelo. Es doblemente censurable, se lo repito.

Chane paseaba nerviosamente por el reducido trecho del tramo de roca donde estaban. Toda su vida se había resuelto siempre en acción violenta y ahora empleaba el medio único que conocía en el conflicto que estallaba en su pecho. Con un desgarrador esfuerzo, se arrancó al con-juro.

-Susana..., yo mismo me he buscado esto -dijo con suave acento quería oírla impetrar por *Panquitch*, quería tenerla cerca de mí. Fue... una locura. He mentido. Desde el primer instante tuve intención de acceder a lo que me pedía; usted me ayudó a cazarle. Puede ponerlo en libertad.

-Me será muy grato, pero... únicamente si puedo pagar mi deuda -balbució.

-«Qué» quiere usted decir?

-Si liberta a *Panquitch* tiene que hacerme a mí... su esposa.

-¿Ha perdido la cabeza o está usted mintiendo?

-Ambas cosas -murmuró cayendo sobre su pecho.

Chane la estrechó entre sus brazos, más y más cerca, con una sola idea clara en su confusa mente: la de que si persistía, vencería su resistencia. Mas ahora la tenía sobre su pecho con la cabeza tan baja que no le era posible ver su rostro, mas la sentía moverse, volver hacia él la cara, pegarse, sobre su corazón. ¡No la dejaría escapar jamás! Era sorprendente. Espíritu y materia parecían vibrar con la dulzura de la posesión.

El pálido sol ambarino del cañón les envolvía como una aureola, o como una fulguración de relámpago, y es-taba seguro de que el trueno retumbaba en sus oídos. Se iba dando cuenta de lo que aún no podía creer. La pasmosa realidad era que Susana estaba entre sus brazos voluntariamente, y eso, bastaba a su corazón, aunque su conciencia protestase. Finalmente, como en un sueño, sintió los brazos de Susana buscar su cuello y ceñirse a él.

-¡Dios mío! -jadeó-. ¡Esto no puede ser por *Panquitch*, Susana!

Ella alzó el rostro, blanco como una flor, húmedo de lágrimas.

-¡Si tuvieses un adarme de sentido... habrías adivinado que... te amo!

-¡Susana Melberne!

-Sí, salvaje desbravador mío; quítale el lazo a *Panquitch*... y pónmelo a mí -replicó ofreciéndole sus labios.

Un poco después, Chane, tomando la reata de manos de Chess, se la tendió a Susana. Luego se arrodilló para desatar la traba del otro lazo, el que conectaba el cerril con *Brutus*. Rápidamente Weymer le desligó.

-¡Hey! ¡Qué haces! -gritó sorprendido Chess-. Ya ha reaccionado. Con un brinco se te pondrá en pie.

Chane pareció no prestar la menor atención a las pa-labras de su hermano. Era un instante lleno de indecible dicha para él..., satisfacía a Susana libertando a *Panquitch*, al

último cerril que capturaría en su vida. Agachándose, aflojó el nudo corredizo que le sujetaba las manos.

-Ve... tirando poco a poco -le gritó a Susana.

La estupefacción hizo dar a Chess un brinco en el aire.

-¡Qué... condenada... idea! -chilló desaforadamente.

Susana tiró del lazo haciéndolo resbalar de las patas del semental, que lanzó un estruendoso bufido. Luego engalló la cabeza, mirándose las manos. Con un estremecimiento de todos los músculos de su cuerpo hizo un esfuerzo para incorporarse. Estaba libre y lo sabía. En sus ojos ardía una llamarada de odio y de terror. Chane sintió un positivo escalofrío al afrontar aquella mirada y comprender a lo que estaba renunciando. *Panquitch* permaneció un momento inmóvil, respirando ruidosamente. El desbravador pudo así contemplarle a sus anchas, libre en toda su magnífica belleza. Era en verdad el león de los caballos salvajes. Perfecto de estructura, perfecto de pelaje, combinación la más extraña que Chane viera en su vida; un alazán dorado, con la cola y la crin negras como el azabache. No tenía una cicatriz, ni una tara, ni un defecto. Representaba la suprema realización de la Naturaleza, una criatura demasiado altiva, demasiado noble, demasiado salvaje para el yugo del hombre.

Panquitch se sacudió y dio algunos pasos. Aún flaqueaban sus miembros, pero su espíritu se manifestaba indomable. Relinchó ferozmente, mirando a *Brutus*, y Brutos le devolvió el desafío.

-Corre... *Panquitch*, corre! -gritó Susana.

El semental no corrió. Su lenta acción era la de un animal agotado. Manteniéndose en el centro del cañón tomó el trote en el mismo trecho arenoso por el que tan gallardamente capitaneaba su banda, por el arbolado hacia la pendiente roquiza, hasta perderse de vista.

Entonces estalló Chess. Chilló, apostrofó, pateó, mascullando imprecaciones, durando un buen rato su incoherencia.

-¡Le has dejado escapar! ¡A *Panquitch*! ¡Al cerril de más renombre del mundo! ¡Cuando ya lo tenías! ¿Por qué no me lo diste a mí? Ya no tengo un *Brutus* y siempre he deseado uno... ¡Dejarle marchar para que le eche el lazo Manerube o cualquier otro picador afortunado antes de que se rehaga! ... ¡Oh! ... ¡Estás loco! ... Lo estáis los dos... ¡Susana, eres una simple y una cursi sentimental!... Y tú, Chane..., un maldito «guillado»... Se me saltan las lágrimas... ¿Qué te ha ocurrido, Chane?

-Chess, me parece que ya no soy *boss* del equipo Weymer -replicó Chane intentando aunque sin conseguirlo, eliminar de su acento parte de su alborozo y de su ufanía.

-¿Eh? -exclamó Chess, fuera de sí de asombro. Abrió desmesuradamente los ojos y la boca, ofreciendo un perfecto cuadro de estúpida incredulidad.

-Ahora sí que voy a ser tu hermana, *Little Boy Blue* -añadió Susana.

Súbitamente transformado, Chess fue hacia ellos.

Librodot

XVI

Chane echó a andar por el cañón, como en un sueño, llevando a *Brutus* de la brida, con Susana en la silla. De vez en cuando volvía hacia ella la cabeza como para cerciorarse de que era una realidad su presencia. Las pupilas de Susana chispeaban y tenía entreabiertos los labios. En sus facciones advertíase una extraordinaria luminosidad, una exquisita expresión de arrobamiento, inspirado tal vez por el amor que acababa de confesar. La vida había-se trocado para el desbravador en algo inconmensurable, dulce y completo.

Chess había recorrido toda la escala emotiva, deshaciéndose en felicitaciones, pavoneándose orondo por la parte que le correspondía en la confesión de Susana, ensalzan-do los méritos y la suerte de su afortunado hermano, pero acabando por volver a su exasperación por la pérdida de

Panquitch.

-Ahora que os tenéis el uno al otro, no os interesa nada más -gruñó, indignado, abandonándoles y poniéndose a la cabeza de la pequeña comitiva.

Parecía mediar la tarde cuando la ambarina luz del cañón comenzó a teñirse de púrpura. Había cesado la brisa, y el ambiente era cálido. Las elevadas laderas perdieron parte de su formidable aspecto, acrecentándose la faja de cielo azul que entre ellas aparecía. Y al reducirse las alturas se aminoró la sensación de angustia, de encerramiento, así como la opresión del silencio.

Advertíanse en diversos puntos huellas de cerriles, sien-do las más recientes las de *Panquitch*. Seguía a su mana-da camino de las altiplanicies. Chane habría preferida saberles en la pendiente inferior y, por lo tanto, al amparo de la Meseta del Caballo Cerril. *Panquitch*, en su agotada condición, no podría eludir el lazo de un caballista bien montado. Pero... érale imposible concebir recelos, dudas o ansiedades, en aquel día en el que habíase visto exaltado al que creyera inaccesible trono de la felicidad.

Chess iba delante, cabizbajo, siguiendo con la vista el rastro de *Panquitch* y desapareció en un recodo del cañón.

En múltiples ocasiones se detuvo Chane para dejar que *Brutus* le alcanzase y poder así recrearse en Susana; de pronto, una idea que se había ido dibujando en su mente plasmó en pregunta anhelosa:

-¿Cuándo nos casaremos, Susana?

-¡Pero si acabamos de empezar a ser novios! -ex-clamó ella con picardía.

-Estamos en los salvajes cañones de Utah, querida-protestó él-. Los noviazgos son buenos para ciudades o campamentos fijos.

-Nosotros seremos, pioneros, ¿verdad?

-Sí, aunque cuidaré de que puedas ir cada verano a algún lugar civilizado... Dime, ¿cuánto he de esperar? Un rosado colorido acentuó la brillantez del semblante de Susana.

-Hasta que venga tío Jim por lo menos -dijo ruborosa.

¡Tú tío, el misionero! ¡Ahora recuerdo!... ¡Tal vez venga este otoño! ¿En primavera?

-j Ojalá pudiera engañarte -replicó Susana -y decir que en primavera, pero Dad está seguro de que tío Jim vendrá en noviembre!

Le estrechó la mano, incapaz de poder expresar su gratitud y su alegría. Cogiendo luego a *Brutus* por la brida, prosiguió adelante. Sin darse cuenta de lo que veía, notó el ensanche del cañón, las arenosas barras holladas por incontables cascos, el arroyuelo...

Caminando así llegaron al paraje en que el cañón formaba un recodo, allende el cual convergían los otros cuatro cañones formando una especie de plaza en la que habían instalado el campamento. Al doblar Chane la es-quina, *Brutus* dio tan violenta huida que arrancó la brida de su mano.

-¡Arriba las manos, Weymer! -conminó una voz ronca.

Chane se vio rudamente sacado de su ensueño. Más de una vez había oído en su vida la ominosa nota que ahora vibraba en sus oídos. Iba inerme. Levantó los brazos y simultáneamente vio una barbuda figura, con el revólver en la mano, saliendo de entre unas rocas.

-¡Arriba están! -dijo rechinando los dientes de impotente cólera, al reconocer a su adversario-. ¡Hola, Slack!

-¡Hola, Weymer! -replicó el otro yendo hacia

Brutus.

-Supongo que has visto que no llevo armas.

-Sí, y me alegro mucho de ello. Pero... conserva las manos a respetable distancia. Soy muy receloso -replicó Slack, y alcanzando a *Brutus*, le asió de la brida.

Hasta que Slack no hizo avanzar a *Brutus*, no le fue posible a Chane ver a Susana desde donde estaba. Cuan-do la vio, tenía pálido el rostro, y el terror la hacía enmudecer. Evidentemente no por ella misma, sino por el arma con que Slack le apuntaba.

-¡Media vuelta y andando, Weymer! -ordenó el forajido.

Chane no podía sino obedecer. La situación no era nueva para él y no le habría perturbado grandemente a no ser por la presencia de Susana. Bajó los brazos y echó a andar hacia el campamento, lleno de curiosidad por saber si lo que allí encontraría era lo que su experiencia le daba pie a esperar.

El espacio triangular de cañones confluentes apareció a su vista. Ardía una fogata, que varios hombres, uno de ellos sentado, rodeaban. Aún a tanta distancia, el desbravador reconoció el aquilino y duro rostro de Bud McPherson.

A un lado, y con las manos atadas a la espalda, sentábase Chess; Melberne no parecía estar presente.

-¡Oh! ¡Ahí está *Panquitch*! -exclamó Susana.

Chane, sobresaltado por la voz de la joven, miró a su alrededor. A la izquierda del grupo de la fogata, cierto número de caballos, ensillados ya, esperaban con las bridas colgando.

-¡Mira! ¡Mira! -dijo Susana con ahogada voz.

El desbravador no sabía hacia donde miraba la muchacha, ni quería correr más riesgos de los indispensables con Slack. Sin mover el cuerpo, buscó con la vista al semental.

-j Chane! ¡Mira! -insistió Susana, esta vez con horrorizada furia.

-¡Manerube! ¡Manerube! ¡Ha laceado a *Panquitch*!

La significación de sus palabras se apareció a Chane en el momento que observaba a Manerube altirantando dos lazos que apresaban a *Panquitch*. El noble animal se debatía con un espíritu muy superior a sus fuerzas.

De los muchos amargos instantes de su vida, aquél fue para Chane el mayor. El grito de Susana resonaba en sus oídos. El cerril, al que tanto había admirado, al que acababa de libertar, estaba en poder de un odiado caballista. Para Chane fue un golpe tremendo. *Panquitch*, exhausto por su lucha en el cilanco y empleando las mermadas fuerzas que le quedaban en reunirse con su manada, había sido presa fácil para Manerube. El mediocre y arrogante caballista no había probablemente atribuido su captura a la debilitada condición del semental. Se pavoneaba como un gallo de pelea, más acentuado que nunca su aire de, bravucón baratero. Hizo restallar las cuerdas que apresaban a *Panquitch*, provocando una huida en el animal. El efecto de la acción en Chane fue tan violento, despertando su pasión y su odio, que una nube de sangre enturbió su mirada.

-i Oh! -gritó Susana-. ¡Está lastimando a *Panquitch*; no quiero tolerarlo!

-Estáte quieta, Susana -ordenó vivamente Chane-. No podemos hacer nada.

-¡Eh! -gruñó Slack dirigiéndose a ella-. No me pise los talones con su jamelgo.

Llegaron a la fogata con Chane ligeramente a la cabeza. Uno de los presentes, cuyo semblante le era familiar, si bien no recordaba su nombre, sacó el revólver, encañonando al

desbravador.

-No lleva armas, Bill, pero la idea es buena -rezongó Slack, y volviéndose a Susana, puso sobre ella una de sus rudas manos, que la muchacha rechazó indignada. El forajido la obligó a desmontar, blasfemando.

-Escuche, mocita; si quiere salir con bien, procure ser amable-declaró.

Aprovechando el instante en que los reunidos reían la gracia de su jefe, Chane logró advertir a Susana con la mirada el peligro de su situación.

-¡Hola, Weymer! -dijo plácidamente Bud McPherson-. Estoy aprovechando parte de tus excelentes pro-visiones.

-Hola, Bud. Es habitual en ti el aprovechar las pro-piedades de los demás-replicó Chane. A su juicio, McPherson era el más peligroso del grupo, si bien carecía de datos de los dos desconocidos que habían seguido a Manerube desde Wund. Pero MacPherson, no obstante ser un ladrón de caballos y un mal hombre, tenía condiciones que Manerube y los demás no evidenciaban. No era mezquino.

Apartado de la hoguera y cerca de donde, cabizbajo y mohíno, sentábase Chess, había otro hombre, también amarrado, en apariencia miserable y exhausto. Chane re-conoció al fin al hirsuto y demudado rostro.

-¡Loughbridge! -exclamó sorprendido y satisfecho-.

¡Vaya, vaya...! ¿Cómo es que le tienen así? Creí que formaba usted parte de este... equipo.

-Me engañaron más aún que a Melberne, Weymer -dijo Loughbridge-. Di crédito a la palabrería de Manerube; no podía suponer que fuese un cuatrero...

¡Cállese la boca! -aulló Manerube con estridente voz-. No diga mentiras de cobarde. Yo no soy ningún ladrón de caballos...

-Dime la verdad, Bud -prosiguió Chane-. ¿Qué pasa con Loughbridge?

-Yo mismo no acabo de verlo claro-replicó McPherson limpiándose los labios y la barba y poniéndose en pie-. Dadme un cigarrillo... La verdad es, Weymer, que no tenía interés en que ese sujeto viniera con nosotros. Pero cuando descubrió que nuestro plan era apropiarnos de la yeguada del Melberne, empezó a hurtar el cuerpo y a gimotear. Como sabes, yo no discuto nunca; por eso le amarramos.

-¿Dónde está Melberne? -preguntó Chane. -Tú sabrás. Le estamos esperando.

-Y después..., ¿qué?

-Siempre fuiste impaciente, Weymer -declaró, di-vertido, McPherson-. Supongo que quieres saber lo pasará. Pues... voy a decírtelo. Hemos estado haraganeando, acampados, esperando que acabaseis de cazar la última punta de cerriles antes de la llegada de los fríos. Vimos a los piutes rodando por acá y supusimos que os traerían otra potrada. Bueno; el plan es éste: en cuanto comparezca Melberne, nos trasladaremos a su campamento y... os ahorraremos considerable trabajo de doma y no poco pienso durante el invierno.

-Y el verano que viene volveréis por más -presumió sarcásticamente Chane.

-¡Ja, ja! Has dado en pleno blanco-contestó el rufián.

-Tú no eres tonto, Bud -dijo seriamente Chane-. Sabes que esto no podrá prolongarse indefinidamente. Un día u otro te pegarán un balazo. ¿Por qué no te separas de ese par de parodias de picador que van contigo? No serías el primer cuatrero que se ha ganado la vida honradamente en un rancho. Y... es más seguro.

McPherson no acogió con risas ni con befas las palabras de Chane. Eran sensatas. Su actitud alivió considerable-mente al desbravador. A no ser que le hostigasen o le llevaran la contraria, McPherson no haría correr la sangre. La ansiedad principal de Chane era por Susana, aunque a decir verdad no creía al forajido cabecilla capaz de mal-tratar a una mujer blanca o piel roja. Slack era peor, pero le dominaba McPherson. La incógnita era Manerube.

Este sujeto se acercó al círculo de la fogata. Había trabado con dos cuerdas en distintas direcciones a *Panquitch* y, de momento, el semental estaba apaciguado. El semblante de Manerube revelaba acaloramiento, no todo fruto de la excitación. La verdadera naturaleza del

individuo se ponía de manifiesto al estar en la fracción que dominaba. Cuando se volvió a mirar a Susana de pies a cabeza, Chane sintió la oleada de sangre que afluyó a su rostro. Llevaba una cantimplora de whisky en el bolsillo y un revólver al cinto.

-Tengo entendido que tú no eres el *boss* de este equipo, Bud dijo Chane, despiertas y activas sus facultades mentales.

-¡Uh! ¡Qué me dices! ¿Dónde has oído tal cosa? -Me parece que en Wund, cuando fuimos con los caballos de Melberne.

-Pues oíste mal -replicó McPherson hoscamente, y su mirada se posó en Manerube con un destello que encendió en la mente de Chane una chispa de astucia.

-Oye, Bud. Entrampé a *Panquitch* en un cilanca del cañón -prosiguió el desbravador-. Fue... una mala pasada tratándose de semejante caballo. Le eché el lazo. Tuvimos una brega que casi acabó con *Brutus* y conmigo, pero le sacamos, y entonces... ¿qué crees que pasó?

-No tengo idea, Weymer contestó el forajido. Tenía la verdadera ambición y el verdadero orgullo de todo buen desbravador, como también su característico amor por los caballos, únicamente circunstancias adversas habíanle convertido en un cuatrero. Chane conocía su flaco.

-Pues... que solté a *Panquitch*, Bud -declaró solemnemente.

-¡Ea, Weymer! Supongo que no querrás hacerme creer eso -dijo sonriendo McPherson.

-¡juro que es verdad!

-¡Pero... tú eres un desbravador! He oído hablar de ti... -declaró incrédulo el otro.

-Lo era. Ya no. Hablo en serio, Bud. *Panquitch* ha sido el último cerril que he laceado y... le devolví la libertad.

- Pero... ¿por qué, condenado? -gritó McPherson acalorándose.

- Pregúntaselo a Susana Melberne -replicó Chane, habiendo llegado el momento de impresionar al forajido. Éste estaba intensamente intrigado, curioso, perplejo y fascinado. Se volvió hacia Susana. Estaba pálida, aunque muy entera, sin demostrar, salvo por lo acelerado de su respiración, inquietud alguna.

-¿Qué está haciendo, muchacha? ¿Tomarme el pelo?

- No. Es completamente cierto. Soltó a *Panquitch*. Yo lo presencié.

-Y yo -interpuso Chess-. Susana y él perdieron la cabeza. ¡Y... soltaron a *Panquitch*!

Pues... ¡condenado me vea! -exclamó McPherson-. Porque, realmente, no encuentro motivo alguno de que usted mienta tratándose de un caballo, ni aunque sea *Panquitch*. Pero... si quieren que lo crea... me han de dar una razón.

-Fue por culpa mía -replicó deliberadamente Susana-. Le dije a Chane... que si soltaba a *Panquitch*... sería su esposa.

¡Y él aceptó el envite!

- Sí. Me dio el lazo para que yo le soltase.

- En otros tiempos! yo habría hecho lo propio, aun tratándose de *Panquitch* gruño McPherson. En labios del rudo y endurecido rufián la frase era un sutil cumplido para ambos. Además, dejaba traslucir que hubo una época en la que no había sido lo que era ahora. De pronto, ahuyentó la sombra del pasado, volviéndose a Manerube, que miraba a Chane despectiva y rencorosamente.

¿No te dije yo que ese animal estaba aspeado? ¿No te dije que venía chorreando agua?

-Sí; pero... no por eso tenía que creerlo. Weymer es un embustero -replicó Manerube.

- ¡Vaya!... Cuando usted lleva un revólver y yo estoy desarmado... soy un embustero -le replicó Chane. -¡Uh! ¿Supongo que no llamarás, también embustera a la muchacha? -preguntó McPherson.

- Es capaz de mentir y él confirmaría su mentira -aseveró Manerube.

-Bueno, me tiene sin cuidado, salvo que en mi tierra los hombres no insultan a las mujeres. Lo que quiero meter en tu cabezota es que *Panquitch* estaba rendido y no te percataste de ello. Creíste hallarlo en la plenitud de sus fuerzas. No «supiste» verlo.

- Aunque así fuese -repuso airado Manerube-. Rendido o no, le eché el lazo y es mío.

Librodot

-¡Condenación! ¡Eres un desbravador que asustas! -exclamó Bud despectivamente-. No sabes ni siquiera cazar el sentido de lo que digo. Te lo repetiré despacito y claro. En Utah existe una ley que rige lo mismo entre cuatreros que entre picadores. Es la ley del aprecio a los caballos, y, de acuerdo, con ella, yo te digo que es una vergüenza que *Panquitch* haya caído en tus manos.

-Pero... ¿piensas dejar a Manerube ese animal, Bud? -preguntó Chane, seguro ya de su terreno. Podría pulsar los sentimientos del forajido como quien pulsa un instrumento.

-¿Queeé? -exclamó McPherson, evidentemente pasmado. La idea que Chane insinuaba habíase aparecido como un rayo.

-Si es tu equipo... y si eres el amo, *Panquitch* es tuyo -aseveró Weymer-. Ésa es la ley del desierto, pero, aunque no lo fuese, ¿permitirías que Manerube se quedara con semejante semental? Lo echaría a perder. No puede ni sabe domarlo ni montarlo, porque no ha sido en su vida un verdadero caballista y, mucho menos, un desbravador... Escucha, McPherson: tú podrás ser un ladrón de caballos, pero eres un consumado picador. Sientes el afecto que todo buen jinete ha de sentir por un animal como *Panquitch*. Sólo con verle te sientes ufano. ¿Serías capaz de castigar, fustigándolo, a ese cerril?

-¡Por los infiernos que no! Ni a ése ni a ninguno -vociferó el rufián roncamente.

-Entonces... ¿qué más hay que decir? -declaró Chane finalmente alzando los brazos. ¡Qué bien sabía el esta-do en que había conseguido poner a McPherson! Se estremecía pensando en la solución del conflicto que acababa de crear. Su argumentación era justa; sus persuasivas palabras difíciles de resistir para un caballista, pero se lo jugaba todo al albur de la antipatía personal de McPherson hacia Manerube. Lo que en una persona cual-quiera sería simple desprecio del sujeto, en McPherson, duro, violento, empedernido transgresor de la ley, pero capaz de dar su vida por un caballo, alcanzaría proporciones de odio mortal.

-Creo que hablas como un libro, Weymer, pero ¿no reza eso también con tu propio jaco *Brutus*? -preguntó astutamente McPherson.

-No he pensado en él ni por un instante, pero ya que le nombras, te diré una cosa. Me robaste mi última punta de potros. *Brutus* es lo único que me queda. ¡Un caballo y una silla! Ésas son todas mis riquezas. ¿Serías tan rastrero como para privarme de ellas?

--¡Psh!... Weymer... creo que ahora no -replicó, significativamente, el otro-. *Brutus* no está mal, pero... ¿qué haría con él «ahora»? Ja..., ja..., ja...

Chane exhaló un profundo suspiro de alivio, aunque su incertidumbre por la solución era la misma.

Manerube estaba rojo de ira. Sus ojos chispeaban. -¿Pretendes quedarte con *Panquitch*, Bud McPherson? -preguntó con áspero tono.

-Ya has oído, a Weymer proclamar la ley del desierto-replicó calurosamente el cuatrero. Gracias a su habilidad y su experiencia, Manerube no le inspiraba el menor cuidado. ¡A lo sumo, desprecio!

-¡Maldita sea la ley! -gritó Manerube-. *Panquitch* es mío. ¡Yo le eché el lazo!

-No digo que no. Pero tú perteneces a mi equipo y lo que cazas es para mí si lo deseo. Y deseo a *Panquitch*. ¿Sabes?

Observando atentamente, Chane vio una transición de la cólera de Manerube. Su cuerno se tensó antes de que la rubicundez de la ira abandonase su rostro. Si Chane hubiese estado en el pellejo de McPherson, habría, seguramente, reaccionado con sutil agudeza de percepción ante el singular cambio.

-¡Eres... un... ladrón... de caballos!... -jadeó Manerube agazapándose súbitamente.

-¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya! -mofase McPherson retorciéndose de risa.

Al incorporarse, fue para afrontar el rojizo fogonazo del revólver de Manerube. Con una contracción, desplomóse como si le hubiesen fallado inopinadamente las piernas.

Manerube no abatió el arma, de cuyo cañón salía una espiral de azulado humo. Excepto Chane, que se hizo a un lado, buscando con la vista inútilmente un arma en los biricúes más próximos, todos parecían paralizados. El desbravador leyó el feroz designio en el semblante

del asesino, lívido y desencajado.

-¡Ha un lado, Slack, o te tumbo! -dijo-. ¡Quiero a Weymer!

Slack dio un frenético salto atrás, dejando al descubierto a Chane. Pero Manerube no hizo fuego. El humeante revólver osciló en su mano, cayendo al suelo. Simultáneamente, o tal vez una fracción de segundos antes, Chane oyó un apagado impacto, cuya naturaleza reconoció en seguida: ¡una bala al hacer blanco en un cuerpo!

Las pupilas de Chane pasaron de la extendida mano de Manerube a su rostro. La expresión era la misma, pero fija. Del anfractuoso cantil superior les llegó el estampido de un rifle. Los ecos lo hicieron retumbar. Sobre el entrecejo de Manerube apareció un diminuto orificio, azulado primero, después rojizo. Se tambaleó un instante, cayendo luego de bruces al suelo.

Fue todo increíblemente rápido. Antes de que Chane pudiese hacer el menor movimiento hacia Susana, oyó otro impacto. Slack lo recibió de lleno. Nuevamente atronó los aires el rifle, rompiendo al fin la rigidez del grupo. Los tres restantes de la banda de McPherson se abalanzaron a sus caballos. Slack se incorporó, ensangrentado el rostro, aullando:

-¡Son los malditos pintes! Bud juraba que nos venían rastreando. ¡A caballo!

Con la palabra aún en los labios, saltó sobre la silla. Los animales emprendieron frenético galope por el cañón. Del risco partió otro disparo que los cascos de los caballos amortiguaron. A poco, el pequeño grupo de caballistas se perdía de vista.

La primera idea de Chane fue para Susana. Corrió hacia ella y la tomó en sus brazos. Parecía rígida, pero sus manos se aferraron a él. Su mejilla, que era lo único que pudo verle al abrazarla, estaba lívida.

-Ven, Susana -dijo-. Vamos donde .está Chess... Estás a salvo. Todos lo estamos. Han tomado una dirección contraria a la de tu padre. No le encontrarán.

Susana ocultó su rostro en el pecho de Chane, mientras un violento escalofrío la hacía temblar de pies a cabeza.

-¡Qué... terrible! -murmuró con voz ronca-, Tan repentino... Déjame sentar... Estoy débil, sin fuerzas, pero... no me desmayaré...

-¡Claro que no! Pero... desvía la vista de... ahí -replicó Chane corriendo a libertar a Chess.

-¡Gran Dios! ¿Qué ha sido? -exclamó el muchacho.

-Una especie de ciclón, pequeño -replicó Chane-. ¡No es el primero que veo de la misma clase!... Ve a Susana y habla con ella..., procura distraerla...

El desbravador procedió después a desatar a Loughbridge, que miraba a su alrededor con dilatados ojos, lanzan-do exclamaciones incoherentes. Luego se acercó a los muertos, caídos muy cerca uno de otro, y los cubrió con una lona. En el riscal de donde habían partido los disparos flotaban aún nubecillas de humo. Era un paraje abrupto, poblado de maleza, no muy distante de la cumbre. Chane sabía de sobra quién había disparado el proyectil fatal para Manerube, pero... no lo revelaría jamás. Las profundidades de los cañones ocultaban no pocos misterios.

Volvió a acercarse a Susana, ya más repuesta, apoyada en el hombro de Chess. El desbravador le relevó al punto de su trabajo.

-¡Hum! ¡Creí que era ya de la familia! -protestó Chess.

-Muchacho..., se te va la cabeza -replicó Chane.

-¡Si por lo menos viniese mi padre! -exclamó Su-sana con anheloso rencor.

-En camino está -dijo alegremente Chane-. ¡Mira cañón arriba! ¿Le has visto nunca correr de tal suerte? ¡Algo teme, o por él o por nosotros!

Susana lanzó un apagado grito de alivio, rompiendo a llorar.

Librodot

XVII

La apariencia de Melberne divertía a Chane y parecía ser motivo de fascinación para Chess. El *boss* del equipo estaba sin resuello y, por lo visto, asustado y furioso. Cuando logró recobrar el aliento, atropelló las preguntas sin ofrecer en cambio explicación alguna de sí mismo. Pero Chane observó sus desolladas y contusas muñecas y lo consciente que de ellas estaba, circunstancia sin duda debida al dolor.

Bud McPherson había mentido a Chane. Los forajidos habían dado con él dejándole amarrado. Cuando más le observaba, mayor era la certidumbre de Chane. A más de las delatoras muñecas, probablemente desolladas por el roce de las cuerdas al intentar desatarse, Melberne, venia sin armas. Y su alivio al ver a Susana a salvo, aunque pálida y descompuesta, era tan grande que estaba a punto de colapsarse. Finalmente, cuando el desbravador alzó la lona descubriendo a Manerube y a McPherson en sugestiva indicación de lo _ocurrido. Melberne sólo tuvo palabras de condenación para ellos.

La parte cómica del drama fue la entrevista de Loughbridge y Melberne, y la honda preocupación de Chess.

-Lo siento mucho, Jim, pero... te has puesto muy a mal conmigo -declaró Melberne por décima vez. Pero su actitud no estaba más en armonía con sus palabras. Paseaba nerviosamente, como de costumbre cuando es-taba preocupado.

-Pero, Mal..., ese Manerube te enredó a ti tanto como a mí -persistía Loughbridge.

-No lo niego. Aunque no me obligó a traicionarte.

-Ni a mí. No eres justo. No pudimos entendernos; principalmente en la cuestión de dinero, y me echaste de tu equipo. Que lo diga Chess. ¡No eres justo!

-Si me permite, *boss*, le diré que fue más un arrebato de genio que de justicia -replicó Chess con profunda seriedad.

-¡Uh! ¡Que me zurzan! -exclamó Melberne mirándole hoscamente-. Supongo que tu idea es que Loughbridge se establezca con nosotros en *Nightwatch Spring*.

-Sería perfectamente justo y honorable por parte de usted-replicó Chess perdiendo su dignidad de juez.

-Con Ora para hacerle compañía, ¿eh? -prosiguió irónico Melberne.

-Usted lo ha dicho-asintió el otro.

-Escucha, mocito, tienes buenas condiciones, pero... hablas demasiado. Me dan ganas de ponerte en la calle.

-¡Bah! ¡*boss*!

-Pues, como lo oyes. Si no te casas con Ora antes de la primavera..., despedido estás.

Y volviéndose a su ex asociado, prosiguió:

-Jim, creo que tampoco estoy yo limpio de culpas. He aprendido la lección. Si a ti te ocurre lo mismo, podremos ambos aprovechar la enseñanza. Mi defecto es... genio, y el tuyo un excesivo amor al dinero. Empecemos de nuevo, cada cual por sí mismo. La comarca es nueva. Bien venido, serás en mi cañón. Hay espacio para otro rancho. Un día no lejano habrá al oeste de Wund otro poblado. Y eso resolverá nuestro problema.

Panquitch sobresaltó a Chane y a los demás con uno de sus vibrantes relinchas, y, con la cabeza engallada, erguidas las orejas y al viento la crin, enfrentó el cañón con los ojos.

Le contestaron agudos relinchas. Chane vio salir de la sombra una tropa de cerriles.

-¡Hospa! ¡La tropa de *Panquitch*! -dijo señalándola-. Lo están buscando de seguro. Pasarán por aquí... ¡Quieto todo el mundo!

El desbravador se agazapó con Susana tras de una roca. En su opinión, el semental se libertaría a sí mismo de los lazos de Manerube. Por su posición, Chane y Susana perdieron un instante de vista a la manada. Después re-apareció, trotando cautamente, recelosos, como

siempre, mas sin haber husmeado aún el campamento. El escaso viento reinante procedía de la parte abajeña del cañón. El relincho de *Panquitch* debió de ser un factor de su cauteloso avance. En la intersección de los cañones, el área despejada era de unos cien metros de amplitud y debido al cauce del arroyo, más bajo de su parte opuesta al campamento. La cerril manada tomó aquel camino, tratando con engalladas cabezas, hasta que, olisqueando, se percataron del peligro, emprendiendo raudo galope envueltos en una nube de polvo, hasta desaparecer cañón abajo.

-¿Verdad que es magnífico, Susana? -preguntó Chane incorporándose.

Mas la joven no había estado contemplando los salvajes animales. Su mirada se clavaba en *Panquitch*.

-¡Oh, Chane, mira! ¡Ha roto uno de los lazos! -exclamó.

Chane se volvió a tiempo de ver desprenderse del soberbio cuerpo los restos de la quebrada cuerda. El otro lazo le apresaba el cuello y estaba aún tirante. *Panquitch* en encabritaba, echándose atrás con toda la fuerza de su peso. Por fortuna, la cuerda se partió por el mismo nudo corredizo. El semental cayó pesadamente, incorporándose de manos al punto, con la boca abierta. Los extremos del lazo colgaban sueltos. Aún no estaba seguro de su libertad.

Chess rompió el silencio:

-¡Oh! ¡Las cuerdas estaban podridas! ¡Se han roto!... ¡Se escapará! ¡Dadme un lazo! ¡Un lazo!

-¡Quieto, muchacho! -gritó severamente Chane-. ¿No acabarás de comprender que *Panquitch* no ha nacido para ser laceado?

El semental se puso trabajosamente en pie. La cuerda, al resbalar de su cuello, le hizo dar un brinco de pavor. Luego cruzó el campamento, dando una espantada al ver la lona que cubría los cadáveres. Seguidamente, enfiló el cañón al trote.

-No puedo decir que le entiendo, Weymer -observó Melberne rascándose la cabeza perplejo-, pero le confesaré una cosa..., me alegro de que le haya dejado marchar.

-¡Condenación! ¡Y yo también! -vociferó Chess, encendido el rostro como si hubiese sido injustamente acusado-, pero... ¡me habría gustado tanto quedármelo!

Chane se volvió, sonriendo, a Susana.

-Ya se fue, querida. ¿Vamos a la rampa por donde escalará la Meseta? Queda algo por hacer aquí que preferiría que tú no presenciases.

Melberne aprobó la sugerencia.

-Y cuando volváis ya lo tendremos todo preparado para cambiar de campamento.

El horror de la tragedia que había helado la sangre en las venas de Susana no se disipó en parte hasta que la muchacha, trotando para mantenerse a la altura de *Brutus*, llegó al emplazamiento ovalado del cañón.

En los aledaños de la maravillosa pendiente roquiza, la morbosa emoción la abandonó como si jamás hubiese existido. Había flaqueado, mas recobraba su fortaleza. Las purpúreas cumbres que el sol bordeaba de oro la inspiraron como siempre, si bien añadiendo algo más en la salvaje alegría de la libertad.

-¡Sígueme de cerca, querida! -dijo Chane-. Veo a *Panquitch* a lo lejos. Si nos apresuramos, podremos alcanzar la cumbre para verle escalar la Meseta.

-No me volverás a perder, sea cualquiera el camino -contestó Susana acuciando a su caballo.

Serpenteando de acá para allá arriba y abajo, a derecha y a izquierda, unas veces volviendo sobre sus pasos y otras entrecruzándose, siguieron ascendiendo por las anfractuosidades, de rojiza piedra. Y al elevarse, las purpúreas y ambarinas tonalidades, se esclarecieron, y las sombras de los cañones a sus plantas se acentuaron. Rebasa-ron la zona de roca amarillenta que se desmoronaba bajo los cascos de sus monturas. De las negruras del abismo pasaron a las soleadas cumbres.

-¡Oh! ¿Dónde está *Panquitch*? -repetía Susana.

Librodot

Por todo el inmenso baldío de atormentada roca extendíanse haces de luz, en forma de varillas de abanico, tendiendo a centrar y desaparecer en las alturas. que estaban a punto de alcanzar. Masas confusas de nubes flotaban en el Oeste, de un rojo oscuro, con bordes de oro y plata en un mar de zafiro. Susana creíase sumida en un país de ensueño. Vio a Chane resguardar sus pupilas de los rayos del sol. Le parecía una estatua que personificase a los caballistas, destacado, erguido, netamente siluetado sobre el fondo de oro. Llegó por fin a su lado y fue como si, con un solo paso, hubiese vencido una cumbre.

Las fuerzas todas de la Naturaleza parecían haberse aunado para el gran espectáculo..., la agreste región de los cañones de roca policroma, rasante con el sol en su ocaso y sobre ella, de Oeste a Norte, la inmensa mole de la Meseta del Caballo Cerril.

-¡*Panquitch*! ¡Le veo, Susana! -dijo Chane con voz vibrante-. Está solo. Su manada ha seguido... ¡Mira! ¡La hendidura en la pared! Es invisible, salvo cuando el sol le da como ahora. ¡Qué pista! ¡Ni los piutes la conocen! Todo roca viva por la pendiente y luego el zigzag hasta esa quiebra... ¡Mira cómo refulge dorado y negro contra el sol!

Por fin Susana consiguió ver a *Panquitch* escalando, al parecer, la escarpa misma de la Meseta. Reteniendo el aliento le contempló, consciente de algo más que la simple ascensión hacia la libertad de un caballo cerril, pero... sin comprenderla. Llevaba sus pensamientos allende las emociones al hereditario. y confuso pasado. Pero... había seguramente amado a *Panquitch* o a otra criatura como él en otro mundo y otros tiempos.

La intensa llamarada cambió al comenzar el sol a hundirse entre nubes y crestas. Se trocó en una maravillosa colina violácea. Susana lanzó una involuntaria exclamación de asombro. El mismo *Panquitch* parecía menos salvaje, menos fantástico, prestando vida a la grandeza y a la desolación de aquella desnuda estructura de la tierra.

-¡Ya está casi en la cima! -dijo alegremente Chane.

Se atenía al aspecto físico de la escena, al cuerpo de *Panquitch*, su persecución y su captura y su liberación; su recaptura y su escape, su huida por los largos y misteriosos senderos de los cañones hasta la majestuosa es-carpa de la Meseta del Caballo Cerril.

Para Susana, en cambio, aunque también sentía como él, era más lo espiritual lo que *Panquitch* encarnaba. Le atribuía un alma, y le contemplaba reconociendo en él algo de sí misma.

El animal salió a la cumbre, siluetado en el azul del cielo y permaneció un instante mirando hacia abajo, con las crines y la cola ondeando al viento. La calina violácea le daba irrealidad, pero el altivo engallar de la cabeza le prestaba vida. Salvaje y magnífico le pareció a Susana, defendiendo el último, refugio de los cerriles. Cambió de posición y desapareció.

-¡Oh, *Panquitch*! ¡No salgas nunca de tus dominios! -gritó Susana.

Chane le sonrió.

-¡Querida mía, apostaría mi vida a que no vuelve a sentir un lazo encima!

-Sólo nosotros sabemos esta pista a las alturas, y no la revelaremos.

-¡Nunca, Susana!

¿No le dirás a mi padre cómo se gana la Meseta del Caballo Cerril? -suplicó-. Tal vez querría llevar ganado allá arriba.

-Te lo prometo, Susana. ¿Crees acaso que yo podría volverme «tan ranchero» como esa? Pasará mucho tiempo antes de que algún indio u otro caballista dé con el secreto. Tal vez no ocurrirá nunca. Algún día aterrizarán en la Meseta los aeroplanos, pero aun así. . un momento de curiosidad, una hazaña de que alardear, y nada más. La Meseta del Caballo Cerril se alza muy por encima de este mundo de rocas. Es... para las águilas, para los cerriles y... para almas solitarias como la mía.

Lentamente la transformación de ocaso trajo sus milagros de evanescente cambio y exquisitos tonos. Tintes áureos y plateados se difuminaron hasta desaparecer. El sol cayó tras los picachos, y de las profundidades que le ocultaban ascendió su reflejo, trocando la violácea calina en púrpura.

-Chane, has hecho, tuya la Meseta del Caballo Cerril -dijo Susana-. No hay nadie capaz

de arrebatártele En cuanto a mí... *Panquitch* parece mío. Es... como mi corazón o algo de mi sangre.

-Sí. Creo comprenderte -replicó él-. Hemos .de laborar..., hemos de vivir como otros han vivido antes que nosotros. Pero la idea es bellísima... Tú eres *Panquitch*. y yo soy la Meseta del Caballo Cerril.

FIN